tres GUINEAS

VIRGINIA WOOLF

Lumen femenino

TÍTULO ORIGINAL: *Three Guineas*

TRADUCCIÓN: Andrés Bosch

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA: Emma Romeo

Publicado por Editorial Lumen, S.A.,
Ramon Miquel i Planas, 10.
Reservados los derechos de edición
en lengua castellana para todo el mundo.

PRIMERA EDICIÓN en Femenino Lumen: 1999

© Quentin Bell and Angelica Garnett, 1938

Depósito legal: B. 41.610-1999
ISBN: 84-264-4954-9

Printed in Spain

UNA

Demorar la contestación de una carta durante tres años es demorarla mucho tiempo, y su carta no ha sido contestada durante más tiempo aún. Tenía esperanzas de que se contestara por sí misma, o de que otras personas la contestaran por mí. Sin embargo, ahí está la carta con su interrogante –¿cómo podemos evitar la guerra, en su opinión?– sin contestación aún.

Ciertamente, son muchas las respuestas esbozadas, pero ni una de ellas está exenta de la necesidad de explicarla, y las explicaciones consumen tiempo. Además, en este caso concreto concurren razones en cuyos méritos resulta especialmente difícil evitar las interpretaciones erróneas. Podría llenar una página entera con excusas y disculpas; declaraciones de escasa preparación, incompetencia, falta de experiencia y falta de conocimientos. Y sería verdad. Pero incluso en el momento de expresar lo anterior se plantearían unas dificultades tan fundamentales que quizás usted no podría comprenderlas, ni yo explicarlas. Pero nos desagrada dejar sin contestación una carta tan notable como la suya, una carta que quizá sea única en la historia de la humana correspondencia, ya que, ¿cuándo se ha dado el caso, anteriormente, de que un hombre culto pregunte a una mujer cuál es la manera, en su opinión, de evitar la guerra? En consecuencia, hagamos un esfuerzo para contestarla, incluso si está condenado al fracaso.

En primer lugar, expresemos lo que todos los autores de cartas expresan instintivamente, a saber, un somero retrato de la persona a quien se dirige la carta. Si en el otro extremo de la relación de correspondencia escrita no hay alguien que viva y respire, las cartas carecen de valor. Por lo tanto, usted, que ha formulado la pregunta, es persona de cabello un tanto gris en las sienes; y en lo alto de su cabeza ya no es espesa la cabellera. Ha alcanzado usted los años medios de su vida, no sin esfuerzo, mediante el ejercicio de la abogacía; pero, en términos generales, su singladura ha sido próspera. En su expresión, nada hay marchito, mezquino o insatisfecho. Y, sin ánimos de halagarle, su prosperidad –esposa, hijos y casa– es merecida. Nunca se ha sumido en la satisfecha apatía de la media edad, tal como demuestra su carta con membrete de un despacho en el corazón de Londres, y en vez de reposar la cabeza en la almohada, de apacentar sus cerdos y podar sus perales –es propietario de unos cuantos acres en Norfolk–, escribe cartas, asiste a reuniones, preside esto y lo de más allá, y formula preguntas, con ecos de cañoneo en sus oídos. En cuanto a lo que falta, digamos que comenzó su educación en una de las grandes escuelas y la terminó en la universidad.

Y ahora es cuando aparece la primera dificultad de comunicación entre nosotros. Séanos permitido indicar rápidamente la razón. Ambos procedemos de lo que en esta época híbrida en la que, pese a que el nacimiento puede ser de mixto origen, las clases siguen estratificadas, se ha dado en llamar, por razones de comodidad, la clase culta. Cuando nos encontramos en carne y hueso hablamos con el mismo acento; utilizamos los cuchillos y los tenedores de la misma manera; esperamos que el servicio doméstico guise la comida y lave los platos después; y, sin grandes dificultades, podemos hablar, durante la cena, de gente y de política, de la guerra y la paz, de barbarie y civilización, de todas las cuestiones, ciertamente, apuntadas en su carta... Pero estos tres puntos suspensivos representan un abismo, una separación tan profunda y abrupta entre nosotros que, durante estos tres años, he estado sentada en mi lado del abismo, preguntándome si acaso puede servir para algo intentar hablar al otro lado. Por lo tanto, más valdrá que pidamos a otra persona –se trata de Mary Kingsley– que hable por nuestra cuenta. «No sé si alguna vez le he dicho que el permiso para aprender alemán y el estudio de dicho idioma representó *cuanta educación de pago* he recibido. En la educación de mi hermano se gastaron dos mil libras que todavía espero no fuera un gasto en vano.»[1] Mary Kingsley no habla

1. *The Life of Mary Kingsley*, de Stephen Gwynn, p. 15. Es difícil averiguar las sumas exactas que se gastaban en la educación de las hijas de hombres con educación. El coste de la educación íntegra de Mary Kingsley (1862-1900) probablemente ascendió a veinte o treinta libras. Sin embargo, la suma gastada a este efecto, por término medio, en el siglo XIX, e incluso después, puede estimarse en las cien libras. Las mujeres así educadas a menudo tenían muy aguda conciencia de su deficiente educación. «Cuando salgo, siempre me doy cuenta dolorosamente de las deficiencias de mi educación», escribió Anne J. Clough, la primera directora de Newham. (*Life of Anne J. Clough*, de B. A. Clough, p. 60.) Elizabeth Haldane, quien, lo mismo que la señorita Clough, pertenecía a una familia extremadamente culta, pero que fue educada de manera parecida, dice que, tan pronto fue mayor: «Mi más firme convicción era que no había sido educada, y pensaba en cómo remediarlo. Me hubiera gustado ir a la universidad, pero, en aquellos tiempos, era insólito que las chicas fueran a la universidad, y mis proyectos no recibieron apoyo. Además la universidad era cara. El que una hija única se apartara de su madre viuda era algo que ni cabía pensar, y nadie me ayudó a transformar mis planes en realidad. En aquellos días había un nuevo movimiento encaminado a difundir las clases por correspondencia...» (*From One Century to Another*, de Elizabeth Haldane, p. 73.) Los esfuerzos de estas mujeres carentes de edu-

TRES GUINEAS

VIRGINIA WOOLF

Editorial Lumen

solamente de sí misma, sino que también habla en nombre de muchas hijas de hombres cultos. Y no habla solamente de este hecho sino que asimismo señala un hecho muy importante a ellas referente, un hecho que ejerce una profunda influencia en todo lo que se dirá, y este hecho es El Fondo de Educación de Arthur. Usted, qué ha leído *Pendennis*, recordará que las misteriosas letras FEA figuran en

---

cación para ocultar su ignorancia eran a menudo arduos, aunque no siempre tenían éxito. «Conversaban de modo agradable sobre temas del día, evitando cuidadosamente aquellos que pudieran dar lugar a controversias. Lo que más me impresionó fue la ignorancia y la indiferencia de que daban muestras con respecto a cuanto fuera ajeno a su círculo... Nada menos que la madre del Speaker de la Cámara de los Comunes creía que California era nuestra, parte del Imperio.» (*Distant Fields*, de H. A. Vachell, p. 109.) Que esta ignorancia era a menudo recomendada, en el siglo XIX, debido a la extendida creencia de que a los hombres con educación les gustaba, queda demostrado en la energía con que Thomas Gisborne, en su instructiva obra *On the Duties of Women* (p. 278), critica a quienes recomendaban a las mujeres «abstenerse cuidadosamente de descubrir a sus cónyuges las habilidades y conocimientos que poseyeran, en toda su extensión». «Esto no es discreción sino artificio. Es disimulo, es deliberada imposición... Y rara vez puede practicarse durante mucho tiempo, sin que se descubra la verdad.»

Pero la hija del hombre con educación, en el siglo XIX, era todavía más ignorante en lo tocante a la vida que en lo tocante a los libros. Una de las razones de esta ignorancia se advierte en las siguientes palabras: «Se creía que los hombres, en su mayoría, no eran *virtuosos*, es decir que casi todos ellos eran capaces de abordar y molestar –o peor aún– a toda mujer joven, sin compañía, a la que encontraran.» («Society and the Season», de la condesa de Lovelace, en *Fifty Years*, desde 1882 hasta 1932, p. 37.) La condesa vivía confinada en un muy estrecho círculo, y su «ignorancia e indiferencia» con respecto a cuanto se encontrara fuera de él era excusable. La relación que se da entre esta ignorancia y el concepto de virilidad imperante en el siglo XIX –del que es testigo el héroe victoriano–, y que creaba la incompatibilidad entre la virtud y la virilidad, es evidente. En un conocido párrafo, Thackeray se queja de las limitaciones que la virtud y la virilidad, conjuntamente, imponían a su arte.

los libros de contabilidad de la familia. Desde el siglo XIII las familias inglesas cultas, desde los Paston hasta los Pendennis, han gastado dinero en esa cuenta. Es un voraz recipiente. En los casos en que era preciso dar educación a muchos hijos, la familia tenía que hacer grandes esfuerzos para mantenerlo lleno. Sí, por cuanto su educación no consistía meramente en aprender libros; los amigos enseñaban más que los libros o los juegos. La conversación con ellos ensanchaba horizontes y enriquecía la mente. Durante las vacaciones, se viajaba; se adquiría afición al arte, conocimientos de política exterior; y luego, antes de que se pudiera uno ganar la vida, el padre fijaba una pensión que le permitía a uno vivir, mientras aprendía la profesión que permite añadir las letras K.C. (King's College) detrás del propio apellido. Todo salía del Fondo de Educación de Arthur. Y a este fondo, tal como indica Mary Kingsley, contribuían las hermanas. Y así era porque, no sólo el dinero correspondiente a su educación, salvo partidas tan exiguas cual la correspondiente a pagar al profesor de alemán, iban a parar a dicho fondo, sino que incluso muchos de aquellos lujos y complementos que son, a fin de cuentas, parte de la educación, como los viajes, la vida en sociedad, la soledad y una vivienda separada de la familiar, iban también a parar a dicho fondo. Era un receptáculo voraz, un hecho sólido –el Fondo de Educación de Arthur–, un hecho tan sólido que proyectaba su sombra sobre todo el paisaje. Y la consecuencia resultante es que miramos las mismas cosas, pero las vemos de modo diferente. ¿Qué es aquel conglomerado de edificios con aspecto cuasi monástico, con capillas y pabellones y campos de deporte? Para usted es su vieja escuela, Eton o Harrow, su vieja universidad, Oxford o Cambridge, la fuente de innumerables recuerdos y tradiciones. Para nosotras, que lo vemos

bajo la sombra del Fondo de Educación de Arthur, es la mesa de la escuela, el autobús que nos lleva a clase, una mujercita con la nariz roja, que tampoco ha recibido una buena educación, pero que tiene una madre inválida a la que debe mantener, una pensión de cincuenta libras anuales con la que comprarnos ropas, hacer regalos y efectuar viajes cuando alcancemos la madurez precisa. Este es el efecto que el Fondo de Educación de Arthur tiene en nosotras. Altera el paisaje de manera tan mágica que los nobles pabellones y cuadrángulos de Oxford y Cambridge a menudo parecen, a la vista de las hijas de los hombres con educación,[2] femenina ropa interior con agujeros, piernas de carnero frío, y el tren que empalma con el buque, poniéndose en marcha camino de países extranjeros, mientras el portero cierra la puerta de la universidad ante nuestras narices.

Que el Fondo de Educación de Arthur altere el paisaje –los pabellones, los campos de deportes, los sagrados edificios– es importante. Pero debemos dejar este aspecto para más adelante. Aquí solamente nos centramos en el hecho evidente, cuando sometemos a nuestra consideración la importante pregunta, ¿cómo vamos a contribuir a evitar la guerra?, consistente en que la educación es un factor diferencial. Para comprender las causas que conducen a la guerra es evidentemente preciso tener ciertos conocimientos de política, de relaciones internacionales, de economía. Incluso la filosofía y la teología pueden ser útiles. Ahora bien, quienes carecen de educación, quienes no han formado su mente, no tienen posibilidad alguna de tratar este tema. Estará de acuerdo conmigo en que la guerra, en cuanto consecuencia de fuerzas impersonales, es incomprensible a la mente sin educación. Sin embargo, la guerra en cuanto consecuencia de la naturaleza humana es ya otro asunto. Si usted no creyera que la naturaleza humana, las emociones de los hombres y las mujeres normales y corrientes, conduce a la guerra, no me hubiera escrito pidiendo nuestra opinión. Seguramente habrá pensado que los hombres y las mujeres, aquí y ahora, pueden ejercer su voluntad, que no son marionetas bailando pendientes de un cordel sostenido por manos invisibles. Los hombres y las mujeres pueden actuar y pensar por sí mismos. Quizás incluso pueden influenciar los pensamientos y los actos de otra gente. Este pensamiento quizá le haya inducido a escribirme, y con toda justificación. Y ello se debe a que, por fortuna, hay una rama de la educación que se clasifica con las palabras «educación gratuita», consistente en la comprensión de los seres humanos y de sus motivos, a lo que podríamos llamar psicología, siempre y cuando se despojen dichas palabras de sus asociaciones científicas. El matrimonio, la única gran profesión abierta a nuestra clase desde el principio de los tiempos hasta el año 1919, el matrimonio, arte de elegir el ser humano con el que compartir satisfactoriamente la vida, forzosamente nos habrá enseñado algo al respecto. Pero aquí nos tropezamos con otra dificultad. Ya que si bien es cierto que ambos sexos comparten, más o menos, muchos instintos, el de luchar ha sido siempre hábito del hombre y no de la mujer. Las leyes y las costumbres han desarrollado esa diferencia, ya innata, ya ocasional. Raro ha sido el ser humano, en el cur-

2. Nuestra cultura es todavía tan inveteradamente antropocéntrica que ha sido necesario acuñar este incómodo término –la hija del hombre con educación– para denominar a las mujeres cuyos padres fueron educados en las llamadas escuelas públicas y en las universidades. Es evidente que si bien la palabra «bourgeois» cuadra al hermano de esas mujeres, tampoco cabe negar que sería gravemente erróneo aplicarla a una persona tan profundamente diferente, en lo tocante a dos características principales de la «bourgeoisie»: el capital y el ambiente.

so de la historia, que haya caído bajo un rifle sostenido por una mujer; la gran mayoría de los pájaros y las bestias han sido muertos por los hombres, por ustedes; y no por nosotras. Y es difícil enjuiciar lo que no compartimos.[3]

Por lo tanto, ¿cómo vamos a comprender su problema, si no podemos determinar lo anterior; cómo, en consecuencia, podemos contestar su pregunta, cómo evitar la guerra? La contestación basada en nuestra experiencia y en nuestra psicología –¿por qué luchar?– carece de valor. Evidentemente, para ustedes en la lucha hay cierta gloria, cierta necesidad, cierta satisfacción, que nosotras jamás hemos sentido ni gozado. La total comprensión sólo podría conseguirse mediante una transfusión de sangre y una transfusión de recuerdos, milagro que aún no está al alcance de la ciencia. Pero quienes ahora vivimos tenemos algo que sustituye la transfusión de sangre y la transfusión de memoria, y que viene pintiparado al caso. Tenemos esas maravillosas, perpetuamente renovadas y, sin embargo, en gran parte no utilizadas, ayudas para la comprensión de los motivos humanos, consistentes en las biografías y las autobiografías. También tenemos los periódicos, que son historia a lo vivo. Por lo tanto ya no hay razón alguna para que quedemos confinadas al minúsculo reducto de la experiencia real que, para nosotras, todavía es tan estrecha, tan circunscrita. Podemos complementarla contemplando el cuadro de la vida de otras personas. Desde luego, se trata solamente de un cuadro en presente, pero, en cuanto a tal, es útil. Por esto recurriremos, en primer lugar, a la biografía, rápida y brevemente, a fin de intentar comprender lo que la guerra significa para usted. He aquí unas breves frases de unas biografías.

3. Seguramente es imposible calcular el número de animales muertos, en Inglaterra, en la práctica de los deportes, durante el siglo pasado. Por término medio, el número de piezas cobradas, en un día de caza, en Chatsworth, en 1909, se calcula en 1.212. (*Men, Women and Things*, del duque de Portland, p. 251.) En los libros dedicados al deporte pocas son las escopetas femeninas que se mencionan, y la presencia de las mujeres en los terrenos de caza motivó muchos comentarios cáusticos. «Skittles», la famosa amazona del siglo XIX, fue señora de virtud fácil. Es muy probable que, en el siglo XIX, se considerase que se daba cierta relación entre el deporte y la falta de castidad en las mujeres.

En primer lugar, las correspondientes a la biografía de un soldado:

«He tenido una vida extremadamente feliz, y siempre me he dedicado a la guerra, y ahora he entrado en el más importante y mejor período de la vida de un soldado.

»...Gracias a Dios, salimos dentro de una hora. ¡Qué magnífico regimiento! ¡Qué hombres, qué caballos! Espero que dentro de diez días, Francis y yo cabalgaremos juntos, atacando de frente a los alemanes».[4]

A lo cual el biógrafo añade:

«Desde el primer momento fue supremamente feliz, por haber hallado su verdadera vocación».

A continuación vienen las siguientes palabras de la vida de un aviador:

«Hablamos de la Sociedad de las Naciones y de las perspectivas de paz y desarme. En esta materia [él] es más marcial que militarista. La dificultad a la que no halló solución radicaba en que, si algún día se conseguía la paz permanente, y los ejércitos y

4. *Francis and Riversdale Grenfell*, de John Buchan, pp. 189, 205.

las armadas dejaban de existir, no habría cauce en el que verter las viriles cualidades que la lucha desarrolla, y la psique y el carácter humano sufrirían menoscabo».[5]

Inmediatamente vemos que hay tres razones que inducen a las personas de su sexo a luchar: la guerra es una profesión; es fuente de felicidad y diversión; y también es cauce de viriles cualidades, sin las cuales los hombres quedarían menoscabados. Sin embargo, estos sentimientos y opiniones no son universalmente compartidos por los individuos de su sexo, como lo demuestra el siguiente párrafo de otra biografía, de la vida de un poeta que murió en la guerra europea: Wilfred Owen.

«Ya he percibido una luz que jamás se filtrará en el dogma de iglesia nacional alguna, a saber, que uno de los esenciales mandamientos de Cristo fue: ¡Pasividad a cualquier precio! Sufre la deshonra y el desprestigio, pero jamás recurras a las armas; no mates... Con ello se ve que el puro cristianismo no armoniza con el puro patriotismo.»

Y entre las notas tomadas en vistas a unas poesías que la muerte le impidió escribir, están las siguientes:

«Las armas son contra natura... La inhumanidad de la guerra... La guerra es insoportable... La guerra es horriblemente bestial... La insensatez de la guerra».[6]

En estas frases citadas se ve con toda claridad que los individuos del mismo sexo tienen opiniones muy diferentes en lo tocante a una misma realidad. Pero

5. *Antony (Viscount Knebworth)*, del Earl of Lytton, p. 355.
6. *The Poems of Wilfred Owen*, edición a cargo de Edmund Blunden, pp. 25, 41.

también es evidente, a juzgar por lo que dice el diario de hoy, que por muchos disidentes que haya, la gran mayoría de los miembros de su sexo está, actualmente, en favor de la guerra. La Conferencia de Scarborough de hombres cultos y la Conferencia de Bournemouth de trabajadores han acordado que el gasto de 300.000.000 de libras esterlinas anuales en armamento es una necesidad. Opinan que Wilfred Owen estaba equivocado, que es mejor matar que morir. Como sea que las biografías demuestran que las diferencias de opinión abundan, es evidente que ha de haber alguna razón prevalente que explique aquella avasalladora unanimidad. ¿La llamaremos, en aras de la brevedad, «patriotismo»? A continuación, deberemos preguntarnos: ¿qué es este «patriotismo» que lleva a la guerra? Dejemos que nos lo diga el ministro de Justicia de Inglaterra:

«Los ingleses están orgullosos de Inglaterra. Para quienes han sido educados en escuelas y universidades inglesas, y han trabajado toda su vida en Inglaterra, pocos amores hay tan fuertes como el amor a la patria. Cuando consideramos otras naciones, cuando juzgamos los méritos de la política de este o aquel país, lo hacemos aplicando los criterios imperantes en el nuestro...

»La libertad ha escogido a Inglaterra por morada. Inglaterra es el hogar de las instituciones democráticas...

»Cierto es que entre nosotros hay muchos enemigos de la libertad, algunos de ellos, quizá, en sorprendentes lugares. Pero nos mantenemos firmes. Se ha dicho que el hogar del inglés es su castillo. El hogar de la libertad es Inglaterra. Y es un castillo realmente, un castillo que defenderemos hasta el final... Sí, somos grandemente afortunados, nosotros, los ingleses.»[7]

7. Lord Hewart, al brindar por «Inglaterra», en el banquete de la Society of St. George, en Cardiff.

Estas palabras son una muy aceptable declaración general de lo que el patriotismo significa para un hombre con educación, y de los deberes que le impone. Pero, ¿qué significa el «patriotismo» para la hermana del hombre con educación? ¿Tiene las mismas razones para estar orgullosa de Inglaterra, para amar a Inglaterra, para defender a Inglaterra? ¿Se puede considerar «grandemente afortunada» en Inglaterra? Al consultar con la historia y la biografía vemos que indican que su posición en la patria de la libertad ha sido un tanto distinta a la de su hermano; y la psicología parece indicar que la historia no carece de efectos sobre la mente y el cuerpo. En consecuencia, es muy posible que la hermana del hombre con educación dé a la palabra «patriotismo» una interpretación diferente. Y esta diferente interpretación puede ser causa de que la hermana encuentre extremadamente difícil comprender la definición que su hermano da del patriotismo y deberes anejos. Por lo tanto, si nuestra respuesta a su pregunta «¿Cómo se puede evitar la guerra, en su opinión?» se basa en la comprensión de las razones, emociones y lealtades que inducen a los hombres a ir la guerra, esta carta deberá ser rasgada y arrojada a la papelera. Es evidente que, debido a aquellas diferencias, no podemos entendernos. Es evidente que pensamos de manera diferente, si hemos nacido diferentes. Tenemos el punto de vista de Grenfell, el punto de vista de Knebworth, el punto de vista de Wilfred Owen, el punto de vista del ministro de Justicia y el punto de vista de la hermana del hombre con educación. Todos diferentes. Pero, ¿hay un punto de vista absoluto? ¿No podemos hallar, escrito en algún sitio, con letras de fuego y de oro, «Esto es justo. Esto es injusto», un criterio moral que todos, sean cuales fueren nuestras diferencias, estemos obligados a aceptar? Consultemos pues la cuestión de la justicia o injusticia de la guerra a quienes de la moralidad han hecho su profesión, al clero. No cabe duda de que si formulamos al clero la sencilla pregunta, «¿La guerra es justa o es injusta?», nos dará una clara respuesta que no podremos negar. Pero no es así. La Iglesia de Inglaterra, que cabe suponer podría limpiar la pregunta de las mundanales confusiones a ella anejas, también tiene dos pareceres. Los mismos obispos andan a la greña. El obispo de Londres sostenía que «el verdadero peligro para la paz, en nuestros días, son los pacifistas. Pese a lo mala que es la guerra, la deshonra es peor».[8] Por otra parte, el obispo de Birmingham se califica a sí mismo de «pacifista en grado sumo... Y no veo que la guerra pueda conciliarse con el espíritu de Cristo».[9] La Iglesia nos da pareceres opuestos; en algunas circunstancias es justo luchar; en circunstancia alguna es justo luchar. Es triste, confuso y desconcertante, pero debemos enfrentarnos con la realidad. No hay certeza en los cielos ni en la tierra. En verdad, cuantas más vidas leemos, cuantos más discursos escuchamos, cuantas más opiniones consultamos, mayor es la confusión y menos posible parece –debido a que no comprendemos los impulsos, los motivos, los criterios morales, que inducen a ir a la guerra– dar consejo alguno que contribuya a evitar la guerra.

Pero además de las imágenes de la vida y del pensamiento de otras personas –esas biografías e historias– tenemos también otras imágenes, imágenes de hechos reales, fotografías. Desde luego, las fotografías no son argumentaciones dirigidas a la mente, sino que son simples manifestaciones de hechos dirigidas a la vista. Pero, en su simplicidad, pueden sernos útiles. Comprobemos si, al ver una misma fotografía, sentimos lo mismo. Aquí, sobre

8 y 9. *The Daily Telegraph*, 5 de febrero de 1937.

la mesa, tenemos las fotografías. El gobierno español nos las manda con paciente pertinacia dos veces por semana. No son fotografías de placentera contemplación. En su mayor parte, son fotografías de cuerpos muertos. En el grupo de esta mañana, hay una foto de lo que puede ser el cuerpo de un hombre o de una mujer. Está tan mutilado que también pudiera ser el cuerpo de un cerdo. Pero estos cuerpos son ciertamente cadáveres de niños, y esto otro es, sin duda, la sección vertical de una casa. Una bomba ha derribado la fachada, todavía está una jaula de pájaro colgando en lo que seguramente fue la sala de estar, pero el resto de la casa no es más que un montón de palos y astillas suspendido en el aire.

Estas fotografías no son un argumento. Son simplemente la burda expresión de un hecho, dirigida a la vista. Pero la vista está conectada con la mente, y la mente lo está con el sistema nervioso. Este sistema manda sus mensajes, en un relampagueo, a los recuerdos del pasado y a los sentimientos presentes. Cuando contemplamos estas fotografías, en nuestro interior se produce una fusión; por diferente que sea nuestra educación y la tradición a nuestra espalda, tenemos las mismas sensaciones, y son sensaciones violentas. Usted, señor, dice que son sensaciones de «horror y repulsión». También nosotras decimos horror y repulsión. Las mismas palabras se forman en nuestros labios. La guerra, dice usted, es abominable, una barbaridad, la guerra ha de evitarse a toda costa. Sí, por cuanto ahora, por fin, contemplamos las mismas imágenes, vemos los mismos cuerpos muertos, las mismas casas derruidas.

Abandonemos por el momento el intento de contestar su pregunta, de averiguar cómo podemos evitar la guerra, por el medio de estudiar las razones políticas, patrióticas y psicológicas que inducen a ir a la guerra. La emoción es tan positiva

que no permite el paciente análisis. Centremos la atención en las propuestas prácticas que usted somete a nuestra consideración. Son tres. La primera consiste en firmar una carta dirigida a los periódicos, la segunda es ingresar en cierta sociedad y la tercera es contribuir a los fondos de dicha sociedad. A primera vista, nada parece más sencillo. Garrapatear un nombre en una hoja de papel es fácil; asistir a una reunión en la que pareceres pacifistas son más o menos retóricamente reiterados ante personas que ya creen en ellos también es fácil; y extender un cheque en apoyo de esas vagamente aceptables opiniones, pese a que no es tan fácil, constituye un medio barato de acallar lo que, por razones de comodidad, denominamos la conciencia. Sin embargo, se dan razones que nos inducen a la duda, razones que expondremos, con menos superficialidad, más adelante. Aquí, bastará con decir que las tres medidas que usted propone parecen plausibles. Sin embargo, también parece que, si hacemos lo que usted nos dice, la emoción levantada por las fotografías no quedará apaciguada. Esta emoción, esta tan positiva emoción, exige algo más positivo que un nombre escrito en una hoja de papel, que una hora dedicada a escuchar parlamentos, que un cheque por el importe de la suma que podamos permitirnos pagar, como, por ejemplo, una guinea. Algo más enérgico, algún modo más activo de expresar nuestra convicción de que la guerra es bárbara, de que la guerra es inhumana, de que la guerra, tal como dijo Wilfred Owen, es insoportable, horrible y bestial, es imprescindible. Pero, retórica aparte, ¿qué método activo tenemos a nuestro alcance? Pensemos y comparemos. Usted, naturalmente, podría empuñar otra vez las armas –ahora en España, como antes en Francia– para defender la paz. Pero cabe presumir que este método, después de haber-

lo usted probado, ha merecido su reprobación. A nosotras, este método nos es denegado, ya que tanto el ejército de tierra como la armada no admiten a personas de nuestro sexo. No se nos permite luchar. Por otra parte, tampoco se nos permite ser miembros de la Bolsa. En consecuencia, no podemos utilizar la presión de la fuerza ni la presión del dinero. Las armas no tan directas, pero ciertamente eficaces, que nuestros hermanos, los hombres con educación, poseen en el servicio diplomático y en la Iglesia, también nos son denegadas. No podemos predicar sermones ni negociar tratados. Además, si bien es cierto que podemos escribir artículos y mandar cartas a los periódicos, el control de la prensa –la decisión acerca de qué se debe publicar y qué no se debe publicar– está totalmente en manos de los individuos de su sexo. Cierto es que, durante los últimos veinte años, hemos sido admitidas en los cuerpos de funcionarios públicos y en la abogacía, pero nuestra posición ahí es todavía muy precaria y nuestra autoridad mínima. Todas las armas con las que un hombre con educación puede imponer sus opiniones se encuentran fuera de nuestro alcance, o bien tan cerca del límite en que quedarían fuera de nuestro alcance que, con ellas, apenas podríamos causar un arañazo. Si los hombres de su profesión se unieran en la formulación de cualquier petición y dijeran: «Si no se accede a esto, dejaremos de trabajar», las leyes de Inglaterra dejarían de ser aplicadas. Si las mujeres de su profesión dijeran lo mismo, ello no produciría efecto alguno en las leyes de Inglaterra. Y no sólo somos incomparablemente más débiles que los hombres de nuestra propia clase, sino que también somos más débiles que las mujeres de la clase trabajadora. Si las trabajadoras del país dijeran: «Si vamos a la guerra, nos negaremos a fabricar municiones o a contribuir a la producción de bienes», la dificultad de hacer la guerra quedaría seriamente agravada. Pero si todas las hijas de los hombres con educación decidieran, mañana, abandonar las herramientas, nada esencial en lo referente a la vida de la comunidad o en sus esfuerzos bélicos quedaría menoscabado. Nuestra clase es la más débil entre todas las clases del Estado. No tenemos armas con las que hacer valer nuestra voluntad.[10]

La alegación contra lo anterior es tan conocida que podemos anticiparla fácilmente. Las hijas de los hombres con educación no tienen una influencia directa, es verdad. Pero tienen el poder mayor entre cuantos existen, y este poder radica en la influencia que pueden ejercer sobre los hombres con educación. Si esto es verdad, o sea, si la influencia sigue siendo la más fuerte de nuestras armas y la única que podemos esgrimir eficazmente para impedir la guerra, séanos permitido, antes de firmar

10. Desde luego, hay algo que la mujer educada puede proporcionar: hijos. Y uno de los medios por los que puede contribuir a evitar la guerra es negarse a tenerlos. Así vemos que la señora Helena Normanton opina que: «La única cosa que la mujer de cualquier país puede hacer para evitar la guerra es dejar de suministrar carne de cañón». («Report of the Annual Council for Equal Citizenship», *Daily Telegraph*, 5 de marzo de 1937.) Las cartas que los periódicos publican comparten a menudo esta opinión. «Puedo decir al señor Harry Campbell la razón por la cual las mujeres se niegan a tener hijos en los presentes tiempos. Cuando los hombres hayan aprendido a administrar las tierras que gobiernan de manera que las guerras solamente afecten a quienes suscitan las querellas, en vez de segar a quienes no lo hacen, las mujeres volverán a sentir deseos de tener familias numerosas. ¿Por qué las mujeres han de querer traer hijos a un mundo cual el presente?» (Edith Maturin-Porch, en el *Daily Telegraph*, 6 de septiembre de 1937.) El que la tasa de natalidad en la clase educada esté descendiendo parece indicar que las mujeres educadas siguen el consejo de la señora Normanton. En circunstancias muy parecidas, este mismo consejo les dio, hace más de dos mil años, Lisístrata.

su manifiesto o de ingresar en su sociedad, considerar lo que esta influencia representa. Evidentemente, es de tan inmensa importancia que merece profundo y largo análisis. Nuestro análisis no puede ser profundo, ni tampoco largo. De todos modos, intentemos hacerlo, pese a que será rápido e imperfecto.

¿Qué influencia hemos tenido, durante el pasado, en la profesión más estrechamente relacionada con la guerra, es decir, la política? Aquí, una vez más, tenemos las innumerables y valiosísimas biografías, pero incluso un alquimista quedaría agobiado ante la tarea de extraer de la masa de vidas de políticos ese concreto rasgo constituido por la influencia de las mujeres en ellos. Nuestro análisis forzosamente ha de ser escueto y superficial. Sin embargo, si limitamos el campo de nuestra investigación a una extensión que, por sus limitaciones, nos sea manejable, y examinamos las memorias correspondientes a un siglo y medio, difícilmente podremos negar que ha habido mujeres con influencia en la política. La famosa duquesa de Devonshire, Lady Palmerston, Lady Melbourne, Madame de Lieven, Lady Holland, Lady Ashburton –citadas así, saltando de un nombre famoso a otro– fueron sin la menor duda mujeres poseedoras de gran influencia política. Sus famosas casas y las fiestas y reuniones que en ellas se celebraban tienen tan importante papel en las memorias de su época que difícilmente podremos negar que la política inglesa, quizás incluso las guerras inglesas, hubieran sido diferentes si dichas casas y dichas reuniones no hubieran existido. Pero todas esas memorias tienen una característica en común, todas sus páginas están salpicadas con los nombres de los grandes líderes políticos –Pitt, Fox, Burke, Sheridan, Peel, Canning, Palmerston, Disraeli, Gladstone–, pero el lector no encontrará en lo alto de la escalinata recibiendo a los invitados, ni en

las más recogidas estancias de la casa, a una sola hija de un hombre con educación. Quizá no tuvieran el suficiente encanto, ingenio, rango o vestuario. Sea cual fuere la razón, lo cierto es que usted volverá página tras página, leerá volumen tras volumen y, pese a que encontrará los nombres de los hermanos y maridos, cual Sheridan en Devonshire House, Macaulay en Holland House, Matthew Arnold en Landsdowne House, Carlyle incluso en Bath House, no hallará los nombres de Jane Austen, Charlotte Brontë y George Eliot. Sin embargo, la señora Carlyle asistía a estas reuniones y, según sus propias manifestaciones, parecía encontrarse incómoda en ellas.

Pero, como usted sin duda alguna dirá, las hijas de los hombres con educación han tenido otra clase de influencia, una influencia ajena a la riqueza y al rango, al vino, a la comida y a los vestidos, así como a todos los restantes atractivos que dan a las grandes casas de las damas su carácter seductor. Aquí nos hallamos ya en terreno más firme, puesto que hubo, desde luego, una causa política que las hijas de los hombres con educación adoptaron con gran empeño en los últimos ciento cincuenta años. Se trata de su emancipación. Pero, cuando pensamos en el largo tiempo y el arduo trabajo que les costó ganar esta causa, sólo podemos concluir que la influencia debe aliarse con la riqueza a fin de ser eficaz en cuanto a arma política, y que la influencia de la clase que pueden ejercer las hijas de hombres con educación es de muy escasa potencia, lenta en su acción y de muy penoso uso.[11] Cierta-

11. Además de las especificadas en el texto hay, desde luego, innumerables clases de influencias. Varían y van desde la sencilla influencia expresada en el párrafo siguiente: «Tres años después... la encontramos escribiéndole, en su calidad de ministro del gobierno, para pedirle se interesara por un eclesiástico al que

mente, el único gran logro político de la hija del hombre con educación le cuesta más de un siglo dedicado al más agotador trabajo físico. Tuvo que participar en manifestaciones, trabajar en oficinas, hablar en las esquinas y, por fin, debido a que hizo uso de la fuerza, fue enviada a la cárcel, donde probablemente seguiría aún, si no hubiera sido, caso ciertamente paradójico, porque la ayuda que dio a sus hermanos, cuando éstos, por fin, se sirvieron de la fuerza, le concedió el derecho de llamarse, si

---

tenía especial simpatía, con el fin de conseguirle una prebenda...» (*Henry Chaplin, a Memoir*, de Lady Londonderry, p. 57), hasta la muy sutil influencia que Lady Macbeth ejercía en su marido. Entre estos dos extremos se encuentra la influencia a que se refiere D. H. Lawrence: «Es inútil que intente hacer algo sin tener a una mujer a la espalda... No me atrevo a llevar vida social, sin tener a una mujer detrás... Pero, cuando se trata de una mujer a la que amo, esta mujer parece ponerme en directa comunicación con lo ignoto, en cuyo ámbito, de lo contrario, me encuentro un tanto perdido» (*Letters of D. H. Lawrence*, pp. 93-94.) Estas palabras, a pesar de que la colocación de la mujer es un tanto extraña, pueden compararse con la famosa y muy parecida declaración del ex rey Eduardo VIII al abdicar. Las circunstancias políticas actualmente imperantes en el extranjero parecen favorecer el regreso del empleo de la influencia interesada. Por ejemplo: «La siguiente historia ilustrará el grado de influencia de las mujeres en Viena actualmente. Durante el pasado otoño se proyectó tomar ciertas medidas para disminuir considerablemente las oportunidades de las mujeres con una profesión. Las protestas, las súplicas, las cartas, de nada sirvieron. Por fin, desesperadas, un grupo de conocidas señoras de la ciudad celebró una reunión en la que se trazaron planes. Durante las dos semanas siguientes y durante cierto número de horas diarias, varias de estas señoras se dedicaron a llamar por teléfono a los ministros del gobierno a quienes conocían personalmente, con la aparente intención de invitarles a cenar a sus respectivas casas. Utilizando todo el encanto de que las vienesas son capaces, hicieron hablar a los ministros, preguntándoles acerca de esto y lo otro, abordando por fin el tema que las tenía preocupadas. Cuando los ministros hubieron recibido llamadas de varias señoras, a ninguna de las cuales deseaban ofender, teniendo que demorar la solución de urgentes asuntos de Estado gracias a esta maniobra, de-

no hija de pleno derecho, al menos hijastra de Inglaterra.[12]

Parece pues que, cuando la influencia se pone a prueba, solamente resulta plenamente eficaz si se la combina con el rango, la riqueza y las grandes mansiones. Las influyentes son las hijas de los aris-

---

cidieron transigir y aplazaron la adopción de aquellas medidas». (*Women Must Choose*, de Hilary Newitt, p. 129.) Se hizo un uso parecido de la influencia y, a menudo, deliberadamente, durante la batalla de la emancipación. Pero se dice que la influencia femenina ha quedado menoscabada por la posesión del derecho a votar. Así vemos que el mariscal von Bieberstein opinaba que: «Las mujeres siempre dirigían a los hombres... pero von Bieberstein no deseaba que la mujer tuviera voto». (*From One Century to Another*, de Elizabeth Haldane, p. 258.)

12. Las mujeres inglesas fueron muy criticadas por utilizar la fuerza en la batalla por la emancipación. Cuando, en 1910, las sufragistas «redujeron a pulpa» el sombrero del señor Birrell y le patearon las espinillas, Sir Almeric Fitzroy comentó «un ataque de este carácter a un indefenso anciano, llevado a efecto por una banda organizada de *jenízaros*, esperamos convenza a mucha gente del enloquecido y anárquico espíritu que anima a dicho movimiento». (*Memoirs of Sir Almeric Fitzroy*, Vol. II, p. 425.) Estas observaciones no fueron de aplicar al empleo de la fuerza durante la guerra europea. En realidad, se concedió el voto a las inglesas debido, en gran parte, a la ayuda que dieron a los ingleses en el empleo de la fuerza durante la guerra. «El día 14 de agosto [1916], el propio señor Asquith dejó de oponerse [a la emancipación] y dijo: "Es cierto que [las mujeres] no pueden luchar, en el sentido de disparar con fusiles y demás armas, pero... han contribuido con suma eficacia a la prosecución de la guerra"». (*The Cause*, de Ray Strachey, p. 354.) Esto plantea el difícil interrogante siguiente: ¿Aquellas mujeres que no contribuyeron a la prosecución de la guerra, sino que hicieron cuanto pudieron para entorpecer la prosecución de la guerra, deben emplear un derecho a votar que les ha sido reconocido debido, primordialmente, a que otras contribuyeron a la prosecución de la guerra? Que las inglesas son hijastras, y no hijas, de Inglaterra queda de relieve en el hecho de que cambien de nacionalidad al contraer matrimonio. La mujer, tanto si ha contribuido a derrotar a los alemanes como si no, se convierte en alemana, si se casa con un alemán. Y tiene que invertir totalmente sus opiniones políticas, así como transferir su piedad filial.

tócratas, no las de los hombres con educación. Y esta influencia es de la clase que describe un destacado miembro de su profesión, el fallecido Sir Ernest Wild.

«Aseguraba que la gran influencia que las mujeres ejercen en los hombres siempre había sido, y siempre debía ser, una influencia indirecta. Al hombre, le gustaba creer que hacía su trabajo por sí mismo, cuando, en realidad, solamente hacía lo que la mujer quería, pero la mujer discreta siempre dejaba que el hombre fuera quien llevara la batuta, sin llevarla. Toda mujer que se interesaba por la política tenía un poder mucho mayor sin el voto que con él, debido a que podía influir en muchos electores. Opinaba que no era justo poner a las mujeres al mismo nivel que los hombres. Situaba a las mujeres en un lugar más elevado, y deseaba poder seguir haciéndolo. Deseaba que la edad de la caballerosidad no se extinguiera, debido a que todo hombre que tuviera una mujer que le concediera sus atenciones ansiaba brillar ante ella.»[13]

Y así sucesivamente.

Si ésta es la verdadera naturaleza de nuestra influencia y, si todos nos mostramos de acuerdo con esa definición y tomamos buena nota de sus efectos, tendremos que concluir que, o bien no está a nuestro alcance, porque hay muchas mujeres carentes de belleza, pobres y viejas, o bien es digna de nuestro desprecio, por cuanto muchas de nosotras preferiríamos llamarnos prostitutas, pura y simplemente, y ponernos bajo los faroles de Piccadilly Circus, antes que utilizarla. Si es ésta la verdadera naturaleza, naturaleza indirecta, de tan celebrada arma, estamos

13. *Sir Ernest Wild, K. C.*, de Robert J. Blackburn, pp. 174-175.

obligadas a renunciar a ella, a añadir nuestro impulso pigmeo a más potentes fuerzas, y a recurrir, tal como usted propone, a firmar cartas, afiliarnos a sociedades y a mandar de vez en cuando un cheque por una exigua cuantía. Ésta parecería ser la inevitable pero deprimente conclusión de nuestro análisis de la naturaleza de dicha influencia, si no fuera debido a que por ciertas razones jamás satisfactoriamente explicadas el derecho a votar,[14] en modo alguno despreciable por sí mismo, quedó misteriosamente relacionado con otro derecho de tan inmenso valor para las hijas de los hombres con educación que ha cambiado casi todas las palabras del diccionario, incluyendo el sustantivo «influencia». Estas palabras no parecerán exageradas si digo que hacen referencia al derecho de la mujer a ganarse la vida.

Éste, señor, es el derecho que nos reconocieron hace menos de veinte años, en 1919, mediante una ley que nos abrió el acceso a las profesiones. Las puertas de las casas privadas se abrieron. En toda bolsa hubo, o pudo haber, una nueva y reluciente moneda de seis peniques, a cuya luz todo pensamiento, toda visión, parecían diferentes. Veinte años, teniendo en cuenta cómo pasa el tiempo, no es gran cosa. Y seis peniques tampoco es una moneda muy importante. Además, tampoco podemos recurrir a las biografías para que nos den la imagen de la vida y la mente de las poseedoras de seis peniques. Pero, en la imaginación, quizá podamos ver a la hija del hombre con educación en el momento de salir de las sombras de la casa privada, y

14. Que el derecho a votar no ha resultado una nimiedad queda de relieve en los hechos de vez en cuando publicados por la National Union of Societies for Equal Citizenship. «Esta publicación *[What the Vote Has Done]* constaba al principio de una sola página; ahora [1927] es un folleto de seis páginas y ha de ser aumentada constantemente.» (*Josephine Butler*, de M. G. Fawcett y E. M. Turner, nota, p. 101.)

situarse en el puente que media entre el viejo y el nuevo mundo, y preguntar, mientras hace saltar la sagrada moneda en la palma de la mano: «¿Qué hago con ella? ¿Qué veo, gracias a ella?» Podemos aventurar que gracias a esta luz veía de manera diferente cuanto miraba, los hombres y las mujeres, los automóviles y las iglesias. Incluso la luna, pese a las cicatrices de sus cráteres, le parecía una blanca moneda de seis peniques, una casta moneda, sobre un altar ante el que esa mujer jamás se inclinaría junto con las serviles, las firmantes de cartas, puesto que tenía el derecho de hacer lo que le viniera en gana con la sagrada moneda de seis peniques que había ganado con sus propias manos. Y si usted, poniendo a la imaginación el freno del prosaico sentido común, alega que depender de una profesión es otra forma de esclavitud, tendrá que reconocer, basándose en su propia experiencia, que depender de una profesión es una forma de esclavitud menos odiosa que la de depender de un padre. Recuerde usted la alegría con que recibió su primera guinea por su primer servicio profesional y el profundo suspiro de libertad que exhaló cuando se dio cuenta de que sus días de dependencia del Fondo de Educación de Arthur habían terminado. De esta guinea surgió, al igual que de una de esas bolsas mágicas de las que surge un árbol cuando los niños les pegan fuego, todo lo que usted más valora –esposa, hijos, casa– y, sobre todo, esa influencia que ahora le permite influenciar a otros hombres. ¿Qué influencia tendría usted si todavía recibiera cuarenta libras procedentes de la bolsa familiar y todo complemento a esa suma dependiera de la voluntad de su padre, aunque fuera el más benévolo que quepa imaginar? Pero no es necesario insistir en este punto. Sea cual fuera la razón –orgullo, amor a la libertad, odio a la hipocresía–, usted comprende la excitación con que, en 1919,

sus hermanas comenzaron a ganar, no una guinea, sino una monedita de seis peniques, y no se mofará de su orgullo, ni negará que era fundado, por cuanto significaba que ya no necesitaban utilizar la influencia definida por Sir Ernest Wild.

Así vemos que la palabra «influencia» ha cambiado. La hija del hombre con educación tiene ahora una influencia diferente a todo género de influencia que haya poseído anteriormente. No es la influencia que posee la gran dama, la Sirena, tampoco es la influencia que tenía la hija del hombre educado cuando carecía de voto, ni tampoco es la influencia que tenía cuando ya había adquirido el derecho a votar, pero no el derecho al trabajo, a ganarse la vida. Es diferente debido a que se trata de una influencia que ha sido despojada del elemento del encanto, es una influencia que ha sido despojada del elemento del dinero. La hija del hombre educado ya no necesita utilizar su encanto para sacar dinero a su padre o a su hermano. Y, como sea que la familia ya no tiene la posibilidad de castigarla económicamente, la hija del hombre con educación puede expresar sus opiniones libremente. En vez de admiraciones y antipatías que a menudo quedaban inconscientemente condicionadas por la necesidad de dinero, ahora puede declarar sus genuinas simpatías y antipatías. En resumen, no necesita servirse de la aquiescencia; puede criticar. Por fin, tiene una influencia desinteresada.

Ésta es en líneas generales, rápidamente trazadas, la naturaleza de nuestra nueva arma, la influencia que la hija del hombre con educación puede ejercer, ahora que puede ganarse la vida. En consecuencia, la cuestión que debemos abordar a continuación es cómo puede utilizar esta nueva arma con el fin de ayudarle a usted a evitar la guerra. Ahora vemos que, si no hay diferencia alguna entre los hombres que se ganan la vida, esta carta debe

terminar; ya que, si el punto de vista de ustedes es el mismo que el nuestro, deberemos añadir nuestra moneda de seis peniques a su guinea, seguir sus métodos y repetir sus palabras. Pero, por fortuna o por desdicha, lo anterior no es verdad. Las dos clases todavía son enormemente diferentes. Y, para demostrarlo, ninguna necesidad tenemos de recurrir a las inciertas y peligrosas doctrinas de psicólogos y biólogos, nos basta con recurrir a los hechos. Fijémonos en la educación. Su clase ha sido educada en las llamadas escuelas públicas y en las universidades durante quinientos o seiscientos años, la nuestra durante sesenta. Fijémonos en la propiedad de bienes.[15] Su clase posee por derecho propio y

15. Carecemos de cifras con las que comprobar hechos que forzosamente han de tener muy importante influencia en la biología y la psicología de los sexos. Podría comenzarse ese esencial aunque extrañamente olvidado estudio preliminar por el medio de pintar con yeso un mapa de Inglaterra a gran escala, pintando de rojo las propiedades de los hombres y de azul las de las mujeres. Después se efectuaría una comparación entre el número de corderos y de cabezas de ganado consumidos por cada sexo, la cantidad de vino y cerveza, de tabaco; después de lo cual examinaríamos atentamente los ejercicios físicos de uno y otro sexo, los trabajos domésticos, las facilidades de tener relaciones sexuales, etcétera. Los historiadores, como es natural, se ocupan principalmente de la guerra y de la política, pero, a veces, arrojan luz sobre el vivir humano. Así vemos que Macaulay, al tratar del caballero rural inglés del siglo XVII, dice: «Su esposa e hijas, en lo referente a gustos y conocimientos, se encontraban a una altura inferior a la de un ama de llaves actual, e incluso a la de una doncella. Cosían e hilaban, elaboraban grosella, preparaban compota y amasaban la pasta con que se sirve el venado.»

Y: «Las señoras de la casa, que por lo general habían guisado la cena, se retiraban tan pronto los platos habían sido devorados y dejaban a los caballeros con sus cervezas y tabaco». (Macaulay, *History of England*, capítulo tercero.) Pero los caballeros siguieron bebiendo y las señoras retirándose hasta mucho más tarde. «Cuando mi madre era joven, antes de contraer matrimonio, todavía persistía la vieja costumbre de beber mucho, propia de la Regencia y del siglo XVIII. En Woburn Abbey, el viejo ma-

no a través del matrimonio, prácticamente todo el capital, todas las tierras, todos los valores y todos los cargos de Inglaterra. Por propio derecho y no mediante matrimonio, nuestra clase prácticamente carece de capital, de tierras, de valores y de cargos en Inglaterra. Ningún psicólogo o biólogo negará que estas diferencias comportan muy considerables diferencias en la mente y en el cuerpo. De lo cual parece seguir el indiscutible hecho de que «nosotras» –y este «nosotras» significa una unidad integrada por cuerpo, cerebro y espíritu, sometida a la influencia del recuerdo y las tradiciones– forzosamente seguimos siendo diferentes de «vosotros», cuyo cuerpo, cerebro y espíritu han sido diferentemente educados y son diferentemente influenciados por recuerdos y tradiciones. Pese a que vemos un mismo mundo, lo vemos con ojos diferentes. Toda ayuda que nosotras podamos darles será diferente de la ayuda que ustedes se dan a sí mismos; y quizás el valor de nuestra ayuda radique, precisamente, en esa diferencia. En consecuencia, antes de que accedamos a firmar su manifiesto o a ingresar en su sociedad, es aconsejable que descubramos en qué consiste la diferencia, porque, entonces, descubriremos, asimismo, en qué debe consistir la ayuda. A modo de muy elemental prin-

cipiante de la familia solía dar, por la noche, el parte de la situación a mi abuela, en la sala de estar. Este fiel doméstico anunciaba, según fueran las circunstancias: "Esta noche, los caballeros han bebido mucho, quizá sea mejor que las señoritas se retiren", o bien: "Esta noche, las caballeros han bebido muy poco". Cuando las chicas eran enviadas al piso superior, les gustaba quedarse en el descansillo de la escalera, para ver desde allí el numeroso grupo de hombres, gritando y alborotando, que salía del comedor.» (*The Days Before Yesterday*, de Lord F. Hamilton, p. 133.) Dejaremos a los científicos del futuro la tarea de decirnos el efecto que la bebida y la propiedad tienen en los cromosomas.

cipio, pongamos ante usted una fotografía –una fotografía burdamente coloreada– de su mundo, tal como lo vemos nosotras, que lo contemplamos desde el umbral de una casa privada, a través del velo que San Pablo aún mantiene sobre nuestros ojos, desde el puente que une la casa privada con el mundo de la vida pública.

Su mundo, el mundo de las profesiones, de la vida pública, visto desde dicho ángulo, parece raro. A primera vista es tremendamente impresionante. En un espacio muy reducido se encuentran San Pablo, el Banco de Inglaterra, la Alcaldía, la sólida aunque fúnebre estructura del Palacio de Justicia; al otro lado, la Abadía de Westminster y el Parlamento. Y, deteniéndose en este momento de transición, en el puente, nos decimos: Ahí consumieron la vida nuestros padres y nuestros hermanos. Durante todos esos siglos han estado subiendo esos peldaños, entrando y saliendo por esas puertas, subiendo a esos púlpitos, predicando, ganando dinero, administrando justicia. De este mundo la casa privada (digamos que en algún lugar del West End) ha sacado sus creencias, sus leyes, sus vestidos, sus alfombras, su buey y su cordero. Y después, tal como ahora podemos, hemos empujado cautelosamente las puertas de uno de estos templos, hemos entrado de puntillas y hemos contemplado la escena más detalladamente. La primera sensación de colosal tamaño, de majestad de la piedra, queda desglosada en miríadas de puntos de pasmo mezclado con interrogaciones. En primer lugar, vuestro atuendo nos deja boquiabiertas.[16] Cuántas, cuán

16. El hecho de que los dos sexos tengan un muy notable, aunque diferente, amor al vestuario parece no haber sido advertido por el sexo dominante, debido, cabe suponer, al poder hipnótico propio del ejercicio del dominio. Así vemos que el difunto juez MacCardie, al resumir el caso de la señora Frankau,

espléndidas, cuán adornadas son las ropas que llevan los hombres educados en sus funciones públicas... Ahora, os vestís de violeta; un crucifijo pende sobre vuestro pecho; ahora os cubrís de encaje los hombros; ahora os ponéis armiño; ahora os colgáis encima muchas cadenas con piedras preciosas engarzadas. Ahora lleváis pelucas; cascadas de rizos descienden gradualmente hasta el cuello. Ahora vuestros sombreros tienen forma abarquillada, ahora tienen picos; ahora son altos conos de negra piel; ahora son de latón y en forma de cazo; ahora rojas plumas, ahora plumas azules, los coronan. A veces, faldones cubren vuestras piernas; a veces

comentó: «No se puede pedir a las mujeres que renuncien a un esencial rasgo de la feminidad o que abandonen uno de los medios que la naturaleza les proporciona para aliviar una constante e insuperable inferioridad física... El vestido, a fin de cuentas, es uno de los principales modos de expresión de las mujeres... En lo tocante a los vestidos, las mujeres a menudo se quedan en la infancia hasta el fin de sus días. No debemos olvidar el aspecto psicológico de esta realidad. Pero, sin dejar de tener en cuenta lo anterior, la ley ha dispuesto, justamente, que debe observarse un criterio de prudencia y proporción.» El juez que esto decía iba ataviado con toga escarlata, esclavina de armiño y una gran peluca de tirabuzones artificiales. Por ello podemos muy bien preguntarnos si estaba utilizando «uno de los medios que la naturaleza proporciona para aliviar una constante e insuperable inferioridad física» o si quizás aplicaba «un criterio de prudencia y proporción». Sin embargo «no debemos olvidar el aspecto psicológico»; y el que la singularidad de su atavío, igual que la del atavío de los almirantes, generales, pares del reino, alabarderos, reyes de armas, etcétera, resultara totalmente invisible a su vista, de modo que se consideraba perfectamente capaz de sermonear a la señora, sin tener la más remota conciencia de que compartía la debilidad de ésta, plantea dos interrogantes: ¿Cuántas veces es preciso realizar un acto para que llegue a ser tradicional y, en consecuencia, venerable? ¿Y cuál es la gradación de prestigio social que produce ceguera con respecto a la curiosa naturaleza de las ropas que uno lleva? La singularidad en el vestir, cuando no va ligada a un cargo, rara vez deja de ser ridícula.

son polainas. Tabardos con leones y unicornios bordados se balancean pendientes de vuestros hombros; objetos de metal en forma de estrella o de círculo brillan y destellan sobre vuestro pecho. Cintas de todos los colores –azules, moradas, carmesíes– cruzan de hombro a hombro. Después de la relativa sencillez de vuestro atuendo en casa, el esplendor de vuestras públicas vestimentas es deslumbrante.

Pero mucho más extraños son dos hechos de los que poco a poco nos damos cuenta, cuando nuestra vista se ha recobrado de los primeros efectos del deslumbramiento. No sólo hay grupos enteros de hombres igualmente vestidos en verano y en invierno –rara circunstancia entre los individuos de un sexo que cambia sus ropas en concordancia con las estaciones y por motivos de gusto personal y de comodidad–, sino que todo botón, roseta y raya parece tener un significado simbólico. Algunos sólo tienen derecho a llevar botones sencillos; otros rosetas; algunos tienen derecho a lucir una sola raya; otros, tres, cuatro, cinco y seis. Y cada rizo o raya se encuentra a la distancia exacta a que debe estar con respecto al otro rizo o a la otra raya; para unos ha de ser una pulgada, una pulgada y cuarto para otros. Las normas regulan los cordones trenzados de oro sobre los hombros, la lista en los pantalones, las cucardas en los sombreros. Pero no hay vista capaz de observar todas esas distinciones y menos aún de describirlas con justeza.

Sin embargo, más extrañas todavía que el simbólico esplendor de vuestras ropas son las ceremonias que se celebran cuando las lleváis. Aquí os arrodilláis; allá hacéis una reverencia; aquí avanzáis en procesión detrás de un hombre portador de una maza de plata; aquí ascendéis por una escalera de madera labrada; aquí rendís homenaje a una porción de madera pintada; aquí os humilláis ante

mesas cubiertas de ricos tapices. Y, sea lo que fuere lo que estas ceremonias significan para vosotros, siempre las efectuáis juntos, al unísono, siempre con el uniforme adecuado al hombre y a la ocasión.

Prescindiendo de las ceremonias, tan decorativa vestimenta nos parece, a primera vista, extremadamente extraña. Debido a que nuestro atuendo, tal como solemos usarlo, es relativamente sencillo. Además de la primaria función de cubrir el cuerpo, tiene otras misiones, ser bello a la vista y atraer la admiración de los miembros de vuestro sexo. Como sea que el matrimonio, hasta 1919 –no hace aún veinte años– era la única profesión abierta a nosotras, difícilmente cabe exagerar la enorme importancia que el vestido tenía para la mujer. Era, para ella, lo que los patrocinadores y protectores son para ustedes. Era su principal, y quizá único, medio de llegar a magistrado del Tribunal Supremo. Pero vuestras ropas, con sus inmensas complicaciones, tienen, evidentemente, otra función. No sólo cubren la desnudez, halagan la vanidad, placen a la vista, sino que sirven para proclamar el rango social, profesional o intelectual de quien las lleva. Si me perdona usted tan humilde comparación, las ropas masculinas cumplen la misma función que los cartelitos en las tiendas de víveres. Pero en vez de decir «Esto es margarina; esto es mantequilla pura; esto es la mejor mantequilla que hay en el mercado», dicen «Este hombre es un hombre inteligente, es licenciado en Artes; este hombre es un hombre muy inteligente, es doctor en Letras; este hombre es sumamente inteligente, es miembro de la Orden del Mérito». Es precisamente esta función –la de anunciar– de vuestros atuendos lo que más singular nos parece en ellos. En opinión de San Pablo, este anuncio, por lo menos en cuanto concierne a los individuos de nuestro sexo, indi-

caba inmodestia y descaro; hasta hace muy pocos años se nos negó servirnos de él. Y aún es tradición, o creencia, entre nosotras el que expresar cualquier clase de valía, intelectual o moral, por el medio de llevar porciones de metal, o cintas, o gorros de colores, o togas, es una barbaridad digna del ridículo con que solemos calificar los ritos de los salvajes. La mujer que anunciara su maternidad mediante un mechón de pelo de caballo puesto sobre el hombro izquierdo, difícilmente merecería nuestra veneración, y creo que estará usted de acuerdo en ello.

Pero, ¿cuál es la luz que nuestras diferencias arrojan sobre el problema que nos ocupa? ¿Qué relación se da entre los sartoriales esplendores del hombre educado y las fotografías de casas derruidas y de cadáveres? Evidentemente, la relación entre el atuendo y la guerra no es remota ni mucho menos; las más bellas ropas masculinas son aquellas que visten los soldados. Como sea que el escarlata y el oro, el latón y las plumas no se usan en el servicio activo, es evidente que su costoso y, cabe suponer, en modo alguno higiénico esplendor se inventó, en parte, para que el espectador se diera plena cuenta de la majestad del oficio militar, y en parte para inducir, mediante la vanidad, a los jóvenes a convertirse en soldados. En este aspecto, nuestra influencia y nuestras diferencias podrían tener cierto efecto. Nosotras, a quienes nos prohíben llevar tales prendas, podemos expresar la opinión de que quien las lleva no nos gusta y no constituye, para nosotras, un espectáculo tan impresionante. Contrariamente, constituye un espectáculo ridículo, bárbaro y desagradable. Pero, en nuestra calidad de hijas de hombres con educación, podemos utilizar nuestra influencia en otra dirección, proyectándola sobre nuestra propia clase, la clase de los hombres con educación. Sí, por cuanto, en esta

clase, en las salas de justicia y en las universidades, encontramos el mismo amor por la vestimenta. Ahí también hay terciopelos y sedas, armiño y peletería. Podemos decir que el hecho de que los hombres con educación resalten su superioridad sobre los restantes hombres, ya en lo referente a nacimiento, ya en lo tocante a intelecto, por el medio de vestir de manera diferente, o de poner títulos ante sus nombres o letras detrás de ellos, son actos que suscitan la competencia y la envidia, emociones que, sin necesidad de recurrir a la biografía para que lo demuestre, ni pedir a la psicología que lo explique, participan en fomentar la disposición hacia la guerra. En consecuencia, si expresamos la opinión de que tales distinciones convierten a quienes las poseen en seres ridículos y hacen al saber despreciable, con algo contribuiremos a debilitar los sentimientos que conducen a la guerra. Afortunadamente podemos hacer algo más que expresar una opinión, podemos negarnos a recibir tales distinciones y todos esos uniformes. Ello constituiría una pequeña pero clara contribución a solucionar el problema que nos ocupa, o sea, cómo evitar la guerra. Y se trata de una contribución que nuestras diferentes tradiciones y nuestra diferente formación ponen más a nuestro alcance que al de ustedes.[17]

17. En la Lista de Honores de Año Nuevo, de 1937, aceptaron honores ciento cuarenta y siete hombres y siete mujeres. Por razones palmarias, esto no debe considerarse medida del deseo de unos y otras de conseguir esta clase de anuncio. Sin embargo, parece indiscutible que ha de ser mucho más fácil rechazar honores para las mujeres que para los hombres. El que la inteligencia (dicho sea sin ganas de precisar) es la principal virtud profesional del hombre y el que las estrellas y las cintas sean su principal medio de anunciar su inteligencia, parece indicar que las estrellas y las cintas son lo mismo que el colorete y los polvos, principal medio con que la mujer anuncia su principal virtud profesional, la belleza. En consecuencia, tan irracional sería

Sin embargo, el panorama que divisamos a vista de pájaro no es prometedor. La colorida fotografía que hemos estado mirando presenta unos cuantos rasgos notables, cierto es. Pero también sirve para recordarnos que hay muchas cámaras recónditas y secretas en las que no podemos entrar. ¿Qué influencia real podemos ejercer en las leyes o en los negocios, en la religión o en la política, nosotras para quienes muchas puertas están aún cerradas, o en el mejor de los casos entornadas, nosotras que no tenemos el amparo del capital o de la fuerza? Parece que nuestra influencia debe detenerse en lo superficial. Tan pronto hemos expresado una opinión, en la superficie, ya hemos hecho cuanto podemos. Cierto es que la superficie puede guardar cierta relación con las profundidades, pero si queremos ayudarle a usted en lo referente a evitar la guerra, debemos intentar penetrar bajo la piel, más hondo. Orientemos la vista en otra dirección, en la dirección natural para las hijas de los hombres con educación, en la dirección de la misma educación.

En esto, afortunadamente, el año, el sagrado año 1919, viene en nuestra ayuda. Como sea que este año dio a las hijas de los hombres educados el derecho a ganarse la vida, éstas tienen, por fin, cierta influencia real en la educación. Tienen dinero. Tienen dinero para contribuir a causas. Los tesoreros honorarios de las sociedades solicitan su ayuda.

---

pedir a un hombre que renunciara a un título nobiliario como pedir a una mujer que renunciara a un vestido. La suma pagada por un título nobiliario, en 1901, parece que justifica un presupuesto para vestidos femeninos bastante tolerable: «21 de abril (domingo). He visto a Meynell, quien, como de costumbre, tenía muchos chismes que contar. Parece que las deudas del rey han sido pagadas discretamente por amigos suyos, uno de los cuales se dice le ha prestado cien mil libras esterlinas y se contentará con que le devuelvan veinticinco mil y le den un título nobiliario.» (*My Diaries*, de Wilfrid Scawen Blunt, II Parte, p. 8.)

Para demostrarlo, se da la oportuna coincidencia de que aquí, al lado mismo de su carta, hay otra de uno de dichos tesoreros en la que pide dinero para reconstruir una universidad femenina. Y cuando un tesorero honorario pide ayuda, es razonable que se puedan negociar condiciones. Tenemos el derecho a decir a esa señora que ocupa el cargo antes dicho: «Recibirá usted esa guinea para contribuir a la reconstrucción de su universidad, si usted, a su vez, ayuda a este caballero cuya carta está al lado de la suya, en su empeño de evitar la guerra.» Podemos decir a dicha señora: «Debe educar a las jóvenes en el odio a la guerra. Debe enseñarles a comprender la inhumanidad, la bestialidad, el carácter insoportable de la guerra.» Pero, ¿qué clase de educación vamos a pedir a esta señora? ¿Cuál es la educación que pueda enseñar a las jóvenes a odiar la guerra?

La pregunta, en sí misma, es harto difícil. Quizá carezca de contestación para quienes sean como Mary Kingsley, aquellas que no tienen una experiencia directa de la educación universitaria.

Pero el papel que la educación tiene en la vida humana es tan importante, y el papel que puede tener en lo referente a contestar su pregunta es tan considerable, que abstenerse de todo intento de averiguar el modo en que podemos influenciar a las jóvenes, a través de la educación, para que aborrezcan la guerra, sería una cobardía. En consecuencia, abandonemos nuestro puesto en el puente que cruza el Támesis y vayámonos a otro puente sobre otro río, ahora, en una de las grandes universidades, ya que las dos tienen río, y los dos ríos tienen puentes en los que podemos situarnos. Una vez más, qué raro aspecto tiene este mundo de cúpulas y agujas, de aulas y laboratorios, desde el punto en que lo contemplamos. Cuán diferente es el aspecto que para nosotras tiene comparado con el que ha

de tener para ustedes. Para quienes lo contemplan desde el punto de vista de Mary Kingsley –«el permiso para aprender alemán y el estudio de dicho idioma representó *cuanta educación de pago* he recibido»– quizá parezca un mundo tan remoto, tan formidable, tan intrincado en sus ceremonias y tradiciones, que toda crítica o comentario puede parecer estéril. Aquí también nos maravillamos ante la brillantez de las ropas. Aquí también vemos cómo se levantan las mazas y se forman las procesiones, y advertimos con ojos tan deslumbrados que no pueden dar constancia de las diferencias, y menos aún explicarlas, las sutiles distinciones que median entre sombreros y birretes, entre púrpuras y carmesíes, entre terciopelo y paño, entre gorros y togas. Es un espectáculo solemne. A nuestros labios acuden las palabras de la canción de Arthur, en *Pendennis*:

Although I enter not,
Yet round about the spot
Sometimes I hover,
And at the sacred gate,
With longing eyes I wait,
*Expectant...**

Y también:

I will not enter there,
To sully your pure prayer
With thoughts unruly.

But suffer me to pace
Round the forbidden place,
Lingering a minute,

* Pese a que no entro, / Alrededor del lugar / A veces vago, / Y ante la puerta sagrada, / Con los ojos ansiosos espero, / Expectante...

Like outcast spirits, who wait
And see through Heaven's gate
*Angels within it.**

Pero, como sea que tanto usted, señor, como la tesorera honoraria del fondo de reconstrucción del colegio universitario esperan contestación a sus cartas, debemos dejar de vagar por viejos puentes tarareando viejas canciones, e intentar abordar el problema de la educación, aunque lo hagamos de manera imperfecta.

¿Qué es pues esta «educación universitaria» de la que las hermanas de Mary Kingsley han oído hablar tanto y a la que tan penosamente, con tanto esfuerzo, han contribuido? ¿Qué es este misterioso proceso que tarda tres años en tener efecto, cuesta una buena suma de dinero contante y sonante y transforma la cruda materia prima del ser humano en el producto acabado, es decir, un hombre o una mujer educados? Ante todo, digamos que no puede caber duda alguna en lo referente a su supremo valor. El testimonio de la biografía –este testimonio que cuantos sepan leer pueden consultar en las estanterías de cualquier biblioteca pública– es unánime en este punto. El valor de la educación es uno de los más grandes valores humanos. Las biografías lo demuestran de dos maneras. En primer lugar, tenemos el hecho consistente en que la gran mayoría de los hombres que han gobernado Inglaterra en los últimos quinientos años y de los que están gobernando Inglaterra actualmente, en el Parlamento y en el funcionariado público, han recibido educa-

* No entraré ahí, / Para mancillar vuestra pura oración / Con pensamientos rebeldes. / Pero permitidme caminar / Alrededor del prohibido lugar, / Deteniéndome un instante, / Como los espíritus desterrados que esperan / Y ver a través de la puerta del Cielo / A los ángeles en su interior.

ción universitaria. En segundo lugar, tenemos el hecho, todavía más convincente, si tenemos en cuenta el trabajo y las privaciones que comporta –y de ello hay también abundantes pruebas en las biografías–, el hecho, decía, consistente en la inmensa cantidad de dinero que se ha gastado en educación durante los últimos quinientos años. Los ingresos de la Universidad de Oxford son de 435.656 libras esterlinas (año 1933-1934), los de la Universidad de Cambridge son de 212.000 libras esterlinas (1930). Además de los ingresos de la universidad, cada colegio universitario tiene sus ingresos aparte que, a juzgar solamente por las donaciones y legados que los periódicos anuncian de vez en cuando, han de ser, en algunos casos, de fabulosa cuantía.[18]

18. Es difícil, para un extraño, precisar cifras. Pero que los ingresos son notables se desprende de una deliciosa crítica de una historia del Clare College, de Cambridge, que hace algunos años el señor J. M. Keynes publicó en *The Nation*. «Según rumores producir este libro costó seis mil libras.» Según rumores, también, más o menos en aquellos tiempos, un grupo de estudiantes que, al alba, regresaba de una fiesta, vio una nube en el cielo; y la nube, mientras los estudiantes la contemplaban, tomó forma de mujer; cuando le suplicaron que les comunicara su mensaje, la nube dejó caer una granizada radiante que formó la palabra «ratas». Se interpretó que esto significaba lo que al parecer era verdad, a juzgar por lo que se dice en otra página del mismo número de *The Nation*: que las estudiantes de uno de los colegios universitarios femeninos se sentían muy desdichadas, debido a que dormían en «fríos y tenebrosos dormitorios de la planta baja, infestados de ratas». Se estimó que la aparición quiso expresar por el medio dicho que si los caballeros de Clare deseaban honrarla, un cheque de seis mil libras, pagadero a la directora de... la honraría mucho más que un libro, incluso en el caso de que «llevara el atavío del más fino papel y negro bocací...». Sin embargo, nada mítico hay en el hecho que hace constar el mismo número de *The Nation* consistente en que «Somerville recibió con la más patética gratitud las siete mil libras esterlinas que se le entregaron el año pasado, procedentes del obsequio del Jubileo y de una donación privada».

Añadamos los ingresos de que gozan las grandes escuelas públicas –Eton, Harrow, Winchester, Rugby, para mencionar solamente las más importantes– y veremos que se alcanza una suma total de dinero tan alta que no pueden cabernos dudas acerca del enorme valor que los seres humanos dan a la educación. Y el estudio de las biografías –en lo referente a las vidas de los pobres, de los oscuros, de los carentes de educación– demuestra que éstos están dispuestos a hacer todo género de esfuerzos, todo género de sacrificios, con tal de conseguir educación en una de las grandes universidades.[19]

19. Un gran historiador ha descrito de la siguiente manera el origen y la naturaleza de las universidades, en una de las cuales fue educado: «Las escuelas de Oxford y de Cambridge fueron fundadas en una tenebrosa edad de falsa y bárbara ciencia; y todavía llevan las marcas de los vicios originarios... La constitución legal de estas instituciones, en méritos de cartas de papas y reyes, les dio el monopolio de la instrucción pública; y el espíritu de los monopolios es estrecho, perezoso y opresivo; su trabajo es más caro y menos productivo que el de los artistas independientes; y las nuevas mejoras, tan ávidamente adoptadas por quienes compiten en libertad, son aceptadas con lenta y ceñuda renuncia por estas altivas instituciones, situadas por encima del temor al rival y por debajo de la confesión del error. Apenas podemos albergar esperanzas de que las reformas sean un acto voluntario; y están tan profundamente enraizadas en la ley y el prejuicio que incluso la omnipotencia del Parlamento rehuiría la investigación del estado de cosas y de los abusos de las dos universidades.» (Edward Gibbon, *Memoirs of My Life and Writings*.) Sin embargo, «la omnipotencia del Parlamento», a mediados del siglo XIX, ordenó una investigación «del estado de cosas en la universidad [de Oxford], de su disciplina, estudios y rentas. Pero los colegios opusieron tal resistencia pasiva que fue preciso renunciar a la investigación del último extremo. Sin embargo, se averiguó que, entre un total de quinientas cuarenta y dos becas, en todos los colegios de Oxford, sólo veintidós están realmente libres para conseguirlas en abierta competición, sin restrictivas condiciones de patrocinio, lugar o parentesco... Los miembros de la Comisión... dictaminaron que la acusación de Gibbon era fundada.» (*Herbert Warren of Magdalen*, de Laurie Magnus, pp. 47-49.) Sin

Pero quizás el más importante testimonio que del valor de la educación nos da la biografía radica en el hecho de que las hermanas de los hombres con educación no sólo sacrificaron comodidades y placeres, cuando ello era necesario para la educación de sus hermanos, sino que desearon recibir ellas tal educación. Cuando pensamos en el criterio de la Iglesia sobre este tema, criterio que, según nos dicen las biografías, imperaba todavía hace pocos años –«...y me fue dicho que el deseo de aprender en las mujeres era contrario a la voluntad de Dios...»–,[20] no nos quedará más remedio que

---

embargo, el prestigio de la educación universitaria siguió siendo alto y las becas se consideraban muy deseables. Cuando Pusey consiguió una beca en Oriel, «las campanas de la iglesia parroquial de Pusey expresaron la satisfacción de su padre y restantes familiares». Igualmente, cuando Newman fue becado, «todas las campanas de las tres torres voltearon, en honor de Newman». (*Oxford Apostles*, de Geoffrey Faber, pp. 131, 69.) Sin embargo, Pusey y Newman eran hombres de distinta naturaleza espiritual.

20. *The Crystal Cabinet*, de Mary Butts, p. 138. La frase completa dice: «Me dijeron que el deseo de aprender en la mujer contrariaba la voluntad de Dios, y así muchas inocentes libertades, muchos inocentes placeres, fueron denegados en el mismo Nombre.» Esta frase nos induce a desear que algún día tengamos una biografía, debida a la pluma de la hija de un hombre con educación, de la Deidad en cuyo Nombre se han cometido tales atrocidades. Difícilmente daremos toda la importancia debida a la influencia de la religión, en uno u otro sentido, en la educación de la mujer. Thomas Gisborne dice: «Si, por ejemplo, explicamos los usos de la música, no olvidemos hacer mención a su efecto de incrementar la devoción. Si el dibujo es el tema de comentario, enséñese a la alumna a ver habitualmente en las obras de arte el poder, la sabiduría y la bondad de su Creador.» (*The Duties of the Female Sex*, de Thomas Gisborne, p. 85.) El hecho de que el señor Gisborne y cuantos piensan como él –banda harto numerosa– basen sus teorías docentes en las enseñanzas de San Pablo parece indicar que el sexo femenino no recibiría las enseñanzas en el sentido de «ver habitualmente en las obras de arte el poder, la sabiduría y la bondad de su Creador», sino del señor Gisborne. Y de ahí se deduce que una biografía de la Deidad quedaría reducida a un Diccionario Biográfico Clerical.

concluir que dicho deseo tenía que ser fuerte. Y si tenemos en cuenta que todas las profesiones para las que la educación universitaria preparaba a sus hermanos estaban cerradas a la mujer, su fe en el valor de la educación aparece reforzada, por cuanto la mujer forzosamente tenía que creer en la educación por sí misma. Y si además tenemos en cuenta que se creía que la única profesión abierta a la mujer –el matrimonio– no requería educación, y realmente era de tal naturaleza que la educación dejaba a las mujeres inhábiles para practicarla, entonces es natural que no nos sorprendamos al descubrir que la mujer renunciaba a todo deseo o a todo intento de educarse, aun cuando hacía lo posible para proporcionar educación a sus hermanos, y la gran mayoría de las mujeres, las anónimas, las pobres, lo hacían reduciendo los gastos hogareños, en tanto que la pequeña minoría, las que tenían títulos nobiliarios, las ricas, lo hacían fundando o dotando colegios universitarios para hombres. Y no cabe duda de que lo hicieron. El deseo de recibir educación es hasta tal punto innato en el ser humano que, si usted consulta biografías, verá que este deseo, a pesar de todos los obstáculos que la tradición, la pobreza y el ridículo ponían en el camino de su realización, existía también en las mujeres. Para demostrarlo bastará con que examinemos solamente una vida, la vida de Mary Astell.[21] Poco se sabe de ella, pero sí se sabe lo sufi-

21. *Mary Astell*, de Florence M. Smith. «Desgraciadamente la oposición a una idea tan nueva [un colegio universitario para mujeres] fue mayor que el interés por tal idea suscitado, y aquélla era expresada no sólo por los satíricos del día, quienes, como los ingeniosos de todos los tiempos, consideraban que la mujer progresista era una fuente de carcajadas, e hicieron a Mary Astell objeto de manidos chistes en comedias al estilo de las *Femmes Savantes*, sino también de los eclesiásticos, quienes estimaron que el proyecto no era más que un intento de volver

ciente para que quede demostrado que hace casi doscientos cincuenta años este obstinado y quizá irreligioso deseo alentaba en ella. Y llegó al punto de proponer la fundación de un colegio universitario para mujeres. Y, lo cual es casi tan notable como lo anterior, la princesa Ana estaba dispuesta a darle diez mil libras esterlinas –suma muy considerable, a la sazón, e incluso ahora, para ponerla a la disposición de una mujer– para sufragar los consiguientes gastos. Pero entonces se produjo un hecho extremadamente interesante, tanto desde el punto de vista histórico como del psicológico: la Iglesia intervino. El obispo Burnet consideró que educar a las hermanas de los hombres educados comportaba promover la rama indebida de la fe cristiana, a saber, la Iglesia Católica. El dinero recibió otro destino. El colegio universitario no se fundó.

Pero estos hechos, tal como suele ocurrir con todos los hechos, tienen doble filo. Debido a que, si bien es cierto que confirman el valor de la educación, tampoco cabe negar que demuestran que la educación en modo alguno es un valor absoluto. No es buena en todas las circunstancias, no es buena para todos. Sólo es buena para cierta gente y para ciertos propósitos. Es buena si promueve la fe en la Iglesia de Inglaterra, es mala si promueve la fe en

---

a imponer el papismo. Quien más fuertemente se opuso fue un célebre obispo que, tal como afirma Ballard, impidió que una distinguida dama entregara diez mil libras para la ejecución del proyecto. Elizabeth Elstob dio a Ballard, a petición de éste, el nombre del célebre obispo. "Según Elizabeth Elstob... fue el obispo Burnet quien impidió la realización de aquella excelente idea, al convencer a dicha señora de que no debía darle su apoyo."» (*Op. cit.,* páginas 21-22.) La distinguida dama quizá fue la princesa Ana, o quizá Lady Elizabeth Hastings; pero hay razones para creer que fue la princesa. Que la Iglesia se quedó con el dinero es una presunción, presunción que quizá queda justificada por la historia de la Iglesia.

la Iglesia de Roma. Es buena para un sexo y para ciertas profesiones, pero es mala para el otro sexo y para otra profesión.

Ésta es, al menos, la respuesta que nos da la biografía, oráculo en modo alguno estúpido, pero dudoso. Y, como sea que tiene gran importancia que utilicemos nuestra influencia, a través de la educación, para predisponer a los jóvenes en contra de la guerra, no debemos dejarnos desorientar por las evasiones de la biografía, ni seducir por su encanto. Debemos esforzarnos en determinar qué clase de educación recibe la hermana del hombre con educación, en la actualidad, a fin de que podamos hacer el máximo en lo referente a utilizar nuestra influencia en las universidades, sede de la educación y lugar en el que tiene más posibilidades de influir profundamente en los individuos. Ahora, por fortuna, no tenemos que recurrir a la biografía que inevitablemente, por referirse a la vida privada, está erizada de innumerables conflictos de opiniones privadas. Ahora tenemos que recurrir a esta constancia de la vida pública que es la historia. Incluso los extraños pueden consultar los anales de esas instituciones públicas que no dan constancia de las cotidianas opiniones de personas privadas, sino que utilizan más amplios términos y expresan por boca de Parlamentos y Senados las consideradas opiniones de agrupaciones de hombres con educación.

La historia nos dice que actualmente hay, y los ha habido desde alrededor de 1870, colegios universitarios para las hermanas de los hombres con educación, tanto en Oxford como en Cambridge. Pero la historia también nos dice algo de tal naturaleza que todo intento de influenciar a las jóvenes en contra de la guerra, a través de la educación que se les da, debe abandonarse. Ante estos hechos, hablar de «influenciar a las jóvenes» es malgastar

tiempo y aliento. Es inútil poner condiciones antes de mandar esa guinea a la tesorera honoraria. Pero usted preguntará: ¿Y cuáles son estos hechos? ¿Estos históricos y deplorables hechos? Pues vamos a exponérselos, aun cuando advirtiéndole que proceden únicamente de los documentos a que un extraño tiene acceso, y de los anales de una universidad que no es la de usted, a saber, Cambridge. Por esto, su juicio no quedará deformado por la lealtad a los antiguos vínculos, por la gratitud ante los beneficios recibidos, y será imparcial y desinteresado.

Empecemos allí donde habíamos terminado. La reina Ana murió, el obispo Burnet murió y Mary Astell murió. Pero el deseo de fundar un colegio universitario para quienes pertenecían al sexo de Mary Astell no murió. Contrariamente se fortaleció más y más. A mitad del siglo XIX llegó a ser tan fuerte que se asignó un edificio, en Cambridge, al alojamiento de las estudiantes. No era un edificio bonito. Carecía de jardín y se encontraba en una calle ruidosa. Luego, al mismo fin se destinó otro edificio, en esta ocasión mejor, donde el agua penetraba en el comedor si había tormenta, y no tenía campo de juegos y deportes. Pero este edificio no era suficiente. El deseo de educación había llegado a ser tan urgente que se necesitaban más estancias, un jardín en el que pasear, un campo en el que practicar deportes. Por lo tanto se precisaba otro edificio. La historia nos dice que para construir dicho edificio hacía falta dinero. No pondrá usted en tela de juicio este hecho, aunque quizá lo haga con el siguiente: el dinero fue recibido en préstamo. A usted seguramente le parecerá más adecuado que dicho dinero procediera de una donación. Usted dirá que los otros colegios universitarios eran ricos, que todos ellos reciben ingresos procedentes, indirectamente, de las hermanas de los hombres con educación, y algunos los recibían directamente de ellas. Hay una

«Oda» de Gray que lo demuestra. Y usted citará la canción con la que Gray alaba a los benefactores: la condesa de Pembroke, que fundó Pembroke; la condesa de Clare, que fundó Clare; Margaret de Anjou, que fundó Queens'; la condesa de Richmond y Derby que fundó St. John's and Christ's.

What is grandeur, what is power?
Heavier toil, superior pain.
What the bright reward we gain?
The grateful memory of the good.
Sweet is the breath of vernal shower,
The bee's collected treasures sweet,
Sweet music's melting fall, but sweeter yet
*The still small voice of gratitude.**[22]

Aquí se daba una oportunidad, dirá usted en austera prosa, de pagar la deuda. ¿Qué suma se necesitaba? La miserable cantidad de diez mil libras esterlinas, exactamente la misma suma que el obispo interceptó dos siglos antes. ¿Se supone que estas diez mil libras fueron devueltas por la misma Iglesia que se las tragó? Las iglesias no devuelven fácilmente lo que se han tragado. En este caso, dirá usted, los colegios universitarios que habían recibido aquellos beneficios seguramente los dieron de buena gana, en recuerdo de sus nobles benefactoras... ¿Qué pueden significar diez mil libras esterlinas para St. John's, Clare o Christ's? Y el terreno pertenecía a St. John's. Pero el terreno, dice la historia, es-

* ¿Qué es la grandeza, qué es el poder? / Más pesado trabajo, superior dolor. / ¿Cuál es el hermoso premio que ganamos? / El agradecido recuerdo de los buenos. / Dulce es el aliento de la lluvia primaveral, / De las abejas los tesoros acumulados son dulces, / Dulce es la tierna música del otoño, pero es aún más dulce / la apagada y menuda voz de la gratitud.

22. *Ode for Music*, interpretada en la Senate House de Cambridge, el 1 de julio de 1769.

taba arrendado, y las diez mil libras no fueron donadas sino que se consiguieron, mediante una laboriosa colecta, de bolsas privadas. Entre quienes contribuyeron hubo una señora que merece eterno recuerdo porque dio mil libras; y Anónima debe recibir cuantas gracias Anónima se digne aceptar porque dio sumas que oscilaban entre las veinte y las cien libras. Y otra señora, gracias a haber recibido un legado de su madre, pudo prestar sus servicios de directora gratuitamente. Y las propias estudiantes también contribuyeron –en la medida en que los estudiantes pueden contribuir–, haciendo camas y lavando platos, renunciando a diversiones y viviendo austeramente. Diez mil libras no es una suma pequeña cuando ha de ser extraída de los bolsillos de los pobres, de los cuerpos de los jóvenes. Reunirla exige tiempo, energías e inteligencia. Darla exige sacrificio. Desde luego, hubo varios hombres con educación que se portaron muy amablemente y dieron clases a sus hermanas. Otros no fueron tan amables y se negaron a darles clases. Algunos hombres con educación fueron muy amables y dieron su apoyo a sus hermanas. Otros no fueron tan amables y se opusieron a los deseos de sus hermanas.[23] Sin embargo, a trancas y barrancas, al fin llegó el día, nos dice la historia, en que alguien pasó un examen. Y entonces la directora, las principales, o cualquiera que fuese el título que se atribuyeron –el título que debe ostentar la mujer que no cobra sueldo es de muy dudosa determinación–, preguntaron a los cancilleres y directores, acerca de cuyos títulos no cabe duda alguna, por lo menos desde este punto de vista, si las muchachas que habían aprobado los exámenes podían anunciar este hecho, tal como hacían los caballeros, por el medio de poner iniciales después de sus apellidos. Esto último era aconsejable, porque tal como el actual director del Trinity College, Sir J. J. Thomson, O.M., F.R.S.,* nos dice, después de burlarse un poquito, justificadamente, de la «perdonable vanidad» de quienes se ponen iniciales después de sus apellidos, «los individuos del público en general que no tienen un título dan mucha mayor importancia a las iniciales B.A.,** a continuación del nombre de una persona, que aquellos que han conseguido el título. Por lo tanto, las directoras de las escuelas prefieren el personal docente que tenga el derecho a ponerse esas letras, por lo que las estudiantes de Newnham y Girton, al no poder utilizar el B.A. detrás de sus apellidos, se encontraban en situación de desventaja a la hora de encontrar empleo». Y, ahora, usted y yo nos preguntamos, ¿en nombre del cielo, qué razón podía haber para prohibirles ponerse las letras B.A. detrás del apellido, si hacerlo las ayudaba a obtener empleo? La historia no da contestación a esta pregunta; debemos buscar la contestación en la psicología y en la biografía; pero la historia nos revela el hecho en sí. El director del Trinity prosigue: «Sin embargo, la propuesta –la propuesta de que aquellas que hu-

23. «Le aseguro que no soy un enemigo de las mujeres. Soy muy partidario de que se las emplee como *trabajadoras* o en otros menesteres *subordinados*. Sin embargo, albergo dudas en lo referente a la probabilidad de que triunfen en los negocios, como capitalistas. Tengo la certeza de que los nervios de muchas mujeres no aguantarían la tensión y de que la mayoría de ellas carecen en absoluto de la disciplinada reticencia precisa para todo género de trabajo en colaboración. Dentro de dos mil años, quizás hayan ustedes cambiado totalmente la situación, pero las mujeres de nuestros días sólo sirven para coquetear con los hombres y pelearse entre sí.» De una carta de Walter Bagehot a Emily Davies, quien le pidió la ayudara a fundar Girton.

* O.M. = Orden del Mérito. F. R. S. = Miembro de la Real Sociedad.

** B.A. = Bachiller en Artes.

bieran aprobado los exámenes pudieran titularse B.A.– tropezó con la más decidida oposición... El día de las votaciones hubo gran concurrencia de no residentes y la propuesta fue denegada por la aplastante mayoría de 1707 contra 661. A mi parecer, el número de votantes jamás había sido igualado siquiera... El comportamiento de algunos estudiantes, tan pronto el resultado de la votación se hizo público en el Senado, fue excepcionalmente deplorable y vergonzoso. Un nutrido grupo de estudiantes salió del Senado, se dirigió a Newnham, y allí causó daños en las puertas de bronce instaladas en recuerdo de la señorita Clough, la Primera Principal.»[24]

¿No es esto suficiente? ¿Es preciso buscar más hechos en la historia y en la biografía para demostrar nuestra afirmación de que todo intento de influenciar a los jóvenes en contra de la guerra a través de la educación que reciben en las universidades debe ser abandonado? ¿Acaso no ha quedado demostrado que la educación, la mejor educación del mundo, no enseña a aborrecer la fuerza, sino a utilizarla? ¿No ha quedado demostrado que la educación, lejos de enseñar a los educados la generosidad y la magnanimidad, crea en ellos, contrariamente, tales ansias de conservar sus posesiones, la «grandeza y poder» de que nos habla el poeta, en sus propias manos que, no sólo son capaces de servirse de la fuerza, sino también de emplear medios más sutiles, cuando se les pide que las compartan? ¿Y acaso la fuerza y el sentido de la posesión no están muy íntimamente relacionados con la guerra? ¿Qué eficacia puede tener la educación universitaria para influenciar a la gente a fin de que se evite la guerra? Pero, como es natural, la historia sigue.

24. *Recollections and Reflections*, de Sir J. J. Thomson, pp. 86-87-88, 296-297.

Pasan los años, uno tras otro. Y los años cambian las cosas; las cambian leve e imperceptiblemente. Y la historia nos dice que, por fin, después de emplear un tiempo y unos esfuerzos de valor inconmensurable en solicitar reiteradamente a las autoridades, con la humildad que se espera de nuestro sexo y que es propia de cuantos suplican, se concedió el derecho de impresionar a las directoras de escuelas mediante las letras B.A. puestas a continuación del apellido. Pero este derecho, nos dice la historia, es sólo a título personal. En Cambridge, en el año 1937, los colegios universitarios femeninos –y le costará creerlo, señor, pero una vez más es la voz de los hechos la que habla, y no la de la imaginación– no pueden ser miembros de la universidad;[25] y el número de hijas de hombres con educación a quienes se permite recibir educación universitaria está estrictamente limitado; a pesar de que ambos sexos contribuyen a los fondos de la universidad.[26] En cuanto a su pobreza, el diario *The Times* nos da las cifras; una quincallería es la comparación más adecuada; si comparamos el dinero disponible, en los colegios universitarios masculi-

25. «La Universidad de Cambridge todavía se niega a admitir mujeres como miembros de pleno derecho; sólo les da títulos que no comportan la calidad de miembro, por lo que no pueden participar en el gobierno de la universidad.» (*Memorandum on the Position of English Women in Relation to that of English Men*, de Philippa Strachey, p. 26, 1935.) Sin embargo, el gobierno ha establecido una «liberal asignación», procedente de los fondos públicos, a la Universidad de Cambridge.

26. «El número total de alumnas, en instituciones reconocidas de educación superior para mujeres, que reciban instrucción en la universidad o que trabajen en los laboratorios o museos de la universidad, en momento alguno podrá ser superior a quinientos.» (*The Student's Handbook to Cambridge*, 1934-5, p. 616.) Whitaker nos dice que el número de estudiantes masculinos residentes en Cambridge, en octubre de 1935, era de 5.328. Y parece que no había limitaciones.

nos, para la concesión de becas, con el de los colegios universitarios femeninos, a este mismo efecto, nos evitaremos el trabajo de hacer cálculos; y llegaremos a la conclusión de que los colegios para las hermanas de los hombres con educación son, comparados con los colegios de sus hermanos, increíble y vergonzosamente pobres.[27]

La prueba de lo anterior se encuentra, palmariamente, en la carta de la tesorera honoraria, pidiendo dinero para la reconstrucción de su colegio universitario. Lleva algún tiempo pidiendo, y parece que sigue pidiendo. Pero, después de lo que hemos dicho más arriba, nada hay sorprendente, ni en el hecho de que dicha señora carezca de dinero, ni en el hecho de que el colegio deba reconstruirse. Lo intrigante, y en vista de los hechos antes consignados todavía más intrigante, es lo siguiente: ¿Qué contestación debemos dar a su petición de ayuda para reconstruir su colegio? La historia, la biografía y los periódicos nos han dificultado tanto contestar su carta como poner condiciones. Nos han planteado gran número de interrogantes. En primer lugar, ¿qué razón hay para creer que la educación universitaria es causa de que los educados sean contrarios a la guerra? Además, ¿si contribuimos a que la hija de un hombre con educación vaya a Cambridge, acaso no la obligamos a pensar en la guerra, en vez de pensar en la educación? Es decir, ¿acaso en vez de pensar en cómo puede aprender, no pensará en cómo puede luchar a fin de alcanzar

27. La lista de becas, en Cambridge, publicada en *The Times* del 20 de diciembre de 1937, medía aproximadamente treinta y una pulgadas; la lista de becas para mujeres en la Universidad de Cambridge medía aproximadamente cinco pulgadas. Sin embargo, hay diecisiete colegios universitarios para hombres y dicha lista sólo se refiere a once. En consecuencia hay que añadir unas cuantas pulgadas más a las treinta y una. Sólo hay dos colegios para mujeres y hemos medido los dos.

las ventajas de que gozan sus hermanos? Otrosí, como sea que las hijas de los hombres educados no son miembros de la Universidad de Cambridge, carecen de voz en lo referente a dicha educación, por lo tanto, ¿cómo pueden modificar dicha educación, incluso en el caso de que se lo pidamos? Luego, como es natural, surgen otras cuestiones, cuestiones de naturaleza práctica, que serán fácilmente comprendidas por un hombre diligente, un tesorero honorario, cual es usted. En primer lugar, tendrá que reconocer, señor, que pedir a personas, tan ocupadas en conseguir fondos con los que reconstruir un colegio universitario, que estudien la naturaleza de la educación y los efectos que puede tener en la guerra equivale a añadir una carga más en unos hombros que ya están sobrecargados. Además, si tal petición la formula un extraño sin derecho alguno a hablar, seguramente el peticionario merecerá, y quizá recibirá, una contestación tan fuerte que no podrá reproducirse por escrito. Pero hemos jurado que haríamos cuanto estuviera en nuestra mano para ayudarle a evitar la guerra, mediante el empleo de nuestra influencia, la influencia del dinero que hemos ganado. Y la educación es el medio evidente. Como sea que dicha tesorera honoraria es pobre, como sea que pide dinero, como sea que el dador de dinero tiene derecho a imponer condiciones, arriesguémonos y redactemos el borrador de la carta a ella dirigida, estableciendo las condiciones cuyo cumplimiento pedimos a fin de mandarle el dinero preciso para reconstruir su colegio. He aquí el borrador:

«Su carta, Madam, no ha sido contestada, y lleva ya algún tiempo en este estado. Se debe a que han surgido ciertas dudas y ciertos interrogantes. ¿Podemos expresarle unas y otros, con la ignorancia propia de una persona extraña a su ambiente, pero

también con la franqueza con que un extraño debe expresarse, cuando se le pide dinero? Dice usted que pide dinero para reunir diez mil libras esterlinas con las que reconstruir su colegio universitario. ¿Cómo puede usted ser tan insensata? ¿O es que está usted tan aislada entre los ruiseñores y los cipreses, o tan ocupada con profundos problemas acerca de birretes y togas, de quién debe entrar primero en la sala de estar del Preboste –el perro de Pomerania del director o el pequinés de la directora–, que no tiene tiempo para leer los periódicos? ¿O está tan agobiada con el problema de extraer diez mil libras, elegantemente, a un público indiferente, que sólo es capaz de pensar en llamadas a la buena voluntad, comités, tómbolas, helados y fresas con crema?

»Más valdrá que le demos un poco de información. Estamos gastando trescientos millones de libras al año en el ejército y la armada; sí, por cuanto, según la carta que tengo aquí, junto a la suya, hay grave peligro de guerra. ¿Cómo puede usted formular seriamente la petición de que le demos dinero con el que reconstruir su colegio universitario? Si usted contesta que el colegio fue construido con poco dinero y que hace falta reconstruirlo, quizá lleve usted razón. Pero, cuando usted dice que el público es generoso, que el público todavía es capaz de dar cuantiosas sumas para reconstruir colegios, nos vemos en el caso de someter a su atención un importante párrafo de las memorias del director del Trinity College. Es el siguiente: "Sin embargo, a principios del presente siglo, la universidad, afortunadamente, comenzó a recibir una serie de importantes donaciones y legados que, con la ayuda de una liberal subvención del gobierno, sanearon de tal manera sus finanzas que ha sido totalmente innecesario pedir que los colegios universitarios aumentaran sus contribuciones. Los ingresos de la universidad, en total, han aumentado

desde las sesenta mil libras esterlinas, en 1900, a las doscientas doce mil, en 1930. No es una hipótesis aventurada suponer que esto se ha debido, en gran parte, a los muy interesantes descubrimientos que se han efectuado en la universidad, y Cambridge puede ser citado como ejemplo de los resultados prácticos que produce la investigación por sí misma."

»Bastará con que se fije en la última frase: "Cambridge puede ser citado como ejemplo de los resultados prácticos que produce la investigación por sí misma". ¿Qué ha hecho su colegio para inducir a los grandes fabricantes a dotarlo? ¿Han participado ustedes de manera destacada en la invención de artilugios bélicos? ¿Hasta qué punto han llegado a triunfar sus alumnas en los negocios capitalistas? ¿Cómo puede usted esperar que "importantes donaciones y legados" vayan a caer en su colegio? Además, ¿es usted miembro de la Universidad de Cambridge? No, no lo es. En consecuencia, ¿cómo puede usted tener voz en la distribución de sus beneficios? No puede. En consecuencia, Madam, es evidente que no le queda más remedio que ponerse en la puerta, con el sombrero en la mano, dando fiestas y gastando sus fuerzas y su tiempo solicitando ayudas. Es evidente, sí. Pero también es evidente que los extraños que la encuentran a usted de tal manera ocupada, se preguntan cuando reciben una petición de ayuda para reconstruir su colegio universitario, ¿le mando el dinero o no se lo mando? Si se lo mando, ¿qué le voy a pedir que haga con él? ¿Le pediré que reconstruya el colegio de acuerdo con los antiguos criterios? ¿O le pediré que lo reconstruya, sí, pero de manera diferente? ¿O le pediré que compre trapos y petróleo y cerillas Bryant and May y reduzca a cenizas el colegio?

»Estos son los interrogantes, Madam, causa de que no haya contestado su carta durante tanto

tiempo. Son interrogantes muy difíciles y quizá sean inútiles. Pero, ¿podemos acallarlos, habida cuenta de la pregunta de ese caballero? Nos pregunta cómo podemos ayudarle en el empeño de evitar la guerra. Nos pregunta de qué manera podemos ayudarle a defender la libertad. ¿Defiendo la cultura, quizás? Fíjese también en esas fotografías. Son fotografías de cadáveres y de casas en ruinas. No cabe la menor duda de que, teniendo en consideración estos interrogantes y estas fotografías, está usted obligada a pensar con gran detenimiento, antes de comenzar a reconstruir su colegio universitario, cuál es la finalidad de la educación y cuál es la clase de sociedad, la clase de ser humano, que esta educación debe procurar producir. De todas maneras, únicamente le mandaré una guinea con la que contribuir a la reconstrucción de su colegio universitario, en el caso de que usted me garantice que la utilizará con la finalidad de construir un tipo de sociedad, de dar lugar a la existencia de una clase de gente, que contribuyan a evitar la guerra.

»Estudiemos ahora, con la mayor rapidez posible, la clase de educación que para ello se necesita. Teniendo en cuenta que la historia y la biografía –únicas pruebas al alcance del extraño– parecen demostrar que la vieja educación de los viejos colegios universitarios no promovía de manera principal el respeto a la libertad, ni un principal aborrecimiento de la guerra, es evidente que debe usted reconstruir un colegio universitario diferente. Su colegio es joven y pobre. En consecuencia, basémonos en estos rasgos y fundemos un colegio pobre y joven. Evidentemente, no cabe duda de que tendrá que ser un colegio experimental y aventurero. Constrúyalo de acuerdo con criterios propios. No ha de estar construido con piedra labrada y vidrios polícromos, sino con un material barato y de fácil combustión que no acumule polvo ni perpetúe tradiciones. Que no tenga capillas.[28] Que no tenga museos y bibliotecas, con libros encadenados y ediciones príncipe en vitrinas. Que los cuadros y los libros sean nuevos y siempre cambiantes. Que cada promoción lo decore con sus propias manos y con poco coste. El trabajo de los seres vivos es barato; a menudo lo hacen a cambio, tan sólo, de que les permitan hacerlo. Después, ¿qué enseñanzas se impartirían en el nuevo colegio, el colegio pobre? No se enseñarían las artes de dominar al prójimo, ni las artes de mandar, de matar, de adquirir capitales y tierras. Esas artes exigen demasiados gastos generales; salarios, uniformes y ceremonias. El colegio pobre solamente debe enseñar las artes que pueden enseñarse a poco coste y ser practicadas por las gentes pobres, tales como la medicina, las matemáticas, la música, la pintura y la literatura. Debería enseñar las artes de la humana relación; el arte de comprender la vida y la mente del prójimo, y las artes menores del habla, el vestir, la cocina, que están aliadas con las anteriores. La finalidad del nuevo colegio universitario no deberá consistir en segregar y especializar, sino en combinar. Deberá explorar las sendas mediante las cuales el cuerpo y la mente puedan cooperar; descubrir qué nuevas combinaciones dan lugar a buenos conjuntos en la vida humana. Los profesores deberán conseguirse entre las gentes que viven bien al igual que entre las que piensan bien. No

28. Hasta la muerte de Lady Stanley de Alderley, Girton no tuvo capilla. «Cuando se propuso construir una capilla, se opuso a ello, basándose en que todos los fondos debían invertirse en educación. Le oí decir: "Mientras yo viva, no habrá capilla en Girton." La actual capilla fue construida inmediatamente después de su muerte.» (*The Amberley Papers*, de Patricia y Bertrand Russell, Vol. I, p. 17.) ¡Ojalá el fantasma de Lady Stanley de Alderley hubiera tenido tanta influencia como su cuerpo! Pero se dice que los fantasmas no disponen de talonarios de cheques.

puede haber dificultades en atraer a esa clase de personas. Debido a que no habrá ni una de esas barreras, barreras de riqueza y ceremonia, de anuncio y competencia, causantes de que las viejas y opulentas universidades sean lugares de tan incómodo vivir, ciudades de tensión, ciudades en las que esto está encerrado y aquello encadenado; en las que nadie puede caminar libremente ni hablar libremente por temor a pisar alguna raya trazada con tiza, de ofender a un dignatario. Pero, si el colegio universitario fuera pobre, nada tendría que ofrecer; la competencia quedaría abolida. La vida sería abierta y fácil. La gente que ama el saber por sí mismo acudiría allí con alegría. Los músicos, los pintores y los escritores enseñarían en este colegio, porque en él aprenderían. ¿Acaso hay algo más útil al escritor que conversar acerca del arte de escribir con personas que no piensen en exámenes y títulos, en tal honor o tal provecho que la literatura pueda darles, sino en el arte en sí mismo?

»Y lo mismo cabe decir de las otras artes y los otros artistas. Acudirían al colegio pobre y practicarían su arte allí porque sería un lugar de vida social libre; sin parcelas basadas en las miserables distinciones entre ricos y pobres, entre inteligentes y estúpidos; sino un lugar en el que las mentes de diferente clase y gradación, los diferentes cuerpos y méritos anímicos, cooperarían. Fundemos pues este nuevo colegio; este colegio universitario pobre; en el que se buscaría el saber por sí mismo; donde se aboliría la publicidad; y sin graduaciones; y no se darían conferencias, y no se predicarían sermones, sin las viejas vanidades venenosas, sin los desfiles que engendran competencia y celos...»

Aquí se acabó la carta. Y no fue por falta de cosas que decir; en realidad, la perorata sólo había comenzado. Se acabó debido a que la cara situada

más allá de la página, esa cara que el escritor epistolar siempre ve, parecía haber quedado fijada, con cierta melancolía, en una página del libro del que ya hemos extraído párrafos. «Por lo tanto, las directoras de las escuelas prefieren el personal docente que tenga el derecho a ponerse esas letras, por lo que las estudiantes de Newnham y Girton, al no poder utilizar el B.A. detrás de sus apellidos, se encontraban en situación de desventaja a la hora de encontrar empleo.» La tesorera honoraria del fondo de reconstrucción tenía la vista fija en este párrafo. Esta señora parece decir: «¿De qué sirve pensar en la posibilidad de un colegio universitario diferente, cuando este colegio ha de ser un lugar en el que las alumnas aprendan a conseguir empleos?» «Sueñe usted sus sueños», parece añadir, dirigiéndose, con cierto aire fatigado, hacia la mesa que estaba preparando, en vistas a alguna celebración, probablemente una tómbola, «pero nosotras tenemos que enfrentarnos con la realidad.»

Aquélla, pues, era la «realidad» en que tenía la vista fija; las alumnas deben aprender a ganarse la vida. Y, como sea que esa realidad significaba que dicha señora debe reconstruir su colegio siguiendo las mismas líneas de los otros colegios, de ahí se seguía que el colegio universitario para las hijas de los hombres con educación también debe conseguir que la labor de investigación alcance resultados prácticos que induzcan a los ricos a hacer donaciones e instituir legados; debe estimular la competencia; debe aceptar las graduaciones y los gorros de colores; debe acumular grandes riquezas; debe excluir a los otros de la participación en sus riquezas; y, en consecuencia, dentro de quinientos años, más o menos, ese colegio tendrá que formular la misma pregunta que usted, señor, formula ahora: «¿En su opinión, cómo podemos evitar la guerra?»

Parece que es un resultado poco deseable. Por lo tanto, ¿a santo de qué contribuir con una guinea a conseguirlo? Esta pregunta quedó contestada. Ni una sola guinea del dinero ganado debe destinarse a la reconstrucción de este colegio, siguiendo los antiguos planes; de la misma manera que no puede gastarse ni una sola guinea en la construcción de un colegio, siguiendo un nuevo plan: por esto, la guinea ha de ir destinada a «Trapos. Petróleo. Cerillas». Y debe ir acompañada de la siguiente nota: «Tome esta guinea y con ella transforme el colegio en cenizas. Pégueles fuego a las viejas hipocresías. Que la luz del edificio en llamas ahuyente a los ruiseñores y enrojezca los sauces. Y deje que las hijas de los hombres con educación dancen alrededor del fuego, y que arrojen brazada tras brazada de hojas muertas a las llamas. Y deje que sus madres se asomen a las ventanas más altas y griten: ¡Que arda! ¡Que arda! ¡Ya no queremos esta "educación"!»

Este párrafo, señor, no es vacía retórica, por cuanto se basa en la respetable opinión del que fue director de Eton y actualmente es decano de Durham.[29] Sin embargo, algo vacío hay en él, cual es

29. «También tengo la impresión de que las escuelas para muchachas se han contentado, hablando en términos generales, con copiar las líneas principales de sus sistemas de educación de las instituciones más antiguas destinadas a los individuos de mi sexo, es decir, del sexo débil. En mi opinión, el problema debiera ser abordado por un genio original, basándose en líneas totalmente diferentes...» (*Things Ancient and Modern*, de C. A. Alington, pp. 216-217.) No es preciso ser un genio original para ver que, ante todo, «las líneas» han de ser más baratas. Pero sería interesante saber el significado que, en su contexto, debemos dar a las palabras «sexo débil». Sí, por cuanto el doctor Alington, que ha sido director de Eton, forzosamente ha de saber que su sexo no sólo ha adquirido, sino que ha conservado, los grandes ingresos de dicha antigua institución, lo cual, parece, no es prueba de debilidad sexual, sino de fortaleza. Que Eton no es «débil», por lo menos desde el punto de vista material, queda demostrado por las siguientes palabras del doctor Alington: «Siguiendo la indicación de uno de los comités del primer ministro, en materia de educación, en mis tiempos, el preboste y los miembros decidieron que todas las becas de Eton tuvieran un valor fijo, con posibilidades de aumentarlas generosamente si fuera necesario. Tan generoso ha sido este aumento que en el colegio hay varios muchachos cuyos padres nada pagan en concepto de educación, o de pensión.» Uno de los benefactores era el difunto lord Rosebery. El doctor Alington nos dice: «Era un generoso benefactor de la escuela, y dotó una beca de historia, en relación con la cual ocurrió un característico episodio. Me preguntó si la dotación era suficiente, y yo le dije que doscientas libras más nos permitirían pagar el examinador. Mandó un cheque de dos mil libras; le hice observar la discrepancia, y entre mis papeles guardo su contestación, en la que me decía que había pensado que una buena suma redonda sería mejor que una fracción.» (*Op. cit.*, pp. 163, 186.) La suma total gastada en el colegio femenino de Cheltenham, en 1854, por el concepto de sueldos y profesores visitantes, era de mil trescientas libras; «y, en diciembre, las cuentas revelaron un déficit de cuatrocientas libras». (*Dorothea Beale of Cheltenham*, de Elizabeth Raikes, p. 91.)

de ver en cierta contradicción que en él se da con los hechos. Hemos dicho que la única influencia que las hijas de los hombres con educación pueden actualmente ejercer contra la guerra radica en la desinteresada influencia que tienen gracias a ganarse la vida, si no hubiera manera de enseñarles a ganarse la vida dicha influencia se extinguiría. No podrían conseguir empleos. Y si no pudieran conseguir empleos, volverían a quedar sometidas a sus padres y hermanos; y si volvieran a estar sometidas a sus padres y hermanos, volverían a estar, consciente e inconscientemente, a favor de la guerra. La historia no plantea dudas al respecto. En consecuencia, debemos mandar una guinea a la tesorera honoraria del fondo de reconstrucción del colegio universitario y dejar que con ella haga lo que pueda. Tal como están las cosas, es inútil condicionar el modo de empleo de la guinea.

Ésta es la contestación, un tanto insatisfactoria y deprimente, a su pregunta acerca de si podemos pedir a las autoridades de los colegios para hijas de hombres con educación que empleen su influencia, a través de la educación, para evitar la guerra. Parece que nada podemos pedirles; deben seguir la vieja senda hasta el viejo final; nuestra influencia, en cuanto extraños, sólo puede ser de la más indirecta naturaleza. Si nos piden que enseñemos, podemos examinar muy cuidadosamente la finalidad de esa enseñanza y negarnos a enseñar toda clase de artes o ciencias que favorezcan la guerra. Más aún, podemos hacer leve mofa de las capillas, de los títulos y del valor de los exámenes. Podemos insinuar que un poema premiado tiene aún cierto valor, a pesar de haber sido premiado; y sostener que un libro puede todavía ser digno de lectura, a pesar de que su autor se graduó con honores en Lengua y Literatura Inglesa. Si nos piden que demos conferencias, podemos negarnos a fortalecer el vano y brutal sistema consistente en dar conferencias, por el medio de negarnos a dar conferencias.[30] Y, desde luego, si nos ofrecen cargos y honores podemos rechazarlos, ya que, teniendo en consideración la realidad, ¿qué otra cosa podemos hacer? Pero no hay manera de negar que, en la presente situación, la manera más eficaz con la que podemos ayudarle, mediante la educación, a evitar la guerra, estriba en dar dinero, con la mayor generosidad posi-

30. Las palabras «vano y brutal» requieren explicación. Nadie podría sostener que todos los conferenciantes y todas las conferencias son «vanos y brutales»; hay muchos temas que sólo se pueden exponer mediante diagramas y demostraciones personales. Las palabras del texto se refieren solamente a los hijos y las hijas de hombres con educación que dan conferencias a sus hermanos y hermanas acerca de literatura inglesa. Y ello se debe a que las conferencias son una práctica caduca, que nos ha llegado de la Edad Media, tiempo en que los libros escaseaban; se debe también a que los motivos de su supervivencia son de orden pecuniario, o de curiosidad; a que la publicación de las conferencias en forma de libro constituye una prueba de los nefastos efectos que el público produce en el conferenciante, desde un punto de vista intelectual; y a que la eminencia psicológica causada por la posición sobre un estrado estimula la vanidad y el deseo de imponer la autoridad. Además, la reducción de la literatura inglesa a simple objeto que examinar, debe ser contemplada con suspicacia por todos aquellos que tienen conocimiento directo de las dificultades de este arte, y, en consecuencia, del muy superficial valor de la aprobación o desaprobación del que examina; y con profunda pena por todos aquellos que desean conservar por lo menos un arte fuera del alcance de las manos de los intermediarios y libre, mientras se pueda, de toda relación con la competencia y el dinero. Además, la violencia con que, actualmente, las escuelas literarias se enfrentan entre sí, la rapidez con que una tendencia estética sucede a otra, quizá se deba a la capacidad que una mente madura tiene, al dar conferencias a mentes inmaduras, de contagiar a éstas fuertes, aunque pasajeras, opiniones y de dar a estas opiniones un carácter tendencioso, en méritos de personales prejuicios. Tampoco puede mantenerse que hayan mejorado la calidad de literatura crítica o de creación. Un ejemplo lamentable de la mental docilidad a que los jóvenes quedan reducidos por los conferenciantes se encuentra en que las peticiones de conferencias sobre literatura inglesa aumentan constantemente (como bien saben todos los escritores), y estas peticiones son formuladas por la clase, precisamente, que hubiera debido aprender a leer en casa, a saber, la clase con educación. Y si, cual a veces se alega a modo de excusa, se dice que aquello que las asociaciones literarias de los colegios universitarios desean no es el conocimiento de la literatura, sino el trato con los escritores, diremos que para eso están los cócteles y el jerez, aunque más vale no mezclar ninguno de los dos con Proust. Nada de lo dicho es de aplicación, desde luego, a los hogares en que los libros escasean. Si la clase trabajadora considera más fácil asimilar la literatura inglesa por transmisión oral, tiene perfecto derecho a pedir a la clase educada que la ayude en ello. Pero que los hijos y las hijas de esta última clase, después de haber cumplido los dieciocho años, sigan sorbiendo con paja la literatura inglesa, constituye un hábito que bien merece la calificación de vano y brutal, términos que deben ser aplicados mayormente a quienes, siguiéndoles la corriente, dan conferencias.

ble, a los colegios universitarios para las hijas de hombres con educación. Y así es por cuanto, lo repetimos, si estas hijas no son educadas no podrán ganarse la vida; y si no se ganan la vida, quedarán limitadas, una vez más, a la educación casera; y si quedan limitadas a la educación casera, volverán, una vez más, a ejercer su influencia, consciente e inconscientemente a un tiempo, en favor de la guerra. Pocas dudas caben al respecto. Si lo pone en tela de juicio, si desea pruebas, recurramos una vez más a la biografía. Su testimonio a este respecto es tan concluyente y, al mismo tiempo, tan abundante, que tendremos que condensar un gran número de volúmenes en una sola historia. He aquí la historia de la vida de la hija de un hombre con educación que dependía de su padre y de su hermano, en un hogar del siglo XIX.

Aquel día hacía mucho calor, pero esa muchacha no podía salir de casa. «Cuántos largos y aburridos días de verano he pasado presa en esta casa, porque no había lugar para mí en el coche familiar, ni doncella con tiempo libre para acompañarme de paseo.» El sol se puso; y por fin salió la muchacha tan bien vestida como se lo permitía una asignación que oscilaba entre las cuarenta y las cien libras anuales.[31] Pero, «para asistir a una diversión,

31. Es difícil saber con exactitud las cifras de las sumas asignadas a las hijas de los hombres con educación, antes de contraer matrimonio. Sophia Jex-Blake tenía una asignación entre las treinta y las cuarenta libras anuales; su padre pertenecía a la clase media alta. Lady M. Lascelles, cuyo padre era conde, tenía, según parece, una asignación de unas cien libras, en 1860; el señor Barrett, rico comerciante, asignaba a su hija Elizabeth «entre cuarenta y cuarenta y cinco libras... por trimestre, deduciendo previamente el impuesto sobre la renta». Pero esta asignación parece que era el interés de un capital de ocho mil libras «más o menos... no se sabe con exactitud» que Elizabeth tenía invertido en «fondos», «dando el dinero dos intereses diferentes», y, al parecer, pese a que era propiedad de Elizabeth, lo administraba el señor Barrett. Pero se trataba de mujeres solteras. Las mujeres casadas no pudieron tener el derecho de propiedad hasta la aprobación, en 1870, de la Ley de Propiedad de la Mujer Casada. Lady St. Helier hace constar que, como sea que sus capítulos matrimoniales fueron acordados en conformidad con la antigua ley, «cuanto dinero tenía quedó transferido a mi marido, sin que quedara parte alguna reservada a mi disposición privada. Ni siquiera tenía talonario de cheques, y no podía conseguir cantidad alguna, como no fuera pidiéndosela a mi marido. Mi marido era amable y generoso, pero se portaba de acuerdo con las ideas de la época, según las cuales las propiedades de la mujer pertenecían al marido... Pagaba todas mis cuentas, guardaba en su poder mis documentos bancarios y me asignaba una pequeña cantidad para mis gastos personales.» (*Memories of Fifty Years*, de Lady St. Helier, p. 341.) Pero no dice cuál era la suma exacta. Las sumas asignadas a los hijos de los hombres con educación eran considerablemente superiores. La asignación de doscientas libras se estimaba justamente la suficiente para un estudiante de Balliol, «en donde aún imperaban las tradiciones de austeridad», en 1880. Con esta asignación, los estudiantes «no podían ir de caza ni podían jugar a juegos de azar... Sin embargo, siendo cuidadosos y teniendo un hogar en el que pasar las vacaciones, podían ir tirando». (*Anthony Hope and His Books*, de Sir C. Mallet, p. 38.) La cantidad actualmente precisa es notablemente mayor. Gino Watkins «jamás gastó más de la asignación de cuatrocientas libras anuales, con las que pagó todas sus cuentas del colegio universitario y de sus vacaciones». (*Gino Watkins*, de J. M. Scott, p. 59.) Esto se refiere al Cambridge de hace pocos años.

fuera cual fuese, debía ir en compañía de su padre o de su madre o de una mujer casada». ¿A quién conocía en esas diversiones, de tal manera vestida y acompañada? A hombres con educación, «ministros, embajadores, famosos militares y parecida gente, todos ellos espléndidamente vestidos y con condecoraciones». ¿De qué hablaban? De cuanto pudiera servir para refrescar la mente de hombres ocupados que deseaban olvidar su trabajo; «las habladurías de los bailes» cumplían muy bien esta misión. Pasaron los días. Llegó el sábado. El sába-

do, «los miembros del Parlamento y otros hombres ocupados tenían tiempo libre para gozar del trato social»; venían a tomar el té y venían a cenar. El día siguiente era domingo. Los domingos, «la gran mayoría de nosotras iba por la mañana a la iglesia, como cosa natural». Las estaciones cambian. Es verano. En verano invitaban a gente, «casi siempre parientes», a la casa de campo. Ahora es invierno. En invierno, «estudiaban historia, literatura y música, e intentaban dibujar y pintar. Y si bien no conseguían notables resultados, aprendían mucho gracias a sus intentos. Algunas visitaban a los enfermos y enseñaban a los pobres, con lo que, entre una cosa y otra, los años pasaban. Y, ¿cuál era la gran finalidad y resultado de estos años, de esta educación? El matrimonio, naturalmente. «...No se discutía si debíamos casarnos o no, sino con quién debíamos casarnos», dice una de ellas. Se educaba su mente en vistas al matrimonio. En vistas al matrimonio, tocaba el piano, pero no se le permitía formar parte de una orquesta; dibujaba inocentes escenas domésticas, pero no se le permitía hacer estudios de desnudo; leía este libro, pero no se le permitía leer aquél; ejercía su encanto y hablaba. En vistas al matrimonio, era su cuerpo educado; se le asignaba una doncella; las calles le estaban prohibidas; los campos también; la soledad le era denegada. A todo lo anterior quedaba sometida, a fin de que conservara el cuerpo intacto para su marido. En resumen, la idea del matrimonio condicionaba lo que decía, lo que pensaba, lo que hacía. ¿Acaso podía ser de otra manera? El matrimonio era la única profesión que se le ofrecía.[32]

32. Hasta qué punto las mujeres fueron constantemente ridiculizadas, durante el siglo XIX, por sus intentos de ingresar en la única profesión que tenían abierta, es bien sabido por los lectores de novelas, ya que este tema daba lugar al cincuenta por

El cuadro es tan curioso por lo que revela acerca de la hija y por lo que también revela acerca del padre, que tienta a insistir en él. La influencia del faisán en el amor merece, por sí misma, un capítulo.[33] Pero, ahora, no estamos formulando la interesante pregunta siguiente: ¿qué efecto produce la educación en la raza? Sino que estamos preguntando por qué esa educación convertía a la persona que la recibía en un ser consciente e inconscientemente favorable a la guerra. Pues porque es evidente que, conscientemente, esa mujer quedaba obligada a ejercer cuanta influencia tuviera a fin de fortalecer

ciento de los estereotipos de la novela. Pero la biografía nos demuestra cuán natural era, incluso en el presente siglo, para los hombres más cultivados, considerar a todas las mujeres como solteronas con deseos de casarse. Por ejemplo: «"Dios mío... ¿se puede saber qué les pasa?", murmuró [G. L. Dickinson] con tristeza al ver la multitud de interesadas pero poco interesantes solteronas que discurría alrededor del patio frontal del King's. "No lo sé, y tampoco ellas lo saben." Y, luego, en tono todavía más bajo, como si los libros de las estanterías tuvieran oídos, dijo: "¡Oh, Dios! ¡Lo que quieren es un marido!"» (*Goldsworthy Lowes Dickinson*, de E. M. Forster, p. 106.) Lo que querían probablemente era el Colegio de Abogados, la Bolsa, o habitaciones en el edificio Gibbs's, si se les hubiera ofrecido la oportunidad. Pero no se les ofrecía; por lo tanto, era muy natural que el señor Dickinson hiciera este comentario.

33. «De vez en cuando, por lo menos en las casas más espaciosas, se celebraba una reunión en la que los invitados, que se quedaban a dormir, eran seleccionados y avisados con gran antelación, y en estas reuniones había siempre un ídolo: el faisán. La caza era el principal atractivo. En semejantes ocasiones, el padre de familia acostumbraba a imponer su autoridad. Si quería tener la casa llena a reventar, que sus vinos se bebieran en buenas cantidades y que la jornada de caza fuera buena, tenía que invitar a los mejores cazadores que conociera. ¡Y cuán desesperada se sentía la madre de las hijas cuando le decían que la única persona a la que en secreto deseaba invitar era totalmente inadmisible, por mal cazador!» («Society and the Season», de la condesa de Lovelace, en *Fifty Years*, 1882-1932, p. 29.)

el sistema que le daba doncellas, carruajes, bellos vestidos, elegantes fiestas. Por estos medios, llegaba al matrimonio. Conscientemente estaba obligada a emplear cuanto encanto y belleza poseyera para halagar y cautivar a los hombres ocupados, a los soldados, los juristas, los embajadores, los ministros, quienes deseaban recreo después del trabajo cotidiano. Conscientemente, debía aceptar las opiniones de estos hombres, y obedecer sus mandatos, porque únicamente de esta manera podía inducirles a darle los medios precisos para poder contraer matrimonio o el matrimonio en sí mismo.[34]

34. Podremos formarnos una leve idea de lo que los hombres esperaban que sus esposas dijeran e hicieran, por lo menos en el siglo XIX, fijándonos en unas frases de una carta que John Bowdler dirigió «a una señorita a quien tuvo en gran estima, poco antes de que dicha señorita se casara». «Ante todo, evite cuanto tenga *la más leve tendencia* a ser indelicado o indecoroso. Pocas mujeres tienen *la más somera idea* de lo mucho que asquea a los hombres el que una mujer roce siquiera temas de esta naturaleza, especialmente cuando el hombre siente afecto hacia la mujer. Al atender a los niños y a los enfermos, las mujeres se exponen en gran manera a adquirir el hábito de conversar sobre estos temas en un lenguaje que escandaliza a los hombres dotados de delicadeza.» (*Life of John Bowdler*, p. 123.) Pero, pese a que esta delicadeza era esencial, después del matrimonio podía variar. «En la década de los setenta del siglo pasado, la señorita Jex-Blake y sus compañeras libraron vigorosamente la batalla por la admisión de las mujeres en la profesión médica, y los médicos lucharon todavía con más vigor para evitar dicha admisión, alegando que para las mujeres resultaría desmoralizante e impropio estudiar y tratar ciertos aspectos médicos delicados e íntimos. Pero, en aquel entonces, Ernest Hart, director del *British Medical Journal*, me dijo que la mayoría de las colaboraciones que le enviaban para su publicación en el *Journal*, tratando de aspectos médicos delicados e íntimos, estaban escritas a mano por las esposas de los médicos, quienes evidentemente se las dictaban. En aquellos tiempos no había máquina de escribir.» (*The Doctor's Second Thoughts*, de Sir J. Crichton-Browne, pp. 73-74.)

Sin embargo esa duplicidad, en materia de delicadeza, ya se observaba anteriormente. Así vemos que Mandeville, en *The Fa-*

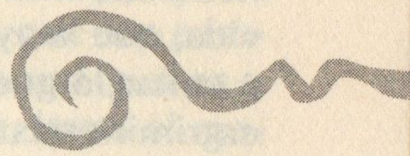
En resumen, todos sus esfuerzos conscientes debían ir encaminados a favorecer lo que Lady Lovelace llamaba «nuestro espléndido imperio»..., y añadía, «cuyo precio es principalmente pagado por las mujeres». ¿Y quién puede poner en duda estas palabras o que el precio era alto?

Pero su influencia inconsciente quizá favorecía con más fuerza aún la guerra. ¿Cómo podemos explicar, si no, el pasmoso estallido de agosto de 1914, cuando las hijas de los hombres educados, que habían sido educadas de la manera antes dicha, acudieron presurosas a los hospitales, algunas todavía acompañadas de sus doncellas, condujeron camiones, trabajaron en los campos y en las fábricas de municiones, y emplearon todos sus inmensos caudales de encanto y de simpatía para convencer a los hombres jóvenes de que luchar era heroico, y de que los heridos en acción de guerra merecían todos sus cuidados y todas sus alabanzas? La razón radica en aquella educación. Tan profundo era el inconsciente aborrecimiento de aquellas muchachas hacia la educación hogareña, con su crueldad, su pobreza, su hipocresía, su inmoralidad, su inanidad, que estaban dispuestas a hacer cualquier trabajo, por humilde que fuera, ejercer cualquier atractivo por fatal que fuera, con tal de escapar. Conscientemente, deseaban «nuestro espléndido imperio»; inconscientemente, deseaban nuestra espléndida guerra.

---

ble of the Bees (1714), dice: «...Quiero ante todo decir que la Modestia de las Mujeres es resultado de la Costumbre y de la Educación, gracias a las cuales toda Desnudación que no esté a la moda y toda puerca Expresión son para ellas temibles y abominables, a pesar de lo cual incluso la más Virtuosa Joven sobre la faz de la tierra, por mucho que le pese, verá que Pensamientos y confusas Ideas de Cosas surgen en su Imaginación, y de ello a ciertas Personas nada revelaría por Nada en el Mundo.»

En consecuencia, señor, si quiere que le ayudemos a evitar la guerra, la conclusión parece inevitable; debemos contribuir a la reconstrucción del colegio que, a pesar de sus defectos, es la única alternativa a la educación hogareña. Debemos esperar que, al paso del tiempo, podamos cambiar la educación. Debemos dar esta guinea antes de dar la guinea que usted nos pide para su sociedad. Pero de esta manera contribuimos a la misma causa: evitar la guerra. Las guineas no abundan; las guineas son valiosas pero mandemos una guinea, sin condiciones, a la tesorera honoraria del fondo de reconstrucción, porque, al hacerlo, contribuimos positivamente a la causa de evitar la guerra.



DOS

Ahora que hemos dado una guinea para la reconstrucción de un colegio universitario, debemos considerar si acaso podemos hacer algo más para ayudarle a evitar la guerra. Y al momento vemos, con toda claridad, que, si lo que hemos dicho acerca de la influencia es verdad, debemos centrar nuestra atención en las profesiones, ya que, si podemos convencer a aquellas mujeres que se ganan la vida, con lo cual tienen en las manos esa nueva arma, nuestra única arma, el arma de la opinión independiente basada en los ingresos independientes, de que deben emplear esa arma en contra de la guerra, haremos más en su ayuda de lo que haríamos recurriendo a quienes enseñan a las jóvenes a ganarse la vida; o vagando, por mucho que fuera el tiempo, alrededor de los prohibidos lugares y sagradas puertas de las universidades en donde lo anterior se enseña. En consecuencia, ésta es una cuestión más importante que la anterior.

Por lo tanto, pongamos su carta pidiendo ayuda para evitar la guerra ante las mujeres independientes y maduras, ante aquellas que se ganan la vida, mediante el ejercicio de sus profesiones. No hace falta emplear la retórica; y, diría, casi apenas hace falta utilizar razonamientos. Bastará con que digamos: «He aquí a un hombre que, con toda razón, merece respeto; nos dice que cabe la posibilidad de una guerra; que quizá la guerra sea probable; y

nos pide, a nosotras, las que podemos ganarnos la vida, que le ayudemos, del modo en que podamos, a evitar la guerra.» Esto bastará, sin necesidad de esgrimir estas fotografías, cuyo montón ha ido creciendo y creciendo, durante este tiempo, ahí sobre la mesa, fotografías de más cadáveres, de más casas derruidas, para suscitar una respuesta, y será una respuesta, señor, que le dará esa ayuda que solicita. Pero... Parece que hay ciertas vacilaciones, ciertas dudas. No se trata, ni mucho menos, de dudas acerca de lo horrible que es la guerra, de que la guerra es bestial, la guerra es insoportable, la guerra es inhumana, tal como dijo Wilfred Owen, ni tampoco ponemos en duda que deseamos hacer cuanto podamos a fin de evitar la guerra. Sin embargo, dudas y vacilaciones hay; y la forma más rápida para conseguir que las comprenda consiste en poner ante usted otra carta, una carta tan sincera como la suya, que está ahí sobre la mesa, a su lado.[1]

Es una carta de otra tesorera honoraria y también pide dinero. Nos dice: «¿Puede usted enviar un donativo a una sociedad dedicada a ayudar a las hijas de hombres con educación a conseguir empleo, mediante el ejercicio de sus profesiones, a fin de ayudarnos a ganarnos la vida? Si no puede mandar dinero», prosigue la carta, «aceptaremos cualquier obsequio, libros, fruta, o prendas de vestir desechadas, que puedan venderse en una tómbola.» Esta carta está tan estrechamente relacionada con las

1. He aquí las palabras exactas de esta petición: «Le escribimos con el fin de pedirle nos reserve las prendas de vestir que usted haya desechado... Asimismo le rogamos nos reserve las medias, de todo tipo, por usadas que estén, ya que nos pueden ser muy útiles... La comisión estima que, al ofrecer estas prendas a precio de ganga... presta un servicio verdaderamente útil a las mujeres cuya profesión les exige tener unos vestidos de día y de noche que no pueden comprarse.» (De una carta enviada por la London and National Society for Women's Service, 1938.)

dudas y las vacilaciones antes esmentadas, y con la ayuda que podemos prestarle, señor, que nos parece imposible mandar a dicha señora una guinea y también mandarle a usted su guinea, hasta el momento en que hayamos despejado los interrogantes que plantea.

El primer interrogante salta a la vista. ¿Por qué pide dinero? ¿Por qué es tan pobre, esa representante de las mujeres profesionales, que se ve obligada a mendigar ropas desechadas, para una tómbola? Este es el primer punto que debemos aclarar, ya que, si es tan pobre como esa carta parece indicar, el arma de la opinión independiente con la que contábamos para ayudarle a impedir la guerra parece que no es muy poderosa, dicho sea sin exagerar. Pero, por otra parte, la pobreza tiene sus ventajas, ya que, si esta señora es pobre, tan pobre como afirma ser, podemos negociar con ella, tal como hemos negociado con su hermana de Cambridge, y ejercer el derecho, propio de todo donante en potencia, de imponer condiciones. Por lo tanto, interroguémosla sobre su situación económica y sobre ciertos otros hechos, antes de darle la guinea, o de formular las condiciones precisas para que se la demos. He aquí el borrador de la carta que le escribiremos:

«Le ruego que nos disculpe, Madam, por haber tardado tanto tiempo en contestar su carta. En realidad, han surgido ciertos interrogantes que queremos que usted nos despeje, antes de mandarle el donativo. En primer lugar, nos pide dinero, dinero con el que pagar el alquiler. Pero, ¿cómo es posible, cómo cabe el que sea usted, Madam, tan terriblemente pobre? Hace casi veinte años que las profesiones están abiertas a las hijas de los hombres con educación. Por lo tanto, ¿cómo puede ser que usted, a quien consideramos la representante de

esas mujeres, esté ahí, con el sombrero en la mano, igual que su hermana de Cambridge, mendigando dinero, y, a falta de dinero, fruta, libros o prendas de vestir desechadas, para venderlo en una tómbola? Lo repito, ¿cómo es posible? Sin duda ha de haber alguna grave falta, sea de común humanidad, de común justicia, o de sentido común. ¿O no será, sencillamente, que usted no hace más que poner cara triste y contar un cuento lacrimógeno, como el mendigo de la esquina que tiene un calcetín repleto de guineas oculto bajo la cama? De todas maneras, esas perpetuas peticiones de dinero y alegaciones de pobreza la exponen a graves chascos, no sólo por parte de indolentes extraños, a quienes pensar en problemas de orden práctico desagrada casi tanto como librar cheques, sino también por parte de hombres con educación. Esa carta concita sobre ustedes la censura y el desprecio de hombres de reconocida fama como filósofos y novelistas, de hombres como el señor Joad y el señor Wells. Estos hombres no sólo niegan su pobreza, sino que también la acusan de apatía e indiferencia. Permítame que someta a su atención las acusaciones que contra usted formulan. Oiga en primer lugar lo que el señor C. E. M. Joad dice de usted. Dice: «Dudo mucho que en cualquier momento, en el curso de los últimos cincuenta años, las mujeres jóvenes hayan sido más políticamente apáticas, más socialmente indiferentes, que en los actuales tiempos." Así empieza. Y prosigue diciendo, con toda razón, que no es asunto suyo el decirle a usted lo que debe hacer; pero añade, muy amablemente, que está dispuesto a darle un ejemplo de lo que usted podría hacer. Usted podría imitar a sus hermanas de Norteamérica. Podría fundar "una sociedad para promover la paz". El señor Joad da un ejemplo. Esta sociedad afirmaba "no sé si verazmente o no, que el número de libras gastadas por el mundo en armamentos,

durante el presente año, es exactamente el mismo que el número de minutos (¿o se trataba de segundos?) transcurridos desde la muerte de Cristo, quien enseñó que la guerra es anticristiana". Muy bien, entonces, ¿por qué no crea usted una sociedad semejante en Inglaterra, siguiendo el ejemplo de las norteamericanas? Naturalmente, necesitaría dinero; pero –y este es el punto que deseo recalcar de forma principal– no cabe la menor duda de que usted tiene dinero. El señor Joad lo demuestra. "Antes de la guerra, el dinero llovía en los cofres de la W.S.P.U.,* a fin de que la mujer consiguiera el voto que, se esperaba, serviría para que la guerra pasara a la historia. La mujer ha conseguido el voto, pero la guerra se encuentra lejos de haber pasado a la historia." De esto último puedo dar testimonio personalmente –aquí tengo la carta de un caballero que me pide le ayude a evitar la guerra, y también hay ciertas fotografías de cadáveres y de casas derruidas–, pero dejemos que el señor Joad continúe. "¿Es irrazonable", dice el señor Joad, "pedir a las mujeres contemporáneas que estén dispuestas a dar tanto dinero y tantas energías, a sufrir tanto insulto y vilipendio por la causa de la paz, cual sus madres dieron y sufrieron por la causa de la igualdad?" Ahora, no puedo evitar preguntar, como un eco, ¿es irrazonable pedir a las mujeres que sigan sufriendo, generación tras generación, el vilipendio y el insulto, primero de sus hermanos y, después, a causa de sus hermanos? ¿No es ello perfectamente razonable y en aras, generalmente hablando, de su bienestar físico, moral y espiritual? Pero no interrumpamos al señor Joad. "Si es irrazonable, cuanto antes abandonen la pretensión de jugar a los asuntos públicos y regresen a su vida pri-

* Women's Social and Political Union = Unión Política y Social de la Mujer.

vada, mejor. Si son incapaces de hacer algo en la Cámara de los Comunes, que hagan algo, por lo menos, en su casa. Si no pueden aprender la manera de salvar a los hombres de la destrucción que la incurable maldad masculina estima oportuno proyectar sobre ellos, dejemos que, por lo menos, las mujeres aprendan a alimentar a los hombres, antes de que se dediquen a destruirse entre sí."[2] No nos paremos a preguntar de qué manera el voto femenino puede curar lo que el propio señor Joad reconoce ser incurable, ya que lo importante es preguntarle, a usted, Madam, ¿cómo es posible que, después de haber leído este párrafo, tenga la osadía de pedirme una guinea para pagar el alquiler? Según el señor Joad, usted no sólo es extremadamente rica, sino también extremadamente perezosa, y, en consecuencia, entregada a comer cacahuetes y helados, hasta tal punto que ni siquiera ha aprendido a guisar la comida del señor Joad, antes de que se destruya a sí mismo, y menos ha aprendido a evitar que tan fatal acto ocurra. Pero hay acusaciones más serias. Su letargo es tal que ni siquiera es usted capaz de luchar para defender aquella libertad que su madre consiguió para usted. Formula esta acusación contra usted el más famoso novelista inglés contemporáneo, el señor H. G. Wells. El señor H. G. Wells dice: "No se ha percibido movimiento femenino alguno encaminado a oponer resistencia a la práctica anulación de la libertad de la mujer por parte de los nazis y los fascistas."[3] A pesar de ser rica, perezosa, codiciosa y aletargada, ¿tiene usted el valor de pedirme que entregue un donativo a una sociedad que ayuda a las hijas de los hombres con educación a ganarse la vida mediante el ejercicio de sus profesiones? Y se lo pregunto porque, tal como los antes citados caballeros demuestran, a pesar del voto y de todas las riquezas que ese voto forzosamente habrá comportado, no ha puesto usted fin a las guerras; a pesar del voto y del poder que este voto forzosamente habrá comportado, usted no ha opuesto resistencia a la práctica anulación de la libertad de la mujer por parte de los nazis y los fascistas. La única conclusión a la que podemos llegar consiste en que lo que se llamó "el movimiento femenino", en su totalidad, ha sido un fracaso; y la guinea que le mando junto con esta carta no debe ser destinada a pagar el alquiler, sino a incendiar su edificio. Y, cuando haya ardido, retírese usted una vez más a la cocina, Madam, y aprenda, si es que puede, a guisar una comida que quizá no pueda compartir...»[4]

2. *The Testament of Joad*, de C. E. M. Joad, pp. 210-211. Como sea que el número de sociedades en pro de la paz gobernadas directa o indirectamente por inglesas es tan numeroso que nos excusa de relacionarlas (en la página 15 de *The Story of the Disarmament Declaration* hay la lista de las asociaciones pacifistas de mujeres profesionales, de negocios y trabajadoras), no hace falta tomarse en serio la crítica del señor Joad, pese a que es reveladora desde un punto de vista psicológico.

3. *Experiment in Autobiography*, de H. G. Wells, p. 486. El movimiento masculino para evitar que los nazis o los fascistas eliminen prácticamente la libertad quizá haya sido más perceptible, pero parece muy dudoso que haya sido más eficaz. «Actualmente, los nazis dominan Austria en su totalidad» (los periódicos, el 12 de marzo de 1938).

4. «A mi parecer, las mujeres no debieran sentarse a la mesa con los hombres; su presencia destroza las conversaciones, a las que suelen dar carácter trivial y dulzón, o, en el mejor de los casos, ingenioso.» (*Under the Fifth Rib*, de C. E. M. Joad, p. 58.) Es una declaración admirablemente sincera, y si cuantos comparten la opinión del señor Joad se expresaran con igual franqueza, el dilema de la dueña de la casa –a quién invitar y a quién no invitar– quedaría en buena parte resuelto, con la consiguiente disminución de trabajo. Si quienes, en la mesa, prefieren tratar con personas de su propio sexo lo expresaran, en el caso de ser hombres, llevando un botón rojo en el ojal, y, en el caso de

Aquí, señor, se acaba la carta. Debido a que la cara más allá de la carta –esa cara que el escritor epistolar siempre ve– tenía una expresión... no sé... ¿era de aburrimiento? ¿O quizá de fatiga? La mirada de la tesorera honoraria parece reposar sobre un papelito en que constan por escrito dos hechos aburridos que –por tener cierta influencia en el asunto del que estamos hablando, la manera en que las hijas de los hombres con educación, que se ganan la vida mediante una profesión, pueden ayudarle a evitar la guerra– quizá valga la pena reproducir aquí. El primer hecho consiste en que los ingresos de la W.S.P.U., en los que el señor Joad se basaba para estimar su riqueza, eran (en el año 1912, momento culminante de su actividad) de cuarenta y dos mil libras esterlinas.[5] El segundo hecho era: «Ganar doscientas cincuenta libras anuales es un notable éxito, incluso para una mujer altamente cualificada y con años de experiencia.»[6] La fecha de esta afirmación es 1934.

---

ser mujeres, mediante una roseta blanca, en tanto que quienes prefieren el trato mixto lucieran botones rojos y blancos, no sólo se evitarían muchas incomodidades y falsas situaciones, sino que posiblemente la honradez del botón terminaría con cierta forma de hipocresía social actuamente dominante. Entretanto, digamos que la sinceridad del señor Joad merece las más altas alabanzas y sus deseos merecen el más estricto cumplimiento.

5. Según la señora H. M. Swanwick, la W.S.P.U. tenía «unos ingresos, procedentes de donaciones, en 1912, de cuarenta y dos mil libras anuales». (*I Have Been Young*, de H. M. Swanwick, p. 189.) El total gastado por la Women's Freedom League, en 1912, fue de veintiséis mil setecientas setenta y dos libras, con doce chelines y nueve peniques. (*The Cause*, de Ray Strachey, p. 311.) En consecuencia, los ingresos conjuntos de las dos sociedades ascendían a sesenta y ocho mil setecientas setenta y dos libras, con doce chelines y nueve peniques. Pero las dos sociedades eran rivales, naturalmente.

6. «Pero, excepciones aparte, las ganancias medias de las mujeres son bajas, ganar doscientas cincuenta libras anuales es un notable éxito, incluso para una mujer altamente cualificada

Los dos hechos son interesantes; y como sea que los dos tienen influencia directa en la cuestión que nos ocupa, más valdrá examinarlos. Abordemos primero el primer hecho. Resulta interesante por cuanto demuestra que uno de los mayores cambios políticos de nuestros tiempos fue llevado a cabo con los increíblemente reducidos ingresos de cuarenta y dos mil libras anuales. «Increíblemente reducidos» es, naturalmente, una calificación relativa; es decir, son increíblemente reducidos comparados con los ingresos que el Partido Conservador o el Partido Liberal –los partidos a que pertenece el hermano de la mujer educada– tienen a su disposición para apoyar sus causas políticas. Son unos ingresos muy inferiores a los del Partido Laborista, el partido al que pertenece el hermano de la mujer obrera.[7] Son increíblemente reducidos comparados con las sumas que una sociedad como la Sociedad para la Abolición de la Esclavitud tenía a su disposición a los fines de abolir la esclavitud. Son increíblemente reducidos comparados con las sumas que el hombre con educación gasta anualmente, no en pro de causas políticas, sino en deportes y diversiones. Pero nuestro pasmo, sea ante la pobreza de las hijas del hombre con educación, sea ante la pobreza de su economía, es, en este caso, una emoción claramente desagradable, por cuanto nos obliga a sospechar que la tesorera honoraria nos dice la pu-

---

y con años de experiencia.» (*Careers and Openings for Women*, de Ray Strachey, p. 70.) Sin embargo: «El número de mujeres dedicadas a trabajos profesionales ha aumentado muy aprisa en los últimos veinte años y era, en 1931, de unas cuatrocientas mil, sin contar las dedicadas a trabajos secretariales y las funcionarias públicas». (*Op. cit.*, p. 44.)

7. En 1936, los ingresos del Partido Laborista fueron de cincuenta mil ciento cincuenta y tres libras. (*Daily Telegraph*, septiembre 1937.)

ra verdad; es pobre; y ello nos obliga a preguntar una vez más: ¿cómo es posible que las hijas de los hombres con educación le ayuden, señor, a ganar su causa, cuando cuarenta y dos mil libras esterlinas fue cuanto pudieron conseguir después de muchos años de incansable trabajo, para defender su propia causa? En los presentes momentos, en que gastamos trescientos millones de libras esterlinas al año en armamento, ¿cuánta paz se puede comprar con cuarenta y dos mil libras al año?

Pero el segundo hecho es el más sorprendente y deprimente de los dos. Se trata del hecho consistente en que, ahora, casi veinte años después de que la mujer haya sido admitida en las profesiones lucrativas, «ganar doscientas cincuenta libras anuales es un notable éxito, incluso para una mujer altamente cualificada y con años de experiencia». Realmente, este hecho, si es verdad, resulta tan sorprendente y tiene tanta influencia en la cuestión que nos ocupa que bien vale la pena nos detengamos un momento para examinarlo. Es tan importante que, además, debe ser examinado a la blanca luz de los hechos y no a la colorida luz de la biografía. Por lo tanto, recurramos a una personalidad impersonal e imparcial a quien ni le vaya ni le venga lo que estamos analizando. Esta personalidad puede ser, por ejemplo, el Almanaque Whitaker.

No hace falta decir que Whitaker es uno de los autores no sólo más desapasionados, sino también más metódicos. En su Almanaque, ha recogido todos los hechos acerca de todas, o casi todas, las profesiones abiertas a las hijas de los hombres con educación. En una sección titulada «Gobierno y organismos públicos», nos revela escuetamente a qué profesionales el gobierno da empleo y cuánto les paga. Como sea que Whitaker sigue el orden alfabético, examinemos las primeras seis letras del abecedario. En la A tenemos Admiralty, Air Ministry y Ministry of Agriculture. En la B, British Broadcasting Corporation; en la C, Colonial Office y Charity Commissioners; en la D, Dominions Office y Development Commission; en la E, Ecclesiastical Commissioners y Board of Education; y con ello llegamos a la sexta letra, la F, en la que encontramos Ministry of Fisheries, Foreign Office, Friendly Societies y Fine Arts. Éstas son algunas de las profesiones que en la actualidad, tal como a menudo se nos recuerda, están por igual abiertas a hombres y a mujeres. Y los sueldos pagados a quienes en ellas trabajan proceden de los fondos públicos provistos por igual por hombres y mujeres. El impuesto sobre la renta del que salen estos sueldos (entre otros gastos) está ahora en los cinco chelines por libra, aproximadamente. En consecuencia, todos tenemos derecho e interés en preguntar cómo se gasta este dinero y en quién. Miremos la lista de sueldos de la Board of Education, puesto que ésta es la clase, señor, a que los dos tenemos el honor de pertenecer, aun cuando en muy diferente gradación. Whitaker dice que el presidente de la Board of Education cobra 2.000 £; su secretario privado cobra entre 847 £ y 1.058 £; el ayudante del secretario privado cobra entre 277 £ y 634 £. Luego, está el secretario permanente de la Board of Education. Éste cobra 3.000 £; su secretario privado cobra entre 277 £ y 634 £. El secretario parlamentario cobra 1,200 £; su secretario privado cobra entre 277 £ y 634 £. El secretario delegado cobra 2.200 £. El secretario permanente del departamento de Gales cobra 1.650 £. Y, luego, están los secretarios ayudantes principales y los secretarios ayudantes, los directores de establecimientos, los contables generales, los funcionarios principales de finanzas, los funcionarios de finanzas, los asesores jurídicos, los ayudantes de asesores jurídicos. Según nos dice el im-

pecable e imparcial Whitaker, todas estas señoras y señores cobran sueldos que alcanzan los cuatro guarismos o los superan. Ahora bien, los ingresos de mil libras o más al año constituyen una bonita suma, cuando se cobran todos los años y se cobran puntualmente. Pero si tenemos en consideración que se trata de un trabajo de jornada completa y de un trabajo que requiere especiales conocimientos, no envidiamos sus sueldos a esas damas y caballeros, ni siquiera al pensar que nuestro impuesto sobre la renta grava con cinco chelines cada libra y que nuestros ingresos en manera alguna son pagados puntualmente y todos los años. Los hombres y las mujeres que se pasan el día entero, todos los días, en una oficina, desde los veintitrés años aproximadamente hasta los sesenta, más o menos, se merecen hasta el último penique que les pagan. Pero de manera automática pensamos que, si esas señoras cobran 1.000 £, 2.000 £ y 3.000 £ al año, no sólo en la Board of Education, sino en todas las restantes oficinas y organismos a los que ahora tienen acceso, desde el Admiralty al principio del alfabeto hasta la Board of Works a su término, la afirmación de que «doscientas cincuenta libras anuales es un notable éxito, incluso para una mujer altamente cualificada y con años de experiencia» forzosamente ha de ser, dicho paladinamente, una mentira sin atenuantes. Nos basta con entrar en Whitehall; tener en cuenta el número de oficinas y organismos que allí se albergan; pensar que cada uno tiene un verdadero rebaño de secretarios y subsecretarios, con tantas y tan matizadas categorías que sólo recordarlo le da a una vueltas la cabeza; y pensar que cada uno de estos individuos, hombres o mujeres, cobra un sueldo suficiente; nos basta lo anterior para concluir que aquella afirmación es inexplicable, imposible. ¿Cómo podemos explicárnosla? Sólo por el medio de ponernos unas

gafas con lentes más potentes. Leer la lista y bajando más y más por ella. Por fin llegamos a un nombre antecedido por la palabra «Miss». ¿Es posible que todos los nombres que anteceden al de esta «Miss», los nombres con sueldos cuantiosos, sean nombres de caballeros? Parece que sí. En consecuencia, salarios no faltan. Lo que falta es hijas de hombres con educación.

Hay tres razones claramente visibles que explican esta deficiencia o incongruencia. El doctor Robson nos da la primera de ellas. «La clase administrativa que ocupa todos los cargos dominantes en el funcionariado del Interior está integrada, en avasalladora mayoría, por los pocos afortunados que pueden ir a Oxford y a Cambridge; y los exámenes de ingreso han sido siempre expresamente organizados a este fin.»[8] Las pocas afortunadas de

8. *The British Civil Service. The Public Service*, de William A. Robson, p. 16.

El profesor Ernest Barker propone un examen alternativo, de ingreso en el cuerpo de funcionarios públicos, destinado a «hombres y mujeres de cierta edad» que hayan trabajado unos cuantos años en actividades de carácter social. «Esto beneficiaría primordialmente a las candidatas. Con el actual sistema de competición abierta, sólo triunfa una pequeña proporción de estudiantes femeninas, en realidad son muy pocas las que se presentan. Con el sistema alternativo aquí propuesto es posible, e incluso probable, que se presentara una proporción de mujeres mucho mayor. Las mujeres tienen especial talento y dotes para las tareas y servicios sociales. Sería para ellas un nuevo incentivo competir para entrar en los servicios administrativos del Estado, en los que sus dotes se necesitan, actualmente, de modo especial.» (*The British Civil Servant.* «The Home Civil Service», del profesor Ernest Barker, p. 41.) Pero, mientras los organismos públicos sigan siendo tan exigentes como actualmente son, será difícil que un incentivo, sea cual fuere, induzca a las mujeres a prestar sus «dotes» al Estado, a no ser que el Estado se encargue de cuidar a los padres viejos, o que convierta en delito punible el que los viejos de uno y otro sexo exijan los servicios de sus hijas en casa.

nuestra clase, la clase de las hijas de hombres con educación, son poquísimas. Tal como hemos visto, Oxford y Cambridge limitan draconianamente el número de hijas de hombres con educación a las que se les permite recibir formación universitaria. En segundo lugar, resulta que son muchas más las hijas que se quedan en casa para cuidar a madres viejas, que los hijos que hacen lo mismo para cuidar a padres viejos. Debemos recordar que el hogar es todavía una viva realidad. De ahí que haya más hijos que hijas en los exámenes de ingreso en los cuerpos de funcionarios públicos. En tercer lugar, cabe presumir con fundamento que sesenta años de presentación a examen no son tan eficaces como quinientos. Los exámenes de ingreso en el funcionariado son duros; cabe razonablemente esperar que los aprueben más hijos que hijas. Sin embargo, falta por explicar el curioso hecho consistente en que, a pesar de que cierto número de hijas se presenta al examen de ingreso y lo pasa, aquellos funcionarios cuyo nombre va precedido por la palabra «Miss» no penetran en la zona de los sueldos de cuatro guarismos. Según Whitaker, esa distinción de sexo parece poseer cierta curiosa calidad de plomo que mantiene a todo nombre al que la distinción va unida en las más bajas esferas. Evidentemente, la razón de lo anterior puede ser profunda. Para decirlo lisa y llanamente, quizá las hijas presenten deficiencias; quizá sean poco dignas de confianza; insatisfactorias; tan poco dotadas de la necesaria capacidad que el interés público exige que se las mantenga en las categorías más bajas en las que, si bien cobran menos, por lo menos se les da menos posibilidades de obstaculizar el desarrollo de la pública función. Esta explicación parece fácil, pero desdichadamente no podemos adoptarla. Nos lo impide el propio Primer Ministro. Hace pocos días, el señor Baldwin nos dijo que las funcionarias públicas no son poco dignas del confianza. El señor Baldwin dijo: «Muchas de ellas, en ocasión de su cotidiano trabajo, tienen el conocimiento de buen número de informaciones secretas. Las informaciones secretas tienen cierta tendencia a quedar reveladas a menudo, cual los políticos muy bien sabemos para nuestra desdicha. Ahora bien, jamás he conocido un caso en que dicha revelación fuera debida a una mujer, y conozco casos en que la revelación se debió a hombres que, por su preparación, no cabía esperar actuaran de tal manera.» ¿De modo que las mujeres no son tan charlatanas y dadas a las habladurías cual la tradición dice? No deja de ser una útil contribución a la psicología femenina y un buen dato para los novelistas; sin embargo, todavía puede haber otras objeciones a que la mujer desempeñe puestos de funcionario público.

Intelectualmente, quizá no sean tan competentes como sus hermanos. Pero, en este punto, el Primer Ministro tampoco nos da su apoyo. «No estaba dispuesto [el señor Baldwin] a decir que se había llegado a conclusión alguna –ni siquiera a decir que fuera necesario llegar a conclusiones– en lo referente a si la mujer era tan competente, o más, que el hombre, pero estimaba que la mujer había trabajado en el funcionariado público de manera que no sólo estaba plenamente satisfecha con su trabajo, sino que satisfacía plenamente a cuantos tenían que tratar con ella.» Por fin, como si quisiera coronar lo que necesariamente debe considerarse una manifestación poco concluyente, por el medio de expresar una opinión personal de carácter quizá más positivo, el señor Baldwin dijo: «Quiero rendir personal tributo a la laboriosidad, capacidad, preparación y lealtad de cuantas mujeres con cargos públicos he tenido ocasión de tratar.» Y a continuación manifestó que tenía esperanzas de que los

hombres de negocios utilizaran mayormente aquellas tan valiosas cualidades.[9]

Ahora bien, si hay alguien en situación de conocer la realidad, este alguien es el Primer Ministro; y si hay alguien capaz de decir la verdad acerca de esta realidad, este alguien es ese mismo señor. De todas maneras, el señor Baldwin dice una cosa; el señor Whitaker dice otra. Y si el señor Baldwin está bien informado, lo mismo cabe decir del señor Whitaker. Y a pesar de ello se contradicen. El señor Baldwin dice que las mujeres son funcionarias públicas de tercera clase. En resumen, se trata de un caso jurídico, de un juicio, con el título *Baldwin contra Whitaker*; en consecuencia, como sea que se trata de un caso muy importante, ya que de él dependen las contestaciones a muchas preguntas que nos intrigan, no sólo referentes a la pobreza de las hijas de los hombres con educación, sino también a la psicología de los hijos de los hombres con educación, celebremos el juicio del caso *El Primer Ministro contra El Almanaque*.

Para intervenir en este juicio está usted, señor, muy especialmente preparado, ya que, en su calidad de abogado, tiene conocimientos de primera mano de una profesión y, en su calidad de hombre educado, conocimientos de segunda mano de muchas profesiones más. Y si bien es cierto que las hijas de los hombres con educación del talante de Mary Kingsley no tienen directo conocimiento de una profesión, tampoco cabe negar que, a través de sus padres y de sus tíos, de sus primos y de sus hermanos, pueden alegar conocimiento indirecto de la vida profesional –es una fotografía que han contemplado a menudo–, y este conocimiento indirecto puede mejorarse, si es que así lo desean, mirando por el ojo de la cerradura, tomando notas y formulando discretas preguntas. En consecuencia, si unimos nuestros conocimientos de primera mano, directos e indirectos, referentes a las profesiones, con la idea de juzgar el importante caso *Baldwin contra Whitaker*, tendremos que reconocer, de mutuo acuerdo, ya desde el principio, que las profesiones son una cosa muy extraña. En manera alguna se puede decir que el hombre inteligente llega a la cumbre y que el estúpido baja a la sima. Creo que usted y yo estamos de acuerdo en que este ascenso y descenso en manera alguna obedecen a un proceso racional, claro y cuadriculado. A fin de cuentas, tal como usted y yo tenemos buenas razones para no ignorarlo, los jueces son padres y los secretarios permanentes tienen hijos. Los jueces necesitan alguaciles; los secretarios permanentes necesitan secretarios privados. ¿Acaso no es natural que un sobrino sea alguacil o que el hijo de un viejo compañero de escuela sea secretario privado? Gozar de estos gajes es, para el funcionario público, tan propio como un cigarro de vez en cuando, y un traje desechado alguna que otra vez, para el servidor doméstico. Pero estos gajes, el ejercicio de esta influencia, da carácter extraño a las profesiones. El éxito es fácil para algunos, más difícil para otros, incluso en el caso de que la capacidad intelectiva sea la misma. Por lo que algunos ascienden de manera inesperada; otros se hunden de manera inesperada; no faltan quienes siguen, extrañamente, en estado estacionario; y el resultado final es que las profesiones tienen un extraño carácter. Incluso se puede decir que, a menudo, es de público interés el que las profesiones sean extrañas. Como sea que nadie, desde el director del Trinity College para abajo (con la posible excepción de algunas directoras), cree en la infalibilidad de los examinado-

9. El señor Baldwin, en un parlamento pronunciado en Downing Street, en pro del Newnham College Building Fund, el 31 de marzo de 1936.

res, el empleo de cierta elasticidad es de público interés; como sea que lo impersonal es falible, parece aconsejable que sea complementado por lo personal. En consecuencia, y afortunadamente para todos, podemos concluir que las divisiones en categorías no son de hierro, ni los tribunales de examen de acero. Tanto las unas como los otros transmiten humanas simpatías y reflejan humanas antipatías, con lo que las imperfecciones del sistema de exámenes quedan rectificadas; el interés público sale beneficiado; y los vínculos de sangre y de amistad quedan reconocidos. Por esto, es muy posible que la palabra «Miss» transmita a través de las divisiones en categorías y de los tribunales cierta vibración que no se nota en el aula de exámenes. «Miss» transmite sexo y el sexo puede ir acompañado de cierto aroma. «Miss» puede llevar anejo el susurro del roce de ropa interior, el olor a perfume, o cualquier otro olor que se pueda percibir al otro lado de la división y que sea un olor molesto. Lo que encanta y consuela en el hogar puede ser exacerbante en la oficina. La Comisión de Arzobispos nos asegura que así ocurre en el púlpito.[10] Whitehall puede ser igualmente susceptible. De todos modos, «Miss» es una mujer, «Miss» no fue educada en Eton o en Christ Church. Como sea que «Miss» es una mujer, no es un hijo ni un sobrino. Nos arriesgamos, nosotras, a imponderables. Por muy de puntillas que caminemos, jamás caminaremos bastante de puntillas. Recordemos que intentamos descubrir cuál es el aroma que acompaña al sexo en los cargos públicos; olisqueamos, con suma delicadeza, aromas y no hechos. Por lo tanto, será aconsejable que no nos confiemos de nuestra propia nariz y que busquemos testimonios extraños a nuestra clase. Recurramos a la prensa y veamos si podemos descubrir, gracias a las opiniones en ella aireadas, un indicio que nos guíe en nuestro intento de aclarar la delicada y difícil cuestión de cuál es el aroma, la atmósfera, que envuelve a la palabra «Miss» en Whitehall. Consultemos los periódicos.

Primero:

«Creo que su corresponsal... resume correctamente la discusión al observar que la mujer goza de demasiada libertad. Es probable que esta mal llamada libertad fuese resultado de la guerra, en cuyos tiempos la mujer asumió responsabilidades hasta el momento inéditas para ella. En aquellos tiempos prestaron magníficos servicios, ciertamente. Por desdicha, fueron alabadas y mimadas desmedidamente, de forma desproporcionada al valor de sus servicios.»[11]

---

10. Los efectos producidos por una mujer en el púlpito quedan expresados de la siguiente manera en la p. 24 de *Women and the Ministry, Some Considerations on the Report of the archbishops' Comission on the Ministry of Women* (1936): «Pero mantenemos que el ministerio de las mujeres... producirá un descenso en el tono espiritual del culto cristiano, descenso que no produce el ministerio de los hombres ante congregaciones constituidas mayoritaria o exclusivamente por mujeres. Que haya sido posible sentar esta afirmación representa un justo elogio a la calidad de la feminidad cristiana; parece un hecho normal el que, en este sexo, y en comparación con el sexo masculino, lo natural se subordina más fácilmente a lo sobrenatural, y lo carnal a lo espiritual; y que el ministerio de los sacerdotes varones por lo general no excita aquella faceta de la naturaleza humana femenina que debe permanecer inactiva en los momentos de adoración de Dios Todopoderoso. Creemos, por el contrario, que los miembros masculinos de una congregación media anglicana no podrían estar presentes en un acto oficiado por una mujer, sin prestar indebida atención a su sexo.»

En consecuencia, según los miembros de la comisión, las mujeres cristianas son más espirituales que los hombres cristianos, lo cual constituye una notable, aunque incongruente, razón para excluirlas del sacerdocio.

11. *Daily Telegraph*, 20 de enero de 1936.

No es mal principio. Sin embargo, prosigamos:

«Opino que, en gran medida, el descontento prevalente en esta zona de nuestra colectividad [la burocrática] podría aliviarse aplicando la política de emplear a hombres en vez de emplear a mujeres, siempre que fuera posible. Actualmente, en los organismos gubernamentales, en correos, en las compañías de seguros, en los bancos y en otras oficinas, hay millares de mujeres que están haciendo trabajos que podrían hacer los hombres. Al mismo tiempo, hay millares de hombres, debidamente preparados, jóvenes y de media edad, que no pueden conseguir empleo alguno. Hay gran demanda de trabajo femenino en las artes domésticas y, si se procediera a un reajuste, gran número de mujeres que han ido a parar a los servicios burocráticos quedarían disponibles para dedicarse al servicio doméstico.»[12]

Ahora el olor es más fuerte, ¿verdad?

Otrosí:

«Estoy seguro de que interpreto el sentir de millares de hombres jóvenes cuando digo que, si los hombres hicieran el trabajo que millares de mujeres jóvenes están haciendo ahora, los hombres podrían mantener a estas mismas mujeres en hogares decentes. El hogar es, verdaderamente, el sitio en que deben estar esas mujeres que actualmente obligan a los hombres a estar sin trabajo. Ya es hora de que el gobierno exhorte a las empresas a dar trabajo a más hombres, permitiéndoles así casarse con esas mujeres a las que ahora ni siquiera se pueden acercar.»[13]

12. *Daily Telegraph*, 1936.
13. *Daily Telegraph*, 22 de enero de 1936.

¡Ahí está! Ahora ya no hay dudas acerca del olor. Huele que apesta. Y a macho cabrío.

Después de ponderar las pruebas contenidas en estas tres citas, estará usted de acuerdo conmigo en que hay buenas razones para creer que la palabra «Miss», por delicioso que sea su aroma en una casa particular, lleva cierto olor, en Whitehall, desagradable a los olfatos situados al otro lado de la división; y es probable que el nombre que va después de la palabra «Miss», por culpa de este olor, se quede trazando círculos en las esferas más bajas, donde los sueldos son migrados, en vez de ascender a las más altas esferas con sueldos importantes. En cuanto a la palabra «Mrs.» (señora), digamos que es palabra infectada, es una palabra obscena. Cuanto menos se hable de esta palabra, mejor. Tal es su olor, tanto apesta, en las narices de Whitehall, que Whitehall la ha excluido del todo. En Whitehall, lo mismo que en el Cielo, ni se toma ni se da en matrimonio.[14]

Así vemos que el olor –¿o lo llamaremos «atmósfera»?– es un elemento importante en la vida profesional; pese a que, lo mismo que otros elementos

14. «En cuanto sé, no hay normas de general aplicación en esta materia [relaciones sexuales entre funcionarios del Estado], pero tanto los funcionarios del Estado como los municipales de ambos sexos están obligados a observar un comportamiento de normal decencia y a evitar el comportamiento que pueda llegar a la prensa y ser calificado, en ella, de *escandaloso*. Hasta hace poco las relaciones sexuales entre hombres y mujeres del servicio de correos se castigaban con el inmediato despido de ambas partes... El problema de evitar la resonancia periodística es de relativamente fácil solución, en lo tocante a los procedimientos judiciales, pero las limitaciones oficiales se extienden más, hasta el punto de prohibir a las funcionarias públicas (que por lo general tienen que dimitir al contraer matrimonio) cohabitar abiertamente con hombre, por libre voluntad. Con lo que vemos que el asunto toma un cariz diferente.» (*The British Civil Servant. The Public Service*, de William A. Robson, pp. 14 y 15.)

importantes, es intangible. El olor puede no ser percibido por los examinadores en las aulas de examen, pero penetra en las comisiones y departamentos, y afecta los sentidos de sus miembros. Su influencia en el caso que nos ocupa es innegable. Y así es por cuanto nos permite decidir en el caso *Baldwin contra Whitaker*, en el sentido de que tanto el Primer Ministro como el Almanaque dicen la verdad. Es cierto que las mujeres que son funcionarias públicas merecen cobrar tanto como los hombres. Las diferencias se deben a la atmósfera.

La atmósfera, sin la menor duda, es un muy poderoso factor. La atmósfera no sólo cambia el tamaño y la forma de las cosas, sino que también afecta a los cuerpos sólidos, como los sueldos, que quizá se pensara fueran ajenos a los efectos de la atmósfera. Se podría escribir un poema épico acerca de la atmósfera, y también se podría escribir una novela de diez o quince volúmenes. Pero, como sea que esto es solamente una carta, y que vive usted apremiado, limitémonos a formular la sencilla afirmación de que la atmósfera es uno de los más poderosos enemigos, en parte debido a que es de los más intangibles, con los que las hijas de los hombres con educación deben luchar. Si cree que esta afirmación es exagerada, vuelva a examinar las muestras de atmósfera contenidas en las tres cartas citadas. En ellas, no sólo encontraremos la razón por la que el sueldo de la mujer profesional es tan reducido, sino también algo más peligroso, algo que, si se difunde, puede envenenar por igual a ambos sexos. Ahí, en estas tres citas, está el huevo de este mismo gusano que conocemos, bajo otros nombres, en otros países. En embrión, tenemos ahí a ese ser, el dictador, cual le llamamos si es italiano o alemán, que cree tener el derecho, e importa poco que alegue haberlo recibido de Dios, la naturaleza, el sexo o la raza, que le permite imponer a

sus semejantes el modo en que han de vivir, lo que deben hacer. Citemos otra vez: «El hogar es, verdaderamente, el sitio en que deben estar esas mujeres que actualmente obligan a los hombres a estar sin trabajo. Ya es hora de que el gobierno exhorte a las empresas a dar trabajo a más hombres, permitiéndoles así casarse con esas mujeres a las que ahora ni siquiera se pueden acercar.» Situemos esta cita al lado de otra: «En la vida de la nación hay dos mundos, el mundo de los hombres y el mundo de las mujeres. La naturaleza obró bien al encomendar al hombre la custodia de la familia y de la nación. El mundo de la mujer es su familia, su marido, sus hijos y su hogar.» La primera está escrita en inglés, la segunda lo está en alemán. ¿Cuál es la diferencia? ¿Acaso no dicen lo mismo? ¿No son, ambas, voces de dictadores, tanto si hablan en inglés como si lo hacen en alemán, y no estamos todos de acuerdo en que el dictador, cuando lo encontramos en países extranjeros, es un animal muy peligroso y feo? Y está aquí, entre nosotros, alzando su repulsiva cabeza, escupiendo su veneno, todavía pequeño, aovillado como una oruga en la hoja, pero en el corazón de Inglaterra. ¿No saldrá de este huevo, dicho sea una vez más con palabras del señor Wells, «la práctica anulación de la libertad de la mujer por parte de los nazis y los fascistas»? ¿Y la mujer que tiene que respirar esta ponzoña y luchar contra este insecto, en secreto y sin armas, en su oficina, acaso no lucha contra los fascistas y los nazis, lo mismo que quienes luchan con ellos, con las armas, bajo los focos de la publicidad? ¿Y esta lucha, acaso no agotará, forzosamente, sus fuerzas y sus ánimos? ¿Es que no tenemos que ayudarla a aplastar a este dictador en nuestro país, antes de pedirle que nos ayude a aplastarlo en el exterior? ¿Y qué derecho tenemos, señor, a vocear nuestros ideales de libertad y de justicia en otros países, cuando,

pudiendo sacudir de las páginas de nuestros más respetables diarios un huevo como éste, no lo hacemos?

Aquí, y con toda razón, interrumpirá usted lo que presenta todos los síntomas de llegar a ser una peroración, por el medio de indicar que las opiniones expresadas en esas cartas, pese a que no son totalmente acordes con nuestra propia estima nacional, constituyen la natural expresión de un miedo y de unos celos que debemos comprender, antes de condenarlos. Usted dirá que es cierto que esos caballeros parecen un tanto indebidamente preocupados por sus sueldos y su propia seguridad, pero que ello es comprensible, habida cuenta de las tradiciones anejas a los miembros de su sexo, e incluso es compatible con el sincero amor a la libertad y el genuino odio a la dictadura. Y así es por cuanto esos caballeros son, o quieren llegar a ser, maridos y padres, y, en este caso, el mantenimiento de la familia recaerá en ellos. En otras palabras, señor, creo que usted quiere decir que el mundo, tal como es, está dividido en dos servicios, el público y el privado. En un mundo, los hijos de los hombres con educación trabajan como funcionarios públicos, como jueces, militares, y son pagados por este trabajo; en el otro mundo, las hijas de los hombres con educación trabajan como esposas, madres e hijas, pero no son pagadas por este trabajo. ¿Es eso? ¿Es que el trabajo de madre, esposa e hija no vale nada para la nación, en dinero contante y sonante? Este hecho, si es que de un hecho se trata, resulta tan pasmoso que tenemos que confirmarlo recurriendo una vez más al impecable Whitaker. Busquemos de nuevo en sus páginas. Y buscamos y buscamos en ellas. Parece increíble, pero parece innegable. Entre todos esos oficios, no está el oficio de madre; entre todos esos sueldos, no está el sueldo de madre. El trabajo de un arzobispo

cuesta 15.000 £ anuales al Estado; el trabajo de un juez le cuesta 5.000 £ anuales; el trabajo de un secretario permanente vale 3.000 £ al año; el trabajo de un capitán del ejército, de un capitán de marina, de un sargento de dragones, de un policía, de un cartero, todos estos trabajos merecen un pago efectuado mediante los impuestos que tributamos, pero las esposas, las madres y las hijas, que trabajan todo el día, todos los días, y sin cuyo trabajo el Estado se derrumbaría y se haría añicos, sin cuyo trabajo los hijos de usted, señor, dejarían de existir, no cobran nada. ¿Es posible? ¿O tenemos que condenar al impecable Whitaker por el delito de errata?

Probablemente usted alegará: Oiga, aquí hay otro error. Marido y mujer no sólo son una misma carne, sino que también son una misma bolsa. El sueldo de la esposa es la mitad de los ingresos del marido. El hombre cobra más que la mujer por esta razón, precisamente, debido a que tiene que mantener a la esposa. En este caso, ¿el hombre soltero cobra lo mismo que la mujer soltera? Parece que no. Sin duda alguna, se trata de otro extraño efecto de la atmósfera. Pero, en fin, pasémoslo por alto. Su afirmación de que el sueldo de la esposa es la mitad de los ingresos del marido parece reflejar un trato equitativo, y, como sea que es equitativo, sin duda alguna suponemos que habrá sido consagrado por la ley, ¿o no? Su contestación, en el sentido de que la ley deja que esos asuntos privados sean resueltos en privado ya no es tan satisfactoria, por cuanto significa que la mitad de los ingresos correspondiente a la esposa no se entrega legalmente a ella, sino a su marido. Pero, de todas maneras, un derecho espiritual puede ser tan vinculante como un derecho legal; y si la esposa del hombre con educación tiene un derecho espiritual a la mitad de los ingresos de su marido, cabe suponer que la esposa del hombre con educación, una

vez pagados los gastos caseros, tiene tanto dinero como su marido para gastarlo en las causas que la atraigan. Ahora bien, el marido, de acuerdo con el testimonio de Whitaker y con el testimonio de los testamentos de los que hablan los diarios, no sólo está bien remunerado, en méritos de su profesión, sino que, además, es el dueño de un considerable capital. En consecuencia, esa señora que afirma que doscientas cincuenta libras anuales es cuanto actualmente puede ganar una mujer con su profesión soslaya el problema; sí, por cuanto la profesión del matrimonio, en las clases con educación, está muy bien pagada, ya que la mujer tiene derecho, un derecho espiritual, a la mitad del sueldo del marido. La incógnita se complica; el misterio se oscurece. Si las esposas de los hombres ricos son asimismo mujeres ricas, ¿cómo es posible que los ingresos de la W.S.P.U. fueran solamente de cuarenta y dos mil libras anuales, cómo es posible que la tesorera honoraria del fondo de reconstrucción de un colegio universitario todavía pida cien mil libras, cómo es posible que la tesorera de una sociedad para ayudar a las mujeres profesionales a encontrar empleo no sólo pida dinero para pagar el alquiler, sino que manifieste que agradecerá el envío de libros, fruta y ropas desechadas? Parece razonable que si la esposa tiene un derecho espiritual a la mitad de los ingresos de su marido, debido a que su trabajo en cuanto esposa no está pagado, forzosamente ha de tener tanto dinero como su marido para gastarlo en las causas que la atraigan. Y como sea que estas causas están pasando el platillo, quedamos obligados a concluir que no son causas que atraigan a la esposa del hombre con educación. Esta acusación contra dicha señora es grave. Como sea que el dinero no falta, pensemos en este fondo sobrante que puede dedicarse a educación, placeres, filantropías, una vez se han pagado los gastos hogareños; la esposa del hombre con educación puede gastar su parte tan libremente como el marido. Puede gastarla en las causas que quiera, pero no lo gasta en las causas que defienden su propio sexo. Ahí están, esas causas, pasando el platillo. Es una acusación terrible contra esa señora.

Pero detengámonos un momento antes de juzgar la procedencia de semejante acusación. Preguntemos cuáles son las causas, los placeres y las filantropías en que la esposa del hombre con educación realmente gasta su parte del común fondo sobrante. Y aquí nos encontramos frente a unos hechos que, tanto si nos gustan como si no, exigen que nos enfrentemos a ellos. La verdad es que los gustos de la mujer casada de nuestra clase son marcadamente viriles. Anualmente, gasta grandes sumas en subvencionar partidos políticos, en deportes, en la caza de patos, en el cricket y en el fútbol. Gasta abundante dinero en clubs, cual Brook's, White's, The Travellers', The Reform, The Athenaeum, para mencionar solamente los más prominentes. Los gastos de esa mujer en esas causas, placeres y filantropías forzosamente han de sumar muchos millones al año. Y a pesar de ello, la mayor parte de esta suma, con mucho, se gasta en placeres que esa señora no comparte. Gasta miles y miles de libras en clubs en los que no se admite a las mujeres,[15] en carreras de caballos en las que no puede montar, en colegios universitarios en los que no se admite a mujeres. Al cabo del año paga una cuantiosa suma

15. La mayoría de los clubs masculinos confinan a las mujeres a una sala especial o a un anexo, excluyéndolas de las restantes dependencias, aunque no se sabe si lo hacen basándose en el principio observado en Sta. Sofía, según el cual las mujeres son impuras, o en el imperante en Pompeya, según el cual son demasiado puras.

por un vino que no bebe y por unos cigarros que no se fuma. En resumen, solamente podemos llegar a dos conclusiones en lo referente a la esposa del hombre con educación. La primera de ellas consiste en que esa mujer es el más altruista de cuantos seres existen y prefiere gastar su parte del fondo común en las causas y placeres de su marido. La segunda conclusión, más probable pero menos honrosa, estriba en que esa mujer no es el ser más altruista entre todos los existentes, sino que su derecho espiritual a la mitad de los ingresos de su marido queda reducido, en la práctica, al derecho a pensión completa y a una pequeña suma anual para gastos menudos y ropa. Cualquiera de las dos conclusiones es posible; el testimonio de las instituciones públicas y de las listas de subscripción excluye cualquier otra conclusión. Consideremos con cuánta nobleza el hombre con educación ayuda a su antigua escuela, a su universidad; con cuánta esplendidez contribuye a los gastos de su partido político; con cuánta munificencia contribuye a todas esas instituciones y deportes mediante los cuales él y sus hijos varones educan la mente y desarrollan el cuerpo. Los periódicos dan testimonio a diario de estos hechos indiscutibles. Pero la ausencia del nombre de la mujer del hombre con educación en las listas de subscripciones y donativos, y la pobreza de las instituciones que educan su mente y su cuerpo, parece demostrar que algo hay en la atmósfera del domicilio familiar que desvía la participación espiritual de la esposa en los ingresos comunes, de forma invisible pero irresistible, hacia las causas que merecen la aprobación del marido y hacia los deportes que le gustan. Esto es un hecho, honroso o no. Y esta es la razón por la que aquellas otras causas tienen que mendigar.

Teniendo ante nosotros los hechos de Whitaker y los hechos de las listas de subscripción, creemos

haber llegado a tres hechos indiscutibles y que forzosamente han de tener una gran influencia en nuestra investigación acerca de cómo evitar la guerra. El primero de ellos es que las hijas de los hombres con educación cobran muy poco dinero, procedente de los fondos públicos, por sus servicios públicos; el segundo es que nada cobran, de los fondos públicos, por sus servicios privados; y el tercero es que su participación en los ingresos del marido no es una participación en carne y hueso, sino una participación espiritual o nominal, lo cual significa que, cuando los dos cónyuges han pagado los gastos de su alimentación y vestuario, lo que queda, para gastarlo en causas, placeres y filantropías, se desvía, misteriosa pero indubitadamente, hacia aquellas causas, placeres y filantropías que merecen la aprobación del marido, y de los que el marido goza. Parece que la persona a quien realmente se paga el sueldo es la persona que tiene el derecho a decidir la manera en que debe ser gastado dicho sueldo.

Estos hechos nos remiten, con el humor sombrío y las opiniones un tanto alteradas, a nuestro punto de partida. Sí, ya que, como recordará, íbamos a poner su llamada de ayuda para evitar la guerra ante las mujeres que se ganan la vida mediante su profesión. Decíamos que a ellas debíamos recurrir, debido a que ellas son quienes tienen nuestra nueva arma, a saber, la influencia de una opinión independiente basada en unos ingresos independientes. Pero, una vez más, los hechos son deprimentes. En primer lugar, han puesto de manifiesto que debemos prescindir, en cuanto a posibles colaboradoras en el empeño, de las muy numerosas para quienes el matrimonio es una profesión, debido a que es una profesión gratuita, y debido a que la participación espiritual, por mitad, en el sueldo del marido no es, según indican los hechos, una participación

real. En consecuencia, su desinteresada influencia, basada en unos ingresos independientes, es nula. Si el marido es favorable al empleo de la fuerza, también la mujer lo será. En segundo lugar, los hechos también parecen demostrar que la afirmación «ganar doscientas cincuenta libras anuales es un notable éxito, incluso para una mujer altamente cualificada y con años de experiencia» no es una mentira sin atenuantes, sino muy probablemente una gran verdad. En consecuencia, la influencia que las hijas de los hombres con educación tienen en la actualidad, sobre la base de su poder de ganar dinero, no puede merecer una alta valoración. Sin embargo, como sea que se ve con más claridad que en cualquier otro momento que a ellas debemos recurrir en petición de ayuda, ya que sólo ellas pueden ayudarnos, a ellas recurriremos. Esta conclusión nos remite a la carta que antes hemos citado, la carta de la tesorera honoraria, la carta pidiendo ayuda para una sociedad con el fin de ayudar a las hijas de los hombres con educación a encontrar empleo mediante sus profesiones. Estará usted de acuerdo, señor, en que tenemos fuertes motivos egoístas para ayudar a dicha señora. No puede caber la menor duda al respecto. Sí, debido a que ayudar a las mujeres a ganarse la vida mediante sus profesiones es ayudarlas a entrar en posesión del arma de la opinión independiente, que es aún su más poderosa arma. Es ayudarlas a tener opinión propia y propia voluntad, a los fines de contribuir a evitar la guerra. Pero... –una vez más, en estos puntos suspensivos se condensan las dudas y las vacilaciones– ¿podemos, habida cuenta de los anteriores hechos, mandarle nuestra guinea sin imponer rígidas condiciones en lo referente a la manera en que ha de gastarla?

Y así es por cuanto los hechos que hemos descubierto al verificar su afirmación en lo referente a su situación económica han planteado cuestiones que

nos inducen a preguntarnos si acaso es aconsejable facilitar al prójimo el ejercicio de las profesiones, si es que queremos evitar la guerra. Como recordará, nos servimos de nuestra penetración psicológica (es nuestra única cualidad calificada) para averiguar qué clase de rasgos de la naturaleza humana son conducentes a la guerra. Y los hechos descubiertos anteriormente son de tal clase que nos obligan a preguntarnos, antes de rellenar el cheque, si acaso, al facilitar a las hijas de los hombres con educación la entrada en las profesiones, no facilitamos asimismo el desarrollo de aquellos rasgos que deseamos evitar. ¿No será que el valor de nuestra guinea solamente servirá para conseguir que dentro de dos o tres siglos, no sólo los hombres educados que ejercen las profesiones, sino también las educadas mujeres profesionales sigan formulando –¡oh!, ¿a quién?, como dice el poeta– la misma pregunta que usted nos formula ahora, o sea, la manera en que podemos evitar la guerra? Si facilitamos a las mujeres el ejercicio de las profesiones, sin imponer condiciones en lo referente al modo en que las profesiones deben ejercerse, ¿no haremos quizá cuanto está en nuestra mano para perpetuar la vieja canción que la naturaleza humana, como un disco rayado, repite ahora una y otra vez con desastrosa unanimidad? *«Here we go round the mulberry tree, the mulberry tree, the mulberry tree. Give it all to me, give it all to me, all to me. Three hundred millions spent upon war.»** Mientras esta canción, u otra parecida, suene en nuestros oídos, no podemos mandar nuestra guinea a la tesorera honoraria sin advertirle que le imponemos la condición de que jure que, en el futuro, las profesiones

* Damos vueltas alrededor del moral, del moral, del moral. Dámelo todo a mí, dámelo todo a mí, todo a mí. Trescientos millones gastados en la guerra.

serán ejercidas de manera que conduzcan a otra canción y a otra conclusión. La tesorera honoraria no recibirá la guinea a menos que nos asegure que será gastada en la causa de la paz. Es difícil formular estas condiciones; y, en nuestra presente ignorancia psicológica, quizás imposible. Pero el asunto es tan serio, la guerra es tan insoportable, tan horrible, tan inhumana, que debemos intentarlo. He aquí otra carta dirigida a la misma señora.

«Su carta, Madam, ha esperado contestación durante mucho tiempo, pero ello se debe a que hemos examinado ciertas acusaciones contra usted dirigidas y hemos hecho ciertas averiguaciones. Para su alivio le diré, Madam, que la hemos absuelto de la acusación de mentir. Parece verdad que es usted pobre. Además, la hemos absuelto de las acusaciones de pereza, apatía y codicia. El número de causas que usted defiende, por muy en secreto e inútilmente que sea, la favorece. Si usted prefiere los helados y los cacahuetes al buey y a la cerveza, ello se debe antes a razones económicas que de paladar. Parece probable que no tenga usted mucho dinero para gastar en comida, ni mucho tiempo libre para emplearlo en comer, si tenemos en cuenta las circulares y folletos que usted pone en circulación, las reuniones que organiza, las tómbolas que monta. Incluso parece que trabaja usted, sin cobrar sueldo, más horas de las que merecerían la aprobación del Ministerio del Interior. Pero, a pesar de que estamos dispuestos a deplorar su pobreza y a ensalzar su laboriosidad, no le mandaremos nuestras guineas para ayudarla a ayudar a las mujeres a ejercer sus profesiones, a menos que nos dé usted seguridades de que ejercerán estas profesiones de manera tal que con ello se evite la guerra. Dirá usted que lo anterior constituye una frase muy vaga y una condición imposible. Sin embargo, como sea que las guineas escasean y que las guineas son valiosas, prestará usted atención a las condiciones que deseamos imponerle si, tal como usted insinúa, podemos expresarlas con brevedad. Muy bien, Madam, como sea que el tiempo la apremia, porque está muy ocupada con la Ley de Pensiones, con conseguir que los Pares vayan a la Cámara de los Lores para que voten lo que usted les ha dicho, con la lectura de Hansard y de los periódicos –aun cuando esto último no le debe llevar mucho tiempo, porque en ellos no se hace referencia a sus actividades,[16] la conspiración del silencio parece ser

16. El poder de la Prensa para evitar los comentarios sobre cualquier tema incómodo era, y sigue siendo, formidable. Fue uno de los «grandes obstáculos» con que tuvo que enfrentarse Josephine Butler, durante su campaña contra la Ley de Enfermedades Contagiosas. «A principios de 1870, la Prensa de Londres comenzó a adoptar la política del silencio en lo referente al asunto, y esta política duró largos años, dando lugar al famoso "Manifiesto contra la conspiración del silencio", emitido por la Ladies' Association y firmado por Harriet Martineau y Josephine E. Butler, en el que constaban las siguientes palabras: "No cabe la menor duda de que, mientras tal conspiración del silencio sea posible, y mientras la practiquen destacados periodistas, los ingleses exageraremos nuestros privilegios de pueblo libre al asegurar que estimulamos la libertad de Prensa y que tenemos el derecho de escuchar a ambas partes en una importante discusión que afecta a la moral y a la ley."» (*Personal Reminiscences of a Great Crusade,* de Josephine Butler, p. 49.) Una vez más, durante la batalla por el derecho a votar, la Prensa utilizó el sistema de boicot con gran eficacia. Y muy recientemente, en julio de 1937, la señorita Philippa Strachey, en una carta titulada «Una conspiración del silencio», que publicó el *Spectator,* lo cual le honra, casi repetía las palabras de la señora Butler: «Millares de hombres y de mujeres están participando en una campaña encaminada a que el gobierno quite un artículo de la nueva Ley de Pensiones para los empleados de oficina en la que, por vez primera, se fija un límite de ingresos diferente para los empleados entrantes, según sean hombres o mujeres... Durante el pasado mes, esta ley ha estado en la Cámara de los Lores, donde el artículo antes dicho provocó fuerte y decidida oposi-

norma–, con seguir conspirando para que en el mundo del funcionariado público se pague el mismo sueldo por el mismo trabajo, mientras, al mismo tiempo, prepara liebres y viejas cafeteras para seducir a la gente a fin de que suelte, en la tómbola, más dinero del que en realidad valen unas y otras, como sea, dicho resumidamente, que es evidente que está usted ocupada, seremos breves, efectuaremos un rápido examen, analizaremos unos cuantos párrafos de libros que tiene usted en su biblioteca y de papeles sobre su mesa, y, entonces, procuraremos escribir frases menos vagas y condiciones más claras.

»Miremos primero la parte exterior de las cosas, el aspecto general. Recordemos que las cosas tienen exteriores e interiores. Ahí, al alcance de la mano, tenemos un puente sobre el Támesis, admirable plataforma para esa inspección. El río discurre por debajo de este puente; pasan barcazas cargadas de madera, rebosantes de trigo; en una orilla están las cúpulas y las agujas de la ciudad; en la otra, Westminster y las Cámaras Parlamentarias. Es un lugar en el que se puede estar en pie, durante horas, soñando. Pero no ahora. Ahora tenemos prisa. Ahora estamos aquí para analizar hechos. Ahora tenemos que fijar nuestra vista en el desfile, el desfile de los hijos varones de los hombres con educación.

»Ahí van nuestros hermanos educados en las escuelas públicas y en las universidades, subiendo

---

ción en todos los sectores de la Cámara... Cabe suponer que estos acontecimientos tienen el interés suficiente para que de ellos se haga eco la Prensa diaria. Pero los diarios, desde el *Times* al *Daily Telegraph*, han guardado silencio total... El tramiento diferencial dado a las mujeres en esta ley ha suscitado en la población femenina unos sentimientos de indignación cual no se habían dado desde los tiempos de la emancipación... ¿Cómo se explica que la Prensa lo haya ocultado totalmente?»

esa escalinata, entrando y saliendo por esas puertas, ascendiendo a esos púlpitos, predicando, enseñando, administrando justicia, practicando la medicina, haciendo negocios, ganando dinero. Es siempre un solemne espectáculo, el de un desfile, como el espectáculo de una caravana cruzando el desierto. Bisabuelos, abuelos, padres, tíos, todos siguieron esos caminos, con togas, con pelucas, algunos con cintas cruzándoles el pecho y otros sin. Uno fue obispo. El otro juez. Uno fue almirante. El otro general. Uno fue profesor. El otro médico. Y algunos se apartaron del desfile y, según las últimas noticias, fueron vistos en Tasmania, dedicados a nada; y otros fueron vistos, ataviados con cierto desaliño, vendiendo periódicos en Charing Cross. Pero la mayoría de ellos siguieron marcando el paso, anduvieron como los cánones mandan y, entre pitos y flautas, ganaron el dinero suficiente para que su casa situada, en términos generales, en algún lugar del West End, estuviera provista de buey y cordero para todos, y de educación para Arthur. Es un espectáculo solemne, el de este desfile, es un espectáculo que a menudo nos ha obligado, como quizás usted recuerde al contemplarlo de soslayo desde una alta ventana, a formularnos ciertas preguntas. Pero ahora, y durante los últimos veinte años aproximadamente, ya no es un mero espectáculo, una fotografía, un fresco pintado en los muros del tiempo, que podamos mirar con simple apreciación estética. No, por cuanto, trotando al final del desfile, vamos nosotras. Y ahí está la diferencia. Nosotras, que durante tanto tiempo hemos contemplado esa ilustración en los libros, o que, desde una ventana con visillos, hemos visto cómo los hombres con educación salían de su casa hacia las nueve y media de la mañana para ir a sus asuntos, y regresaban a su casa hacia las seis y media, procedentes de sus asuntos, ya no estamos obligadas a

mirar pasivamente. También nosotras podemos salir de casa, podemos subir esos peldaños, entrar y salir por esas puertas, llevar pelucas y togas, ganar dinero, administrar justicia. Imagine usted, un día cualquiera puede usted ponerse en la cabeza la peluca de juez y llevar capa de armiño sobre los hombros; sentarse bajo el león y el unicornio; cobrar un sueldo de cinco mil al año, con jubilación. Nosotras, que ahora nos dedicamos a rascar papel con nuestras humildes plumas, podremos dentro de uno o dos siglos hablar desde el púlpito. Nadie osará contradecirnos; seremos portavoces del espíritu divino. ¿Solemne perspectiva, verdad? Y quién sabe si, al paso del tiempo, no podremos vestir el uniforme militar, con dorados bordados en el pecho, espada al cinto, y tocadas con algo parecido al viejo cubo de carbón familiar, con la salvedad de que ese venerable objeto nunca estuvo adornado con blancas crines. Ríe usted. Realmente, la sombra que proyecta el viejo hogar todavía da apariencias un tanto raras a esos atuendos. Hemos llevado ropas privadas durante tanto tiempo. El velo que san Pablo recomendaba. Pero no hemos venido aquí para reír o para hablar de modas masculinas y femeninas. Estamos aquí, en el puente, para formularnos ciertas preguntas y tenemos muy poco tiempo para contestarlas. Las preguntas que tenemos que formularnos y contestarnos, con referencia al desfile, en este momento de transición, son tan importantes que bien pudieran cambiar la vida de todos los hombres y de todas las mujeres para siempre. Sí, porque tenemos que preguntarnos, aquí y ahora: ¿Deseamos unirnos al desfile o no? ¿Con qué condiciones nos uniremos al desfile? Y, sobre todo, ¿adónde nos conduce ese desfile de hombres con educación? El tiempo de que disponemos es breve, quizá cinco años, o diez, o quizá unos meses solamente. Pero es preciso dar respuesta a esas

preguntas; son tan importantes que si todas las hijas de los hombres con educación no hicieran nada en todo el día, salvo examinar este desfile, desde todos los ángulos, ponderarlo y analizarlo, pensar en él y leer acerca de él, y si reunieran todas sus ideas y todas sus lecturas, y todo lo visto y todo lo adivinado, darían a su tiempo un empleo mucho mejor que desarrollando cualquiera de las actividades actualmente abiertas a ellas. Pero usted alegará que no tiene tiempo para pensar; tiene que librar sus batallas, pagar el alquiler, organizar tómbolas. Estas excusas no valen, Madam. Tal como le consta por experiencia, y hay hechos que lo demuestran, las hijas de los hombres con educación siempre han ejercido el pensamiento sobre la marcha; no bajo verdes lámparas en mesas de estudio, no en claustros de aisladas universidades. Han pensado mientras vigilaban el puchero, mientras mecían la cuna. Así conquistaron para nosotras el derecho a nuestra flamante moneda de seis peniques. A nosotras corresponde seguir pensando. ¿Cómo vamos a gastar los seis peniques? Debemos pensar. Pensemos mientras estamos en las oficinas, en los autobuses; mientras en pie entre la multitud contemplamos Coronaciones y Celebraciones Municipales; mientras pasamos ante el Cenotafio; y pensemos en Whitehall; en la galería de la Cámara de los Comunes; en las salas de audiencia; pensemos en bautizos, bodas y entierros. Jamás dejemos de pensar: ¿Qué es esa "civilización" en la que nos hallamos? ¿Qué son esas ceremonias, y por qué hemos de ganar dinero con ellas? ¿A dónde, en resumen, nos lleva este desfile de hijos varones de hombres con educación?

»Pero usted está ocupada; volvamos a los hechos. Por lo tanto, entre en su casa y abra los libros de las estanterías de su biblioteca. Sí, porque usted tiene una biblioteca, una buena biblioteca. Una bi-

blioteca que funciona, una biblioteca viva; una biblioteca en la que nada está encadenado, nada encerrado; una biblioteca en la que las canciones de los cantores surgen naturalmente de las vidas de los vivientes. Allí están los poemas, aquí las biografías. ¿Y, esas biografías, qué luz arrojan sobre las profesiones? ¿Hasta qué punto nos inducen a pensar que si ayudamos a las hijas a convertirse en mujeres con una profesión con ello obstaculizaremos la guerra? La contestación a esta pregunta se encuentra repartida, desperdigadamente, en todos esos volúmenes; y es comprensible para cualquiera que sepa leer. Debemos reconocer que se trata de una contestación extremadamente rara. Debido a que casi todas las biografías de hombres con una profesión, en el siglo XIX, para limitarnos a una época no muy distante y plenamente documentada, tratan, en gran parte, de guerra. Eran grandes luchadores, parece, los hombres con profesiones de los tiempos de la reina Victoria. Hubo la batalla de Westminster. Hubo la batalla de las universidades. Hubo la batalla de Whitehall. Hubo la batalla de Harley Street. Hubo la batalla de la Real Academia. Algunas de estas batallas, y de ello puede usted dar testimonio, siguen desarrollándose. En realidad, la única profesión que, al parecer, no batalló ferozmente durante el siglo XIX fue la profesión de la literatura. Todas las demás profesiones, según el testimonio de la biografía, parecen haber sido tan sanguinarias como la profesión de las armas. Sin embargo, también es cierto que los combatientes no infligieron heridas en la carne;[17] la caballerosidad lo impedía; pero estará usted de acuerdo conmigo en que la batalla que consume tiempo es tan mortal como la batalla que derrama sangre. Estará usted de acuerdo en que la batalla que cuesta dinero es tan mortal como la batalla que cuesta una pierna o un brazo. Estará usted de acuerdo en que la batalla que obliga a la juventud a gastar sus fuerzas regateando en salas de juntas y comisiones, solicitando favores, poniéndose la máscara de la reverencia para disfrazar el ridículo, inflige heridas en el espíritu humano que no hay cirujano que pueda curar. Incluso la batalla del mismo pago por el mismo trabajo no ha dejado de derramar tiempo, de derramar espíritu, con lo cual usted, si no fuera tan sorprendentemente reticente en ciertas materias, coincidiría. Los libros de su biblioteca dan cuenta de tantas y tantas batallas de esta especie que es imposible estudiarlas todas, pero como sea

17. Durante la batalla de Westminster se infligieron heridas físicas. Parece que la lucha por el derecho a votar fue más dura de lo que ahora se cree. Así vemos que Flora Drummond dice: «Tanto si ganamos el derecho a votar gracias a nuestra agitación, como si lo ganamos por otras razones, como algunos dicen, creo que muchos miembros de la joven generación encontrarán increíble la furia y la brutalidad que nuestra petición del voto para la mujer provocó hace menos de treinta años.» (Flora Drummond en *Listener*, 25 de agosto de 1937.) La joven generación está tan habituada a la furia y a la brutalidad provocada por las peticiones de libertad, que ya no tiene caudal emotivo disponible para emplearlo en el caso antes tratado. Además, aquella concreta lucha aún no ha pasado a formar parte de las luchas que hicieron de Inglaterra la patria de la libertad y de los ingleses sus adalides. Todavía se habla de la lucha por el voto en términos de amargo desprecio: «...Y las mujeres... no habían comenzado aquella campaña consistente en quemar, apalear y acuchillar cuadros que al fin convencería a ambas Cámaras de que las mujeres podían votar.» (*Reflections and Memories*, de Sir John Squire, p. 10.) En consecuencia, es disculpable que la joven generación estime que nada heroico hubo en una campaña en que sólo se rompieron unas cuantas ventanas, se quebraron unas cuantas espinillas, y el retrato de Henry James, debido a Sargent, fue dañado, aunque no con carácter irreparable, de una cuchillada. Parece que quemar, apalear y acuchillar cuadros solamente será heroico cuando lo hagan los hombres, a gran escala, con ametralladoras.

que todas ellas parecen hayan sido libradas siguiendo el mismo plan, y por los mismos combatientes, es decir, los hombres con profesiones contra sus hermanas y sus hijas, y, además, el tiempo apremia, echemos una ojeada sólo a una de estas campañas, examinemos la batalla de Harley Street, a fin de comprender los efectos que las profesiones producen en quienes las ejercen.

»La campaña comenzó el año 1869, bajo el mando de Sophia Jex-Blake. Su caso es un ejemplo tan típico de la gran lucha victoriana entre las víctimas del sistema patriarcal, de hijas contra padres, que merece lo examinemos un poco. El padre de Sophia era un admirable ejemplar del hombre educado victoriano, del hombre amable, culto y próspero. Era miembro de la junta del Colegio de Médicos. Podía permitirse tener un servicio doméstico formado por seis personas, tenía caballos y carruajes, y podía dar a su hija no sólo alimentos y albergue, sino también "hermoso mobiliario" y "buen fuego" en su dormitorio. Le daba "para vestidos y gastos menudos" cuarenta libras al año. Por ignoradas razones, Sophia estimaba que esta suma era insuficiente. En 1859, al ver que sólo le quedaban nueve chelines y nueve peniques para llegar al trimestre siguiente, Sophia pensó en ganar dinero por sí misma. Y le ofrecieron clases particulares, a cinco chelines la hora. Comunicó la oferta a su padre. Y el padre contestó: "Queridísima hija, hasta este instante ignoraba que tienes intención de *cobrar* estas clases. Esto es algo totalmente indigno de ti, querida hija, y *no puedo consentirlo*". Sophia arguyó: "¿Y por qué no he de cobrar? Tú por ser hombre, hiciste tu trabajo y recibiste el pago, sin que nadie creyera que esto fuera degradante, sino un justo trato... Tom está haciendo a gran escala lo que yo quiero hacer a pequeña escala.» El padre repuso: "Los casos que citas, querida hija, no son

pertinentes... T. W... está obligado, en cuanto *hombre*... a mantener a su esposa y familia, y su cargo es un cargo elevado que solamente puede ocuparlo un hombre con carácter, de primera clase, y le reporta una suma que está más cerca de las dos mil libras al año que de las mil... ¡Cuán diferente es el caso de mi querida hija! Nada te falta, hija, y sabes que, humanamente hablando, nada te faltará. Si te casaras mañana a mi gusto –y ni siquiera he puesto en duda que algún día te cases de otra manera– te daría una considerable fortuna." En su diario íntimo, Sophia comentó: "Como una tonta he accedido a renunciar a mis honorarios, aunque sólo durante este trimestre, a pesar de que soy desesperadamente pobre. Ha sido una tontería. Sólo ha servido para aplazar la lucha."[18]

»Y Sophia tenía razón. La lucha con su padre terminó. Pero la lucha contra los padres en general, contra el patriarcado en sí mismo, fue aplazada a otro momento y a otro lugar. La segunda lucha fue en Edimburgo y en 1869. Sophia había solicitado ingresar en el Royal College for Surgeons para estudiar medicina. He aquí el relato periodístico de la primera escaramuza. "En la tarde de ayer, ante el Royal College of Surgeons tuvieron lugar unos disturbios de bochornosa naturaleza... Poco antes de las cuatro... casi doscientos estudiantes se reunieron en la puerta que da entrada al edificio..." Los estudiantes de medicina gritaban y cantaban canciones. "Las puertas fueron cerradas ante sus mismas narices [las de las mujeres]... El Dr. Handyside no pudo siquiera comenzar la clase... habían metido un corderito en el aula", y así sucesivamente. Los métodos fueron casi iguales a los empleados en Cambridge durante la batalla del título. Una vez

18. *The Life of Sophia Jex-Blake*, de Margaret Todd, doctora en medicina, p. 72.

más, en esa ocasión, las autoridades deploraron los directos métodos empleados y pusieron en práctica otros, más astutos y eficaces. Nada pudo inducir a las autoridades encastilladas tras las sagradas puertas a permitir la entrada de las mujeres. Decían que Dios estaba de su parte, la Naturaleza estaba de su parte, la Ley estaba de su parte, y el Derecho de Propiedad estaba de su parte. El colegio universitario fue fundado exclusivamente en beneficio de los hombres; por mandato de la ley, sólo los hombres podían beneficiarse de sus instalaciones y bienes. Se formaron los comités habituales. Se firmaron las habituales peticiones. Se formularon las habituales peticiones humildes. Como de costumbre, se debatieron cuestiones acerca de la táctica a emplear: ¿Debemos atacar ahora o más vale esperar un poco? ¿Quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos? Hubo las habituales divisiones de opinión y las habituales diferencias entre los consejeros. Pero, ¿para qué entrar en detalles? El desarrollo del caso nos es tan familiar que la batalla de Harley Street, en 1869, puede equipararse con la batalla de Cambridge, actualmente. En ambas ocasiones se da el mismo desperdicio de fuerzas, desperdicio de genio, desperdicio de tiempo y desperdicio de dinero. Casi las mismas hijas piden a casi los mismos hermanos casi los mismos derechos. Casi los mismos caballeros entonan casi las mismas negativas por casi las mismas razones. Diríase que en la especie humana no se da progreso alguno, sino sólo repetición. Si aguzamos el oído, casi podemos oírles cantando la misma vieja canción, *"Here we go round the mulberry tree, the mulberry tree, the mulberry tree"*, y si añadimos *"of property, of property, of property"** habremos encontrado la rima pertinente sin deformar los hechos.

* Damos vueltas alrededor del moral, del moral, del moral de la propiedad, de la propiedad, de la propiedad.

»Pero no estamos aquí para cantar viejas canciones ni para encontrar palabras que rimen. Estamos aquí para analizar hechos. Y los hechos que acabamos de sacar de la biografía parecen demostrar que las profesiones tienen un innegable efecto en los profesores. Tienen la virtud de dar a las personas que las ejercen carácter posesivo, celoso de todos sus derechos y altamente combativo si alguien osa disputárselos. ¿Nos equivocaremos al afirmar que si nos entregamos a estas mismas profesiones adquirimos los mismos rasgos? ¿Y acaso estos rasgos no conducen a la guerra? ¿Si ejercemos las profesiones tal como se ejercen, acaso dentro de un siglo más o menos no seremos igualmente celosas, igualmente competitivas y no estaremos igualmente seguras del veredicto de Dios, la Naturaleza, la Ley y la Propiedad? En consecuencia, esta guinea destinada a ayudarla a ayudar a las mujeres a ingresar en las profesiones, lleva aneja esta condición, con carácter de primera condición. Debe jurar usted que hará cuanto pueda para exigir que toda mujer que ingrese en una profesión en modo alguno pondrá obstáculos para impedir que otro ser humano, hombre o mujer, blanco o negro, siempre y cuando esté capacitado para ingresar en dicha profesión, ingrese en ella, sino que, al contrario, hará cuanto pueda para ayudarle.

»Dice usted que está plenamente dispuesta a poner la mano sobre esta condición y, al mismo tiempo, a alargar dicha mano para coger la guinea. Espere. Antes de quedarse con la guinea, deberá usted aceptar otras condiciones a ella anejas. Fíjese una vez más en el desfile de los hijos de los hombres con educación y pregúntese una vez más a dónde nos lleva. Al instante surge una respuesta. A ingresos, evidentemente, que nos parecen, al menos a nosotras, extremadamente saneados. Whitaker no deja duda alguna al respecto. Y además

del testimonio de Whitaker está el testimonio del periódico diario, el testimonio de los testamentos y de las listas de suscripciones que ya hemos tenido en cuenta anteriormente. En cierto número de un diario, por ejemplo, se dice que tres hombres con educación han fallecido; uno dejó 1.193.251 £; otro 1.010.288 £; otro 1.404.132 £. Reconocerá que son sumas muy crecidas, si tenemos en cuenta que las han amasado manos privadas. ¿Y por qué no vamos a amasarlas nosotras, al paso del tiempo? Ahora que la carrera de funcionario público está abierta a nosotras podemos ganar entre mil y tres mil libras esterlinas al año; ahora que la abogacía está abierta a nosotras podemos llegar a ser jueces y ganar cinco mil libras al año, y si nos dedicamos al libre ejercicio podemos alcanzar las cuarenta o cincuenta mil libras anuales. Cuando la Iglesia nos permita ingresar en ella, podremos ganar sueldos de quince mil libras, de cinco mil y de tres mil, al año, más el uso de palacios y vicarías. Cuando la Bolsa nos acepte, igual nos morimos con tantos millones como Pierpont Morgan o el mismísimo Rockefeller. Como médicos, podemos ganar desde las dos mil a las cincuenta mil anuales. Como directores de periódicos, podemos ganar sueldos en modo alguno despreciables. Uno cobra mil al año; otro dos mil; corren rumores de que el director de un gran diario tiene un sueldo de cinco mil al año. Al paso del tiempo, todas esas riquezas pueden quedar al alcance de nuestras manos, si ejercemos las profesiones. En resumen, podemos cambiar nuestra situación, dejando de ser las víctimas del sistema patriarcal, cobrando en especie, más treinta o cuarenta libras en metálico al año, más pensión completa, para convertirnos en las adalides del sistema capitalista, con unos ingresos anuales de muchos miles que, juiciosamente invertidos, pueden dar lugar a que muramos en posesión de un capital que ni contar podremos.

»Tal idea no deja de tener su encanto. Piense usted lo que representaría que entre nosotras hubiera una fabricante de automóviles que, con un plumazo, pudiera dotar a los colegios femeninos con dos o tres centenares de miles anuales por barba. La tesorera honoraria del fondo de reconstrucción del colegio universitario, su hermana de Cambridge, vería sus tribulaciones considerablemente aliviadas. Para nada necesitaría las llamadas y los comités, las fresas con nata y las tómbolas. Y suponga que no sólo hubiera una mujer rica, sino que las mujeres ricas abundaran tanto como los hombres ricos. ¿Qué no podríamos hacer? Podría usted cerrar inmediatamente su despacho. Podría financiar un partido femenino en la Cámara de los Comunes. Podría publicar un diario dedicado, no a la conspiración del silencio, sino a la conspiración del habla. Podría conseguir pensiones para solteronas, esas víctimas del sistema patriarcal, a quienes se lega sumas insuficientes y a las que ya no se les da la propina de la pensión completa. Podría conseguir el mismo pago por el mismo trabajo. Podría proporcionar cloroformo a toda madre, en ocasión del parto;[19] reducir la tasa de mortalidad de las madres

19. «Últimamente, mucho se ha dicho y se ha escrito acerca de los logros y consecuciones de Sir Stanley Baldwin en el desempeño del puesto de Primer Ministro y, en este punto, exagerar es imposible. ¿Se me permite, pues, que llame la atención sobre lo que ha hecho Lady Baldwin? Cuando pasé a formar parte del comité de este hospital, en 1929, el empleo de analgésicos (calmantes de los dolores) en los normales casos de parto en los pabellones, era prácticamente desconocido, en tanto que ahora es normal y corriente y prácticamente se aplican en el cien por ciento de los casos; y lo dicho con respecto a este hospital es también de aplicación, virtualmente, a todos los restantes hospitales de esta naturaleza. Tan notable cambio, en tan corto plazo, se debe al estímulo y al incansable trabajo de la señora Baldwin, mientras era...» (Carta dirigida al *Times* por C. S. Wentworth Stanley, presidente del comité del Hospital de Ma-

desde el cuatro por mil a quizá nada. En una sola sesión podría aprobar leyes que, ahora, para conseguir que la Cámara de los Comunes las vote quizá necesitará cien años de dura y perseverante labor. A primera vista parece que nada habría que usted no pudiera hacer, si tuviera a su disposición el mismo capital que sus hermanos tienen a la suya. Usted exclamará: ¿Y por qué no nos ayuda, entonces, a dar el primer paso hacia la posesión de esos dineros? Las profesiones son el único camino para ganar dinero. El dinero es el único medio por el que podemos obtener objetos que son inmensamente deseables. Y usted parece protestar, Madam, diciéndome: Y, sin embargo, ahí está usted dedicada a chalanear para que acepte condiciones. Madam, debe usted tener en cuenta la carta de este hombre dedicado al libre ejercicio de una profesión, en la que me pide que le ayude a evitar la guerra. Mire también, Madam, esas fotografías de cadáveres y de casas en ruinas que el gobierno español nos manda casi todas las semanas. Ésta es la razón por la que estoy obligada a chalanear a fin de imponer condiciones.

»Y así es por cuanto las pruebas contenidas en la carta y en las fotografías, cuando son conjuntamente consideradas con los hechos que la historia y la biografía nos proporcionan con referencia a las profesiones, parecen arrojar cierta luz, una luz roja, digamos, sobre esas mismas profesiones. Se gana dinero con ellas, es verdad, pero, teniendo en consideración dichos hechos, ¿hasta qué punto el

---

ternidad de la Ciudad de Londres, 1937.) El cloroformo fue administrado por vez primera a la reina Victoria, en ocasión del nacimiento del príncipe Leopoldo, en abril de 1853, por lo que «los normales casos de parto en los pabellones» han tenido que esperar setenta y seis años, y la influencia de la esposa del Primer Ministro, para conseguir este alivio.

dinero es una posesión deseable? Como usted recordará, una gran autoridad en la vida humana sostuvo, hace unos dos mil años, que las grandes posesiones no eran deseables. A lo cual usted replicará con cierto ardor, como si en mis anteriores palabras sospechara la existencia de una excusa más para mantener atada la bolsa, que las palabras de Cristo referentes a los ricos y al Reino de los Cielos ya no pueden aplicarse a quienes tienen que enfrentarse con realidades diferentes, en un mundo diferente. Aduce usted que, tal como están ahora las cosas en Inglaterra, la extrema pobreza es menos deseable que la extrema riqueza. La pobreza del cristiano que da todas sus posesiones nos lleva, cual se demuestra abundantemente a diario, al tullido de cuerpo y débil de mente. Para dar un ejemplo palmario, digamos que los sin trabajo no son fuente de riqueza espiritual o intelectual del país. Son argumentos de peso, pero consideremos por un momento la vida de Pierpont Morgan. Teniendo esta prueba ante usted, ¿no está de acuerdo en que la extrema riqueza es igualmente poco deseable, por las mismas razones? Si la extrema riqueza no es deseable y si la extrema pobreza no es deseable, cabe argüir que hay un término medio, entre una y otra, que es deseable. ¿Cuál es, pues, este término medio? ¿Cuánto dinero se precisa para ir tirando, en Inglaterra, actualmente? ¿En qué hay que gastar este dinero? ¿Cuál es la clase de vida, la clase de vida humana, que usted se propone alcanzar, en el caso de que consiga extraerme esa guinea? Estos, Madam, son los interrogantes que le pido considere, y no podrá usted negar que son interrogantes que nos llevarían mucho más allá del sólido mundo de hechos al que aquí nos limitamos. Por lo tanto, cerremos el Nuevo Testamento; olvidémonos de Shakespeare, Shelley, Tolstoi y todos los demás, y enfrentémonos con el hecho que tenemos ante no-

sotras en este momento de transición, el desfile; el hecho de que, en este desfile, vamos trotando en la cola, y este es el hecho que debemos considerar, antes de que nuestra vista se fije en las visiones a lo lejos, en el horizonte.

»Ahí tenemos, pues, ante nuestra vista, el desfile de los hijos de los hombres con educación, subiendo a esos púlpitos, ascendiendo por esa escalinata, entrando y saliendo por esas puertas, predicando, enseñando, administrando justicia, ejerciendo la medicina y ganando dinero. Y es evidente que, si usted va a conseguir los mismos ingresos, mediante el ejercicio de las mismas profesiones, que estos hombres consiguen, tendrá que aceptar las mismas condiciones que ellos aceptan. Incluso, por lo visto desde la alta ventana y por lo visto en los libros, sabemos, o podemos adivinar, cuáles son esas condiciones. Tendrá usted que salir de casa a las nueve y regresar a las seis. Esto deja muy poco tiempo a los padres para conocer a sus hijos. Tendrá que hacer esto todos los días, desde los veintiún a los sesenta y cinco, aproximadamente. Esto deja muy poco tiempo para la amistad, los viajes y el arte. Tendrá que cumplir algunos deberes que son muy duros, y otros que son muy bárbaros. Tendrá que llevar cierto uniforme y profesar ciertas lealtades. Si triunfa en su profesión muy probablemente llevará usted las palabras "Por Dios y el Imperio" escritas, igual que las señas en el collar de un perro, alrededor del cuello.[20] Y si las palabras tienen significado,

20. Según el *Debrett*, los Caballeros y Damas de la Excelentísima Orden del Imperio Británico llevan una insignia consistente en «una cruz, con la parte central esmaltada en perla, bordeada de oro, y con un medallón de oro en relieve en el que se representa a Britania, sentada dentro de un círculo de gules, e inscrita la divisa "Por Dios y el Imperio"». Esta es una de las pocas órdenes en que pueden ingresar mujeres, pero su subordinación queda debidamente manifiesta en el hecho consistente

cual quizá debieran tenerlo, tendrá usted que aceptar este significado y hacer cuanto pueda para obrar en consecuencia. En resumen, tendrá que llevar la misma vida y profesar las mismas lealtades que los hombres han profesado con profusión durante muchos siglos. No cabe duda.

»Si usted contraataca diciendo: ¿Y qué hay de malo en ello? ¿Por qué no vamos a hacer lo que nuestros padres y nuestros abuelos hicieron antes que nosotras?, tendremos que entrar en más detalles y consultar los hechos que están ahora abiertos a la inspección de todos aquellos que saben leer la lengua materna en las biografías. Ahí están esas innumerables e inapreciables obras, en las estanterías de su biblioteca. Echemos una rápida ojeada a la vida de los hombres con educación que han triunfado en su profesión. He aquí unas frases correspondientes a la vida de un gran abogado. "Iba al despacho hacia las nueve y media... se llevaba expedientes a casa... y podía estar contento si se acostaba hacia la una o las dos de la madrugada."[21] Esto explica que los abogados de más éxito no sean grandes compañeros de mesa a la hora de cenar. Bostezan mucho. A continuación, tenemos una fra-

en que la cinta de esta condecoración, en el caso de las mujeres, sólo tiene una anchura de dos pulgadas y cuarto; en tanto que la cinta de los Caballeros tiene una anchura de tres pulgadas y tres cuartos. La insignia tiene también tamaño diferente. Sin embargo, la divisa es la misma para los dos sexos y cabe presumir que quienes así se adornan consideran que se da cierta relación entre la Divinidad y el Imperio y que están dispuestos a defender la una y el otro. El *Debrett* no nos dice qué pasaría si Britania, sentada dentro de su círculo de gules, se viera en estado de oposición (cual es muy posible) con aquella otra autoridad cuyo lugar en el medallón no se especifica, por lo que son los Caballeros y las Damas quienes deberán decidir lo que hay que hacer en semejante caso.

21. *Life of Sir Ernest Wild, K. C.*, de R. J. Rackham, p. 91.

se de un discurso de un célebre político. "...Desde 1914, ni una sola vez he visto el espectáculo de la flor, desde la del primer ciruelo hasta la del último manzano, ni una sola vez lo he visto, en Worcestershire desde 1914 y, si esto no es sacrificio, ya me dirán lo que es."[22] Un verdadero sacrificio, sí señor, y un sacrificio que explica la perenne indiferencia del gobierno ante las artes. Sí, estos desdichados caballeros forzosamente han de estar tan ciegos como un murciélago. A continuación fijémonos en la profesión religiosa. He aquí unas palabras de la vida de un gran obispo. "Esta es una vida horrorosa que destruye el alma y la mente. El trabajo atrasado se acumula y le aplasta a uno."[23] Esto coincide con lo que mucha gente dice de la Iglesia y de la nación. Nuestros obispos y deanes parecen carecer de alma con la que predicar y de mente con la que escribir. Escuche cualquier sermón en cualquier iglesia; lea los artículos del deán Alington o del deán Inge, en cualquier periódico. Vayamos, ahora, a la profesión de médico. "Este año he ganado bastante más de las trece mil libras esterlinas, pero no podré seguir consiguiendo estos ingresos y, mientras, dura es la esclavitud. Lo que más me duele es estar lejos de Eliza y de mis hijos tan a menudo los domingos y también por Navidad."[24] Ésta es la queja de un gran médico; y sus pacientes podrían quejarse al unísono con él, por cuanto ¿qué especialista de Harley Street tiene tiempo para comprender el cuerpo, ya que no la mente, o la combinación de uno y otra, cuando es esclavo de trece mil libras al

22. Discurso de Lord Baldwin, publicado en el *Times* del 20 de abril de 1936.

23. *Life of Charles Gore*, de G. L. Prestige, D. D., pp. 240-241.

24. *Life of Sir William Broadbent, K.C.V.O., F.R.S.*, edición a cargo de su hija, M. E. Broadbent, p. 242.

año? Pero, ¿cabe decir que la vida de un escritor profesional sea mejor? He aquí un ejemplo, tomado de la vida de un periodista de gran éxito. "Otro día, durante esta temporada, escribió un artículo de 1.600 palabras sobre Nietzsche, un editorial de la misma extensión sobre la huelga de ferrocarriles para el *Standard*, 600 palabras para el *Tribune*, y pasó la noche en la redacción."[25] Esto explica, entre otras cosas, por qué el público lee los artículos políticos cínicamente, y los escritores leen las críticas de sus libros utilizando una cinta métrica, ya que es su valor publicitario lo que cuenta y los elogios y acusaciones carecen de significado. Y con una ojeada más a la vida del político, ya que su profesión, a fin de cuentas, es la de mayor importancia práctica, habremos terminado. "Lord Hugh se *demoró en el vestíbulo*... La Ley [la Ley de la Hermana de la Esposa Muerta] quedó, en consecuencia, detenida y las posibilidades de la causa quedaron relegadas a los azares de otro año."[26] Esto no sólo explica cierta prevalente desconfianza en los políticos, sino que también nos recuerda que, como sea que usted tiene que promover la Ley de Pensiones en los vestíbulos y antesalas de una institución tan justa y tan humana como la Cámara de los Comunes, tampoco nosotras debemos demorarnos excesivamente entre esas deliciosas biografías y debemos intentar resumir las informaciones que nos han suministrado.

»Usted pregunta: ¿Qué demuestran esas citas de la vida de profesionales de éxito? Whitaker demuestra cosas, pero estas cifras nada demuestran. Si Whitaker nos dice que un obispo cobra cinco

25. *The Lost Historian, a Memoir of Sir Sidney Low*, de Desmond Chapman-Huston, p. 198.

26. *Thoughts and Adventures*, del Rt. Hon. Winston Churchill, p. 57.

mil libras al año, esto es un hecho, un hecho que puede ser comprobado y verificado. Pero si el obispo Gore nos dice que la vida de un obispo es una vida horrorosa que destruye el alma y la mente, lo único que hace es manifestar su opinión, otro obispo quizá le contradiga totalmente. Estas citas no demuestran nada que pueda ser comprobado y verificado; sólo sirven para que reunamos pareceres. Y estos pareceres nos inducen a poner en duda y a criticar el valor de la vida profesional; no su valor dinerario; éste es grande; sino su valor espiritual, moral e intelecutal. Nos inducen a opinar que las personas que tienen gran éxito en el ejercicio de la profesión pierden los sentidos. Se quedan sin visión. No tienen tiempo para mirar cuadros. Se quedan sin sonido. No tienen tiempo para escuchar música. Se quedan sin habla. No tienen tiempo para conversar. Se quedan sin el sentido de la proporción, de las relaciones entre las cosas. Se quedan sin humanidad. Ganar dinero llega a ser tan importante que deben trabajar por la noche igual que de día. Se quedan sin salud. Y tan grande llega a ser su ánimo de competir que se niegan a compartir el trabajo con otros, a pesar de que tienen más del que pueden realizar por sí mismos. ¿Qué queda, pues, en el ser humano que ha perdido la visión, el sonido y el sentido de la proporción? Sólo un tullido en una caverna.

»Esto, desde luego, es una imagen, y fantástica, además. Pero tiene cierta relación con unas cifras que son estadísticas y en manera alguna fantásticas: con trescientos millones de libras esterlinas gastados en armas. La opinión antes expresada parece ser también la de observadores desinteresados, cuya situación les da todo género de oportunidades para juzgar con amplio criterio y criterio justo. Examinemos solamente dos de dichas opiniones. El marqués de Londonderry dice:

»"Tenemos la impresión de oír gran número de voces, cual en nueva torre de Babel, carentes de guía y de dirección, mientras el mundo se mantiene a la espera... Durante el pasado siglo, gigantescas fuerzas de descubrimientos científicos fueron liberadas, mientras que, al mismo tiempo, no podíamos advertir un avance paralelo en los logros literarios o científicos... Y ahora nos preguntamos si el hombre es capaz de gozar de estos nuevos frutos de conocimientos y descubrimientos científicos, o si, al darles mal uso, se destruirá a sí mismo y destruirá el edificio de la civilización."[27]

»El señor Chuchill dijo:

»"Cierto es que mientras los hombres acumulan conocimiento y poder con velocidad siempre creciente e inmedible, sus virtudes y su prudencia no han mostrado mejora perceptible al paso de los siglos. El cerebro del hombre moderno no difiere, en lo esencial, del cerebro del ser humano que luchó y amó aquí hace millones de años. La naturaleza del hombre ha seguido, hasta el momento, invariable. Sometido a la presión suficiente, hambre, terror, pasión guerrera, e incluso frío frenesí intelectual, el hombre moderno al que tan bien conocemos cometerá los más terribles hechos y su mujer moderna le apoyará."[28]

»Sólo son dos citas entre las muchísimas que podríamos hacer en este sentido. Y a estas dos citas añadamos otra, de fuente no tan impresionante, pero que merece ser leída, puesto que también hace

27. Discurso pronunciado en Belfast por Lord Londonderry y publicado en el *Times* del 11 de julio de 1936.

28. *Thoughts and Adventures*, del Rt. Hon. Winston Churchill, p. 279.

referencia a nuestro problema. El autor es el señor Cyril Chaventry, de North Wembley.

»"El sentido de los valores que la mujer tiene es indiscutiblemente diferente del de los hombres. Por esto, no cabe la menor duda de que la mujer se encuentra en desventaja y suscita suspicacias, cuando compite en una esfera de actividad creada por el hombre. Hoy, más que en cualquier otro momento, la mujer tiene la oportunidad de construir un mundo nuevo y mejor, pero, al imitar servilmente a los hombres, pierde sus posibilidades."[29]

»Esta opinión también tiene carácter representativo, debido a que los periódicos publican gran número de opiniones de este tenor. Y las tres citas, conjuntamente consideradas, son altamente instructivas. Las dos primeras parecen demostrar que la enorme competencia profesional de los hombres con educación no ha aportado al mundo un estado de cosas deseable, ni mucho menos; y la última cita, que invita a las mujeres profesionales a utilizar su "diferente sentido de los valores" a fin de "construir un mundo nuevo y mejor", no sólo comporta, implícitamente, que quienes han construido el mundo actual están descontentos de los resultados obtenidos, sino que, al invitar a nuestro sexo a remediar los males, le impone una gran responsabilidad y le hace un gran cumplido. Si el señor Chaventry y los hombres que están de acuerdo con él, creen que la mujer "se encuentra en desventaja y suscita suspicacias", lo cual es verdad, por cuanto tiene poca o nula preparación política o profesional y cobra un sueldo de doscientas cincuenta libras al año, y creen que, a pesar de esto, la mujer profesional puede "construir un mundo nuevo y mejor", ello se debe a que forzosamente han de atribuirle

29. *Daily Herald*, 13 de febrero de 1935.

unos poderes que casi cabe calificar de divinos. Seguramente están de acuerdo con Goethe: "Las cosas que han de pasar / Son sólo símbolos; / Aquí todo fracaso / Se convertirá en logro, / Aquí, lo Indecible / Causa toda plenitud, / La mujer en la mujer / Guía adelante eternamente."[30] Otro gran cumplido, y a cargo de un grandísimo poeta, reconocerá usted.

»Pero usted no quiere cumplidos; usted está meditando las citas. Y, como sea que su expresión es de claro abatimiento, parece que estas citas centradas en la naturaleza de la vida profesional la han llevado a formular una conclusión melancólica. ¿Cuál será? Sencillamente, contesta usted, que nosotras, las hijas de los hombres con educación, nos encontramos entre la espada y la pared. A nuestra espalda, tenemos el sistema patriarcal; el hogar, con su inanidad, su inmoralidad, su hipocresía, su servilismo. Ante nosotras, tenemos el mundo de la vida pública, el sistema profesional, con su carácter absorbente, sus celos, su competitividad, su codicia. El primero nos encierra como esclavas en un harén; el segundo nos obliga dar vueltas y vueltas, como la oruga, con la cabeza junto a la cola, alrededor del moral, del sagrado árbol de la propiedad. Es una alternativa en la que tenemos que escoger entre dos males. ¿No sería mejor que nos arrojáramos del puente al río, que abandonáramos el juego, que declarásemos que la vida humana, en su integridad, es un error, y, en consecuencia, nos la quitáramos?

»Antes de adoptar tal medida, Madam, medida tajante, a no ser que comparta la opinión de los doctores de la Iglesia de Inglaterra, en el sentido de que la muerte es la puerta de la vida –las palabras *Mors Janua Vitae* están escritas en un arco de St. Paul–, en cuyo caso, naturalmente, la muerte es altamente recomendable, veamos si hay otra solución.

30. *Fausto*, de Goethe.

»Quizás esa otra solución esté ante nosotras, ahí, en las estanterías de su biblioteca, y, una vez más, en las biografías. ¿No cabe la posibilidad de que estudiando los experimentos que los muertos hicieron con sus vidas en el pasado, encontremos algo que nos ayude a contestar ese tan difícil interrogante que se nos ha planteado? Intentémoslo. La pregunta que ahora formularemos a la biografía es la siguiente: Por razones dadas anteriormente, estamos de acuerdo en que debemos ganar dinero mediante las profesiones. Por razones dadas anteriormente, esas profesiones nos parecen altamente indeseables. La pregunta que os formulamos, vidas de los muertos, es cómo se puede ingresar en las profesiones y seguir siendo seres humanos civilizados, es decir, seres humanos que desean evitar la guerra.

»En esta ocasión, no recurramos a vidas de hombres, sino a vidas de mujeres del siglo XIX, vidas de mujeres profesionales. Pero parece que hay una laguna en su biblioteca, Madam. No hay vidas de mujeres profesionales del siglo XIX. La señora Tomlinson, esposa de cierto señor Tomlinson, F.R.S.,* nos explica la razón. Esta señora, que escribió un libro "abogando por el empleo de señoritas para cuidar niños", dice: "...Parecía que no hubiera modo alguno en el que una mujer soltera pudiera ganarse la vida como no fuera aceptando un puesto de institutriz, para cuyo puesto a menudo no era idónea por razones de manera de ser y de educación o falta de educación."[31] Esto fue escrito en 1859, no hace aún cien años. Y esto explica la laguna en su biblioteca. Salvo las institutrices, no había mujeres profesionales cuya vida escribir. Y las

* Miembro de la Real Sociedad.

31. *The Life of Charles Tomlinson*, de su sobrina, Mary Tomlinson, p. 30.

vidas de institutrices, es decir, las vidas escritas, pueden contarse con los dedos de una mano. ¿De qué podemos enterarnos con referencia a la vida de la mujer profesional, por el medio de estudiar vidas de institutrices? Afortunadamente, los viejos cofres comienzan a revelar sus viejos secretos. Hace poco, de un arca salió uno de esos documentos escritos en 1811. Hubo, al parecer, cierta oscura señorita Weeton que solía escribir sus pensamientos con referencia a la vida profesional, entre otras cosas, cuando sus pupilos se encontraban ya en cama. He aquí uno de estos pensamientos. "¡Con cuánto ardor he deseado aprender latín, francés, las artes y las ciencias, cualquier cosa antes que esta aperreada vida de coser, enseñar, escribir copias y lavar platos todos los días! ¿Por qué no se permite a las mujeres estudiar física, teología, astronomía, etc., etc., con sus estudios correspondientes de química, botánica, lógica, matemáticas y todos los restantes?"[32] Este comentario acerca de la vida de las institutrices y esa pregunta surgida de los labios de una institutriz nos llegan desde las tinieblas. Y son palabras luminosas. Pero sigamos avanzando a tientas; recojamos aquí y allá desperdigados indicios referentes al modo en que las mujeres practicaban las profesiones en el siglo XIX. A continuación encontramos a Anne Clough, hermana de Arthur Clough, discípulo del doctor Arnold, miembro de Oriel, quien, a pesar de trabajar sin remuneración, fue la primera directora de Newnham, por lo que bien puede ser calificada de la primera mujer profesional en embrión. Vemos que se prepara para el ejercicio de su profesión mientras "hacía la mayor parte de los trabajos caseros"... "ganaba dinero para devolver los préstamos que les hacían

32. *Miss Weeton, Journal of a Governess*, 1807-1811, según selección de Edward Hall, pp. 14, XVII.

sus amigos", "pedía insistentemente permiso para establecer una pequeña escuela", leía libros que le prestaba su hermano y exclamaba: "Si fuera hombre, no trabajaría para conseguir riquezas, ni para ganar fama, ni para dejar una familia opulenta. No, creo que trabajaría en beneficio de mi país, y sus habitantes serían mis herederos."[33] Parece que las mujeres del siglo XIX no carecían de ambición. Luego, encontramos a Josephine Butler, quien, si bien no fue una mujer profesional en el sentido estricto de la palabra, llevó a la victoria la campaña contra la Ley de Enfermedades Infecciosas y, después, la campaña contra la venta de niños "con fines infames". Josephine Butler se negó a que se escribiera su biografía y dijo de las mujeres que la ayudaron en sus campañas: "Merece destacarse en ellas la total ausencia de deseos de obtener reconocimientos, de todo vestigio de egotismo en todas sus formas. Por la pureza de sus motivos resplandecen con la *claridad del cristal*."[34] Así vemos que ésta era una de las cualidades que la mujer victoriana cultivaba y alababa; una cualidad negativa, ciertamente; no querer reconocimientos; no ser egoísta; trabajar por el trabajo en sí mismo.[35] En cierta manera, constitu-

33. *A Memoir of Anne Jemima Clough*, de B. A. Clough, p. 32.

34. *Personal Reminiscences of a Great Crusade*, de Josephine Butler, p. 189.

35. «Usted y yo sabemos bien que poco importa el que tengamos que ser las piedras invisibles, hundidas en el fondo del cauce, que sostienen las columnas visibles que dan apoyo al puente. No nos importa, en consecuencia, que la gente olvide que estas piedras existen; no nos importa que algunas de estas piedras se pierdan en experimentos, antes de decidir cuál es la mejor manera de construir el puente. El puente es lo que nos importa. Estamos plenamente dispuestas a cumplir esa función. Y creemos que, a fin de cuentas, se podrá recordar que este es nuestro único objetivo.» (carta de Octavia Hill a la señora N. Senior, 20 de septiembre de 1874. *The Life of Octavia Hill*, de C. Edmund Maurice, pp. 307-308.)

ye una interesante contribución a la psicología. Y, ahora, nos acercamos más a nuestros tiempos; encontramos a Gertrude Bell, quien, a pesar de que el servicio diplomático estaba cerrado a las mujeres y sigue estándolo, ocupó un cargo en Oriente que casi le daba derecho al título de pseudodiplomático, pero, no sin sorpresa, nos enteramos de que "Gertrude jamás podía salir de casa, en Londres, sin ir acompañada de una amiga y, si esto no era posible, de una criada...»[36] Cuando Gertrude no

Octavia Hill (1838-1912) inició el movimiento para «proporcionar mejor vivienda a los pobres y espacios abiertos al público... El Sistema Octavia Hill ha sido aplicado a la totalidad de la extensión planeada de Amsterdam. En enero de 1928, se habían construido nada menos que veintiocho mil seiscientas cuarenta y ocho viviendas». (*Octavia Hill*, según cartas editadas por Emily S. Maurice, pp. 10-11.)

36. La doncella tuvo un papel tan importante en la vida de la clase alta inglesa, desde los más remotos tiempos hasta 1914, año en que la Honorable Monica Grenfell fue a cuidar soldados heridos acompañada de su doncella (*Bright Armour*, de Monica Salmond, p. 20), que bien merece le sean reconocidos sus servicios. Sus deberes eran peculiares. Así vemos que tenía que escoltar a su señora en Piccadilly «en donde unos cuantos, pocos, asiduos a los clubs quizá le dirigieran una ojeada a través de la ventana», pero que no era preciso que la acompañara a Whitechapel, «donde los malhechores acechaban en todas las esquinas». Pero sus trabajos eran indudablemente arduos. El papel que Wilson tuvo en la vida privada de Elizabeth Barrett es harto conocido por los lectores de las famosas cartas. Estando ya más avanzado el siglo (hacia 1889-1892), Gertrude Bell «en compañía de Lizzie, su doncella, visitaba exposiciones de cuadros. Lizzie la iba a buscar al término de las cenas sociales; iba con Lizzie a visitar la Misión Benéfica de Whitechapel, en la que trabajaba Mary Talbot...» (*Early Letters of Gertrude Bell*, editadas por Lady Richmond.) Pensemos solamente en las horas que esta doncella tuvo que esperar en guardarropías, en los acres que tuvo que ver y padecer en las exposiciones de arte, en las millas que tuvo que recorrer sobre el pavimento del West End, y concluiremos que, si bien ahora las Lizzie apenas existen, antes no sólo existían sino que sus días eran largos. Esperemos que Lizzie creyera que

podía evitar ir en coche, acompañada de un hombre joven, para trasladarse de una reunión para tomar el té a otra, se sentía obligada a "escribir a mi madre, confesándoselo".[37] En consecuencia, ¿eran castas las mujeres pseudodiplomáticas de los tiempos victorianos?[38] Lo eran no sólo en lo referente al

---

estaba poniendo en práctica los mandamientos expresados por San Pablo en sus Epístolas a Tito y a los Corintios, y que esto la fortaleciera en su empeño, así como el pensar que hacía cuanto estaba en su mano para devolver intacto el cuerpo de su ama a su amo, para solaz de éste. Pero, incluso en este caso, en la debilidad de la carne y en la oscuridad del sótano infestado de cucarachas, Lizzie seguramente reprochó su amargura a San Pablo, por una parte, la castidad de éste y, por otra parte, a los caballeros de Piccadilly su lujuria. Es una verdadera lástima que en el *Diccionario Nacional Biográfico* no se encuentren biografías de doncellas que nos permitieran hacer un relato más documentado.

37. *The Earlier Letters of Gertrude Bell*, según selección y edición de Elsa Richmond, pp. 217-218.

38. La cuestión de la castidad, mental y corporal, es de sumo interés y complejidad. La concepción de la castidad de los victorianos, los eduardianos y, en gran parte, de los tiempos de Jorge V, se basaba, para no remontarnos demasiado, en las palabras de San Pablo. Para comprender el significado de estas palabras es preciso comprender la psicología del santo y su entorno, lo cual no es tarea fácil, habida cuenta de la frecuente oscuridad en que vivía y la falta de material biográfico. A juzgar por las pruebas proporcionadas por él mismo, parece que fue poeta y profeta, pero carecía de capacidad lógica, así como de esa preparación psicológica que obliga, incluso al ser menos poético o profético de nuestros días, a analizar sus emociones personales. Así vemos que su famosa afirmación en lo referente al asunto de los velos, sobre la que se basa su teoría de castidad de la mujer, puede ser objeto de crítica desde distintos puntos de vista. En su Epístola a los Corintios, el precepto de que la mujer lleve velos cuando reza o profetiza se basa en la presunción de que la mujer sin velo «es lo mismo que la mujer con la cabeza afeitada». Si aceptamos esta presunción, podemos preguntar, acto seguido, ¿y acaso es vergonzoso ir con la cabeza afeitada? Pero San Pablo, en vez de contestar, prosigue afirmando: «Pero el hombre no debe cubrir con velos su cabeza por cuan-

cuerpo, sino también en lo tocante a la mente. "A Gertrude no se le permitió leer *El discípulo* de Bourget", por miedo a que contrajera las enfermedades que esa obra pudiera diseminar. Insatisfechas pero ambiciosas, ambiciosas pero austeras, castas pero aventureras, estas son algunas de las cualida-

---

to es la imagen y la gloria de Dios», de lo cual se deduce que lo malo no es llevar la cabeza afeitada, en sí mismo, sino ser mujer y llevar la cabeza afeitada. Y es malo, parece, debido a que «la mujer es la gloria del hombre». Si San Pablo hubiera dicho francamente que le gustaba contemplar el largo cabello femenino, muchos hubiéramos estado de acuerdo con él y le hubiéramos tenido en más alto concepto. Pero prefirió esgrimir otras razones, tal como se advierte en las siguientes observaciones: «Porque el hombre no es de la mujer, sino la mujer del hombre; y tampoco el hombre creado para la mujer, sino la mujer para el hombre; y ésta es la causa por la que la mujer debe llevar un signo de autoridad en la cabeza, a causa de los ángeles» No tenemos medios de averiguar la opinión que el cabello largo merece a los ángeles, y el propio San Pablo parece dudar del apoyo que pudieran darle los ángeles en su tesis, ya que estima necesario recurrir a la sabida complicidad de la naturaleza. «¿Acaso la propia naturaleza no os ha enseñado que si un hombre lleva el cabello largo esto es deshonor para él? Pero si una mujer lleva el cabello largo, esto es gloria para ella, ya que el cabello le ha sido dado para que se cubra. Pero si hay hombre que quiera discutirlo, diremos que no tenemos esta costumbre y las Iglesias de Dios tampoco.» La argumentación basada en la naturaleza nos parece susceptible de modificación; la naturaleza, cuando se alía con las ventajas económicas, rara vez tiene origen divino. De todos modos, si bien es cierto que la base es un tanto vacilante, la conclusión, no cabe negarlo, es firme. Hela aquí: «Que las mujeres guarden silencio en las iglesias, porque no les está permitido hablar, y deben estar sujetas, cual también manda la ley.» Después de haber invocado la conocida pero sospechosa trinidad de cómplices, los ángeles, la naturaleza y la ley, San Pablo llega a la conclusión que con toda certeza veíamos venir: «Y si las mujeres quieren saber algo, que lo pregunten a sus maridos, en casa, porque es vergonzoso que la mujer hable en la iglesia.» La naturaleza de esta «vergüenza», que está estrechamente relacionada con la castidad, queda considerablemente complicada a medida que la epístola se desarrolla,

des que hemos descubierto. Pero sigamos examinando las biografías, y hagámoslo ahora leyendo entre líneas. En las biografías de los maridos, leyendo entre líneas, encontramos a muchas mujeres dedicadas a trabajar, ¿qué nombre vamos a dar a la profesión consistente en traer al mundo nueve o

---

ya que de esta vergüenza forman parte ciertos prejuicios sexuales y personales. San Pablo era, evidentemente, soltero (en lo referente a sus relaciones con Lydia, consúltese la página 149 del *Saint Paul* de Renan: «*Est-il cependant absolument impossible que Paul ait contracté avec cette soeur une union plus intime? On ne saurait l'affirmer*») y, como muchos solteros, contemplaba con suspicacia al otro sexo, y además era poeta, por lo que, como muchos poetas, prefería profetizar él mismo que escuchar profecías ajenas. También pertenecía al tipo viril o dominante, tan conocido en la Alemania de nuestros días, que, para su existencia, precisa con carácter esencial una raza o un sexo subyugado. La castidad, tal como la define San Pablo, parece ser un complejo concepto, basado en el amor al cabello largo, el amor a la subyugación, el amor a tener público oyente, el amor a dictar la ley, y basado, subconscientemente, en un muy fuerte y natural deseo de que la mente y el cuerpo de la mujer sean reservados al uso de un solo hombre y sólo uno. Tal concepto, cuando cuenta con el apoyo de los ángeles, la naturaleza, la ley, la costumbre y la Iglesia y, cuando lo aplica un sexo con fuerte interés personal en aplicarlo y dotado con los precisos medios económicos, era de indudable fuerza. La tenaza de sus blancos y esqueléticos dedos se encuentra en todas las páginas de la historia, desde San Pablo hasta Gertrude Bell. Se invocó la castidad para impedir que la mujer estudiara medicina, pintara desnudos, leyera a Shakespeare, tocara en orquestas, paseara sola por Bond Street. En 1848 era «una imperdonable falta de delicadeza» el que las hijas de un jardinero pasaran por Regent Street en un coche de alquiler (*Paxton and the Bachelor Duke*, de Violet Markham, p. 288), y esta falta de delicadeza se transformaba en un delito cuya magnitud sólo los teólogos podrían medir si el coche de alquiler iba con las cortinillas descorridas. A principios del presente siglo, la hija de un industrial dedicado a la fundición de hierro (y nos nos burlemos de distinciones que, actualmente, se consideran de primordial importancia), Sir Hugh Bell, había «llegado a la edad de veintisiete años y se había casado, sin haber ido sola jamás por Piccadilly... Gertrude, desde

diez hijos, a la profesión consistente en llevar una casa, cuidar a un inválido, visitar a los pobres y a los enfermos, atender a un padre anciano, a la madre vieja? Esta profesión carece de nombre y de retribución, pero encontramos a tan gran número de madres, hermanas e hijas de hombres con educa-

---

luego, ni siquiera había soñado en hacerlo...» El West End era una zona infectada. «Lo prohibido era la clase social a la que una pertenecía...» (*The Earlier Letters of Gertrude Bell*, seleccionadas y editadas por Elsa Richmond, pp. 217-218.) Pero las complejidades y contradicciones de la castidad eran tales que la misma muchacha obligada a llevar velos, es decir, a ir acompañada de un hombre o de una doncella, en Piccadilly, podía visitar Whitechapel o Seven Dials, a la sazón focos de enfermedad y vicio, sola y con el beneplácito de sus padres. Esta anomalía fue objeto de los debidos comentarios. Así vemos que Charles Kingsley, siendo muchacho, exclama: «...Y las chicas no piensan más que en visitar barrios y escuelas, y en pañales para críos, y en clubs benéficos. ¡¡¡Maldición!!! Y no hacen más que visitar los más abominables escenarios de inmundicia y de desdicha, y de indecencia, para leer la Biblia a los pobres. Hasta mi madre dice que van a sitios que ninguna muchacha debiera ver, y que ni siquiera debieran saber que tales realidades existen.» (*Charles Kingsley*, de Margaret Farrand Thorp, p. 12.) Sin embargo, la señora Kingsley era una excepción. La mayoría de las hijas de los hombres con educación veían estos «abominables» escenarios y sabían que tales realidades existían. Es probable que ocultaran tales conocimientos. Sin embargo, aquí no podemos dedicarnos a averiguar los efectos psicológicos que esta ocultación producía. A pesar de ello, no podemos dudar de que la castidad, voluntaria o forzosa, tenía una fuerza inmensa, para bien o para mal. Incluso en nuestros días, es probable que las mujeres tengan que librar una batalla psicológica de cierta dureza con el fantasma de San Pablo, antes de tener una relación sexual con un hombre que no sea su marido. No sólo la sociedad protegía la castidad mediante el empleo de un fuerte estigma, sino que la Ley de Bastardos hacía cuanto estaba en su mano para imponer la castidad mediante presiones económicas. Hasta que las mujeres tuvieron derecho a votar, en 1918, «la Ley de Bastardos, de 1872, fijaba en la suma de cinco chelines semanales la máxima cantidad que un padre, fuera cual fuese su riqueza, podía ser obligado a

ción practicando dicha profesión durante el siglo XIX que debemos reunirlas, y reunir sus vidas, detrás de las vidas de sus maridos y hermanos, y permitir que comuniquen su mensaje a quienes tienen tiempo para extraérselo e imaginación para descifrarlo. Somos nosotros que, tal como usted insinúa, estamos apremiados por el tiempo, quienes debemos resumir estos desperdigados indicios y reflexiones referentes a la vida profesional de la mujer del siglo XIX, por el medio de citar las altamente significativas palabras de una mujer que no fue profesional en el sentido estricto de la palabra, pe-

---

pagar para el mantenimiento de su hijo». (*Josephine Butler*, de M. G. Fawcett y E. M. Turner, nota, p. 101.) Desde que la ciencia moderna ha arrancado el velo de la cara de San Pablo y de muchos de sus apóstoles, la castidad ha sido objeto de considerable revisión. Sin embargo, se dice que hay cierta reacción en pro de cierta medida de castidad, en ambos sexos. Esto se debe, en parte, a razones económicas; la protección de la castidad mediante el empleo de doncellas representa un caro capítulo en el presupuesto burgués. El señor Upton Sinclair expresa muy bien la argumentación en favor de la castidad: «Actualmente oímos hablar mucho de perturbaciones mentales producidas por la represión sexual; es la moda del momento. Nada oímos de los complejos que puede producir el exceso en la sexualidad. Pero he podido observar que aquellos que se permiten entregarse a todos sus impulsos sexuales son tan desdichados como los que reprimen todos sus impulsos sexuales. Recuerdo a un compañero de clase, en la universidad; le dije: "¿No se te ha ocurrido nunca pararte un instante a considerar qué es lo que ocupa tu mente? Lo conviertes todo en sexualidad." Se quedó sorprendido y vi que esa idea era nueva para él. Lo pensó y repuso: "Creo que estás en lo cierto."» (*Candid Reminiscenses*, de Upton Sinclair, p. 63.) He aquí otra anécdota reveladora: «En la magnífica biblioteca de la Universidad de Columbia había tesoros de belleza, caros volúmenes con grabados, y, con la codicia habitual en mí, me lancé sobre esos volúmenes, con la intención de aprender todo lo referente al Renacimiento en una o dos semanas. Pero me sentí agobiado por aquella masa de desnudez, mis sentidos vacilaron y tuve que abandonar el empeño.» (*Op. cit.*, pp. 62-63.)

ro que gozó de rara reputación en cuanto a viajera, a pesar de todo, es decir, Mary Kingsley:

»"No sé si alguna vez le he dicho que el permiso para aprender alemán y el estudio de dicho idioma representó *cuanta educación de pago* he recibido. En la educación de mi hermano se gastaron dos mil libras, que todavía espero que no fueran un gasto en vano."

»Esta manifestación es tan reveladora que nos permite evitarnos el trabajo de buscar a tientas, entre las líneas de las biografías de los hombres con una profesión, las vidas de sus hermanas. Si desarrollamos cuantas sugerencias hallamos en dicha manifestación y las ponemos en relación con los otros indicios y fragmentarias revelaciones que hemos descubierto, podemos llegar a cierta teoría o a cierto punto de vista que quizá nos ayude a contestar la muy difícil pregunta con que nos enfrentamos ahora. Cuando Mary Kingsley dice... "el permiso para aprender alemán y el estudio de dicho idioma representó *cuanta educación de pago* he recibido", sugiere que tuvo realmente una educación gratuita. Las otras vidas que hemos examinado confirman tal sugerencia. ¿Cuál era, pues, la naturaleza de esa "educación gratuita" que, para bien o para mal, ha sido nuestra educación durante tantos siglos? Si agrupamos las vidas de las mujeres oscuras detrás de cuatro vidas que no fueron oscuras, sino tan logradas y destacadas que merecieron constancia escrita, las vidas de Florence Nightingale, la señorita Clough, Mary Kingsley y Gertrude Bell, parece innegable que todas ellas fueron educadas por los mismos profesores. Y estos profesores, según indica la biografía de forma oblicua e indirecta, pero poderosa y sin posibilidad de duda, fueron la pobreza, la castidad, la burla y ¿qué palabra expresa "la

falta de derechos y privilegios"? ¿Podemos poner de nuevo en servicio la vieja palabra "libertad"? En este caso, la "libertad con respecto a lealtades irreales" fue su cuarto profesor; la libertad con respecto a las lealtades a viejas escuelas, a viejas universidades, a viejas iglesias, a viejas ceremonias, a viejos países, de que todas estas mujeres gozaron y que, en gran medida, todavía gozamos gracias a las leyes y costumbres de Inglaterra. No tenemos tiempo para acuñar nuevas palabras, pese a que el idioma lo necesita en gran manera. Dejemos, pues, que el nombre de este cuarto gran profesor de las hijas de los hombres con educación sea el de "libertad con respecto a lealtades irreales".

»En consecuencia, la biografía nos revela el hecho consistente en que las hijas de los hombres con educación recibieron una educación gratuita impartida por la pobreza, la castidad, la burla y la libertad con respecto a lealtades irreales. La biografía nos dice que esta educación gratuita prepara a esas mujeres, y con gran eficacia, para las profesiones gratuitas. Y la biografía también nos dice que estas profesiones gratuitas tenían sus propias leyes, tradiciones y cargas, con tanta certeza como las tienen las profesiones retribuidas. Además, el estudioso de la biografía no puede poner en duda, a juzgar por el testimonio de la propia biografía, que esa educación y esas profesiones fueron en muchos aspectos extremadamente perniciosas, tanto para las profesiones sin retribución como para sus descendientes. El gran número de hijos que la gratuita esposa daba a luz, el intenso trabajo del marido victoriano con el fin de ganar dinero, produjeron terribles efectos, sin la menor duda, en la mente y en el cuerpo de aquellos tiempos. Para demostrarlo no hace falta que citemos una vez más las famosas palabras en que Florence Nightingale ponía en la picota esa educación y sus resultados; tampoco

debemos subrayar la natural alegría con que Florence Nightingale dio la bienvenida a la guerra de Crimea; ni tampoco debemos ilustrar mediante otros ejemplos –son innumerables, ciertamente– la inanidad, mezquindad, resentimiento, tiranía, hipocresía e inmoralidad a que dio lugar, cual abundantemente ratifican las vidas de los miembros de ambos sexos. La prueba final de la dureza de esa educación en uno de los dos sexos la hallaremos en los anales de nuestra "gran guerra", cuando los hospitales, los campos de cultivo y las fábricas de municiones fueron refugio relativamente cómodo para quienes huyeron de los horrores bélicos y formaron la mayor parte de quienes trabajaban en los lugares antes dichos.

»Pero la biografía presenta muchas facetas; nunca da una sola y sencilla respuesta a las preguntas que se le formulan. Así vemos que las biografías de aquellas que tuvieron biografías –como, por ejemplo, Florence Nightingale, Anne Clough, Emily Brontë, Christina Rossetti, Mary Kingsley– demuestran, sin dejar lugar a dudas, que esta misma educación, la educación gratuita, forzosamente hubo de tener grandes virtudes, además de grandes defectos, por cuanto no podemos negar que esas mujeres, si bien no eran educadas, eran civilizadas. Por lo tanto, al considerar las vidas de nuestras madres y abuelas carentes de educación, no podemos valorar la educación solamente en méritos de su poder de "conseguir cargos", merecer honores, ganar dinero. Si somos honestos, debemos reconocer que algunas mujeres que no tuvieron educación de pago, ni sueldos, ni cargos, fueron seres humanos civilizados –cabe discutir que merecieran o no ser llamadas mujeres "inglesas"– y, en consecuencia, debemos asimismo reconocer que sería extremadamente insensato desechar los resultados de esta educación o prescindir de los conocimientos obte-

nidos gracias a ella a cambio de cualquier soborno o distinción. La biografía, al contestar la pregunta que le hemos formulado, o sea, cómo podemos ingresar en las profesiones y, al mismo tiempo, seguir siendo civilizados seres humanos, seres humanos contrarios a la guerra, parece contestar: Si os negáis a separaros de los cuatro grandes maestros de las hijas de los hombres con educación –la pobreza, la castidad, la burla y la libertad con respecto a las lealtades irreales–, pero combináis sus enseñanzas con cierta riqueza, ciertos conocimientos y ciertos servicios a lealtades reales, podréis entrar en las profesiones y hurtaros a aquellos riesgos que las hacen resultar poco deseables.

»Tal es la contestación del oráculo, tales son las condiciones anejas a esta guinea. Para resumir, digamos que tendrá usted la guinea con la condición de que ayude a todas las personas debidamente cualificadas, sea cual fuere su sexo, su clase o el color de su piel, a ingresar en su profesión; y también con la condición de que, en el ejercicio de su profesión, se niegue a apartarse de la pobreza, la castidad, la burla y la libertad con respecto a lealtades irreales. ¿Considera que, ahora, la manifestación es más positiva, están claras las condiciones, se muestra de acuerdo con los términos propuestos? Duda usted. Parece insinuar que algunas condiciones exigen mayor reflexión. Pues bien, examinémoslas en el mismo orden en que las hemos consignado. Por pobreza queremos decir tener el dinero suficiente para vivir. Es decir, hay que ganar el dinero suficiente para ser independiente de otro ser humano y para comprar ese mínimo de salud, ocio, conocimientos, etcétera, necesarios para el pleno desarrollo del cuerpo y de la mente. Pero no más. Ni un penique más.

»Por castidad se entiende que, cuando gane lo suficiente para vivir mediante su profesión, se negará usted a vender la mente por dinero. Es decir, debe usted abandonar el ejercicio de la profesión, o bien seguir ejerciéndola a fines de investigación y experimentación; o, si es usted artista, buscar el arte por el arte; o bien impartir gratuitamente los conocimientos adquiridos en el ejercicio de la profesión a quienes los necesitan. Pero, cuando la moral comience a inducirla a dar vueltas y vueltas, rompa el círculo. Ríase del árbol a carcajadas.

»Por burla –mala palabra, pero digamos una vez más que el idioma inglés necesita urgentemente nuevas voces– queremos decir que debe usted rechazar todos los medios de anunciar su mérito y aceptar que el ridículo, la oscuridad y la censura son preferibles, por razones psicológicas, a la fama y los elogios. Sin dudarlo, cuando le ofrezcan condecoraciones, títulos y el ingreso en órdenes, arrójelo todo a la cara de quien se lo ofrece.

»Por libertad con respecto a lealtades irreales se entiende que debe despojarse, ante todo, del orgullo de nacionalidad; también del orgullo religioso, del orgullo de universidad, de escuela, de familia, de sexo y de todas esas lealtades irreales de ellos dimanantes. Cuando los tentadores vengan con sus tentaciones para que, sobornada, acceda a entrar en el cautiverio, rasgue los pergaminos, niéguese a rellenar los formularios.

»Y si todavía alega que estas definiciones son muy arbitrarias y generales, y pregunta quién es capaz de determinar cuánto dinero y cuántos conocimientos son precisos para el pleno desarrollo del cuerpo y de la mente, y cuáles son las lealtades reales a las que debemos servir, y cuáles son las irreales a las que debemos despreciar, podré dirigirla solamente –el tiempo apremia– a dos autoridades. Una de ellas es harto conocida. Se trata del psicómetro que lleva en la muñeca, ese pequeño instrumento del que usted depende en todas sus relaciones per-

sonales. Si fuera visible tendría aspecto de termómetro. Lleva un hilillo de mercurio que queda afectado por todo cuerpo o alma, por toda casa o sociedad que se ponga ante él. Si quiere usted saber cuál es la cantidad de riqueza deseable, ponga el psicómetro ante un hombre rico; si quiere saber cuántos conocimientos son deseables, póngalo en presencia de un hombre con conocimientos. Y haga lo mismo con el patriotismo, la religión y todo lo demás. Mientras consulta el psicómetro, no tiene usted necesidad alguna de interrumpir la conversación y la amenidad de la misma no quedará alterada. Pero si usted alega que este método es muy personal y sujeto a fallos, por lo que su empleo puede conducir a errores, y alega asimismo que el psicómetro privado ha sido causa de muchos matrimonios desdichados y de la ruptura de muchas amistades, le diré que hay otra autoridad actualmente al alcance de incluso la más pobre de las hijas de hombres con educación. Vaya a los museos y mire cuadros; ponga la radio y extraiga música del aire; entre en las bibliotecas públicas, ahora a todos abiertas. En ellas podrá consultar los hallazgos del psicómetro público. Ya que el tiempo apremia, fijémonos en un ejemplo. La *Antígona* de Sófocles ha sido vertida al inglés, en prosa o verso, por un hombre cuyo nombre carece de importancia.[39] Fíjese en Creonte. Ahí tiene usted un sumamente profundo análisis a cargo de un poeta, que es un psicólogo en acción, de los efectos del poder y de la riqueza en el alma. Fíjese en la pretensión de Creonte de ejercer el poder absoluto sobre sus súbditos. Es un análisis de la tiranía mucho más instructivo que el que cualquiera de nuestros políticos puede ofrecernos. ¿Quiere usted saber cuáles son las lealtades irreales que debemos despreciar y cuáles son las lealtades reales a las que debemos rendir culto? Fíjese en la distinción que Antígona hace entre las leyes y

39. La traducción de que nos hemos servido se debe a Sir Richard Jebb (*Sophocles, the Plays and Fragments*, con notas críticas y comentarios, en prosa inglesa). Es imposible juzgar un libro basándonos en su traducción. Sin embargo, incluso leída en inglés, *Antígona* es una de las grandes obras maestras de la literatura dramática. A pesar de lo cual, y en caso de necesidad, puede utilizarse como propaganda antifascista. La propia Antígona puede ser transformada en la señora Pankhurst, que rompió una ventana y fue encerrada en la cárcel; o en la señora Pommer, esposa de un funcionario de minas de Essen, que dijo: "«La espina del odio ha sido ya clavada con suficiente profundidad en los seres humanos por los conflictos religiosos y ha llegado ya el momento de que los hombres actuales desaparezcan»... La señora Pommer ha sido detenida y será juzgada bajo la acusación de injurias y calumnias al Estado y al movimiento nazi." (*The Times*, 12 de agosto de 1935.) El delito de Antígona fue muy parecido y Antígona recibió un castigo semejante. Sus palabras: "Ved lo que padezco y ved quién me inflige estos padecimientos, porque temí arrojar fuera de mí el temor a los cielos. ¿Y qué ley de los cielos he infringido? ¿Por qué, desdichada, debo seguir con la mirada en los dioses, qué aliado puedo invocar, cuando por piedad he merecido el nombre de impía?», pueden ser puestas en labios de la señora Pankhurst o de la señora Pommer y son, ciertamente, de actualidad. También Creonte, que «arrojó los hijos de la luz a las tinieblas y sin piedad alojó un alma viva en un sepulcro», que afirmaba que «la desobediencia es el peor de los males» y que «aquel a quien la ciudad designe deberá ser obedecido en las cosas pequeñas y en las cosas grandes, en las cosas justas y en las injustas», es el arquetipo de ciertos políticos del pasado y de Herr Hitler y el Signor Mussolini, en el presente. Pero si bien cabe la posibilidad de embutir a estos personajes en ropas actuales, es imposible mantenerlos dentro de ellas, debido a que sugieren demasiadas cosas y, cuando cae el telón, sentimos simpatía incluso hacia Creonte. Este resultado, que el propagandista no desea obtener, parece deberse a que Sófocles (incluso traducido) utiliza libremente todas las facultades que el escritor puede poseer y, en consecuencia, indica que si utilizamos el arte para propagar opiniones políticas, obligamos al artista a recortar y aprisionar sus dotes, para prestarnos un servicio pasajero y de poca monta. La literatura sufrirá la mutilación de la mula; y ya no habrá caballos.

la ley. Es una exposición de los deberes del individuo para con la sociedad mucho más profunda que la que pueden ofrecernos nuestros sociólogos. A pesar de que la versión inglesa no es elocuente, las cinco palabras de Antígona valen todos los sermones de todos los arzobispos.[40] Sin embargo, más vale que no sigamos. El juicio privado sigue siendo libre en privado, y esta libertad es la esencia de la libertad.

»Añadamos que, pese a que las condiciones son muchas y la guinea sólo es una, aquéllas no son, generalmente hablando y tal como están ahora las cosas, de muy difícil cumplimiento. Con la excepción de la primera –ganar el dinero suficiente para vivir–, en su mayor parte las leyes inglesas nos garantizan su posibilidad de cumplimiento. Las leyes inglesas velan por que no heredemos grandes fortunas; las leyes inglesas nos deniegan, y esperemos que sigan denegándonoslo, el pleno estigma de la nacionalidad. Además, difícilmente podemos dudar que nuestros hermanos nos proporcionarán durante muchos siglos por venir, tal como lo han hecho durante muchos siglos pasados, algo que es esencial para la sensatez, algo de inconmensurable valor para evitar los grandes pecados modernos de la vanidad, el egotismo y la megalomanía, es decir, el ridículo, la censura y el desprecio.[41] Mientras la

40. Las palabras de Antígona son: «No es propio de mi naturaleza unirme al odio, sino al amor.» A lo que Creonte replica: «Pasa, entonces, al mundo de los muertos y, si necesitas amar, ámalos. Mientras viva, ninguna mujer me mandará.»

41. Es notable que, incluso en unos momentos de tan gran tensión política cual los presentes, se critique grandemente a las mujeres. El anuncio de «Un agudo, ingenioso y provocativo estudio de la mujer moderna» aparece, por término medio, unas tres veces al año en los catálogos de los editores. El autor, a menudo un humanista, pertenece invariablemente al sexo masculino; y, como el anuncio dice (ver el *Times Lit. Sup.*, 12 de marzo de 1938) «este libro abrirá los ojos del hombre normal y corriente».

Iglesia de Inglaterra no acepte nuestros servicios –¡ojalá dure largo tiempo tal rechazo!– y las antiguas escuelas y universidades no permitan que compartamos sus acervos y privilegios, estaremos a salvo, sin tener que realizar el menor esfuerzo, de las particulares lealtades y servidumbres que dichos acervos y privilegios engendran. Además, Madam, las tradiciones del hogar, ese ancestral recuerdo que se encuentra detrás del presente instante, están ahí para ayudarla. Hemos visto, en las citas anteriores, el gran papel que la castidad, la castidad corporal, ha tenido en la educación gratuita de los miembros de nuestro sexo. No puede ser difícil transformar el viejo ideal de la castidad del cuerpo en el nuevo ideal de la castidad de la mente, afirmar que, si era malo vender el cuerpo por dinero, es mucho peor vender la mente por dinero, puesto que la mente, se dice, es más noble que el cuerpo. A mayor abundamiento, ¿acaso no estamos grandemente fortalecidas en lo tocante a resistir las tentaciones del más poderoso de todos los tentadores –el dinero–, gracias a estas mismas tradiciones? ¿Durante cuántos siglos no hemos estado gozando del derecho a trabajar durante todo el día todos los días, por cuarenta libras al año, más pensión completa a modo de regalo? ¿Y acaso Whitaker no demuestra que la mitad del trabajo de las hijas de los hombres con educación sigue siendo trabajo gratuito? Por fin, fijémonos en los honores, la fama, la influencia, ¿puede ser difícil para nosotras resistir esta tentación, nosotras que hemos trabajado durante siglos sin otro honor que el reflejado por los emblemas y condecoraciones en la frente o en el pecho de nuestro padre o de nuestro marido?

»Por ello, teniendo a la ley de nuestra parte, a la propiedad en nuestro bando y al recuerdo ancestral como guía y mentor, no hay por qué seguir discutiendo; estará usted de acuerdo en que las condi-

ciones cuyo cumplimiento es preciso para que esta guinea sea suya son, con excepción de la primera, de relativamente fácil cumplimiento. Sólo exigen que, mediante el uso de los dos psicómetros, desarrolle usted, modifique y oriente las tradiciones y la educación del hogar, de existente vigencia en los últimos dos mil años. Y si accede a hacerlo, terminará el chalaneo entre nosotras dos. Entonces, la guinea con la que pagar el alquiler de su casa, suya será, y lamento que no puedan ser mil guineas. Sí, porque si cumple estas condiciones podrá usted ingresar en las profesiones y no quedar infectada por ellas; podrá usted despojarlas de su capacidad de absorción, de sus celos, de su competitividad, de su codicia. Podrá utilizarlas para tener su propio criterio y su propia voluntad. Y podrá utilizar el primero y la segunda para borrar la inhumanidad, la bestialidad, el horror y la locura de la guerra. Tome, pues, esta guinea y utilícela, no para quemar su propia casa, sino para que sus ventanas resplandezcan. Y entonces las hijas de las mujeres carentes de educación danzarán alrededor de la nueva casa, de la casa pobre, de la casa que se alza en esa estrecha calle por la que pasan los autobuses y en la que los vendedores ambulantes pregonan sus mercancías, y que al bailar canten: "¡Hemos terminado con la guerra! ¡Hemos terminado con la tiranía!" Y riendo sus madres desde la tumba dirán: "¡Por esto sufrimos la injuria y el desprecio! ¡Iluminad, hijas, las ventanas de la casa nueva! ¡Que resplandezcan!"

»Estas son las condiciones anejas a esta guinea que le doy, para que con ella ayude a las hijas de las mujeres carentes de educación a ingresar en las profesiones. Y, para abreviar la peroración, permítame expresar mi esperanza de que pueda dar los últimos toques a su tómbola, arreglar debidamente la cafetera y la liebre, y recibir al Excelentísimo Señor Don Sansón Leyenda, O.M., K.C.B., LL. D., D.C.L., P.C. y etcétera, con ese aire de sonriente benevolencia que corresponde a la hija de un hombre con educación cuando esta dama está en presencia de su hermano.»

Esta es, señor, la carta que mandé por fin a la tesorera honoraria de la sociedad para ayudar a las hijas de hombres con educación a ingresar en las profesiones. Estas son las condiciones que ha de cumplir, si quiere recibir la guinea. Han sido formuladas, en la medida de lo posible, para garantizar, en la medida de lo posible, que esta señora haga cuanto se puede hacer con una guinea para ayudarle a usted a evitar la guerra. Sin embargo, nadie puede saber con certeza si han sido correctamente formuladas. Pero, como ha visto usted, es preciso contestar la carta de esta señora y contestar también la carta de la tesorera honoraria del fondo de reconstrucción del colegio universitario, y mandar a las dos sendas guineas, antes de contestar su carta, señor, debido a que, si estas señoras no reciben ayuda, primero para educar a las hijas de los hombres con educación y, segundo, para ganarse la vida mediante las profesiones, esas hijas no podrán tener una influencia independiente y desinteresada con la que ayudarle a usted a evitar la guerra. Parece que estas causas están relacionadas. Después de haber expresado lo anterior lo mejor que hemos podido, vamos a volver a su carta y a su petición de subsidio para su sociedad.

TRES

Bueno, aquí está su carta, señor. En ella, tal como hemos visto, después de pedir una opinión sobre la manera de evitar la guerra, propone ciertas medidas prácticas mediante las cuales podemos contribuir a evitarla. Estas medidas consisten en firmar un manifiesto, comprometiéndonos a «proteger la cultura y la libertad intelectual»;[1] en ingresar

1. Esperemos que algún ser metódico haya reunido los diversos manifiestos y cuestionarios impresos o emitidos por radio, en el curso de los años 1936 y 1937. Ciudadanos particulares carentes de preparación política fueron invitados a firmar manifiestos pidiendo al gobierno del propio país y a gobiernos de países extranjeros que variasen su política; pidieron a los artistas que rellenasen formularios manifestando cuál es la correcta relación del artista con el Estado, con la religión y con la moral; se pidió a los escritores que escribieran el inglés con corrección gramatical y que evitaran las expresiones vulgares; y los soñadores fueron invitados a analizar sus sueños. A modo de incentivo se decía que había intención de publicar los resultados en la Prensa diaria o semanal. El efecto que esta inquisición tendrá en los gobiernos sólo el político puede saberlo. En la literatura el efecto es dudoso, por cuanto la publicación de libros no está limitada, sin que de ello haya salido beneficiada o perjudicada la gramática. Pero dicha inquisición es de gran interés psicológico y social. Probablemente tuvo su origen en aquel estado mental indicado por el Deán Inge (en la conferencia de Rickman Godlee, a que se refiere *The Times*, 23 de noviembre de 1937), que llevaba a preguntar «si, en propio interés, avanzábamos en la correcta dirección. Si, caso de seguir haciendo lo que hacíamos, el hombre del futuro sería superior a nosotros o no. Las personas conscientes comenzaban a darse cuenta de que si

en cierta sociedad dedicada a aplicar ciertas medidas cuya finalidad es la de conservar la paz; y, por fin, en entregar cierta cantidad de dinero a esta sociedad que, como todas, necesita fondos.

En primer lugar, consideremos la manera en que podemos ayudarle a evitar la guerra por el medio de proteger la cultura y la libertad intelectual, pues-

---

nos felicitábamos por movernos aprisa, debíamos tener una idea del lugar al que nos dirigíamos», a saber, un general deseo y satisfacción de «vivir de manera diferente». También indica, indirectamente, la muerte de la Sirena, esa tan ridiculizada señora, a menudo de la clase alta, que, al tener su casa abierta a la aristocracia, la plutocracia, la *intelligentsia*, la *ignorantsia*, etcétera, intentaba proporcionar a todas las clases un terreno en el que hablar, un lugar en el que podían frotarse los codos los unos con los otros, así como las mentes, los modales y la moral, de un modo más privado que ahora y quizá más sutil. Los historiadores estiman que el papel interpretado por la Sirena en lo referente a promover la cultura y la libertad intelectual, en el siglo XVIII, es de notable importancia. Incluso en nuestros días han sido útiles. He aquí lo que dice Yeats: «Cuán a menudo he deseado que Synge viva lo suficiente para gozar de la comunicación con esas mujeres dotadas de tiempo libre y cultas a las que Balzac, en una de sus dedicatorias, califica de "principal consuelo del talento".» (*Dramatis Personae*, de W. B. Yeats, p. 127.) Sin embargo, Lady St. Helier, quien, al igual que Lady Jeune, conservó las tradiciones del siglo XVIII, nos dice que: «Los huevos de avefría, a dos chelines y seis peniques cada uno, las fresas silvestres, los espárragos tempranos, los *petits poussins*... se consideran actualmente casi necesarios para cuantos aspiran a ofrecer una buena cena» (1909); y su comentario de que el día de la recepción fue «muy fatigoso... estaba exhausta cuando por fin el reloj señaló las siete y media, ¡y fue grande mi contento al poder sentarme, a las ocho, para cenar tranquilamente, *tête-à-tête* con mi marido!» (*Memories of Fifty Years*, de Lady St. Helier, pp. 3, 5, 182) quizás explique la razón por la que esas casas están cerradas, por la que esas señoras están muertas, y por la que, en consecuencia, la *intelligentsia*, la *ignorantsia*, la aristocracia, la burocracia, la burguesía, etcétera, se ven obligadas (a no ser que alguien resucite aquella sociedad, dándole una base económica) a hablar en público. Pero, habida cuenta de la multitud de manifiestos y cuestionarios actualmente en circulación, sería insensato dar a los inquisidores la idea o motivo de otro.

lo que usted nos asegura que hay cierta relación entre estas palabras un tanto abstractas y estas muy positivas fotografías, las fotografías de cadáveres y de casas derruidas.

Pero, si bien fue sorprendente que me pidiera la opinión sobre la manera de evitar la guerra, más sorprendente es aún que me pida le ayude, en los un tanto abstractos términos de su manifiesto, a proteger la cultura y la libertad intelectual. Piense, señor, a la luz de los hechos anteriormente consignados, lo que significa su petición. Significa que, en el año 1938, los hijos de los hombres con educación piden a las hijas que les ayuden a proteger la cultura y la libertad intelectual. Quizás usted pregunte: ¿Y por qué es esto tan sorprendente? Supongamos que el duque de Devonshire, con su estrella y su liga, entrara en la cocina y le preguntara a la criada dedicada a pelar patatas, con un tizne en una mejilla: «Deje de pelar patatas, Mary, y ayúdeme a estructurar cierto párrafo un tanto difícil, debido a Píndaro.» ¿Verdad que Mary quedaría sorprendida e iría corriendo al encuentro de la cocinera, Louisa, para decirle: «¡Louie! ¡El señor se ha vuelto loco!»? Esta exclamación, u otra parecida, es la que acude a nuestros labios cuando los hijos de los hombres con educación nos piden, a nosotras, sus hermanas, que protejamos la cultura y la libertad intelectual. Sin embargo, intentemos traducir el grito de la criada al lenguaje de las personas con educación.

Una vez más debemos suplicarle, señor, que se coloque en nuestra situación, que adopte nuestro punto de vista y que, desde él, contemple el Fondo para la Educación de Arthur. Intente una vez más, a pesar de lo difícil que le es torcer el cuello para mirar en esta dirección, comprender lo que ha significado para nosotras mantener dicho receptáculo lleno, durante todos estos siglos, con el fin de que

unos diez mil hermanos nuestros sean educados todos los años en Oxford y en Cambridge. Esto representa que ya hemos contribuido a la causa de la cultura y de la libertad intelectual más que cualquier otra clase de nuestra comunidad. ¿O es que las hijas de los hombres con educación no han ingresado en el Fondo para la Educación de Arthur, desde 1262 hasta 1870, todo el dinero que necesitaban para educarse a sí mismas, consumiendo sólo las miserables sumas destinadas a pagar a la institutriz, al profesor de alemán y al maestro de baile? ¿Acaso no han pagado, al precio de su propia educación, Eton y Harrow, Oxford y Cambridge, y todas las grandes escuelas y universidades del continente, cual la Sorbona y Heidelberg, Salamanca y Padua y Roma? ¿Acaso no han pagado de manera tan generosa, con tanto derroche, si bien tan indirectamente, que, cuando por fin, en el siglo XIX, consiguieron el derecho a recibir cierta educación de pago, no había ni una sola mujer que hubiera recibido la educación de pago precisa para enseñar a las otras mujeres?[2] Y ahora, sin previo aviso, cuando esas mujeres comenzaban a tener esperanzas de gozar, no sólo un poco de esa misma educación universitaria, sino también de algunos de sus complementos –viajes, diversiones, libertad–, llega su carta informándolas de que la totalidad de la vasta, de la fabulosa suma –sí, ya que tanto si la contamos directamente en dinero contante y sonante como si la contamos indirectamente mediante el justiprecio de las cosas de que nos hemos privado, la suma que llenaba el Fondo para la Educación de Arthur es realmente vasta–, ha sido gastada en vano o erróneamente aplicada. ¿Con qué otro propósito se fundaron las universidades de Oxford y de Cambridge, como no sea el de proteger la cultura y la libertad intelectual? ¿Con qué otro objeto sus hermanas, señor, se quedaron sin enseñanza, sin viajes y sin lujos, como no sea el objeto de que el dinero así ahorrado permitiera a sus hermanos ir a las escuelas y a las universidades, y en ellas aprender a proteger la cultura y la libertad intelectual? Pero ahora, al ver que usted declara que la cultura y la libertad intelectual se encuentran en peligro y nos pide que unamos nuestra voz a la suya y añadamos nuestros seis peniques a su guinea, debemos concluir que el dinero gastado en los fines antes dichos fue gastado en vano y que aquellas instituciones fracasaron. Por esto se impone la siguiente reflexión. Si las escuelas y las universidades, con su complicado aparato para cultivar la mente y cultivar el cuerpo, han fracasado, ¿hay razón alguna para creer que su sociedad, señor, pese a estar patrocinada por tan destacados nombres, vaya a tener éxito, o que su manifiesto, pese a estar firmado por nombres aún más destacados, vaya a convencer? ¿No sería aconsejable que, antes de alquilar una oficina, contratar secretaria, formar un comité y pedir fondos, considerase por qué razón esas escuelas y universidades han fracasado?

Es un interrogante que a usted le corresponde contestar. La cuestión que a nosotras afecta es determinar qué ayuda podemos prestarle en lo referente a proteger la cultura y la libertad intelectual, nosotras, a quienes tan reiteradamente se nos ha negado el acceso a la universidad, y a quienes, ahora, tan restringidamente nos admiten; que no hemos recibido educación de pago alguna, o tan escasa que sólo podemos leer nuestra propia len-

2. «Sin embargo, comenzó a dar clases semanales, el día 13 de mayo (1844) en el Queen's College que Maurice y otros profesores habían organizado el año anterior, principalmente con la finalidad de preparar y examinar a institutrices. Kingsley estaba dispuesto a participar en esta impopular tarea porque creía en la educación superior de la mujer.» (*Charles Kingsley*, de Margaret Farrand Thorp, p. 65.)

gua y escribir nuestro propio idioma, nosotras que, en realidad, no somos miembros de la *intelligentsia* sino de la *ignorantsia*. Para confirmar la modesta estimación de nuestra cultura y para demostrar que usted comparte dicha estimación, ahí está Whitaker con sus hechos. Whitaker nos dice que no hay ni una sola hija de un hombre con educación que haya sido juzgada capaz de enseñar la literatura de su propio idioma en ninguna de las dos universidades. Tampoco vale la pena pedirle su opinión, nos asegura Whitaker, cuando se trata de comprar un cuadro para la National Gallery, un retrato para la Portrait Gallery, o una momia para el British Museum. ¿Cómo se le puede haber ocurrido, señor, pedirnos que protejamos la cultura y la libertad intelectual, cuando, tal como Whitaker demuestra con estos fríos datos, usted considera que no vale la pena pedir nuestro consejo cuando se trata de gastar esas sumas, a las que nosotras hemos contribuido, destinadas a comprar cultura y libertad intelectual por cuenta del Estado? ¿Le extraña que el imprevisto cumplido nos haya pillado de sorpresa? Sin embargo, volvamos a su carta. También expresa hechos en ella. Dice que la guerra es inminente; y prosigue diciendo, en más de un idioma –he aquí la versión francesa:[3] «*Seule la culture désintéressée peut garder le monde de sa ruine*»–, que si protegemos la libertad intelectual y nuestro legado cultural podemos ayudarle a evitar la guerra. Y, como sea que la primera afirmación al menos es indiscutible,

3. Como se puede advertir, los franceses se muestran tan diligentes como los ingleses en lo referente a publicar manifiestos. El que los franceses, que se niegan a conceder el voto a la mujer y que todavía la someten a unas leyes de casi medieval severidad (que pueden estudiarse en *The Position of Women in Contemporary France*, de Frances Clark), llamen en su ayuda a las mujeres inglesas, a fin de proteger la libertad y la cultura, no deja de ser sorprendente.

y que cualquier criada, incluso en el caso de que su francés sea deficiente, puede leer y comprender el significado de las palabras «Precauciones en caso de Ataque Aéreo», escritas en grandes letras sobre un blanco muro, no podemos hacer caso omiso de su petición amparándonos en nuestra ignorancia, ni tampoco podemos seguir en silencio, amparándonos en nuestra modestia. De la misma manera que cualquier criada intentaría estructurar un párrafo de Píndaro, si le dijeran que en ello le va la vida, las hijas de los hombres con educación, por poco que las enseñanzas recibidas las hayan preparado para ello, deben pensar qué pueden hacer para proteger la cultura y la libertad intelectual, si, haciéndolo, pueden ayudarle a evitar la guerra. En consecuencia, examinemos, con todos los medios a nuestra disposición, este método de ayudarle y veamos, antes de considerar su petición de que ingresemos en su sociedad, si podemos firmar este manifiesto en favor de la cultura y de la libertad intelectual, animadas de cierta intención de cumplir la palabra dada.

¿Cuál es el significado de estas palabras un tanto abstractas? Si vamos a ayudarle a protegerlas, más valdrá que ante todo las definamos. Pero, al igual que todos los tesoreros honorarios, vive usted apremiado por el tiempo, y andar rebuscando en la literatura inglesa una definición, si bien puede ser un pasatiempo delicioso a su manera, podría llevarnos demasiado lejos. Por el momento, demos por sentado que sabemos lo que significan y centremos la atención en el problema práctico consistente en determinar de qué manera podemos ayudarle a protegerlas. El periódico, con su carga de hechos, está ahí, sobre la mesa; citando una sola frase del periódico podremos ahorrar tiempo y limitar el ámbito de nuestra búsqueda. «Ayer, en una conferencia de directores de escuela, se llegó a la conclu-

sión de que las mujeres no son profesoras idóneas para muchachos de más de catorce años.» Este hecho no es de ayuda inmediata, en esa cuestión, por cuanto demuestra que cierta clase de ayuda no está a nuestro alcance. El que nosotras intentáramos reformar la educación de nuestros hermanos en las llamadas escuelas públicas y en las universidades sería provocar una lluvia de gatos muertos y huevos podridos e incitar a la ruptura de puertas, de lo cual sólo se beneficiarían los callejeros animales de carroña y los cerrajeros, mientras los caballeros investidos de autoridad contemplarían, cual la historia nos dice, el tumulto desde las ventanas de sus estudios, sin quitarse el cigarro de entre los labios, ni dejar de sorber, con la lentitud que su buqué merece, su admirable clarete.[4] Las enseñanzas de la

4. Para ser estrictamente veraces, hubiéramos debido emplear la palabra «oporto», en leve discrepancia con el ritmo y la eufonía. En una fotografía publicada por la Prensa diaria, de «Profesores en una sala, después de comer» (1937), vemos que «el oporto es servido en un carrito tapado a los reunidos, sentados ante el hogar, a fin de que no le dé el sol». En otra foto, vemos cómo se emplea la copa de «yelmo». «Según esta vieja costumbre de Oxford, la mención de ciertos temas en el comedor se castiga obligando al infractor a beber tres pintas de cerveza sin respirar...» Estos buenos ejemplos bastan para demostrar que una pluma femenina no puede describir la vida en un colegio universitario masculino sin incurrir en imperdonables errores. Pero los caballeros cuyas costumbres, mucho tememos, son a menudo tendentes a la inversión, serán condescendientes cuando piensen que la novelista fémina, por muy reverentes que sean sus intenciones, siempre trabaja sometida a graves deficiencias físicas. Por ejemplo, si quisiéramos describir una fiesta en Trinity, Cambridge, tendríamos que «escuchar por el ojo de la cerradura, en la habitación de la señora Butler (la esposa del director) los discursos que se pronunciaron en la fiesta celebrada en el Trinity College». Esta manifestación de la señora Haldane fue hecha en 1907, cuando comentó que: «El ambiente, en su totalidad, parecía medieval.» (*From One Century to Another*, de E. Haldane, p. 235.)

historia, reforzadas por las enseñanzas del periódico, limitan nuestras posibilidades. Solamente podemos ayudarle a defender la cultura y la libertad intelectual por el medio de defender nuestra propia cultura y nuestra propia libertad intelectual. Es decir, podemos insinuar, en el caso de que la tesorera de un colegio universitario femenino nos pida un donativo, que quizá sea conveniente efectuar algún cambio en su satélite institución, el día en que deje de ser satélite; asimismo, si la tesorera de una sociedad para conseguir empleos profesionales a las mujeres nos pide un donativo, podemos insinuarle que quizá sea aconsejable efectuar algún cambio, en beneficio de la cultura y la libertad intelectual, en el ejercicio de las profesiones. Pero, como sea que la educación de pago está aún en sus más tiernos años, y el número de mujeres a quienes se permite gozar de ella en Oxford y en Cambridge es aún estrictamente limitado, la cultura de la gran mayoría de las hijas de los hombres con educación debe seguir siendo aquella que se adquiere fuera de las sagradas puertas, en las bibliotecas públicas o en las bibliotecas privadas, cuyas puertas, debido a un inexplicable olvido, no hayan sido cerradas con llave. En el año 1938, esa cultura todavía debe consistir, principalmente, en leer y escribir nuestra propia lengua. Ahora la cuestión que nos ocupa es más abordable. Despojada de gloria, resulta de más fácil tratamiento. Ahora, lo que tenemos que hacer, señor, es poner su petición ante las hijas de los hombres con educación y pedirles que le ayuden a usted a evitar la guerra, no por el medio de aconsejar a sus hermanos en lo tocante a la manera en que deben proteger la cultura y la libertad intelectual, sino, simplemente, por el medio de leer y escribir en su propia lengua, de tal manera que protejan a esas dos diosas un tanto abstractas.

A primera vista, lo anterior parece fácil y no necesita razonamientos ni retórica. Pero ahora surge una nueva dificultad. Ya hemos advertido que la profesión de la literatura, y llamémosla así para simplificar, es la única que no libró una serie de batallas en el siglo XIX. Esta profesión nunca ha estado cerrada a las hijas de los hombres con educación. Esto se debió, desde luego, a la extremada baratura del instrumental de esa profesión. Los libros, las plumas y el papel son baratos, nuestra clase ha sido tan generalmente instruida en la lectura y la escritura desde el siglo XVIII por lo menos, que fue imposible que una institución masculina impidiera la difusión de los conocimientos precisos para escribir, o se negara a admitir, siempre y cuando cumplieran con las condiciones por ellos impuestas, a aquellas que deseaban leer libros o escribirlos. Ahora bien, habida cuenta de que la profesión de la literatura está abierta a las hijas de los hombres con educación, de ello se sigue que no hay una tesorera honoraria de la profesión que necesite una guinea para proseguir su batalla, una tesorera que preste atención a nuestras condiciones y que prometa hacer cuanto esté en su mano para cumplirlas. Reconocerá usted que esto nos coloca en una situación harto embarazosa. ¿Cómo podemos presionar a las mujeres dedicadas a la literatura? ¿Cómo podemos convencerlas de que deben ayudarnos? Parece que la profesión de la literatura es diferente a todas las demás. Es una profesión que carece de cabeza visible; no hay un decano, cual ocurre con la suya; no hay una corporación oficial con el poder de dictar normas y de hacerlas cumplir.[5] No podemos impedir la

5. Según Whitaker, hay una Royal Society of Literature y una British Academy, y las dos forzosamente han de existir, ya que tienen sede, miembros y organismos, con carácter oficial, pero no podemos decir cuáles son sus funciones, ya que si Whitaker no nos hubiera asegurado su existencia, ni siquiera la habríamos sospechado.

entrada de las mujeres en las bibliotecas;[6] ni prohibirles comprar papel y tinta; ni dictar una norma en cuyos méritos solamente los individuos de un sexo puedan utilizar las metáforas, tal como solamente los hombres podían, en las escuelas de arte, estudiar el desnudo; ni decidir que la rima solamente podrá ser usada por los individuos de un sexo, tal como solamente los hombres, en las academias de música, podían formar parte de una orquesta. Tan inconcebible es la libertad imperante en la profesión de las letras que cualquier hija de un hombre educado puede utilizar nombre de hombre –por ejemplo, George Eliot o George Sand–, de tal manera que el editor, a diferencia de las autoridades de Whitehall, no puede percibir diferencia alguna en el aroma o en el sabor de un original, ni siquiera saber con certeza el estado civil, soltería o matrimonio, de quien lo ha escrito.

Por esto, debido a que tenemos muy poca autoridad sobre quienes se ganan la vida por el medio de leer y escribir, debemos recurrir a ellas humildemente, sin sobornos ni amenazas. Debemos ir a ellas con el sombrero en la mano, como mendigos, y pedirles que tengan la bondad de dedicar algún tiempo a escuchar nuestra petición de que practiquen la profesión de leer y de escribir de manera que beneficie a la cultura y a la libertad intelectual.

6. En el siglo XVIII, las mujeres no eran admitidas en la sala de lectura del British Museum. Así vemos que: «*Miss Chudleigh* solicita permiso para entrar en la sala de lectura. La única lectora femenina que, hasta el presente, nos ha honrado con su presencia ha sido *Mrs. Macaulay*; y Su Señoría recordará el embarazoso hecho que ofendió la delicadeza de la *señora Macaulay*.» (De Daniel Wray a Lord Harwicke, 22 de octubre de 1768. Nichols, *Literary Anecdotes of the Eighteenth Century*, Vol. I, p. 137.) El recopilador de las anécdotas añade una nota al pie de la página: «Alude a la indelicadeza de cierto caballero, en presencia de *Mrs. Macaulay*, cuya descripción más vale omitir.»

Y ahora, evidentemente, será útil definir un poco más lo que es «cultura y libertad intelectual». Afortunadamente, y teniendo en cuenta nuestras finalidades, no hace falta que seamos exhaustivos ni que demos demasiadas explicaciones. No tenemos necesidad alguna de consultar con Milton, Goethe o Matthew Arnold; no, porque su definición correspondería a la cultura de pago, esa cultura que, según la definición de la señorita Weeton, abarca la física, la teología, la astronomía, la química, la botánica, la lógica, las matemáticas, y también el latín, el griego y el francés. Vamos a recurrir, principalmente, a aquellas personas cuya cultura no es de pago, y que consiste en saber leer y escribir su propia lengua. Afortunadamente ahí tenemos su manifiesto, que nos ayudará a concretar mayormente esos términos; utiliza usted la palabra «desinteresada». Por lo tanto, en vistas a nuestra finalidad, digamos que la cultura es el desinteresado empeño de leer y escribir en inglés. Y la libertad intelectual puede ser definida, en vistas a nuestra finalidad, como el derecho de todos a decir y escribir lo que piensan, con sus propias palabras y a su propia manera. Son definiciones muy rudimentarias, pero nos servirán. Nuestra llamada podría comenzar así: «Escuchad, oh hijas de hombres con educación, este señor, al que todas respetamos, dice que la guerra es inminente; por el medio de proteger la cultura y la libertad intelectual dice que podemos ayudarle a impedir la guerra. En consecuencia, os invitamos a vosotras, a las que os ganáis la vida leyendo y escribiendo...» Pero aquí las palabras vacilan en nuestros labios y la oración se extingue con estos tres puntos suspensivos por culpa de los hechos, una vez más. De los hechos que constan en los libros y en las biografías, de unos hechos que dificultan, quizás impiden, proseguir.

¿De qué hechos se trata? Debemos interrumpir nuestra llamada para examinar estos hechos. Y no hay dificultad alguna en encontrarlos. Aquí, por ejemplo, tenemos un documento esclarecedor, una obra sumamente auténtica y conmovedora, la autobiografía de la señora Oliphant, que está rebosante de hechos. Era hija de un hombre con educación, que se ganaba la vida leyendo y escribiendo. Escribía libros de todo género. Novelas, biografías, relatos breves, guías de Florencia y de Roma, críticas, artículos periodísticos sin número salieron de su pluma. Con las ganancias conseguidas vivió y educó a sus hijos. ¿Pero hasta qué punto protegió la cultura y la libertad intelectual? Esto podrá juzgarlo usted mismo leyendo unas cuantas de sus novelas, pocas, como, por ejemplo *The Duke's Daughter, Diana Trelawny, Harry Joscelyn*; siga con sus biografías de Sheridan y de Cervantes; pase a su obra *Makers of Florence and Rome*; y concluya sumergiéndose en los marchitos e innumerables artículos, críticas y escritos breves de todo género con los que colaboraba en revistas literarias. Cuando haya terminado, examine el estado en que le ha quedado la mente y pregúntese si la lectura le ha inducido a respetar la desinteresada cultura y libertad intelectual. ¿No será, contrariamente, que esa lectura ha dejado su mente embarrada y su imaginación deprimida, y le ha inducido a deplorar que la señora Oliphant vendiera su cerebro, su muy admirable cerebro, prostituyera su cultura y redujera su libertad intelectual a la esclavitud, para poder vivir y educar a sus hijos?[7] Si tenemos en

7. *The Autobiography and Letters of Mrs. M.O.W. Oliphant*, compilada y editada por Mrs. Harry Coghill. La señora Oliphant (1825-1897) «vivió con constantes apuros, debido a que tuvo que mantener y educar a los hijos de su hermano viudo, además de a los dos suyos...» (*Dictionary of National Biography.*)

consideración los daños que la pobreza inflige en la mente y en el cuerpo, la obligación que pesa sobre cuantos tienen hijos de alimentarlos y vestirlos, de cuidarlos y educarlos, inevitablemente tendremos que aplaudir el camino que la señora Oliphant decidió seguir, y tendremos que admirar su valentía. Pero, si bien es cierto que aplaudimos la decisión y admiramos la valentía de cuantos hicieron lo que la señora Oliphant hizo, también es cierto que podemos ahorrarnos el trabajo de dirigirles nuestra llamada, por cuanto ya no serán capaces de proteger la cultura desinteresada y la libertad intelectual, como tampoco lo era dicha señora. Pedirles que firmen su manifiesto es lo mismo que pedir a un tabernero que firme un manifiesto en pro de la templanza. Quizás este tabernero sea un abstemio total; pero, como sea que su esposa y sus hijos dependen de las ventas de cerveza, el tabernero tendrá que seguir vendiendo cerveza, y su firma en el manifiesto ningún valor puede tener para la causa, ya que inmediatamente después de estamparla, el tabernero tendrá que estar detrás del mostrador induciendo a sus clientes a beber más cerveza. Por lo tanto, pedir a las hijas de los hombres con educación que tienen que ganarse la vida leyendo y escribiendo que firmen su manifiesto ningún valor tendrá para la causa de la cultura desinteresada y la libertad intelectual, debido a que, inmediatamente después de estampar la firma, tienen que sentarse tras su escritorio para escribir esos libros, esas lecturas y esos artículos en los que la cultura se prostituye y la libertad intelectual se vende en calidad de esclava. En cuanto a expresión de un parecer esa firma puede tener valor, pero si lo que usted necesita no es meramente la expresión de un parecer, sino ayuda positiva, deberá formular su petición de diferente manera. Tendrá que pedir a estas personas que se comprometan a no escribir nada

que envilezca la cultura y a no firmar contrato alguno que infrinja la libertad intelectual. Y a esta petición la respuesta que la biografía nos da es breve pero suficiente: ¿Es que no tengo que ganarme la vida?

Con ello, señor, queda claramente establecido que debemos dirigir nuestro llamamiento únicamente a aquellas hijas de hombres con educación que disponen de lo suficiente para vivir. A éstas debiéramos dirigirnos con las prudentes palabras: «Hijas de hombres con educación que tenéis lo suficiente para vivir...» Pero una vez más la voz vacila, una vez más la oración se extingue en tres puntos suspensivos. Sí, porque, ¿cuántas hay? ¿Osaremos presumir, teniendo en cuenta a Whitaker, teniendo en cuenta las leyes de la propiedad, teniendo en cuenta los testamentos de que los periódicos dan noticia, teniendo en cuenta los datos, que serán mil, quinientas o quizá doscientas cincuenta, las que contestarán nuestra llamada? Sea lo que fuera, mantengamos el plural, y prosigamos: «Hijas de hombres con educación que tenéis lo suficiente para vivir, que leéis y escribís vuestro propio idioma por placer, ¿podemos con toda humildad exhortaros a firmar el manifiesto de este caballero, con cierta intención de poner en práctica vuestra promesa?»

Pero, si realmente consienten en escuchar la llamada, con toda razón podrán pedirnos que seamos más explícitos. Y no en el sentido de que definamos la cultura y la libertad intelectual, puesto que tienen libros y tiempo libre, y pueden definir ellas mismas las palabras. Lo que muy bien pueden preguntarnos es qué significa la cultura «desinteresada» de este caballero, y cómo vamos a proteger esta cultura, así como la libertad intelectual, en la práctica. Como sea que se trata de hijas, y no de hijos, podemos comenzar recordándoles un cumplido que en cierta ocasión les tributó un gran histo-

riador. «El comportamiento de Mary», dice Macaulay, «era en verdad un destacado ejemplo de esa generosidad y abnegación de que el hombre parece incapaz, pero que a veces se encuentra en la mujer».[8] Cuando se pide un favor, los cumplidos nunca sobran. Luego, remitámoslas a una tradición que ha sido siempre ensalzada en el hogar, la tradición de la castidad. «De la misma forma que durante largos siglos, Madam», podemos alegar, «se consideró vileza el que la mujer vendiera su cuerpo sin amor, pero justo entregarlo al marido amado, también es malo, y estará usted de acuerdo con nosotros, vender la mente sin amor, pero justo entregarla al arte que ama.» Pero cabe la posibilidad de que Madam nos pregunte: «¿Qué significa vender la mente sin amor?» En este caso, podemos contestar: «Dicho en pocas palabras, significa escribir, obedeciendo órdenes de otra persona y por dinero, lo que usted no quiere escribir. Pero vender el cerebro es peor que vender el cuerpo, debido a que cuando la vendedora de su cerebro lo ha vendido ya, su anémica, brutal y enferma progenie queda libre en el mundo para infectar y corromper, para sembrar las semillas de la enfermedad en otros. Por esto le pedimos, Madam, que se comprometa a no cometer adulterio del cerebro, por cuanto es infracción mucho más grave que la del otro adulterio.» Puede que Madam replique: «Adulterio del cerebro significa escribir, por dinero, lo que no quiero escribir. En consecuencia, ¿me estará usted pidiendo que rechace a todos los editores, directores literarios, agentes, que me sobornan a fin de que escriba o hable, por dinero, de la manera en que yo no quiero escribir o hablar?» «Pues sí, es exactamente esto, Madam; y además, le pedimos que si recibe usted propuestas de esa clase de

8. *History of England*, de Macaulay, Vol. III, p. 278.

venta, se muestre ofendida y las denuncie, tal como ofendida se mostraría y efectuaría la correspondiente denuncia, por respeto a sí misma y por respeto a los demás, si recibiera propuestas de vender su cuerpo. Queremos, además, que se fije en el verbo: *adulterar* significa, según el diccionario inglés, *falsificar mediante la mezcla de ingredientes de menor valor*. El dinero no es el único ingrediente de menor valor. La notoriedad y la publicidad también adulteran. Por esto, la cultura mezclada con el encanto personal, o la cultura mezclada con la notoriedad y la publicidad, es también una forma adulterada de cultura. Debemos pedirle que renuncie a ello; que no aparezca en tribunas públicas; que no dé conferencias; que no permita que su rostro privado sea publicado, y que tampoco lo sean pormenores de su vida privada; que no se aproveche, en resumen, de ni siquiera una de las formas de prostitución de la mente que con tanta insidia proponen los alcahuetes de la trata de mentes; que no acepte ni siquiera una de esas etiquetas y distintivos con los que se anuncian y certifican los méritos mentales, las medallas, los honores y los títulos; y nos vemos en el caso de pedirle que los rechace terminantemente, ya que todos ellos son clara muestra de que la cultura ha sido prostituida y de que la libertad intelectual ha sido vendida y sometida a esclavitud.»

Después de haber oído esta definición, pese a ser imperfecta y suave, de lo que significa, no ya firmar su manifiesto, señor, en favor de la cultura y de la libertad intelectual, sino también poner en práctica dicho parecer, incluso las hijas de los hombres con educación que tienen lo suficiente para vivir pueden alegar que las condiciones son tan duras que no pueden cumplirlas. Su cumplimiento significaría perder dinero, que siempre es apetecible, perder fama, que se considera unáni-

memente agradable, y merecer censura y ridículo, que en modo alguno son despreciables. Todas ellas se transformarían en el blanco de cuantos están sometidos al servicio de cierto interés o lo están al dinero que se puede lograr con la venta de cerebros. ¿Y qué recompensa conseguirían? Según los términos un tanto abstractos de su manifiesto, sólo conseguirían «proteger la cultura y la libertad intelectual», no mediante la expresión de un parecer, sino en la práctica.

Como sea que estas condiciones son muy duras y nadie hay en el mundo cuyas órdenes y criterios esté obligado a obedecer y respetar, veamos si queda a nuestro alcance otro medio de persuasión. Parece que este otro medio está relacionado con las fotografías, las fotografías de cadáveres y de casas en ruinas. ¿Podemos hallar la relación existente entre estas fotografías, por una parte, y la cultura prostituida y la esclavitud intelectual, por otra, y hacerlo con tal claridad que cada uno de los dos extremos esté implícito en el otro, de manera que las hijas de los hombres con educación prefieran rechazar el dinero y la fama y ser objeto de la burla y del ridículo, a sufrir en sí mismas, o permitir que los otros sufran, las penalidades puestas de manifiesto? Es difícil, en el poco tiempo de que disponemos y con las débiles armas que tenemos, poner claramente de relieve esa relación, pero lo que usted dice, señor, es verdad, y hay una relación, muy real, que debemos procurar poner de relieve.

Para comenzar, invoquemos, aunque sólo sea en el mundo de la imaginación, a una hija de un hombre educado, que tiene lo suficiente para vivir, capaz de leer y escribir por placer, considerándola la representante de lo que, en realidad, puede muy bien no ser clase determinada alguna, y pidámosle que examine los productos de esa lectura y escritura, que se encuentran aquí, sobre su mesa. Podríamos comenzar diciendo: «Mire, Madam, los periódicos que tiene sobre la mesa. ¿Se puede saber por qué compra tres diarios y tres semanarios?» La señora contesta: «Porque me interesa la política y quiero saber lo que ocurre.» «Admirable deseo, Madam, pero ¿por qué compra tres? ¿Tanto difieren las relaciones de los hechos ocurridos? ¿Y, si así es, a qué se debe?» A lo cual la señora contesta, con cierta ironía: «Al parecer, usted se considera hija de un hombre con educación y sin embargo pretende ignorar la realidad que, dicha en pocas palabras, consiste en que cada periódico está financiado por un grupo diferente; cada grupo sigue una política; cada grupo contrata a escritores que propugnen esa política y, si los escritores no están de acuerdo con dicha política, en menos que canta un gallo se encuentran, como usted quizá recordará si reflexiona unos instantes, en la calle y sin empleo. En consecuencia, a poco que quiera usted saber la realidad, en lo concerniente a la política, debe leer por lo menos tres periódicos diferentes, comparar, por lo menos, tres diferentes versiones de un mismo hecho, y llegar, por fin, a sus propias conclusiones. De ahí, los tres periódicos que tengo sobre la mesa.» Ahora que ya hemos examinado, aunque sólo sea muy brevemente, lo que pudiera llamarse la literatura de los hechos, fijémonos en lo que pudiera llamarse la literatura de la ficción. Podemos recordar a esa señora: «También existen, Madam, obras tales como los cuadros, las teatrales, las musicales y los libros. ¿También sigue usted este comportamiento, un tanto pródigo, con respecto a esas obras, también hojea tres diarios y tres semanarios, si quiere saber la realidad en lo tocante a cuadros, teatro, música y libros, debido a que quienes escriben sobre arte están a sueldo del director, quien a su vez está a sueldo de un grupo que sigue una determinada política, por lo que cada diario tiene una

opinión diferente, de manera que únicamente comparando tres opiniones diferentes puede usted llegar a su propia conclusión, o sea, qué cuadros contemplar, a qué obra teatral o concierto asistir, qué libro pedir a la biblioteca?» A lo cual, la señora contesta: «Como sea que soy hija de un hombre con educación, con un barniz de cultura adquirido mediante la lectura, ni siquiera en sueños se me ocurriría, dadas las circunstancias en que actualmente se desenvuelve el periodismo, aceptar las opiniones que de cuadros, teatro, música y libros dan los periódicos, de la misma manera que tampoco acepto la opinión de los periódicos en materia de política. Lo que hay que hacer es comparar las distintas versiones, tener en cuenta las deformaciones y, entonces, juzgar por una misma. De ahí que haya tantos periódicos sobre la mesa.»[9]

9. El señor Littlewood, hasta hace poco crítico teatral del *Morning Post*, explicó la situación del «Periodismo en la actualidad», en el curso de una cena dada en su honor, el 6 de diciembre de 1937. El señor Littlewood dijo «que durante la temporada teatral y fuera de ella, había luchado siempre para que concedieran al teatro más espacio en las páginas de los diarios londinenses. Fleet Street era el lugar en que, entre las once y las doce y media, por no hablar ya de antes y después, millares de hermosas palabras y pensamientos eran asesinados. El sino del señor Littlewood, durante por los menos dos de sus cuatro décadas de servicio, fue regresar a aquella olla de grillos, todas las noches, con la seguridad de que le dirían que el periódico ya estaba rebosante de importantes noticias y que no quedaba espacio para memeces teatrales. Al despertar, en el día siguiente, tenía que hacerse responsable de los mutilados restos de aquello que, originariamente, había sido una buena crítica. Y no se podía culpar a los hombres de la redacción. Muchos de ellos aplicaban el lápiz azul con lágrimas en los ojos. El verdadero culpable era ese inmenso público que nada sabía de teatro y al que no se podía pedir se interesara por él.» *The Times*, 6 de diciembre de 1937.

El señor Douglas Jerrold explica el trato que la Prensa da a los políticos. «En aquellos pocos años [1928-1933] la verdad se había ausentado de Fleet Street. No se podía decir siempre la

Con lo que vemos que la literatura de los hechos y la literatura de la opinión, dicho sea efectuando una poco sutil distinción, no son puro hecho ni son pura opinión, sino que son hechos adulterados y opiniones adulteradas, o sea hechos y opiniones «adulterados por la mezcla de ingredientes de menor valor», según dice el diccionario. En otras palabras, está usted obligada a despojar todas las manifestaciones de su motivación dineraria, de su motivación de anuncio, de su motivación de publicidad, de su motivación de vanidad y de todas las restantes motivaciones que usted, en su calidad de hija de un hombre con educación, conoce bien, antes de decidir qué hecho, en materia política, debe usted creer, y debe hacer lo mismo incluso en lo tocante a las opiniones sobre arte, ¿no es así? La señora se muestra de acuerdo: «Efectivamente.» Pero, si alguien que no tuviera ninguno de estos motivos para disfrazar la verdad le dijera que la realidad es ésta o aquélla, según su criterio, usted creería a esta persona, fuese hombre o mujer, dentro de los límites de la falibilidad del juicio humano, que en materia artística ha de ser considerable, ¿no es cierto? La señora es-

verdad. Y nunca más se podrá. Pero, por lo menos, se podía decir la verdad acerca de los restantes países. En 1933, esto se hacía corriendo cada cual el consecuente riesgo. En 1928, los anunciantes no ejercían directa presión política. Hoy, la presión no sólo es directa, sino eficaz.»

La crítica literaria se encuentra en el mismo caso, por la misma razón. «Ya no hay críticos en que el público tenga confianza. Caso de confiar en alguien, confían en los distintos clubs de libros y en las selecciones de cada periódico y, en términos generales, hacen bien... Los clubs de libros son, abiertamente, organizaciones de ventas de libros y, por otra parte, los grandes periódicos de circulación nacional no pueden permitirse el lujo de desorientar a sus lectores. Tanto los primeros como los segundos eligen libros que, teniendo en cuenta el prevalente gusto del público, ofrecen posibilidades de grandes ventas.» (*Georgian Adventure*, de Douglas Jerrold, pp. 282-183, 298.)

tá de acuerdo: «Naturalmente.» ¿Si dicha persona dijera que la guerra es mala, usted la creería? ¿O si dicha persona dijera que un cuadro, una sinfonía, una obra teatral o una poesía son buenos, usted la creería? «Dentro de los límites de la humana falibilidad, sí.» Ahora supongamos, señora, que hubiera doscientas cincuenta, cincuenta o veinticinco personas de esta clase, personas comprometidas a no cometer adulterio cerebral, por lo que no sería necesario aislar lo que dicen de las motivaciones de dinero, poder, anuncio, publicidad, vanidad, etcétera, a fin de hallar el núcleo de verdad, ¿no cree que de ello se seguirían dos consecuencias muy notables? ¿No es posible que si supiéramos la verdad en lo referente a la guerra, la gloria de la guerra quedaría aplastada, encogida, reposando sobre las podridas hojas de col de nuestros prostituidos suministradores de realidades; y si supiéramos la verdad acerca del arte, en vez de pasar páginas y páginas emborronadas por quienes viven de prostituir la cultura, el goce y el ejercicio del arte llegaría a ser tan deseable que, en comparación con ellos, el empeño de la guerra sería un aburrido juego de ancianos diletantes en busca de una diversión escasamente saludable, la diversión de arrojar bombas en vez de pelotas, por encima de fronteras en vez de hacerlo por encima de redes? En resumen, si quienes escriben los periódicos fueran personas cuyo único objetivo al escribir consistiera en decir la verdad sobre la política y la verdad sobre el arte, no creeríamos en la guerra y creeríamos en el arte.

Aquí vemos una muy clara relación entre cultura y libertad intelectual, por una parte, y esas fotografías de cadáveres y casas en ruinas, por otra. Y pedir a las hijas de los hombres educados, con medios suficientes para vivir, que no cometan adulterio de la mente es lo mismo que pedirles que contribuyan de la manera más positiva que tienen a su

disposición, ya que la profesión de la literatura es todavía la que más abierta está para ellas, a evitar la guerra.

Esta es, señor, la manera en que podríamos dirigirnos a esta señora, a grandes trazos y con brevedad, debido a que el tiempo apremia y no podemos definir más. Y esta señora, si es que existe, podría contestar de la siguiente manera esa llamada: «Lo que usted dice es evidente, tan evidente que todas las hijas de hombres con educación lo saben ya, y si no lo saben les basta con leer los periódicos para saberlo con toda seguridad. Ahora bien, supongamos que esa hija de un hombre con educación tuviera medios económicos suficientes, no sólo para firmar su manifiesto en favor de la cultura desinteresada y de la libertad intelectual, sino también para poner en práctica su parecer; en este caso, ¿cómo podría hacerlo?» Con toda razón, esa señora podría añadir: «Y no sueñe en mundos ideales situados más allá de las estrellas, fíjese en la actual realidad de nuestro mundo.» Verdaderamente es mucho más difícil enfrentarse con la realidad actual de nuestro mundo que con mundos soñados. De todas maneras, Madam, la imprenta de propiedad privada es un hecho real, al alcance de quienes tienen ingresos solamente moderados. Las máquinas de escribir y de sacar copia son también realidad, y aún más baratas. Por el medio de utilizar estos instrumentos baratos y, por el momento, todavía permitidos, podrá usted liberarse de las presiones de los grupos, las políticas y los directores. Estos instrumentos dirán lo que usted piensa, en sus propias palabras, en el momento en que usted quiera, con la extensión que usted quiera, según su propia voluntad. Y esto último, según hemos convenido, es nuestra definición de libertad intelectual. Es posible que esa señora diga: «¿Y el *público*? ¿Cómo puedo llegar a él sin poner mi

mente en la máquina de triunfar y convertirla en salchicha?»

Podemos tranquilizarla, diciéndole: «El *público*, señora, se parece mucho a nosotros; vive en pisos, camina por la calle, y se dice que está cansado de salchichas, además. Arroje octavillas en los sótanos, exhíbalas en tenderetes, paséelas en carretillas por las calles y véndalas a penique o regálelas. Descubra nuevos métodos de abordar al *público*; diríjase a personas individuales en vez de unirlas en masas que son monstruos de cuerpo informe y mente débil. Y, después, reflexione, ya que tiene lo suficiente para vivir, ya que tiene un piso que, aun si no es *acogedor* o *hermoso*, sí es silencioso y privado, un piso en el que, a salvo de la publicidad y de su veneno, usted podría, incluso pidiendo un razonable pago por sus servicios, decir la verdad a los artistas, acerca de cuadros, música, libros, sin temor a afectar sus ventas, que son exiguas, ni a herir su vanidad, que es prodigiosa.[10] Por lo menos esta fue la frase crítica que Ben Jonson dirigió a Shakespeare, en la *Mermaid*, y no tenemos razón alguna para suponer, poniendo a *Hamlet* por testigo, que la literatura quedara perjudicada. ¿Acaso los mejores críticos no son personas privadas, y acaso la crítica hablada carece de valor? Estos son algunos de los medios prácticos por los que usted, en su calidad de escritora de su propio idioma, puede poner en efecto su opinión. Pero si usted es pasiva, es decir, si usted es lectora, y no escritora, deberá adoptar medios pasivos y no activos, para proteger la cultura y la libertad intelectual.» La señora nos preguntará: «¿Y cuáles son estos medios?»

---

10. Es evidente que, en las circunstancias en que actualmente se halla el periodismo, la crítica literaria no puede ser convincente, y también salta a la vista que no se pueden efectuar cambios, sin cambiar antes la estructura económica de la sociedad y la estructura psicológica del artista. Económicamente, es preciso que el crítico anuncie la publicación de un nuevo libro a gritos de pregonero: «¡Oíd! ¡Oíd! ¡Se ha publicado tal libro! ¡Su tema es tal o cual!» Psicológicamente, la vanidad y el deseo de «reconocimiento» son todavía tan fuertes en los artistas que privarles del anuncio y negarles la frecuente y contrastada sensación del elogio y el vituperio sería tan temerario como la importación de conejos en Australia; el equilibrio de la naturaleza quedaría alterado y las consecuencias podrían ser desastrosas. Lo que en el texto se propone no es abolir la crítica pública, sino complementarla con un nuevo servicio basado en el ejemplo de la profesión médica. Se formaría un cuerpo de críticos, reclutados entre los periodistas que hacen reseñas (muchos de los cuales son críticos en potencia, dotados de verdadera sensibilidad y conocimientos), que ejercerían la profesión cual hacen los médicos, en la más estricta intimidad. Eliminada la publicidad, automáticamente se corregirían las omisiones y corrupciones causantes, de forma inevitable, de que las críticas actuales carezcan de valor para el escritor; toda tentación de alabar o denigrar, por razones personales, quedaría destruida; ni las ventas ni la vanidad quedarían afectadas; el autor podría prestar atención a la crítica, sin pensar en el lápiz azul del director, ni en el gusto del público. Como sea que la crítica es muy deseada por los escritores vivos, cual demuestra la constante demanda de ella, y como sea que los libros frescos son esenciales para la mente del crítico, cual la carne fresca lo es para su cuerpo, los dos saldrían ganando; y quizá, incluso, la literatura se beneficiaría. Las ventajas del presente sistema de crítica pública son principalmente económicas; sus perniciosos efectos, psicológicamente hablando, quedan demostrados en las dos famosas críticas aparecidas en el *Quarterly* de Keats y de Tennyson. Keats quedó profundamente afectado; y «el efecto producido en Tennyson fue penetrante y duradero. Su primera reacción fue retirar inmediatamente de la editorial *The Lover's Tale*... Le vemos pensando en abandonar para siempre Inglaterra y vivir en el extranjero.» (*Tennyson*, de Harold Nicolson, p. 118.) Los efectos que el señor Churton Collins produjo en Sir Edmund Gosse son muy parecidos: «Su confianza en sí mismo quedó socavada, su personalidad disminuida... todos observaban sus esfuerzos y todos los consideraban condenados al fracaso... Según sus propias palabras, iba por el mundo con la sensación de haber sido despellejado vivo.» *(The Life and Letters of Sir Edmund Gosse*, de Evan Charteris, p. 196.)

«Abstenerse, evidentemente. No suscribirse a periódicos que propugnan la esclavitud intelectual; no asistir a conferencias que prostituyen la cultura; ya que estamos acordes en que escribir, por orden de otro, lo que no se desea escribir significa la esclavitud, y mezclar la cultura con el encanto personal o con el anuncio es prostituir la cultura. Por estos medios activos y pasivos, hará usted cuanto está en su poder para romper la circunferencia, para romper el círculo vicioso, para romper la danza alrededor del moral, del envenenado árbol de intelectual putiferio. Roto el círculo, los cautivos quedarán liberados. Y así será, por cuanto, ¿quién puede poner en duda que los escritores, tan pronto tengan oportunidad de escribir lo que les gusta escribir, lo encontrarán tan placentero que se negarán a escribir de otra manera; o que los lectores, tan pronto puedan leer aquello que a los escritores les gusta escribir, lo encontrarán de un valor nutritivo tan superior a lo que se escribe por dinero que se negarán a tragar el rancio sucedáneo? Con ello, los esclavos que actualmente trabajan con tanta dureza apilando palabras para que formen libros, apilando palabras para que formen artículos, como los antiguos esclavos apilaban piedras para formar pirámides, se liberarán de los grilletes y abandonarán su odiosa tarea. Y la *cultura*, este amorfo paquete, envuelto, actualmente, en insinceridad, emitiendo con sus tímidos labios medias verdades, edulcorando y diluyendo su mensaje con el azúcar y el agua que hincha la fama del escritor o la bolsa de su amo, recobrará su forma y volverá a ser, tal como Milton, Keats y otros grandes escritores nos aseguran es en realidad, poderosa, aventurera y libre. Contrariamente, Madam, ahora la sola mención de la palabra cultura basta para que la cabeza duela, los ojos se entornen, las puertas se cierren, el aire se ponga pesado; nos metemos en la sala de conferencias, con el aire cargado por los vapores de rancia letra impresa, y escuchamos a un caballero que tiene la obligación de dar una conferencia, o de escribir, todos los miércoles y todos los domingos, acerca de Milton o acerca de Keats, mientras las lilas libres agitan los brazos en el jardín, y mientras las gaviotas, elevándose y trazando círculos, parecen decir, con sus salvajes risas, que más valdría les arrojásemos tan pasados pescados. Esto es lo que le pedimos, señora; y estas son nuestras razones para pedírselo. No se limite a firmar el manifiesto en favor de la cultura y de la libertad intelectual; intente, por lo menos, poner en práctica su promesa.»

No podemos saber, señor, si las hijas de los hombres con educación, que tienen lo suficiente para vivir y que leen y escriben su propio idioma para su propio placer, atenderán nuestra petición o no. Pero, si queremos proteger la cultura y la libertad intelectual, no sólo mediante opiniones, sino también por medios prácticos, parece que ésta es la manera pertinente. No es fácil, ciertamente. De todos modos, tal como están las cosas, hay razones para creer que es más fácil para ellas que para sus hermanos. Están exentas, sin que de ello quepa atribuirles el mérito, de ciertas presiones. Para proteger la cultura y la libertad intelectual en la práctica, es preciso arrostrar, tal como hemos dicho, el ridículo, la pérdida de popularidad y la pobreza, así como ejercer la castidad. Pero, como también hemos visto, estos son profesores harto conocidos. Además, ahí tenemos a Whitaker, con sus datos, siempre dispuesto a ayudarnos; como sea que las hijas de los hombres con educación, según demuestra Whitaker, tienen todavía lejos de su alcance cargos tales como la dirección de museos y galerías de arte, las cátedras, las direcciones de periódicos y editoriales, forzosamente podrán adoptar un punto de vista más desinteresado, en lo referente a

la cultura, que el de sus hermanos, sin necesidad de afirmar, siquiera por un instante, cual hace Macaulay, que son, por naturaleza, más desinteresadas. Ayudados por la tradición y por la realidad, tenemos cierto derecho a pedir a las hijas de los hombres con educación que nos ayuden a romper el círculo, el círculo vicioso de la cultura prostituida, y tenemos ciertas esperanzas de que, si estas personas existen, lo harán. Pero volvamos a su manifiesto; lo firmaremos si podemos cumplir estos requisitos; si no podemos cumplirlos, no lo firmaremos.

Ahora que hemos intentado ver la manera en que podemos ayudarle a evitar la guerra, por el medio de procurar definir qué significa la protección a la cultura y a la libertad intelectual, parémonos a considerar su siguiente e inevitable petición: que contribuyamos a los fondos de su sociedad. Sí, ya que también usted es tesorero honorario y, como todos los tesoreros honorarios, necesita dinero. Y, como sea que también usted pide dinero, cabe la posibilidad de pedirle, asimismo, que defina sus finalidades, la posibilidad de negociar e imponer condiciones, tal como hemos hecho en el caso de los otros tesoreros honorarios. ¿Cuáles son los fines de su sociedad? Evitar la guerra, desde luego. ¿Y por qué medios? A grandes rasgos, por el medio de proteger los derechos del individuo, de oponerse a las dictaduras, de garantizar el ideal democrático de igualdad de oportunidades para todos. Estos son los principales medios con los que, como usted dice, «puede conseguirse una duradera paz mundial». En este caso, señor, no hay necesidad de negociación ni chalaneo. Si estos son sus fines y si, cual no cabe dudar, se propone usted hacer cuanto pueda para alcanzarlos, la guinea es suya. ¡Lástima que no fuera un millón! La guinea es suya; es una donación libre, libremente efectuada.

Pero la palabra «libre» se usa tan a menudo y, como todas las palabras muy usadas, ha llegado a significar tan poco, que quizá sea aconsejable explicar con exactitud, incluso con pedantería, lo que la palabra «libre» significa en este contexto. Significa que no se pide derecho o privilegio alguno a cambio. La donante no le pide que la admita usted en el sacerdocio de la Iglesia de Inglaterra, o en la Bolsa, o en el Servicio Diplomático. La donante no desea ser «inglesa» en la misma medida que usted es «inglés». La donante no desea ser admitida, a cambio de la donación, en profesión alguna; no quiere honores, títulos ni medallas; no quiere cátedras; no quiere ser miembro de sociedades, comisiones ni juntas. La donación está exenta de todas esas condiciones, debido a que el único derecho de suma importancia para todo ser humano ha sido ya conquistado. No puede usted quitar a la donante el derecho a ganarse la vida. Ahora, por primera vez en la historia de Inglaterra, la hija de un hombre con educación puede dar a su hermano una guinea por ella ganada, a petición de éste, para los fines anteriormente especificados, sin pedir nada a cambio. Es una donación libre, dada sin miedo, sin ánimo de halago y sin condiciones. Esta, señor, es una ocasión tan trascendental en la historia de la civilización que parece merezca ser solemnizada. Pero olvidemos ya las viejas ceremonias. El alcalde, con alguaciles y maceros, golpea con su maza nueve veces una piedra, mientras el arzobispo de Canterbury, con todas las canónicas galas, imparte la bendición. Inventemos una nueva ceremonia para esta nueva ocasión. ¿Habrá algo más pertinente que destruir una vieja palabra, una palabra brutal y corrupta que, en su tiempo, hizo mucho daño y que ahora ha caducado ya? Se trata de la palabra «feminista». Según el diccionario, esta palabra significa «quien defiende los derechos de la mujer».

Como sea que el único derecho, el derecho a ganarse la vida, ha sido ya conquistado, la palabra ha dejado de tener significado. Y una palabra sin significado es una palabra muerta, una palabra corrupta. En consecuencia, celebremos esta ocasión quemando el cadáver de esa palabra. Escribamos esta palabra en grandes letras negras sobre un folio y, con toda solemnidad, apliquemos una cerilla al papel. ¡Cómo arde! ¡Cómo baila la luz sobre el mundo! Después, revolvamos las cenizas en un mortero, con una pluma de ganso, y declaremos, cantando todos al unísono, que todo aquel que en el futuro la use es un mentecato, cual esos que se dedican a tocar el timbre de las casas y salir corriendo,[11] un alborotador, un individuo que busca a tientas por entre viejos huesos, con la prueba de su indignidad manifestada mediante una mancha de agua sucia en la cara. El humo se ha disipado; la palabra está destruida. Observe, señor, lo que ha ocurrido a resultas de nuestra ceremonia. La palabra «feminista» ha quedado destruida, el aire se ha purificado. Y en este aire claro, ¿qué vemos? Hombres y mujeres trabajando juntos por una misma causa. También se ha ido la nube que cubría el pasado. ¿Para qué luchaban en el siglo XIX aquellas extrañas mujeres ya muertas, con sus sombreros y sus chales? Por la misma causa por la que ahora luchamos. «Nuestra petición no era solamente la petición de los derechos de la mujer» –es Josephine Butler quien habla–, «sino que tenía un alcance más amplio y más profundo; era la petición de los derechos de todos –mujeres y hombres– a que, en nuestras personas, se respetaran los grandes principios de la Justicia, la Igualdad y la Libertad.» Son las mismas palabras de usted, señor, su misma petición. Las hijas de los hombres con educación que fueron llamadas «feministas», con el consiguiente resentimiento, eran en realidad la vanguardia de su movimiento, señor. Luchaban contra el mismo enemigo contra el que usted lucha, por las mismas razones. Luchaban contra la tiranía del Estado patriarcal, de la misma manera que usted lucha contra la tiranía del Estado fascista. Ahora nosotras estamos librando sencillamente la misma batalla que libraron nuestras madres y abuelas; sus palabras lo demuestran; y las palabras de usted lo demuestran. Pero ahora, teniendo a la vista su carta, sabemos con certeza que usted lucha juntamente con nosotras, y no contra nosotras. Este hecho es tan alentador que parece merecer otra ceremonia. ¿Hay quizás algo más pertinente que escribir más palabras muertas, más palabras corruptas, sobre más hojas de papel, y quemar las palabras, palabras como tirano y dictador, por ejemplo? Sin embargo, estas palabras no han caducado todavía. Todavía ensucian las páginas de los periódicos, todavía percibimos su peculiar e inconfundible hedor en las zonas de Whitehall y de Westminster. Y, en el extranjero, el monstruo ha salido más descaradamente a la superficie. Allí es inconfundible. Ha ampliado su área de acción. Coarta la libertad individual, ordena cómo hay que vivir, y no sólo efectúa distinciones entre los sexos, sino también entre las razas. Ahora ustedes sienten, en su propia persona lo que sintieron sus madres cuando se las encerra-

11. «Tocar el timbre de las casas y salir corriendo.» He empleado esta expresión con la finalidad de designar a aquellos que utilizan las palabras con el deseo de herir y, al mismo tiempo, no ser descubiertos. En una época de transición en la que muchas cualidades cambian de valor, se necesitan grandemente nuevas expresiones que signifiquen nuevos valores. La vanidad, por ejemplo, que parece llevar a graves complicaciones de crueldad y tiranía, a juzgar por las pruebas que nos suministran algunos países extranjeros, todavía se denomina de manera que sólo tiene asociaciones triviales. El *Diccionario de Oxford* necesita un suplemento.

ba y se les hacía callar, por ser mujeres. Ahora a ustedes se les encierra y se les hace callar porque son judíos, porque son demócratas, por su raza, por su religión. Ya no miran ustedes una fotografía, sino que también van trotando al final del desfile. Ahora las cosas les parecen diferentes. Toda la iniquidad de la dictadura, sea en Oxford o en Cambridge, en Whitehall o en Downing Street, contra los judíos o contra las mujeres, en Inglaterra o en Alemania, en Italia o en España, queda de manifiesto ante ustedes. Pero ahora luchamos juntos. Las hijas y los hijos de los hombres con educación luchan en las mismas filas. Este hecho es tan alentador que, a pesar de que aún no podemos celebrarlo con ceremonia alguna, si esta guinea pudiera multiplicarse por un millón, este millón de guineas sería puesto al servicio de ustedes, sin otras condiciones que aquellas que usted se ha impuesto a sí mismo. Tome esta guinea y úsela para defender «los derechos de todos –hombres y mujeres– a que, en sus personas, se respeten los grandes principios de la Justicia, la Igualdad y la Libertad». Ponga esa yela de un penique en la ventana de su nueva sociedad, y que viva usted los años precisos para ver el día en que, en el gran fuego de nuestra común libertad, las palabras tirano y dictador ardan hasta quedar reducidas a cenizas, debido a que las palabras tirano y dictador habrán alcanzado ya su caducidad.

Contestada su petición de una guinea y firmado el correspondiente cheque, sólo nos queda considerar otra petición suya, que es la de rellenar un formulario y pasar a ser miembros de su sociedad. A primera vista, parece una petición sencilla, de fácil cumplimiento. ¿Acaso hay algo más sencillo que ingresar en una sociedad a cuyos fondos se ha contribuido con una guinea? A primera vista, qué sencillo, qué fácil; pero, en el fondo, cuán difícil,

cuán complicado... ¿Qué dudas, qué vacilaciones pueden expresar estos tres puntos suspensivos? ¿Qué razón o qué sentimiento puede inducirnos a vacilar, en el momento de ingresar en una sociedad cuya finalidad merece nuestra aprobación y a cuyos fondos hemos contribuido? Quizá no se trata de una razón, ni de un sentimiento, sino de algo más profundo y fundamental. Quizá sea la diferencia. Diferentes somos, tal como los hechos lo han demostrado, tanto en el sexo como en la educación. Y, tal como ya hemos dicho, de esa diferencia puede surgir nuestra ayuda, si es que ayudar podemos, en la causa de proteger la libertad y evitar la guerra. Pero si firmamos este formulario, lo cual comporta la promesa de convertirnos en miembros activos de su sociedad, parece que con ello perderemos la diferencia y, en consecuencia, sacrificaremos aquella ayuda. Explicar por qué es así resulta un tanto difícil, a pesar de que la donación de una guinea nos ha permitido (y de ello hemos alardeado) hablar libremente, sin temores ni halagos. Mantengamos el formulario sin firmar, sobre la mesa, mientras estudiamos, en la medida de lo posible, las razones y los sentimientos que nos inducen a dudar si debemos firmar o no. Estas razones y estos sentimientos tienen su origen profundo en las tinieblas del recuerdo ancestral; se han desarrollado mezclados, en cierta confusión; y es muy difícil separarlos, a la luz.

Comencemos con una distinción elemental: una sociedad es un conjunto de individuos unidos para alcanzar ciertas finalidades, en tanto que usted, que escribe personalmente, con su propia mano, es un individuo. Usted, el individuo, es un hombre a quien respetamos, con buenas razones; un hombre perteneciente a la hermandad, cual la biografía demuestra, a que muchos hermanos han pertenecido. Así vemos que Anne Clough, al hablar de su her-

mano, dice: «Arthur es mi mejor amigo y consejero... Arthur es el apoyo y la alegría de mi vida; es para él, y gracias a él, por lo que me siento impelida a buscar cuanto hay de bello y bueno.» A lo cual William Wordsworth, hablando de su hermana, pero, en realidad, contestando a Anne Clough, cual un ruiseñor contesta a otro en los bosques del pasado, replica:

The Blessing of my later years
Was with me when a boy:
She gave me eyes, she gave me ears;
And humble cares, and delicate fears;
A heart, the fountain of sweet tears;
And love, and thought, and joy.[12]*

Esta era, y quizás esta sea todavía, la relación entre muchos hermanos y hermanas en privado, en cuanto a individuos. Se respetan entre sí, se ayudan y tienen fines comunes. En este caso, si tal puede ser la relación privada, como la biografía y la poesía demuestran, ¿por qué la relación pública ha de ser tan diferente? Y ahora, teniendo en cuenta que usted es abogado, y con memoria de abogado, no es preciso recordarle ciertas normas legales inglesas, desde remotos tiempos hasta el año 1919, para demostrarle que la relación pública, la relación social, entre hermano y hermana ha sido muy diferente a la relación privada. Sólo la palabra «sociedad» basta para hacer doblar en la memoria campanas de siniestro sonido: prohibido, prohibido,

* La bendición de mis años posteriores / Estaba conmigo cuando era muchacho: / Ella me dio ojos, ella me dio oídos; / Y humildes cuidados, y delicados temores; / Un corazón, fuente de dulces lágrimas; / Y amor, y pensamiento, y alegría.

12. *Memoir of Anne J. Clough*, de B. A. Clough, pp. 38 y 67. «El nido del gorrión», de William Wordsworth.

prohibido. Prohibido estudiar, prohibido ganar dinero, prohibido tener propiedades, prohibido... Esta era la relación social entre hermano y hermana, y así fue durante muchos siglos. Y aun cuando es posible, y para los optimistas probable, que al paso del tiempo una nueva sociedad haga sonar un carrillón de espléndida armonía, y de ello es su carta heraldo, este día se encuentra muy lejos. Inevitablemente nos preguntamos, ¿no será que en la unión de individuos en sociedades hay algo que hace salir a la superficie lo más egoísta y violento, lo menos racional y menos humano que hay en los individuos? Es inevitable que consideremos las sociedades, tan amables para con ustedes y tan duras para con nosotras, como una forma mal ajustada que violenta la verdad, deforma la mente, debilita la voluntad. Inevitablemente consideramos que las sociedades son conspiraciones para anular al hermano privado, al que muchas de nosotras tenemos buenas razones para respetar, y hacer aparecer en su lugar un hinchado y monstruoso macho, de voz recia y puño duro, infantilmente ocupado en trazar rayas de tiza en el suelo, como místicos límites en los que encerrar, como en corral, a los seres humanos, rígidamente, separadamente, artificialmente; conspiraciones en las que, ataviado de rojo y oro, adornado como un salvaje con plumas, cumple místicos ritos y goza de los dudosos placeres del poder y del dominio, mientras nosotras, «sus» mujeres, quedamos encerradas en la casa privada, sin participar en las muchas sociedades de que su sociedad está formada. Por estas razones, a pesar de que en ellas se mezclan muchos recuerdos y muchos sentimientos –¿quién puede analizar la complejidad de un recuerdo con tan profundo depósito de tiempo en él?–, nos parece no sólo racionalmente erróneo, sino también emotivamente imposible, rellenar su formulario e ingresar en su socie-

dad, como la aguja del gramófono en el disco rayado repite con intolerable unanimidad: «Trescientos millones gastados en armas». No podríamos expresar una opinión que nuestra experiencia de lo que es «sociedad» no ha ayudado a formular. En consecuencia, señor, le respetamos mucho en cuanto a persona individual, lo cual demostramos dándole una guinea para que la gaste como quiera, pero creemos que podemos ayudarle con mayor eficacia por el medio de negarnos a ingresar en su sociedad, por el medio de trabajar en pro de nuestras comunes finalidades –justicia, igualdad y libertad para todos los hombres y mujeres– fuera de su sociedad, y no dentro.

Pero esto, dirá usted, en el caso de que algo signifique, sólo puede significar que ustedes, las hijas de los hombres con educación, que nos han prometido ayuda positiva, se niegan a ingresar en nuestra sociedad, a fin de poder formar otra sociedad, integrada por ustedes. ¿Y qué clase de sociedad se proponen fundar, fuera de la nuestra, sino una sociedad que colabore con ésta, a fin de que ambas trabajen en pro de las finalidades comunes? Esta es una pregunta que tiene usted pleno derecho a formular y que nosotras debemos esforzarnos en contestar, a fin de justificar nuestra negativa a firmar el formulario que nos ha enviado. Tracemos, pues, rápidamente el esbozo de la sociedad que las hijas de los hombres con educación podrían fundar y a la que podrían afiliarse, fuera del ámbito de su sociedad, señor, pero colaborando con ésta, para alcanzar las finalidades comunes. En primer lugar, y se sentirá usted aliviado al saberlo, esta nueva sociedad no tendrá tesorera honoraria, debido a que no necesitará fondos. No tendrá sede, comité ni secretaría; no convocará juntas; y no celebrará conferencias. Si es preciso que tenga un nombre, se llamará «Sociedad de las Extrañas». No es un nombre grandilocuente, pero tiene la ventaja de adecuarse a la realidad, a la realidad de la historia, las leyes, la biografía y quizás incluso a la realidad todavía oculta de nuestra todavía desconocida psicología. Estará integrada por hijas de hombres con educación, dedicadas a trabajar dentro de su propia clase –¿es que pueden trabajar en otra?–[13] y de acuerdo con sus propios méritos, en pro de la libertad, la igualdad y la paz. El primer deber que se

13. En el siglo XIX, las hijas de los hombres con educación llevaron a cabo una importante labor en lo referente a mejorar la clase trabajadora y lo hicieron por el único medio que tenían a su disposición. Pero ahora que algunas de ellas, por lo menos, han recibido una costosa educación, se puede afirmar que su trabajo será más eficaz si se quedan en su propia clase y utilizan los medios de esta clase para mejorar una clase muy necesitada de mejoría. Por otra parte, si las educadas renuncian, cual a menudo ocurre, a aquellas cualidades que la educación debe reportar –razonamiento, tolerancia, conocimiento– y juegan a pertenecer a la clase obrera y a defender su causa, lo único que hacen es poner a esta causa en situación de que sea ridiculizada por la clase educada y nada hacen para mejorar su propia clase. Pero el número de libros escritos por los educados acerca de la clase obrera parece indicar que el encanto de la clase obrera y el alivio emotivo que la adopción de su causa produce son actualmente tan irresistibles para la clase media cual lo era el encanto de la aristocracia, hace veinte años (véase *A la Recherche du Temps Perdu*). Entretanto, sería interesante saber qué es lo que el auténtico obrero u obrera piensan de esos jóvenes aficionados, miembros de la clase educada, que adoptan la causa de la clase obrera, sin sacrificar el capital de la clase media y sin compartir las experiencias de la clase obrera. Según la señora Murphy, Directora de Servicios Domésticos de la Asociación Británica de Gas Comercial: «Por término medio, el ama de casa fregaba un acre de plato sucios, limpiaba una milla de vidrio, lavaba tres millas de ropa y fregaba cinco millas de suelo, al año.» (*Daily Telegraph,* 29 de septiembre de 1937.) Para saber con más detalle la vida de la clase obrera, consúltese *Life as We Have Known It,* de la cooperativa de mujeres obreras, dirigido por Margaret Llewelyn Davies. *Life of Joseph Wright* también nos da un notable cuadro de la vida de la clase obrera, directamente y no a través de lentes pro-proletarios.

obligarían a cumplir, y no mediante juramento, debido a que los juramentos y las ceremonias son incongruentes con una sociedad que habrá de ser elástica y sin nombre, será el deber de no luchar con armas. Será, para ellas, un fácil deber, ya que los periódicos nos dicen: «El Ejército no tiene intención de abrir oficinas de reclutamiento de mujeres para formar unidades femeninas.»[14] La patria nos facilita el cumplimiento de este deber. Después, se negarán, en caso de guerra, a trabajar en fábricas de municiones y a cuidar a los heridos. Como sea que, en la última guerra, ambas actividades fueron desempeñadas principalmente por hijas de trabajadores, la presión que se ejercerá sobre las hijas de hombres con educación pertenecientes a dicha sociedad será leve, aunque probablemente desagradable. Por otra parte, el siguiente deber a que deben comprometerse es considerablemente arduo, y no sólo exige valentía e iniciativa, sino también especiales conocimientos por parte de la hija del hombre con educación. Dicho brevemente, se trata de no incitar a sus hermanos a luchar, ni tampoco disuadirles, sino de adoptar una actitud de total indiferencia. Pero la actitud que se expresa mediante la palabra «indiferencia» es tan compleja y de tal importancia que es preciso, incluso aquí, darle definición. En primer lugar, la indiferencia debe basarse firmemente en la realidad. Como sea que es un hecho real que la hija del hombre con educación no puede comprender qué instinto induce al hombre a luchar, qué gloria, qué interés,

14. «Ayer el Ministerio de la Guerra comunicó que el Consejo del Ejército no tiene intención de abrir oficinas de reclutamiento de mujeres para formar unidades femeninas.» (*The Times*, 22 de octubre de 1937.) Esta manifestación pone de relieve una clara distinción entre los sexos. Las mujeres quedan obligadas al pacifismo. Los hombres todavía tienen libertad para elegir.

qué viril satisfacción le reporta la lucha –«sin la guerra no habría cauce en el que verter la viriles cualidades que la lucha desarrolla»–, resulta que ello constituye una característica del sexo que la mujer no puede comprender, y algunos dicen que es la contrapartida del instinto maternal, que el hombre tampoco puede compartir, por lo que la mujer no puede juzgar el instinto combativo. Por lo tanto, la extraña debe dejar al hombre que se enfrente solo con su instinto de lucha, debido a que hay que respetar la libertad de opinión, especialmente cuando se basa en un instinto ajeno a la mujer, en méritos de una tradición y una educación seculares.[15] Ésta es una distinción fundamental e

15. Sin embargo, la cita siguiente indica que el instinto de lucha, cuando es debidamente aprobado, se desarrolla con facilidad. «Con los ojos muy hundidos en las cuencas, afiladas las facciones, la amazona está muy erguida, los pies en los estribos, al frente de su escuadrón... Cinco parlamentarios ingleses contemplan a esta mujer con la respetuosa aunque un tanto inquieta admiración que se siente por un *fauve* de desconocida especie...

–Acérquese, Amalia –ordena el comandante.

La mujer, a caballo, avanza hacia nosotros y saluda con el sable a su comandante, que sigue:

–Sargento Amalia Bonilla, ¿qué edad tiene?

–Treinta y seis años.

–¿Dónde nació?

–En Granada.

–¿Por qué se alistó en el ejército?

–Mis dos hijas eran milicanas. La pequeña murió en el Alto de los Leones. Pensé que mi deber era sustituirla y vengarla.

–¿A cuántos enemigos ha dado muerte para vengarla?

–Ya lo sabe, mi comandante, a cinco. El sexto no es seguro.

–No lo es, pero le quitó el caballo.

La amazona Amalia monta, efectivamente, un magnífico caballo bayo, de reluciente capa, que bracea como un caballo de exhibición... Esta mujer, que ha matado a cinco hombres, aunque no está segura del sexto, fue, para los enviados de la Cámara de los Comunes, una excelente introductora a la guerra española.» (*The Martydom of Madrid. Inedited Witnesses*, de Louis Delaprée, pp. 34-36. Madrid, 1937.)

instintiva en la que puede basarse la indiferencia. Pero la extraña se comprometerá a basar su indiferencia, no sólo en el instinto, sino también en la razón. Cuando el hombre dice, cual la historia demuestra que ha dicho, y como quizá vuelva a decir, «lucho para defender la patria», buscando con ello suscitar las emociones patrióticas de la mujer, ésta se preguntará: «¿Qué significa para mí *la patria*, siendo como soy una extraña?» Para contestar esta pregunta, analizará el significado que el patriotismo tiene en su caso. Se informará de la posición ocupada por sus compañeras de sexo y de clase en el pasado. Se informará de la cuantía de tierras, riquezas y propiedades en posesión de sus compañeras de sexo y clase en el presente, es decir, de la cuantía de la parte de «Inglaterra» que le pertenece. Bebiendo en las mismas fuentes, se informará de la protección jurídica que las leyes le han dado en el pasado y le dan en el presente. Y si el hombre añade que lucha para proteger el cuerpo de la mujer, ésta reflexionará acerca del grado de protección física de que ahora goza, en estos momentos en que las palabras «Precaución contra Ataque Aéreo» están escritas en las paredes. Y si el hombre dice que lucha para proteger Inglaterra de la dominación extranjera, la mujer reflexionará y se dirá que, para ella, no hay «extranjeros», puesto que, por mandato de la ley, se convierte en extranjera si contrae matrimonio con un extranjero. Y la extraña hará cuanto pueda para que todo lo anterior se convierta en realidad, no mediante una obligada fraternidad, sino mediante humana comprensión y simpatía. Todos los hechos anteriores la llevarán al racional convencimiento (para decirlo resumidamente) de que las de su sexo y clase muy poco tienen que agradecer a Inglaterra, en lo tocante al pasado; no mucho en lo referente al presente; y que la seguridad de su persona, en el futuro, es muy dudosa. Pero es posible que haya adoptado la romántica idea, gracias, quizá, incluso a una institutriz, de que los ingleses, esos padres y abuelos a los que ve desfilando en el cuadro de la historia, son «superiores» a los hombres de otros países. En este caso, se considerará obligada a verificar tal idea por el medio de comparar lo que dicen los historiadores franceses con lo que dicen los ingleses; lo que dicen los alemanes con lo que dicen los franceses; el testimonio de los dominados –los indios y los irlandeses, por ejemplo– con las afirmaciones de quienes los dominan. Pero puede muy bien ocurrir que aún le quede cierta arraigada creencia en la superioridad intelectual de su país con respecto a los restantes países. En este caso, comparará la pintura inglesa con la francesa; la música inglesa con la alemana; la literatura inglesa con la griega, de la que abundan las traducciones. Cuando haya efectuado fielmente todas esas comparaciones, utilizando al efecto la razón, la extraña se encontrará en posesión de muy buenas razones para ser indiferente. Verá que no tiene razón válida alguna para pedir a su hermano que, en su nombre, proteja «nuestra» patria. La extraña dirá: «Durante la mayor parte de su historia, *nuestra patria* me ha tratado como a una esclava, me ha denegado la educación y el compartir las posesiones patrias. *Nuestra* patria sigue dejando de ser mía cuando contraigo matrimonio con un extranjero. *Nuestra* patria me deniega los medios de protegerme a mí misma, me obliga a pagar anualmente muy cuantiosas sumas para que otros me protejan y está tan poco capacitada para protegerme, a pesar de lo anterior, que en las paredes leo «Precauciones contra Ataque Aéreo». En consecuencia, si tú insistes en protegerme, o en proteger a *nuestra* patria, quede claramente establecido y aceptado por ambas partes, fría y racionalmente, que luchas para satisfacer

un instinto sexual en el que yo no puedo participar, para conseguir unos beneficios que no he compartido y probablemente no compartiré, pero que no luchas para satisfacer mis instintos, ni para protegerme o proteger a mi patria.» Y la extraña proseguirá: «Y así es por cuanto, en mi condición de mujer, no tengo patria. En mi condición de mujer, mi patria es el mundo entero.» Y si, después de haber dejado hablar a la razón, queda aún cierto obstinado sentimiento, cierto amor a Inglaterra vertido por el graznido de las cornejas posadas en el olmo en los oídos infantiles, por el murmullo de las olas en la playa, por voces inglesas murmurando canciones de cuna, la extraña utilizará esa gota de pura, aunque irracional, emoción para dar primero a Inglaterra cuanto desea de paz y libertad para el mundo entero.

Esta será, pues, la naturaleza de su «indiferencia», y de esta indiferencia se seguirán ciertos actos. Se obligará a no participar en manifestaciones patrióticas, a no dar su aprobación a forma alguna de alabanzas nacionales, a no formar parte de grupo alguno que preconice la guerra, a no asistir a exhibición militar alguna, ni a competiciones, entregas de galardones, ni otras ceremonias perecederas, encaminadas a estimular el deseo de imponer «nuestra» civilización o «nuestro» dominio sobre otros pueblos. Además, la psicología de la vida privada nos hace comprender que este empleo de la indiferencia, efectuado por las hijas de los hombres con educación, contribuiría positivamente a evitar la guerra. La psicología indica que los seres humanos hallan mucho más difícil actuar cuando sus semejantes se muestran indiferentes y les dan plena libertad de acción, que cuando sus actos son el centro de excitadas emociones. El niño de corta edad alborota fuera, junto a la ventana: implóresele que cese, sigue; nada se le diga, para. Que las hijas de los hombres con

educación no den a sus hermanos la blanca pluma de la cobardía, ni la roja pluma del valor, sino que no les den pluma alguna; que cierren los ojos brillantes que emanan influencia, o que dejen que estos ojos miren a otro lado, cuando se habla de guerra. Este es el deber que las extrañas aprenderán a cumplir en la paz, antes de que la amenaza de muerte inevitablemente anule la razón.

Estas son algunas de las medidas mediante las cuales la anónima y secreta Sociedad de las Extrañas le ayudará a usted, señor, a evitar la guerra y a garantizar la libertad. Sea cual fuere el valor que les atribuya, deberá reconocer que se trata de unos deberes que los individuos de su sexo tendrían mayores dificultades que los del nuestro en cumplir; y que, además, son deberes especialmente adecuados a las hijas de los hombres con educación. Sí, ya que exigen cierto conocimiento de la psicología del hombre con educación, y la mentalidad del hombre con educación tiene una formación superior a la del trabajador, del mismo modo que las palabras de aquél son más sutiles que las de éste.[16] Desde luego, hay otros deberes, muchos de los cuales han sido ya esbozados a los otros tesoreros honorarios. Pero, aceptando el riesgo de la reiteración, séanos permitido expresarlos a grandes rasgos y rápidamente, a fin de que formen la base sobre la que levantar una Sociedad de Extrañas. En primer lugar, éstas se comprometerán a ganarse la vida. La importancia de esto, en cuanto a medio para evitar la guerra, es evidente; ya hemos hecho hincapié en la superioridad

16. A modo de demostración, se ha intentado reunir las razones alegadas por varios ministros ante varios Parlamentos, desde 1870, aproximadamente, hasta 1918, para oponerse a la concesión de voto a la mujer. En este aspecto, destaca el trabajo de la señora Oliver Strachey (ver el capítulo titulado «The Deceitfulness of Politics», en su obra *The Cause*).

del peso de una opinión basada en la independencia económica sobre la opinión basada en la total carencia de ingresos, o basada en un derecho espiritual a dichos ingresos, por lo que no hace falta dar mayores pruebas. De ahí se sigue que la extraña deberá insistir en que todas las profesiones abiertas a sus hermanas estén pagadas de modo suficiente para vivir; además, debe crear nuevas profesiones en las que puedan ganarse el derecho a una opinión independiente. En consecuencia, deberá insistir en que se remunere con dinero a la trabajadora no pagada, de su propia clase, es decir a esas hijas y hermanas de los hombres con educación que, tal como las biografías nos han dicho, son pagadas en especie, con la pensión completa, más una propina de cuarenta libras al año. Pero, sobre todo, deberá insistir en que el Estado pague, por mandato de la ley, a las madres de los hombres con educación. La importancia de esto último, en nuestra lucha en común, es inconmensurable, debido a que constituye el medio más eficaz para garantizar que la amplia y muy honorable clase formada por las mujeres casadas tenga una opinión y una voluntad propias, con las que, en el caso de que la opinión y la voluntad del marido merezcan la aprobación de la esposa, apoyar al marido, y si a juicio de la mujer son perniciosas, se resista a ello, de modo que, en todo caso, la esposa deje de ser «mi mujer» y sea dueña de sí misma. Estará usted de acuerdo conmigo, señor, y lo digo sin ánimo de calificar en modo alguno a la señora que lleva su apellido, en que, si los ingresos de usted dependieran de ella, esto produciría sutiles y poco deseables cambios en la psicología de usted. Dejando aparte lo anterior, esta medida es de tan directa importancia para ustedes, en su lucha por la libertad, la igualdad y la paz, que si alguna condición debiera poner en la entrega de la guinea, sería ésta: que consiguiera usted que el Estado pagara sueldo a

aquellas mujeres cuya profesión es el matrimonio y la maternidad. Piense, aunque quizá constituya una digresión, en los efectos que esto produciría en el índice de natalidad, precisamente en la clase en que este índice está descendiendo, precisamente en la clase en que los nacimientos son de desear, la clase educada. De la misma forma que el aumento de la paga del soldado ha aumentado, según dicen los periódicos, el número de los que se incorporan a las fuerzas armadas, el mismo incentivo aumentaría el número de las que se alistarían a las fuerzas dedicadas a traer hijos al mundo, fuerzas que difícilmente podremos negar que sean tan necesarias y tan honorables como las primeras, pero que, debido a su pobreza y a las inherentes penalidades, actualmente pocos reclutas atraen. Este método podría tener el éxito que el actual –el insulto y el ridículo– no tiene. Pero, y quizá con ello corramos el riesgo de una mayor digresión, el aspecto que la extraña procuraría principalmente hacerle comprender es un aspecto que afecta decisivamente su propia vida, en cuanto a hombre con educación, y afecta asimismo el honor de su profesión. Si su mujer cobrara por su trabajo, el trabajo de dar a luz y educar a sus hijos, y cobrara un verdadero sueldo, un sueldo en dinero, de modo que este trabajo se convirtiera en una verdadera profesión, en vez de ser, cual es ahora, una profesión gratuita, una profesión sin pensión, una profesión sin honor, su servidumbre, la servidumbre de usted, señor, quedaría atenuada.[17] No necesitaría ya ir a la oficina a las nueve y media y quedarse en ella hasta las seis. El trabajo quedaría equitativamente distribuido. Se podría mandar pa-

17. A juzgar por los informes remitidos con referencia a la situación de la mujer, en cuanto a esposa, madre y ama de casa, «se descubrió el lamentable hecho de que su situación económica en muchos países (incluyendo Inglaterra) era inestable. No tiene derecho a sueldo o remuneración y tiene deberes concre-

cientes a quienes no los tienen. Asuntos, a quienes carecen de ellos. Cabría la posibilidad de que buen número de artículos dejaran de escribirse. Podría usted ver cómo los árboles florecen en primavera. Podría compartir los mejores años de su vida con sus hijos. Y, pasados estos años, no habría necesidad de que le apartaran a usted de la máquina y le arrojaran al montón de los desechos, sin propia vida, sin intereses, meramente sobreviviendo para pasearse por los alrededores de Bath o de Cheltenham, al cuidado de una desdichada esclava. Dejaría de ser el visitante del sábado, la carga sobre el pescuezo de la sociedad, el mendigo de comprensión y simpatía, el esclavo sin fuerzas ya para trabajar; o, como dice Herr Hitler, el héroe que necesita recreo, o, como dice el Signor Mussolini, el guerrero herido que necesita mujeres que le venden las heridas.[18] Si el Estado pagara a su esposa un sueldo

---

tos que cumplir. En Inglaterra, incluso en el caso de que haya consagrado su vida entera al marido y a los hijos, el marido, por rico que sea, puede dejarla en la pobreza al morir y la viuda carece de medios jurídicos para reclamar. Debemos cambiar esta situación, a través de las leyes...» (Declaración de Linda P. Littlejohn, publicada en *Listener*, 10 de noviembre de 1937.)

18. Esta particular definición de la tarea de la mujer no procede de fuente italiana, sino alemana. Tiene muchas versiones y todas ellas son tan parecidas que no vale la pena verificarlas por separado. Pero es curioso advertir con cuánta facilidad se encuentran en fuentes inglesas. Por ejemplo, el señor Gerhardi escribe: «Todavía no he cometido el error de considerar a las mujeres que escriben como verdaderas compañeras en el arte de la literatura. Prefiero gozar de ellas en cuanto a auxiliares espirituales que, dotadas de fina sensibilidad receptiva, pueden ayudar a los pocos que padecemos la afección de tener talento a llevar con elegancia nuestra carga. Por lo tanto, su verdadera función es sostener la esponja, refrescarnos la frente, mientras sangramos. Y si su amable comprensión puede ser utilizada de más romántica manera, ¡cuánto se lo agradecemos!» (*Memoirs of a Polyglot*, de William Gerhardi, pp. 320-321.) Esta idea de la función de la mujer coincide casi exactamente con la anteriormente citada.

suficiente para vivir, en méritos de su trabajo que, pese a ser sagrado, difícilmente puede considerarse más sagrado que el del eclesiástico, por lo que, si el trabajo de éste es pagado sin rechistar, también podría serlo el de la esposa, si este paso, que todavía es más esencial para su libertad de usted, señor, que para la de ella, realmente se diera, la vieja noria alrededor de la que el hombre con una profesión da vueltas y vueltas, a menudo tan fatigosamente, a menudo con tan poco placer o con tan poco provecho para su profesión, quedaría destruida; tendría opción a la libertad; terminaría la más degradante de las servidumbres, que es la servidumbre intelectual; el medio hombre se transformaría en un hombre entero. Pero, como sea que es preciso gastar unos trescientos millones en armas, los gastos a que antes me he referido son, dicho sea mediante una cómoda palabra que los políticos nos suministran, «impracticables», por lo que ha llegado el momento de abordar proyectos más factibles.

Las extrañas se obligarían, no sólo a ganarse la vida, sino a ganársela de tan experta manera que su negativa a seguir haciéndolo fuera motivo de preocupación para el beneficiario de su trabajo. Las extrañas se obligarían a adquirir un conocimiento total de las profesiones y a denunciar las prácticas imperantes en todos los casos de abuso o tiranía en sus profesiones. Se comprometerían a no seguir ganando dinero en profesión alguna y a abandonar toda competencia, a fin de practicar su profesión con carácter experimental, en tareas de investigación, por amor al trabajo en sí mismo, tan pronto hubieran ganado lo suficiente para vivir. Asimismo, se comprometerían a no ejercer profesión alguna contraria a la libertad, tal como la profesión de fabricar o mejorar ingenios bélicos. Y se comprometerían a rechazar cargo u honor alguno ofrecido por cualquier institución que, profesando el respe-

to a la libertad, en realidad la limita, cual hacen las universidades de Oxford y de Cambridge. Y se considerarían obligadas a investigar las actividades de todas las instituciones públicas, como la Iglesia y las universidades, a cuyos fondos contribuyen en concepto de contribuyentes de impuestos estatales, con la misma minuciosidad y la misma tranquilidad con que examinarían las actividades de las sociedades privadas a las que voluntariamente contribuyeran. Se ocuparían de analizar los bienes de las escuelas y universidades y las finalidades a que dichos bienes se dedican. Lo dicho con respecto a la profesión docente, es asimismo de aplicar a la profesión religiosa. Por el medio de leer el Nuevo Testamento, en primer lugar, y, luego, a los teólogos e historiadores cuyas obras son fácilmente accesibles a las hijas de los hombres con educación, procurarían adquirir ciertos conocimientos de la religión cristiana y su historia. Además, se informarían de todo lo tocante a la práctica de esa religión, por el medio de asistir a las funciones de la iglesia, de analizar el valor espiritual e intelectual de los sermones; de efectuar la crítica de las opiniones de los hombres cuya profesión es la religión, y hacerlo con tanta libertad como lo harían con las opiniones de los hombres pertenecientes a cualquier otra institución. De esta manera, sus actividades serían creadoras, y no solamente críticas. Al criticar la educación, contribuirían a crear una sociedad civilizada que protegiera la cultura y la libertad intelectual. Al criticar la religión, intentarían liberar el espíritu religioso de su presente servidumbre y contribuirían, si necesario fuera, a crear una nueva religión que bien podría basarse en el Nuevo Testamento, pero que bien podría ser muy diferente a la construida sobre esta misma base. En todo lo dicho, y en mucho más que no tenemos tiempo de mencionar, reconocerá usted, señor, que serían ayudadas por su posición de extrañas, por esa desvinculación de las lealtades irreales, esa liberación de los motivos interesados que actualmente el Estado les permite.

Sería fácil definir mayormente y con más exactitud los deberes de aquellas que pertenecieran a la Sociedad de las Extrañas, pero no provechoso. La elasticidad es esencial; y cierto punto de secreto, tal como se verá más adelante, es, en la actualidad, más esencial aún. Pero las definiciones que aquí hemos dado, de manera imperfecta y un tanto al desgaire, son suficientes para que vea, señor, que la Sociedad de las Extrañas tiene las mismas finalidades que su sociedad, o sea, igualdad, libertad y paz. Pero esta sociedad pretende alcanzarlas por los medios que un sexo diferente, unas diferentes tradiciones, diferente educación y valores diferentes han puesto a nuestra disposición. Hablando en términos generales, la principal distinción entre nosotros, entre las que por estar fuera de la sociedad somos extrañas y los que, por estar dentro de ella, son naturales, entre las que estamos fuera y los que están dentro, será que, mientras ustedes harán uso de los medios suministrados por su posición –coaliciones, simposios, campañas, grandes nombres y todas aquellas medidas públicas que su riqueza y política influencia ponen al alcance de sus manos–, nosotras, que seguiremos siendo extrañas, haremos experimentos. Pero no con los medios públicos en público, sino con medios privados en privado. Estos experimentos no serán meramente críticos, sino creadores. Tomemos unos ejemplos palmarios. Las extrañas prescindirán de las exhibiciones, y no por puritano desagrado hacia la belleza. Al contrario, una de sus finalidades será aumentar la belleza privada; la belleza de la primavera, el verano y el otoño; la belleza que rebosa, no sólo de todos los campos y de todos los bosques, sino tam-

bién de todo tenderete en Oxford Street; esa desperdigada belleza que tan sólo necesita que los artistas la combinen para que salte a la vista ante todos. Pero las extrañas prescindirán de las exhibiciones al dictado, reglamentadas y oficiales, en las que sólo los miembros de un sexo toman parte; esas exhibiciones, por ejemplo, condicionadas por la muerte de los reyes, o por su coronación, fuentes de su inspiración. Prescindirán, además, de las distinciones personales, medallas, cintas, cruces, birretes y togas, y no por aversión al personal adorno, sino por el evidente efecto restrictivo de ellas, por su propensión a estereotipar y a destruir. En este punto, cual tan a menudo ocurre, al alcance de la mano tenemos el ejemplo de los países fascistas para ilustrarnos, ya que, si bien no tenemos ejemplo para ilustrar lo que deseamos, sí tenemos algo que quizá sea igualmente valioso, que es el cotidiano y luminoso ejemplo de lo que no deseamos ser. Teniendo a la vista el ejemplo que nos dan del poderío de las medallas, de los símbolos y de las órdenes de mérito, e incluso, parece, de los tinteros adornados,[19] todo ello dirigido a hipnotizar a la mente humana, nuestro deber ha de consistir en negarnos a la sumisión a ese hipnotismo. Debemos apagar el burdo resplandor del anuncio y de la publicidad, y no sólo debido a que los focos pueden estar en manos ineptas, sino debido, también, al efecto psicológico que esa iluminación produce en quien la recibe. La próxima vez que usted vaya en automóvil por una carretera que cruce una zona

19. Dicho sea con más exactitud, «una gran placa de plata con la forma del águila del Reich... fue ideada por el presidente Hindenburg para premiar a los científicos y a otros civiles destacados... Esta placa no puede llevarse. Por lo general, el premiado la coloca sobre su mesa escritorio». (Un diario, 21 de abril de 1936.)

campestre, piense en la actitud del conejo atrapado por la luz de sus faros, con sus ojos vidriados, rígidas las patas. ¿Acaso no hay buenas razones para creer, sin necesidad de salir de nuestro país, que las «actitudes», las falsas e irreales posiciones adoptadas por el ser humano, tanto en Inglaterra como en Alemania, se deben a los faros que paralizan la libre actuación de las facultades humanas e inhiben la humana capacidad de cambiar y de crear nuevas entidades completas, de la misma manera que los potentes faros del automóvil paralizan a los menudos seres que caen de la oscuridad a su luz? Es una hipótesis; las hipótesis son peligrosas; sin embargo, tenemos razones que nos inducen a esbozar la hipótesis según la cual la fluidez y la libertad, el poder de cambiar y el poder de crecer, solamente pueden ser conservados en la oscuridad; y que si deseamos contribuir a que la mente humana cree, y, al mismo tiempo, evitar que vuelva a incidir una vez más en la misma rodera, debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para envolverla en penumbra.

Pero acabemos ya con tanta hipótesis. Volvamos a los hechos. Usted, señor, probablemente preguntará: ¿Qué posibilidades hay de que una Sociedad de Extrañas, sin oficina, sin juntas, sin directrices, sin jerarquía, sin siquiera un formulario que rellenar ni una secretaria a la que pagar, pueda nacer, por no hablar ya de sus posibilidades de funcionamiento, en vistas a cualquier fin? Realmente, hubiera sido perder el tiempo escribir incluso una tan vaga definición de la Sociedad de las Extrañas, si se hubiera tratado de una simple burbuja formada por palabras, una disimulada glorificación de un sexo o de una clase, con la finalidad, pareja a la de tantas expresiones, de dar expansión a las emociones del autor, de atribuir a alguien las culpas y después estallar en el aire. Afortunadamente hay un modelo existente, un modelo en el que se ha basado el esbozo anterior, aunque, cier-

to es, se ha basado furtivamente, debido a que el modelo varía y se desvanece, y nunca se está quieto para que lo pinten. Este modelo, demostración de que tal realidad existe, tanto si tiene nombre como si no lo tiene, y de que esta realidad funciona, no queda patente en méritos de la historia o de la biografía, debido a que las extrañas sólo han tenido existencia positiva durante los últimos veinte años, es decir, desde que las profesiones fueran abiertas a las hijas de los hombres con educación. Las pruebas de su existencia se encuentran en lo que bien pudiéramos llamar la historia y la biografía en bruto, a saber, en los periódicos, a veces abiertamente en sus líneas y otras veces encubiertamente, entre líneas. Ahí, cualquiera que quiera verificar la existencia de esta realidad encontrará innumerables pruebas. Muchas de ellas, cierto, son de dudoso valor. Por ejemplo, el hecho consistente en que una enorme cantidad de trabajo sea efectuado por hijas de hombres con educación, sin que sean remuneradas o siéndolo en muy escasa medida, no debe considerarse como una prueba de que estén efectuando experimentos, por propia y libre voluntad, sobre el valor de la pobreza. Y el hecho de que muchas hijas de hombres con educación «no comen cuanto debieran»[20] no debe considerarse demostración de que están haciendo experimentos sobre el valor físico de ir mal alimentadas. Y tampoco el hecho de que una proporción muy reducida de mujeres, en comparación con los hombres, acepta honores debe ser esgrimido como demostración de que están llevando a cabo experimentos sobre el valor de la oscuridad. Muchos de estos experimentos son experimentos forzosos y, en consecuencia, carecen de valor positivo. Pero hay otros, mucho más positivos, que surgen a la superficie cotidianamente en la prensa. Examinemos solamente tres, a fin de demostrar que la Sociedad de las Extrañas realmente existe. El primero es notablemente claro.

20. «Es frecuente ver cómo la muchacha que trabaja en oficinas se contenta, a la hora de la comida del mediodía, con un bocadillo o una pasta; y aun cuando hay teorías según las cuales lo hacen porque quieren... la verdad es que, a menudo, no tienen dinero para comer lo suficiente.» (*Careers and Openings for Women*, de Ray Strachey, p. 74.) Al mismo efecto, veamos lo que dice la señorita E. Turner: «...En muchas oficinas se han preguntado por qué las empleadas no llevaban a cabo su trabajo con tanta eficacia cual lo hacían anteriormente. Se averiguó que las mecanógrafas jóvenes estaban fatigadas, por la tarde, debido a que sólo tenían el dinero suficiente para comer, a la hora del almuerzo, un bocadillo y una manzana. Las empresas debieran aumentar los sueldos a tenor del aumento del coste de vida.» (*The Times*, 28 de marzo de 1938.)

«En ocasión de pronunciar un parlamento en una tómbola, la semana pasada, en la Iglesia Baptista Común de Plumstead, la alcaldesa [de Woolwich] dijo: "...En cuanto a mí hace referencia, ni siquiera zurciría un calcetín para contribuir a la guerra." Esta manifestación suscitó reacciones de censura en la mayoría del público de Woolwich, que consideró que la alcaldesa había cometido, por lo menos, una falta de tacto. Unos doce mil electores de Woolwich trabajan en el Arsenal de Woolwich, en la fabricación de armamento.»[21]

No es preciso comentar la falta de tacto consistente en hacer tal manifestación en público y en las mentadas circunstancias, pero la valentía de hacerlo difícilmente podrá dejar de suscitar nuestra admiración; y el valor del experimento, desde un punto de vista práctico, si otras alcaldesas de otras ciudades y de otros países, con electores empleados en la fabricación de armamento, siguieran su

21. La alcaldesa de Woolwich (señora Kathleen Rance) en un discurso pronunciado en una tómbola, según información del *Evening Standard*, 20 de diciembre de 1937.

ejemplo, sería inconmensurable. De todas maneras, debemos reconocer que la alcaldesa de Woolwich, señora Kathleen Rance, ha hecho un valiente y eficaz experimento por el medio de no zurcir calcetines. Para una segunda demostración de que las extrañas trabajan en lo suyo, tomemos otro ejemplo de un diario, ejemplo que no es tan evidente, pero que no podemos negar se trata del experimento de una extraña, experimento harto original, y que puede ser de gran valor para la causa de la paz.

«En ocasión de hablar de las grandes asociaciones para jugar ciertos juegos, la señorita Clarke [señorita E. R. Clarke, de la Comisión de Educación] se refirió a las asociaciones femeninas para jugar al hockey, a lacrosse, a netball y al cricket; y señaló que, de acuerdo con los actuales reglamentos, no se podía otorgar copa o premio alguno a esa clase de equipos, cuando resultaran vencedoras. Las *porterías*, en estos partidos, quizá sean algo más pequeñas que las porterías de los hombres, pero las jugadoras juegan por amor al juego, y con esta actitud parecen demostrar que las copas y los premios no son precisos para estimular el interés por el deporte, ya que todos los años el número de jugadoras se incrementa.»[22]

Estará usted de acuerdo en que se trata de un experimento extremadamente interesante, un experimento que puede conllevar un cambio psicológico de gran valor en la naturaleza humana, y un cambio que puede ser de verdadera ayuda en lo referente a evitar la guerra. Su interés aumenta si tenemos en consideración que es un experimento que

22. Señorita E. R. Clarke, en *The Times*, 24 de septiembre de 1937.

las extrañas, debido a su relativa inmunidad con respecto a ciertas inhibiciones y ciertos convencimientos, pueden llevar a cabo más fácilmente que quienes se encuentran inevitablemente sometidos a esas influencias interiores. Las anteriores palabras quedan confirmadas por las siguientes:

«En los círculos oficiales del futbolismo de aquí [Wellingborough, Northants] se observa con preocupación la creciente popularidad del fútbol femenino. Anoche se celebró una reunión secreta de la comisión consultiva de la Northants Football Association para estudiar la posibilidad de que se celebre un partido de fútbol femenino en el campo de Peterborough. Los miembros de la comisión se muestran reticentes... Sin embargo, uno de ellos ha dicho hoy: "La Northants Football Association debe prohibir el fútbol femenino. Esta popularidad del fútbol entre mujeres se ha producido en un momento en que muchos clubs masculinos del país se encuentran en precario estado por falta del debido apoyo. Otra faceta a tener en cuenta es la posibilidad de que las jugadoras sufran lesiones graves."»[23]

Aquí tenemos una prueba positiva de esas inhibiciones y convencimientos que son la causa de que los invitados de su sexo, señor, tengan más dificultades que nosotras en efectuar libremente experimentos encaminados a modificar los actuales valores. Y, sin perder el tiempo en las sutilezas del análisis psicológico, una sola ojeada a las razones alegadas por esta asociación para fundamentar su decisión arrojará luz sobre las razones que inducen a otras y todavía más importantes asociaciones a alcanzar determinadas decisiones. Pero volvamos a los experimentos de las extrañas. A modo de tercer

23. *Daily Herald*, 15 de agosto de 1936.

ejemplo, escojamos uno al que bien podemos denominar experimento de pasividad.

«Anoche, el canónigo F. R. Barry, vicario de St. Mary the Virgin [la iglesia de la universidad], de Oxford, comentó un notable cambio observado en la actitud de las jóvenes con respecto a la Iglesia. El vicario dijo que la tarea con que la Iglesia se enfrenta es nada menos que la de transformar en moral la civilización, y esta tarea constituye un gran empeño en colaboración, que exige la contribución de los cristianos en la mayor medida posible. Sencillamente, no puede ser llevada a cabo sólo por los hombres. Durante un siglo o quizá dos, las mujeres han predominado entre los feligreses, en una proporción aproximada del setenta y cinco por ciento. La situación, globalmente considerada, está experimentando un cambio en la actualidad, y el observador atento advertirá que, en casi todas las iglesias de Inglaterra, las mujeres jóvenes escasean... Entre la población estudiantil, las mujeres jóvenes, en términos generales, están mucho más alejadas de la Iglesia de Inglaterra y de la fe cristiana que los hombres jóvenes.»[24]

Este es también un experimento de gran interés. Tal como hemos dicho antes, es un experimento de pasividad. El primer experimento era una clara negativa a zurcir calcetines, con el fin de evitar la guerra, el segundo constituía un intento de averiguar si las copas y los trofeos son necesarios para estimular el interés en los juegos, pero el tercero representa un intento de descubrir qué ocurrirá si las hijas de los hombres con educación se alejan de la

24. Canónigo F. R. Barry, en la conferencia organizada por el Grupo Anglicano de Oxford, según información de *The Times*, 10 de enero de 1933.

Iglesia. Este último experimento, en sí mismo, no es más valioso que los anteriores, pero tiene un mayor interés práctico por cuanto, evidentemente, se trata de un tipo de experimento que gran número de extrañas pueden efectuar, con muy pocas dificultades o riesgos. Estar ausente es mucho más fácil que pronunciar discursos en una tómbola o estructurar reglas originales para el juego. En consecuencia, vale la pena efectuar un examen muy cuidadoso, a fin de ver qué efectos, si es que los ha tenido, ha producido el experimento de la ausencia. Los resultados son positivos y alentadores. No cabe la menor duda de que la Iglesia está preocupada por la actitud que en las universidades adoptan para con ella las hijas de los hombres con educación. Para demostrarlo, ahí tenemos el informe de la Comisión de Arzobispos sobre el Ministerio de las Mujeres. Este documento, que sólo cuesta un chelín y que debiera estar en posesión de todas las hijas de hombres con educación, señala que «una destacada diferencia que media entre los colegios universitarios de hombres y los de mujeres consiste en que, en estos últimos, no hay capellán». Observa: «Es natural que en este período de su vida, los estudiantes ejerzan en toda su potencia las facultades críticas.» Deplora que «son muy pocas las mujeres que, habiendo acudido a la universidad, puedan ofrecer un continuo servicio voluntario, en el campo social, o, directamente, en tareas de orden religioso». Y concluye que «hay muchas esferas especiales en las que estos servicios se necesitan de modo particular y ha llegado el momento en que debemos determinar con más claridad las funciones y la posición de las mujeres en el seno de la Iglesia».[25] Si esta preocupación se debe a la vacie-

25. *The Ministry of Women. Report of the Archbishops' Commission.* VII. *Secondary Schools and Universities*, p. 65.

dad de las iglesias de Oxford, o si las voces de las «colegialas mayores» de Isleworth al expresar su «grave insatisfacción por la manera en que se desarrolla la religión organizada»[26] han penetrado en las augustas esferas en las que sus compañeras de sexo no pueden hablar, o si nuestro incorregiblemente idealista sexo ha comenzado, por fin, a tomarse en serio la advertencia del obispo Gore, «los hombres no valoran los servicios gratuitos»,[27] y a expresar la opinión de que unos ingresos de ciento cincuenta libras anuales –los más altos que la Iglesia concede a las hijas de los hombres con educación, en concepto de diaconisas– no es suficiente, cualquiera que sea la razón, cualquiera que sea la causa, lo cierto es que la actitud de las hijas de los hombres con educación ha producido considerable preocupación. Y este experimento con la pasividad, sean cuales fueren nuestras opiniones acerca del valor de la Iglesia de Inglaterra en cuanto a la organización espiritual, es altamente alentador para nosotras, las extrañas. Y ello es así por cuanto parece demostrar que la pasividad equivale a la actividad, que también son útiles quienes se quedan fuera. Al hacer notar su ausencia, su presencia se hace deseable. La luz que lo anterior arroje sobre la fuerza de las extrañas en lo referente a abolir o modificar otras costumbres que desaprueban, cual las cenas públicas, los discursos públicos, los banquetes del alcalde y otras ceremonias caducas, o bien el determinar si dichos actos y ceremonias son

26. «La señorita D. Carruthers, directora de la Green School, Isleworth, dijo que las alumnas mayores estaban "gravemente descontentas" con la manera en que la religión organizada se desarrollaba. La señorita Carruthers dijo que las Iglesias "no satisfacen las necesidades espirituales de las jóvenes; y esta deficiencia parece ser común a todas las Iglesias".» (*Sunday Times*, 21 de noviembre de 1937.)

27. *Life of Charles Gore*, de G. L. Prestige, D. D., p. 353.

susceptibles a esa clase de presiones, no son más que preguntas, frívolas preguntas que quizá nos diviertan en nuestros momentos de ocio o quizás estimulen nuestra curiosidad. Pero no es éste el tema que tenemos nosotros. Hemos procurado demostrarle, señor, por el medio de darle tres diferentes ejemplos de tres diferentes clases de experimentos, que la Sociedad de las Extrañas existe y funciona. Si tiene en consideración que estos ejemplos han salido a la superficie periodística, reconocerá que indican la existencia de un muy superior número de experimentos privados y sumergidos de los que no hay pública noticia. Y también reconocerá que estos ejemplos son una demostración del modelo de sociedad anteriormente dado, y asimismo demuestran que no se trata de un esbozo visionario trazado arbitrariamente, sino basado en la existencia de una agrupación real que actúa, utilizando medios diversos, para alcanzar unos mismos fines, los mismos fines que usted, señor, se ha propuesto conseguir con su sociedad. Los observadores atentos, como el canónigo Barry, pueden, si lo desean, descubrir muchas más pruebas de la existencia de experimentos que se están llevando a cabo con fines diferentes al de dejar vacías las iglesias de Oxford. Incluso el señor Wells podría ser inducido a creer, si es que aplica el oído al suelo, que se está produciendo un movimiento, en modo alguno imperceptible, entre las hijas de los hombres con educación, en contra de los fascistas y de los nazis. Pero es esencial que el movimiento no sea percibido siquiera por los observadores atentos y los novelistas famosos.

El secreto es esencial. Todavía debemos ocultar lo que hacemos y lo que pensamos, a pesar de que lo que hacemos y lo que pensamos promueve una causa común. No es difícil discernir, dadas ciertas circunstancias, la necesidad de tal secreto. Cuando

los sueldos son bajos, como demuestra Whitaker, cuando los empleos son de difícil consecución y conservación, cual todos sabemos lo son, es, «por lo menos, una falta de tacto», como decía el periódico, criticar al amo. De todas maneras, en los distritos rurales, tal como usted seguramente sabrá, los trabajadores agrícolas no votarán por el Partido Laborista. Económicamente, la hija del hombre con educación se encuentra a un nivel muy parecido al del trabajador agrícola. Pero no parece necesario que perdamos el tiempo en buscar la razón que motiva el secreto del trabajador agrícola y de la hija del hombre con educación. El temor constituye una poderosa razón; quienes están económicamente condicionadas tienen buenas razones para sentir temor. No hace falta que procedamos a ulteriores averiguaciones. Pero, en este momento, quizás usted nos recuerde la existencia de cierta guinea y llame nuestra atención sobre el altivo alarde de que nuestra donación, a pesar de ser de poca cuantía, nos había permitido no sólo quemar cierta corrupta palabra, sino también hablar libremente, sin miedo ni halagos. Parece que este alarde contenía cierto elemento de fanfarronería. Parece que todavía queda cierto temor; cierto ancestral recuerdo profetizaba la guerra. Hay unos cuantos temas, todavía, que las personas con educación, cuando pertenecen a sexos diferentes, incluso si son económicamente independientes, ocultan, o solamente insinúan cautamente, y luego pasan a otros. Lo habrá observado en la vida real; lo habrá percibido en las biografías. Incluso cuando las personas antes dichas se reúnen en privado y hablan, tal como nosotros proclamamos, de «política y de gente, de guerra y paz, de barbarie y civilización», lo hacen con evasivas y ocultaciones. Pero es tan importante acostumbrarnos a cumplir los deberes de la libre expresión, puesto que sin libertad privada no pue-

de haber libertad pública, que debemos poner al descubierto este miedo y enfrentarnos con él. ¿Cuál es, pues, la naturaleza de este miedo que todavía constituye la causa de que la ocultación sea necesaria entre gente con educación, y que reduce nuestra cacareada libertad a una farsa?... Una vez más, aquí tenemos los tres puntos suspensivos; una vez más representan un abismo, esta vez un abismo de silencio, de un silencio inspirado por el miedo. Y, como sea que carecemos de valor para explicarlo, así como de la habilidad precisa, pongamos entre nosotros el velo de San Pablo; en otras palabras, amparémonos detrás de un intérprete. Afortunadamente tenemos uno a nuestra disposición, con unas credenciales limpias de toda sospecha. Se trata, ni más ni menos, del folleto del que ya hemos citado palabras, o sea, el informe de la Comisión de Arzobispos sobre el Ministerio de las Mujeres, documento del más alto interés, por muchas razones. Y así es por cuanto, no sólo arroja luz de científica y reveladora naturaleza sobre aquel miedo, sino que también nos ofrece la oportunidad de fijarnos en esa profesión que, por ser la más alta, puede ser considerada como el arquetipo de todas las profesiones sobre las cuales algo hemos dicho. Por lo tanto, nos perdonará usted si aquí hacemos una pausa para examinar con un poco de detalle dicho informe.

Esta Comisión fue nombrada por los arzobispos de Canterbury y de York, «a fin de examinar todos los principios teológicos y otros igualmente relevantes que gobiernan o debieran gobernar a la Iglesia en lo tocante al desarrollo del Ministerio de las Mujeres».[28] Ahora bien, la profesión de la religión, a nuestros fines Iglesia de Inglaterra, a pesar de que

28. *The Ministry of Women. Report of the Archbishops' Commission, passim.*

superficialmente se parece a las otras profesiones, en ciertos aspectos –Whitaker nos dice que goza de cuantiosos ingresos, posee grandes propiedades y tiene una jerarquía de profesionales con sueldo y con orden de precedencia– se encuentra a una altura superior a la de las restantes profesiones. El arzobispo de Canterbury goza de precedencia sobre el lord presidente de la Cámara de los Lores; el arzobispo de York goza de precedencia sobre el primer ministro del gobierno. Y es la más alta de las profesiones, debido a que es la profesión de la religión. Pero, ¿qué es «religión»? Lo que es la religión cristiana quedó establecido de una vez para siempre por el fundador de esta religión, en palabras que todos pueden leer, en una traducción de singular belleza; y tanto si aceptamos como si no aceptamos la interpretación que se les ha dado, no podemos negar que se trata de palabras con un significado sumamente profundo. Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que, si bien poca gente sabe lo que es la medicina, o lo que es el derecho, todos los que poseen un ejemplar del Nuevo Testamento saben lo que la religión significaba en la mente del fundador del cristianismo. Por lo tanto, cuando las hijas de los hombres con educación dijeron, en 1935, que deseaban se les abriera la profesión de la religión, los sacerdotes de dicha religión, que equivalen, más o menos, a los doctores y licenciados de las restantes profesionales, se vieron obligados, no sólo a consultar cierta especie de estatutos o de carta que reservan el derecho de ejercer la profesión a los individuos del sexo masculino, sino también a consultar el Nuevo Testamento. Y lo hicieron. Y el resultado, tal como advierte la Comisión, fue que descubrieron que «los Evangelios nos dicen que Nuestro Señor consideraba que los hombres y las mujeres eran por igual miembros del mismo reino espiritual, hijos de la familia de Dios y

poseedores de las mismas facultades espirituales...» En prueba de lo anterior citan las siguientes palabras: «No hay hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal 2, 28). Parece, pues, que el fundador del cristianismo creía que no era preciso tener una preparación o pertenecer a un sexo determinado para ejercer esta profesión. Escogió sus discípulos entre gentes de la clase trabajadora, a la que él mismo pertenecía. El requisito esencial era tener un raro don, que en aquellos primeros tiempos se otorgaba caprichosamente a carpinteros y pescadores, y también a mujeres. Tal como la Comisión señala, no cabe duda de que en aquellos primeros tiempos había profetisas, mujeres sobre las que el don divino había descendido. También les estaba permitido predicar. San Pablo, por ejemplo, establece que las mujeres, cuando oran en público, deben ir cubiertas con velo. «De lo que se deduce que la mujer, si lleva velo, puede profetizar (es decir, predicar) y dirigir los rezos.» ¿Cómo es posible que se las excluya del sacerdocio, cuando el fundador de la religión y uno de sus apóstoles las consideraban aptas para predicar? Esta era la pregunta, y la Comisión la contestó, no por el medio de recurrir al pensamiento del fundador, sino al pensamiento de la Iglesia. Como es natural, esto comportaba una distinción. El pensamiento de la Iglesia tenía que ser interpretado por otro pensamiento; y este segundo pensamiento era el de San Pablo. Y San Pablo, al interpretar aquel pensamiento, cambió de opinión. Después de invocar de las profundidades del pasado ciertas venerables aunque oscuras figuras, cual Lidia y Cloe, Euodia y Sintique, Trifena y Trifosa y Persis, de analizar su condición y de decir cuál es la diferencia entre una profetisa y una presbítera, era la condición de las diaconisas en la Iglesia anterior al Concilio de Nicea y en la posterior al Concilio de Nicea, los

miembros de la Comisión recurrieron una vez más a San Pablo y dijeron: «De todas maneras, queda claro que el autor de las Epístolas Pastorales, fuere San Pablo, fuere otro, consideraba que la mujer no tenía acceso, por razón de sexo, al cargo de *maestro* oficial en la Iglesia, o a cualquier otro cargo que comportara el ejercicio de autoridad de gobierno sobre un hombre (I Tim 2, 12).» Esto, digámoslo con franqueza, no es muy convincente. En modo alguno podemos conciliar la decisión de San Pablo, u otro, con la decisión del propio Jesucristo, quien «consideraba que los hombres y las mujeres eran por igual miembros del mismo reino espiritual... y poseedores de las mismas facultades espirituales». Sin embargo, es inútil hacer disquisiciones sobre el significado de las palabras, cuando nos hallamos en presencia de los hechos. Fuera lo que fuese lo que Cristo quiso decir, o lo que quiso decir San Pablo, la realidad es que en el siglo IV o V la profesión de la religión había alcanzado tan alto grado de organización que «el diácono (a diferencia de la diaconisa) puede, "después de haber cumplido a satisfacción el ministerio a él encomendado", aspirar a que en su día le confirmen en más altos ministerios de la Iglesia; mientras que, con respecto a la diaconisa, la Iglesia solamente reza para que Dios "le infunda el Espíritu Santo... a fin de que pueda cumplir debidamente el trabajo a ella encomendado"». En tres o cuatro siglos, el profeta o la profetisa, cuyo mensaje era voluntario y no enseñado, se extinguieron; y sus puestos fueron ocupados por las tres órdenes de obispos, sacerdotes y diáconos, que siempre eran hombres y que siempre, como dice Whitaker, eran pagados, debido a que, cuando la Iglesia se convirtió en profesión, sus profesores fueron pagados. Por lo tanto, según parece, la profesión de la religión fue en sus principios muy parecida a lo que la profesión de la

literatura es actualmente.[29] Originariamente, estaba abierta a cuantos hubieran recibido el don de la profecía. No hacía falta estudiar; los requisitos profesionales eran extremadamente simples: una voz, una plaza pública, pluma y papel. Emily Brontë, por ejemplo, quien escribió

No coward soul is mine,
No trembler in the world's storm-troubled sphere;
I see Heaven's glories shine,
And faith shines equal, arming me from fear.

O God within my breast,
Almighty, ever-present Deity!
Life – that in me has rest,
*As I –undying Life– have power in Thee!**

29. Tanto si el don de la profecía y el don de la poesía eran, originariamente, un mismo don, como si no lo eran, se ha efectuado durante muchos siglos una distinción entre esos dones y profesiones. Pero el hecho de que el *Cantar de los cantares*, obra de un poeta, se encuentre entre los libros sacros, y que los poemas y novelas propagandistas, obra de profetas, se encuentren entre los libros seculares, revela cierta confusión. Los amantes de la literatura inglesa jamás podrán estar debidamente agradecidos de que Shakespeare viviera en unos tiempos en que la Iglesia ya no podía canonizarle. Si las obras de Shakespeare hubieran sido colocadas junto a los libros sagrados, hubieran recibido un tratamiento idéntico al dado al Antiguo y Nuevo Testamento; labios de sacerdotes nos las hubieran recitado, a trocitos, todos los domingos; ahora, un monólogo de *Hamlet*; ahora un corrupto párrafo de un adormecido reportero; ahora una canción tabernaria; ahora media página de *Antonio y Cleopatra*, tal como el Antiguo y el Nuevo Testamento es recortado e intercalado con himnos, en los servicios de la Iglesia en Inglaterra; y Shakespeare hubiera sido tan indigesto como la Biblia. Sin embargo, aquellos que no han sido obligados desde la infancia a oírla todas las semanas descuartizada, aseguran que la Biblia es obra sumamente interesante, de gran belleza y profundo significado.

* No es cobarde mi alma, / No es temblorosa en la munda-

y pensaba que no valía la pena ser sacerdotisa de la Iglesia de Inglaterra, es la descendiente espiritual de las viejas profetisas, que profetizaban cuando la profecía era una ocupación voluntaria y gratuita. Pero, cuando la Iglesia se transformó en una profesión, exigió a sus profetas especiales conocimientos y les pagó por impartirlos, los miembros de un sexo se quedaron dentro de ella, y los del otro sexo se quedaron fuera. «Los diáconos adquirieron mayor dignidad –en parte, sin la menor duda, debido a su íntima relación con los obispos– y llegaron a ser ministros subordinados del culto y de los sacramentos; pero las diaconisas participaron solamente en las primeras etapas de dicha evolución.» Cuán elemental esta evolución ha sido queda demostrado por el hecho de que, en Inglaterra, en 1938, el sueldo de un arzobispo es de quince mil libras esterlinas; el de un obispo es de diez mil, y el de un deán es de tres mil. Pero el sueldo de una diaconisa es de ciento cincuenta libras; y en cuanto a la «asistente parroquial», quien «debe ayudar en casi todos los aspectos de la vida de la parroquia» y cuyo «trabajo es fatigoso y, a menudo, solitario», recibe entre las ciento veinte y las ciento cincuenta libras anuales; por esto en modo alguno podemos sorprendernos ante la afirmación: «Es preciso que la oración constituya el centro de todas sus actividades.» Por esto podemos llegar más lejos que los miembros de la Comisión y decir que la evolución de la diaconisa no es solamente «elemental», sino decididamente ahogada; y ello es así por cuanto, a pesar de haber recibido órdenes y de que la «ordenación... imprime carácter indeleble e implica la obligación de servicio durante toda la vida», la diaconisa ha de quedarse fuera de la Iglesia, y su rango es inferior al del más humilde cura. Esta es la decisión de la Iglesia. Sí, ya que la Comisión, después de haber consultado el pensamiento y las tradiciones de la Iglesia, informó por fin: «Si bien la Comisión, en su integridad, no puede dar su positivo asenso a la opinión de que la mujer es inherentemente incapaz de recibir la gracia del Orden y, en consecuencia, ser admitida en cualquiera de las tres Órdenes, creemos que el pensamiento general de la Iglesia es todavía acorde con la continua tradición del sacerdocio masculino.»

Al demostrarnos que la más alta entre todas las profesiones tiene muchos puntos de similitud con las otras profesiones, reconocerá usted, señor, que nuestro intérprete ha arrojado más luz sobre el alma o esencia de dichas profesiones. Ahora debemos pedir a nuestro intérprete que nos ayude, si es que quiere, a analizar la naturaleza de aquel miedo que todavía, cual hemos reconocido, nos impide hablar libremente como corresponde a personas libres. Y en este aspecto el intérprete vuelve a sernos útil. Pese a que son idénticas en muchos aspectos, anteriormente hemos advertido una profunda diferencia entre la profesión religiosa y todas las demás. La Iglesia, por ser una profesión espiritual, está obligada a dar razones espirituales, y no meramente históricas, en justificación de sus actos; tiene que consultar la mente y no la ley. En consecuencia, cuando las hijas de los hombres con educación quisieron ser admitidas en la profesión de la Iglesia, a los miembros de la Comisión les pareció aconsejable dar razones psicológicas, y no meramente históricas, en apoyo de su negativa a admitir a las hijas de los hombres con educación. Por esto recurrieron al profesor Grensted, Doctor

---

nal espera por tormentas agitada; / Veo las glorias del Cielo resplandecer, / E igual respladece la fe, armándome contra el miedo. / ¡Oh Dios dentro de mi pecho, / Todopoderosa, siempre presente Deidad! / ¡La vida tiene en mí reposo, / Cual yo, imperecedera vida, tengo poder en Ti!

en Teología, profesor de Nolloth de Filosofía de la Religión Cristiana, de la Universidad de Oxford, y le pidieron que «resumiera los puntos relevantes, psicológica y fisiológicamente», y que indicara «las bases de las opiniones y recomendaciones expresadas por la Comisión». Ahora bien, la psicología no es teología; y la psicología de los sexos, tal como el profesor insistía, y «su influencia en el humano comportamiento, es todavía materia reservada a especialistas... y... su interpretación sigue siendo discutida en muchos aspectos oscuros». Pero el profesor dio su dictamen, sin sentar cátedra, y este dictamen arroja tanta luz sobre el origen de aquel miedo, cuya existencia hemos reconocido y deplorado, que lo mejor que podemos hacer es dar sus exactas palabras.

«En méritos de pruebas puestas a disposición de la Comisión, se venía a decir que el hombre tiene una natural precedencia sobre la mujer. Esta opinión, en el sentido en que se expresa, carece de base psicológica. Los psicólogos reconocen plenamente el hecho del dominio del macho, pero esto no debe confundirse con la superioridad del macho; y menos aún con precedencia de cualquier tipo que pudiera tener una influencia en las cuestiones referentes a la admisibilidad preferente de un sexo en las Sagradas Órdenes.»

En consecuencia, los psicólogos sólo pueden arrojar luz sobre ciertos hechos. Y el siguiente es el primer hecho que el profesor investigó.

«Constituye un hecho evidente y de la mayor importancia práctica el que la propuesta de que las mujeres sean admitidas en la condición y funciones de las tres Órdenes del Ministerio provoca fuertes reacciones. Las pruebas practicadas por la Comisión revelan que esta reacción es predominantemente hostil a dicha propuesta... La fuerza de esta reacción, unida a una amplia variedad de explicaciones racionales, es clara demostración de la presencia de un poderoso y difundido motivo subconsciente. A pesar de la ausencia de detallado material analítico, del que parece no haber constancia escrita con referencia al particular caso que nos ocupa, podemos afirmar que se advierte con claridad que la fijación infantil tiene un papel predominante en la determinación de la fuerte emoción con la que este tema, en su totalidad, es comúnmente abordado.

»La exacta naturaleza de esta fijación variará, necesariamente, en los diferentes individuos, y cuantas hipótesis se esbocen en lo referente a su origen solamente podrán tener un carácter general. Pero, cualquiera que sea el exacto valor e interpretación del material sobre el que las teorías del "complejo de Edipo" y del "complejo de castración" se basan, es evidente que la general aceptación del dominio del macho y, todavía más, de la inferioridad femenina, basándose en ideas subconscientes acerca de la mujer en cuanto a "hombre *manqué*", tiene su fundamento en concepciones infantiles de este tipo. Estas últimas, comúnmente, e incluso a menudo, sobreviven en el adulto, a pesar de su carácter irracional, y revelan su presencia, debajo del nivel de pensamiento consciente, por la fuerza de las emociones a que dan lugar. Esta opinión queda fuertemente abonada por el hecho de que la admisión de las mujeres en las Órdenes Sagradas, y en especial en el ministerio del sacerdocio, sea tan comúnmente considerada como algo vergonzoso. Esta reacción de vergüenza solamente puede ser comprendida a la luz de un tabú sexual, no racional.»

Digamos aquí que aceptamos plenamente la palabra del profesor, cuando nos dice que ha buscado y ha hallado «abundantes pruebas de estas fuerzas subconscientes» en las religiones paganas y en el Antiguo Testamento, y, a continuación, damos la conclusión del profesor.

«Al mismo tiempo, no debemos olvidar que la cristiana concepción del sacerdocio no se basa en factores subconscientes emotivos, sino en la institución de Cristo. Esta institución no sólo cumple sino que supera los sacerdocios del paganismo y del Antiguo Testamento. En cuanto hace referencia a la psicología no hay razón alguna, teórica, que impida que este sacerdocio cristiano sea ejercido por las mujeres y por los hombres, en un sentido exactamente igual. Las dificultades que el psicólogo prevé son emotivas y prácticas, solamente.»[30]

Y con esta conclusión, dejamos al profesor.

Los miembros de la Comisión, reconocerá usted, han llevado a cabo la delicada y difícil tarea que les encomendamos. Han actuado como intérpretes entre nosotros. Nos han dado un admirable ejemplo de una profesión en su más puro estado y nos han mostrado la manera en que una profesión se basa en el pensamiento y en las tradiciones. Además nos han dicho por qué las personas educadas, cuando pertenecen a sexos diferentes, no hablan abiertamente de ciertos temas. Nos han explicado por qué las extrañas, incluso cuando no se da la dependencia económica, pueden todavía temer hablar libremente o efectuar experimentos libremente. Y por fin, con palabras de científica precisión, nos han revelado la naturaleza de este temor. Mientras nosotras, las hijas de los hombres con educación, contemplábamos cómo el doctor Grensted daba su testimonio, teníamos la impresión de contemplar a un cirujano en pleno trabajo, a un operador imparcial y científico que, al cortar la mente humana por medios humanos, dejaba al descubierto, a la vista de todos, la causa, la última raíz de nuestro miedo. Se trata de un huevo. Su nombre científico es «fijación infantil». Nosotras, que no somos científicas, le hemos dado un nombre erróneo. Le hemos llamado huevo, germen. Lo olimos en la atmósfera; percibimos su presencia en Whitehall, en las universidades, en la Iglesia. Sin la menor duda, el profesor lo ha definido y lo ha descrito con tanta precisión que ninguna hija de hombre con educación, por poco educada que sea, le dará un nombre erróneo o interpretará mal esa realidad en el futuro. Escuchen la descripción. «La propuesta de que las mujeres sean admitidas provoca fuertes reacciones», y poco importa la clase de sacerdocio de que se trate, el sacerdocio de la medicina, el sacerdocio de la ciencia o el sacerdocio de la Iglesia. La mujer puede ratificar las palabras del profesor, en el sentido de que su petición de ingreso en esos sacerdocios provoca fuertes reacciones. «La fuerza de esta reacción es clara prueba de la presencia de un poderoso motivo subconsciente.» La mujer se da perfecta cuenta de la verdad expresada en las palabras del profesor e incluso puede informarle de la existencia de unos motivos que quizás hayan escapado a su atención. Fijémonos solamente en dos. Dicho lisa y llanamente, uno de los motivos es el del dinero. ¿Es que, actualmente, los sueldos no son motivo, fueren lo que fueren en los tiempos de Cristo? El arzobispo cobra quince mil libras, la diaconisa ciento cincuenta; y la Iglesia es pobre, según dicen los miem-

30. *The Ministry of Women*. Apéndice I. «Algunas consideraciones psicológicas y fisiológicas», del profesor Grensted, D. D., pp. 79-87.

bros de la Comisión. Pagar más a las mujeres significaría pagar menos a los hombres. En segundo lugar, ¿acaso no hay, oculto bajo lo que los miembros de la Comisión llaman «consideración práctica», un motivo, un motivo psicológico? Los miembros de la Comisión nos dicen: «En la actualidad, un sacerdote casado puede cumplir las condiciones de la ordenación, o sea, *renunciar y apartarse de todo cuidado y estudio mundanales*, gracias, en gran parte, a que su esposa se encarga de los problemas del hogar y la familia...»[31] Poder renunciar y apartarse de todo cuidado y estudio mundanales y encargarlos a otra persona es un motivo, y para algunos un motivo con gran fuerza de atracción; y hay unos cuantos que, indudablemente, prefieren vivir retirados y estudiar, cual lo demuestra la teología con sus refinamientos y las humanidades con sus sutilezas; para otros, ciertamente, este motivo es un mal motivo, un motivo brutal, causa de la separación entre la Iglesia y el pueblo; entre la literatura y el pueblo; entre marido y mujer; un motivo que ha contribuido a desbarajustar íntegramente nuestra comunidad. Pero sean cuales fueren los poderosos motivos subconscientes que se dan detrás de la exclusión de las mujeres de los sacerdocios, motivos que, pura y simplemente, no podemos contar aquí, y menos aún mostrar sus raíces, lo cierto es que la hija del hombre con educación puede dar testimonio de ellos, en méritos de su experiencia de que «comúnmente, e incluso a menudo, sobreviven en el adulto, y revelan su presencia, debajo del nivel de pensamiento consciente, por la fuerza de las emociones a que dan lugar». Y estará usted de acuerdo, señor, en que hacer frente a fuertes reacciones es algo que requiere valentía; y, cuando no se da esa valentía, suelen aparecer las actitudes de silencio y de evasión.

Pero, ahora que los intérpretes han cumplido su tarea, es el momento oportuno para levantar el velo de San Pablo e intentar, cara a cara, un burdo y torpe análisis de este miedo y de la ira causante de este miedo, debido a que ambos quizá tengan cier-

31. «En la actualidad, el sacerdote casado puede cumplir con las exigencias del servicio ordinario, *renunciar y apartarse de todo cuidado y estudio mundanales*, gracias, en parte, a que su esposa se encarga de los problemas del hogar y la familia...» (*The Ministry of Women*, p. 32.)

Con estas palabras, los miembros de la Comisión sientan un principio que ha sido frecuentemente sentado por los dictadores. Herr Hitler y el Signor Mussolini muy a menudo y con muy parecidas palabras han expresado la opinión de que: «En la vida de la nación hay dos mundos, el mundo de los hombres y el mundo de las mujeres»; y han procedido a definir los deberes de cada cual de manera casi igual. Los efectos que esta división ha tenido en la mujer; la naturaleza mezquina y personal de los intereses de la mujer; su entrega a lo práctico; su incapacidad para cuanto sea poético o aventurero; todo esto ha sido el manido tema de muchas novelas, el blanco de muchas sátiras, y ha reafirmado a muchos teóricos en sus propias teorías, según las cuales, por ley de naturaleza, la mujer es menos espiritual que el hombre; por ello nada más hace falta decir para demostrar que la mujer, queriendo o sin querer, ha cumplido su parte del contrato. Pero muy poca atención se ha prestado a los efectos intelectuales y espirituales que esta división de deberes ha producido en aquellos que, en méritos de ella, pueden «renunciar y apartarse de todo cuidado y estudio mundanales». Sin embargo, no cabe la menor duda de que a esta segregación debemos el inmenso desarrollo de los modernos instrumentos y métodos de guerra; el gran acervo de notas al pie de textos griegos, latinos e ingleses; los innúmeros repujados, dibujos e innecesarios adornos de nuestros muebles y cacharros de uso común; los millares de distinciones en el *Debrett* y el *Burke*; y todos esos giros y retorcimientos, carentes de significado pero altamente ingeniosos, en que la mente se contorsiona cuando queda liberada de «los problemas del hogar y de la familia». La importancia que los sacerdotes y los dictadores dan a la necesidad de que existan dos mundos es suficiente para demostrar que resulta esencial a su dominio.

ta influencia en la respuesta de la pregunta que usted nos ha formulado acerca de cómo evitar la guerra. Por lo tanto, supongamos que en el curso de esta privada conversación bisexual sobre política y gente, guerra y paz, barbarie y civilización, se haya planteado un interrogante en lo tocante a admitir a las hijas de hombres con educación en, por ejemplo, la Iglesia, la Bolsa o el cuerpo diplomático. El interrogante apenas se ha insinuado, pero nosotras, desde nuestro lado de la mesa, inmediatamente nos damos cuenta de «una fuerte reacción» en el lado de ustedes, surgida de algún motivo situado debajo del nivel de pensamiento consciente, ya que, en nuestro interior, suena el timbre de alarma, un confuso pero sonoro clamor: prohibido, prohibido, prohibido... Los síntomas físicos son inconfundibles. Los nervios se levantan; los dedos automáticamente oprimen con más fuerza la cuchara o el cigarrillo; una ojeada al psicómetro privado nos revela que la temperatura emotiva ha subido entre diez y veinte grados más de lo normal. Intelectualmente, se produce un fuerte deseo de guardar silencio, o de cambiar el tema de la conversación; por ejemplo, hablar de un viejo criado de la familia, llamado Crosby, cuyo perro, llamado Rover, ha muerto... y, de esta manera, hurtarnos al tema y conseguir que la temperatura baje.

Pero, ¿qué análisis podemos intentar de las emociones en el otro lado de la mesa, el de ustedes? Para ser sinceras, digamos que, a menudo, mientras hablamos de Crosby, formulamos preguntas a ustedes referentes, lo cual es causa de que el diálogo sea un tanto insípido. ¿Cuáles son los poderosos motivos subconscientes que levantan la cabeza, ahí, en su lado de la mesa? ¿Será que el antiguo salvaje que ha matado un bisonte pide al otro antiguo salvaje que admire su proeza? ¿Será que el patriarca invoca a la Sirena? ¿Será que el dominio exige

sumisión? Y la más persistente y difícil pregunta, entre todas las que nuestro silencio encubre, es, ¿qué posible satisfacción puede dar el dominio al dominante?[32] Como sea que el profesor Grensted ha dicho que la psicología de los sexos es todavía «tema de especialista» y que «su interpretación es objeto de controversia y en muchos aspectos oscura», quizá fuera más discreto dejar que estos interrogantes los contestaran los especialistas. Pero, por otra parte, como sea que, a fin de que los hom-

32. Demostración de la compleja naturaleza de las satisfacciones que el dominio proporciona la tenemos en las siguientes palabras. «Mi marido insiste en que le dé el tratamiento de Sir», dijo ayer una mujer ante el Juzgado Policial de Bristol, en ocasión de solicitar dictara una orden de pensión alimenticia. «Para que hubiera paz en casa, he cumplido con la imposición de mi marido», añadió. «También tengo que lustrarle los zapatos, ir a buscar la navaja de afeitar cuando se afeita y contestar con prontitud a las preguntas que me hace.» En el mismo número del mismo periódico se dice que Sir E. F. Fletcher «exhortó a la Cámara de los Comunes a oponerse a las dictaduras.» (*Daily Herald*, 1 de agosto de 1936.) Todo lo cual parece indicar que la común conciencia que engloba marido, mujer y Cámara de los Comunes experimenta simultáneamente el deseo de dominar, la necesidad de obedecer para que haya paz y la necesidad de dominar los deseos de dominio, lo cual representa un conflicto psicológico que explica, en gran parte, cuanto hay de contradictorio y turbulento en la opinión contemporánea. El placer del dominio queda mayormente complicado, como es natural, por el hecho consistente en que todavía va unido, en las clases educadas, con los placeres de la riqueza y el prestigio social o profesional. Lo que le distingue de los relativamente sencillos placeres –como pasear por el campo, por ejemplo– radica en el temor al ridículo que los grandes psicólogos, lo mismo que Sófocles, han advertido en el dominante, que es particularmente susceptible, según la misma autoridad, a que el sexo femenino le ponga en ridículo o le desafíe. En consecuencia, un elemento esencial de este placer parece tener su origen, no en el sentimiento en sí mismo, sino en el reflejo de los sentimientos de otras personas, de lo que se sigue que el sentimiento puede ser modificado por el procedimiento de alterar estos sentimientos. Quizás el más indicado antídoto del dominio sea la risa.

bres y las mujeres sean libres, es preciso que aprendan a hablar libremente, no podemos dejar la psicología de los sexos en manos de los especialistas. Hay dos buenas razones por las que debemos intentar analizar tanto nuestro miedo como nuestra ira; y ello es así por cuanto ese miedo y esta ira, en primer lugar, impiden la verdadera libertad en la casa privada; en segundo lugar, debido a que este miedo y esta ira pueden impedir la verdadera libertad en el mundo público, pueden contribuir positivamente a provocar la guerra. Avanzamos a tientas, como aficionados en este mundo de tan viejas y tenebrosas emociones que hemos conocido desde los tiempos de Antígona e Ismene y Creonte, por lo menos; que incluso el propio San Pablo parece haber sentido; pero que los doctores solamente hace muy poco han sacado a la superficie y han llamado «fijación infantil», «complejo de Edipo», etcétera. Debemos intentar, por débiles que sean nuestras fuerzas, analizar esas emociones, puesto que usted nos ha pedido que le ayudemos, de cuantas maneras podamos, a proteger la libertad y a evitar la guerra.

Por lo tanto, examinemos esa «fijación infantil», ya que éste parece ser su correcto nombre, a fin de poder ponerla en relación con la pregunta que usted nos ha formulado. Una vez más, ya que somos generalistas y no especialistas, tendremos que apoyarnos en cuantas pruebas podamos conseguir en la historia, la biografía y el periódico diario, que son las únicas pruebas a disposición de las hijas de los hombres con educación. Tomaremos el primer ejemplo de fijación infantil en la biografía; una vez más recurriremos a la biografía victoriana, debido a que hasta la época victoriana la biografía no llega a ser rica y representativa. Ahora bien, en la biografía victoriana hay tantos casos de fijación infantil, tal como la define el profesor Grensted, que

no sabemos cuál escoger. El caso del señor Barrett, de Wimpole Street, quizá sea el más famoso y el más fundamentado. Tan famoso es que los hechos apenas pueden repetirse aquí. Todos conocemos la historia de aquel padre que no permitía que sus hijos e hijas se casaran; todos sabemos, con mayor detalle y precisión, que su hija Elizabeth tuvo que ocultarle la existencia de su enamorado, que Elizabeth huyó de la casa de Wimpole Street en compañía de su enamorado y que su padre jamás le perdonó este acto de desobediencia. Debemos reconocer que las emociones del señor Barrett eran extremadamente fuertes, y su fortaleza revela de manera evidente que tenían su origen en cierta oscura zona, situada debajo del nivel de pensamiento consciente. Este es un caso típico, clásico, de fijación infantil que todos podemos recordar. Pero hay otros, menos famosos, que merced a un poco de investigación podemos sacar a la superficie y ver que tienen la misma naturaleza. Ahí tenemos el caso del reverendo Patrick Brontë. El reverendo Arthur Nicholls estaba enamorado de Charlotte, hija del primer reverendo; cuando el señor Nicholls declaró su amor a Charlotte, ésta escribió: «Puedes imaginar cuáles fueron sus palabras; su actitud difícilmente podrás imaginarla, ni yo olvidarla... Le pregunté si había hablado con papá. Contestó que no había osado.» ¿Por qué no se atrevió? Era fuerte, joven y estaba apasionadamente enamorado; el padre era viejo. La razón queda de relieve al instante. «Él [el reverendo Patrick Brontë] siempre estuvo en contra del matrimonio y hablaba mal del matrimonio. Pero, en este caso, rebasó la simple oposición; no podía soportar la idea de la unión del señor Nicholls con su hija. Temerosa de las consecuencias... Charlotte Brontë se apresuró a prometer a su padre que al día siguiente daría una clara contestación negativa al señor

Nicholls».[33] El señor Nicholls se fue a Haworth; Charlotte se quedó con su padre. Su vida de casada, que sería breve, quedó mayormente acortada por el deseo de su padre.

A modo de tercer ejemplo de fijación infantil, escogeremos uno que no es tan sencillo, pero, precisamente por ello, es más revelador. Se trata del caso del señor Jex-Blake. No es el caso de un padre que se opone el matrimonio de su hija, sino del padre que se opone al deseo de su hija de ganarse la vida. Parece que este deseo también provocó en el padre una muy fuerte emoción, emoción que también parece tener sus orígenes en niveles inferiores al pensamiento consciente. Con su permiso, también lo llamaremos un caso de fijación infantil. A su hija, Sophia, le ofrecieron una pequeña suma para dar clases de matemáticas y pidió permiso a su padre para aceptarla. Tal permiso le fue denegado inmediata y acaloradamente. «Queridísima hija, hasta este instante ignoraba que tienes intención de *cobrar* estas clases. Esto es algo totalmente indigno de ti, querida hija, y *no puedo consentirlo*» (la cursiva corresponde al padre). «Acepta este puesto como puesto honorífico y útil, y me alegraré de ello... Pero *cobrar* por este trabajo cambiaría *totalmente* la situación y te rebajaría lamentablemente ante casi todos.» Son, éstas, palabras muy interesantes. Como es natural, Sophia se vio obligada a discutirlas con su padre. ¿Por qué era indigno de ella, preguntó, por qué iba a rebajarla? Aceptar dinero a cambio de su trabajo no rebajaba a Tom ante nadie. Esto, explicó el señor Jex-Blake, era un asunto diferente; Tom era un hombre. Tom «está obligado, en cuanto *hombre*... a mantener a su esposa y familia»; Tom, en consecuencia, seguía la «*sencilla senda* del deber». De todos modos, Sophia no quedó satisfecha.

33. *The Life of Charlotte Brontë*, de Mrs. Gaskell.

Discutió, alegó que no sólo era pobre y necesitaba dinero, sino que sentía con fuerza «el honrado y, a mi juicio, perfectamente justificado orgullo, de ganar dinero». Acorralado, el señor Jex-Blake dio la verdadera razón, apenas encubierta, por la que se negaba a que su hija recibiera dinero. Si Sophia se negaba a aceptar el dinero del colegio universitario, él se lo daría de su bolsillo. Entonces quedó claramente de relieve que el señor Jex-Blake no se oponía a que Sophia cobrara, sino que se oponía a que cobrara un dinero entregado por otro hombre. La curiosa naturaleza de la propuesta del señor Jex-Blake no escapó a la percepción de Sophia, quien dijo: «En este caso, no tendría que decir al decano: "Estoy dispuesta a trabajar gratis", sino que tendría que decirle: "Mi padre prefiere pagar él a que pague el colegio universitario", y, en este caso, creo que el decano pensaría que los dos somos unos seres muy ridículos o, por lo menos, algo insensatos.» Sea cual fuere la intención que el decano hubiera atribuido al comportamiento del señor Jex-Blake, nosotros no podemos dudar de cuál era la emoción en que se basaba. Quería mantener a su hija en la esfera de su poder. Si Sophia cobraba de él, seguía en su poder, si cobraba de otro hombre, no sólo se independizaba del señor Jex-Blake, sino que quedaba sometida a la dependencia de otro hombre. El que el señor Jex-Blake deseaba tener a Sophia sometida a su dependencia, y sabía oscuramente que esta deseada dependencia sólo podía ser mantenida mediante la dependencia económica, queda indirectamente demostrado por otra de sus veladas manifestaciones. «Si te casaras mañana a mi gusto –y ni siquiera he puesto en duda que algún día te cases de otra manera–, te daría una considerable fortuna.»[34] Si So-

34. *The Life of Sophia Jex-Blake*, de Margaret Todd, pp. 67-69, 70-72.

phia se ganaba la vida, podía prescindir de la fortuna antes dicha y casarse con quien quisiera. El caso del señor Jex-Blake es de muy fácil diagnóstico, pero es muy importante debido a que se trata de un caso normal, típico. El señor Jex-Blake no era el monstruo de Wimpole Street; era un padre corriente; hizo lo que millares de padres victorianos, cuyos casos no han sido publicados, hacían a diario. Por lo tanto, es un caso que explica en gran parte la base sobre la que se edificó la psicología victoriana, esa psicología de los sexos que, según nos dice el profesor Grensted, es aún tan oscura. El caso del señor Jex-Blake nos dice que en manera alguna se puede permitir que una hija gane dinero, por cuanto, si gana dinero, adquirirá la independencia con respecto al padre y tendrá libertad para casarse con el hombre que elija libremente. Por lo tanto, los deseos de ganar dinero, por parte de la hija, provocan dos clases de celos. Cada una de estas clases de celos es fuerte, considerada por separado; juntas son fortísimas. Es, además, muy significativo que el señor Jex-Blake, a fin de justificar su fuerte emoción, cuyo origen queda por debajo de los niveles de pensamiento consciente, recurriera a una de las más comunes evasiones; a una argumentación que no es tal, sino una llamada a las emociones. Dirigió su llamada a esa muy profunda, antigua y compleja emoción a la que podríamos llamar, en nuestra calidad de aficionados, la emoción de la feminidad. Dijo que aceptar dinero era indigno de su hija, que si aceptaba dinero quedaría rebajado a los ojos de casi todos. Tom, por ser hombre, no quedaría rebajado; la diferencia radicaba en el sexo de Sophia. El señor Jex-Blake recurrió a su feminidad.

Cuando un hombre dirige esa llamada a una mujer, podemos afirmar sin miedo a errar que suscita en ella un conflicto de emociones de una clase

muy profunda y primitiva que resulta, para la mujer, de análisis extremadamente difícil y también de muy difícil conciliación. Para expresar estos sentimientos quizá sea aconsejable compararlos con el confuso conflicto de emociones viriles que usted experimentaría, señor, si una mujer le hiciera entrega de una pluma blanca.[35] Es interesante con-

35. La observación de la realidad aparente todavía indica que el hombre considera muy insultante el que una mujer le acuse de cobardía, de la misma manera que la mujer se siente gravemente insultada cuando un hombre la acusa de falta de castidad. Las siguientes palabras abonan lo anterior. El señor Bernard Shaw escribe: «No olvido la satisfacción que la guerra da al instinto de combatividad y de admiración de la valentía que tan fuertes son en la mujer... En Inglaterra, cuando estalla la guerra, mujeres jóvenes y civilizadas se apresuran a entregar plumas blancas a todos los hombres jóvenes que no llevan uniforme.» Añade: «Esto, como todos los restos de salvajismo, es muy natural.» Y señala que «en los viejos tiempos, la vida de la mujer y de sus hijos dependía de la valentía y de la habilidad en matar del varón». Como sea que gran número de hombres jóvenes prestaron sus servicios, durante toda la guerra, en oficinas, sin llevar el adorno de la pluma blanca, y como sea que el número de «civilizadas mujeres jóvenes» que se dedicaban a prender plumas blancas en las chaquetas seguramente fue reducidísimo en comparación con las que nada hicieron, la exageración del señor Shaw es suficiente prueba del inmenso efecto psicológico que cincuenta o sesenta plumas (no disponemos de estadísticas al efecto) pueden causar todavía. Esto parece indicar que el varón conserva aún una anormal susceptibilidad ante esa clase de burlas, y en consecuencia que la valentía y la combatividad se cuentan todavía entre los principales atributos de la virilidad, y en consecuencia que el hombre todavía desea ser admirado por la posesión de estos atributos, y en consecuencia que toda burla de dichos atributos producirá el proporcionado efecto. También parece probable que la «emoción de virilidad» esté relacionada con la independencia económica. «Nunca hemos conocido a un hombre que no estuviera orgulloso, abiertamente o en secreto, de ser capaz de mantener mujeres, tanto si se trata de sus hermanas como si se trata de sus amantes. Nunca hemos conocido a una mujer que no estimara que el pasar de la independencia económica, gracias a un empleo, a la depen-

templar la manera en que Sophia, en el año 1859, intentó enfrentarse con esa emoción. Su primera reacción fue atacar la forma más patente de feminidad, esa forma que se encontraba en la parte más superficial de su conciencia y parecía la responsable de la actitud de su padre, a saber, su calidad de señora. Lo mismo que otras hijas de hombres con educación, Sophia Jex-Blake era lo que se llama una «lady». Y, como sea que quien no podía ganar dinero era la «lady» que había en ella, Sophia consideró que debía matar a la «lady». Preguntó: «¿Crees honradamente, papá, que una señora queda rebajada por el mero hecho de recibir dinero? ¿Es que tienes en menos a la señora Teed, por el hecho de que le pagues un sueldo?» Entonces, como si se hubiera dado cuenta de que la señora Teed, por ser institutriz, no se hallaba a la misma altura social que ella, que procedía de una familia de la clase media alta, «cuyo linaje consta en la guía *Burke's Landed Gentry*», Sophia invocó, para que la ayudara a matar a la señora, a «Mary Jane Evans... que pertenece a una de las mejores familias entre las que conocemos», y, después, a la señorita Wodehouse, «cuya familia es mejor y más antigua que la mía», alegando que ambas juzgaban que ella estaba en su perfecto derecho al pretender ganar dinero. Y la señorita Wodehouse no sólo pensaba esto, sino que «con sus actos mostró que estaba de acuerdo con mis opiniones. No cree que haya mezquindad alguna en ganar dinero, sino que ésta se encuentra en quienes lo consideran mezquino. Cuando aceptó la propuesta de trabajar en

dencia económica del marido, era un honroso ascenso. ¿De qué sirve que los hombres y las mujeres se mientan entre sí, en este asunto? No somos culpables de ser como somos» (*A. H. Orage*, de Philip Mairet, p. vii.) Interesantes palabras que G. K. Chesterton atribuyó a A. H. Orage.

la escuela de Maurice, dijo a éste, a mi parecer muy noblemente: "Si crees oportuno que trabaje como profesora pagada, cobraré el sueldo que me asignes; de lo contrario, estoy dispuesta a trabajar gratis, sin retribución alguna."» La señora, a veces, era una señora de nobles sentimientos y resultaba difícil matar a esa señora, pero, tal como Sophia comprendió, tenía que matarla, si quería entrar en aquel paraíso que permitía a «gran número de muchachas recorrer Londres libremente e ir a donde quieren, cuando quieren», en aquel «Eliseo en la tierra» que es (o era) Queen's College, Harley Street, en que las hijas de los hombres con educación gozaban de una felicidad, no de señoras, «sino de reinas: ¡trabajo e independencia!»[36] Así vemos que la primera reacción instintiva de Sophia fue matar a la señora,[37] pero después de matar a la señora, todavía quedó la mujer. Y vemos a la mujer, excusando y ocultando la enfermedad de la fijación infantil, más claramente en los otros dos casos. Fue a la mujer, al ser humano, en méritos de cuyo sexo estaba obligada a sacrificarse por su padre, a quien Charlotte Brontë y Elizabeth Barrett tuvieron que matar. Y si era difícil matar a la señora, más difícil

36. Hasta principios de los años ochenta del pasado siglo, las señoras no podían trabajar, según afirma la señorita Haldane, hermana de R. B. Haldane. «Naturalmente, me hubiera gustado estudiar, a fin de ejercer una profesión, pero esto era imposible, salvo en el triste caso de que una *tuviera que ganarse el pan con su trabajo*, lo cual comportaba hallarse en una desastrosa situación.» Incluso el hermano escribió algo referente a tan triste caso, después de haber visto actuar como actriz a la señora Langtry. «Era una señora e interpretaba su papel como una señora, pero ¡qué triste que se viera obligada a ello!» (*From One Century to Another*, de Elizabeth Haldane, pp. 73-74.) Anteriormente, en el mismo siglo, Harriet Martineau quedó entusiasmada cuando su familia se arruinó, ya que, de esta manera, había perdido su «señorío» y podía trabajar.

37. *Life of Sophia Jex-Blake*, de Margaret Todd, pp. 69-70.

aún era matar a la mujer. Al principio, Charlotte lo encontró casi imposible. Rechazó al hombre que la amaba. «...Pensando en su padre y sin pensar en sí misma, prescindió de toda consideración acerca de la manera en que tenía que contestar, salvo la de cumplir los deseos de su padre.» Charlotte Brontë amaba a Arthur Nicholls, pero lo rechazó. «...Adoptó una actitud simplemente pasiva, en lo referente a las palabras y a los actos, mientras sufría el agudo dolor que le causaban las fuertes palabras que su padre empleaba al hablar del señor Nicholls.» Esperó, sufrió, hasta que «el Tiempo, el gran conquistador», tal como dice la señora Gaskell, «alcanzó la victoria sobre los arraigados prejuicios y la humana voluntad». El padre accedió. Sin embargo, el gran conquistador encontró en el señor Barrett la horma de su zapato; Elizabeth Barrett esperó; Elizabeth sufrió; y, por fin, Elizabeth se fugó.

La extremada fuerza de las emociones a que da lugar la fijación infantil queda demostrada en estos tres casos. Debemos reconocer que es notable, ciertamente. Fue una fuerza que pudo avasallar, no sólo a Charlotte Brontë, sino también a Arthur Nicholls; no sólo a Elizabeth Barrett, sino también a Robert Browning. Era una fuerza capaz de librar batalla con la más fuerte de las pasiones humanas, el amor entre hombre y mujer, y capaz de obligar a los más brillantes y audaces hijos e hijas victorianos a vacilar ante ella; a burlar al padre, a engañar al padre y a huir del padre. Pero, ¿a qué debía tan pasmosa fuerza? En parte, tal como se ve en estos casos, a que la sociedad protegía la fijación infantil. La naturaleza, la ley y la propiedad estaban prestas a excusarla y ocultarla. Les fue fácil al señor Barrett, al señor Jex-Blake y al reverendo Patrick Brontë ocultarse a sí mismos la verdadera naturaleza de sus emociones. Si deseaban que la hija se quedara en casa, la sociedad les decía que su deseo era justo. Si la hija protestaba, la naturaleza acudía en auxilio del padre. La hija que dejaba a su padre era una hija desnaturalizada; su feminidad quedaba en entredicho. Si la hija insistía en sus deseos, la ley protegía al padre. La hija que dejaba a su padre no tenía medios para mantenerse. Las profesiones legales le estaban vedadas. Por fin, si ganaba dinero en la única profesión a ella abierta, la más vieja de las profesiones, se asexuaba a sí misma. No cabe la menor duda, la fijación infantil es poderosa, incluso cuando la enfermedad ataca a la madre. Pero, cuando ataca al padre, la fijación infantil es una fuerza triple: el padre está protegido por la naturaleza, protegido por la ley y protegido por la propiedad. Por esto, el reverendo Patrick Brontë fue perfectamente capaz de causar «agudo dolor» a su hija Charlotte durante varios meses y robarle varios meses de su corta felicidad matrimonial, sin merecer por ello la más leve censura de la sociedad en la que practicaba la profesión de sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, pero si el reverendo Patrick Brontë hubiera torturado a un perro o robado un reloj, esta misma sociedad le hubiera prohibido el ejercicio de su ministerio y le hubiera arrojado de su seno. Parece que la sociedad era un padre; y un padre afecto de fijación infantil, también.

Como sea que, en el siglo XIX, la sociedad protegía y excusaba a las víctimas de la fijación infantil, no debemos sorprendernos de que, pese a carecer aún de nombre, estuviera extendidísima. Sea cual fuere la biografía que abramos, casi siempre encontraremos los conocidos síntomas: el padre se opone al matrimonio de la hija, el padre se opone a que la hija se gane la vida. Los deseos de la hija de casarse o de ganarse la vida suscitan en el padre una fuerte emoción, la señora rebajará su señorío, la hija ofenderá su feminidad. Pero de vez en cuan-

do, muy pocas veces, encontramos a un padre que era totalmente inmune a la enfermedad. Entonces los resultados son extremadamente interesantes. Este es el caso del señor Leigh Smith.[38] Este caballero era contemporáneo del señor Jex-Blake y pertenecía a la misma casta social. También tenía propiedades en Sussex, también tenía caballos y carruajes, también tenía hijos. Pero con ello terminan las semejanzas. El señor Leigh Smith amaba a sus hijos; no le gustaban las escuelas; mantenía a los hijos en casa. Sería interesante estudiar los métodos pedagógicos del señor Leigh Smith; tenía profesores que daban clases a sus hijos; todos los años llevaba a sus hijos, en un gran carruaje en forma de autobús, a lo largo y ancho de Inglaterra, en largos viajes. Pero, cual ocurre en el caso de tantos experimentadores, el señor Leigh Smith permanece en la oscuridad y tenemos que contentarnos con saber que «sostenía la insólita opinión de que las hijas debían recibir la misma cantidad de dinero que los hijos». Tan ajeno era a la fijación infantil que «no adoptó la común costumbre de pagar las cuentas de su hija y hacerle algún que otro regalo, sino que, cuando Barbara alcanzó la mayoría de edad, en 1848, le asignó una pensión de trescientas libras al año». Los resultados de ser inmune a la fijación infantil fueron notables. Ya que, «considerando que el dinero era un instrumento para hacer buenas obras, uno de los primeros empleos que Barbara le dio fue de carácter educativo». Barbara fundó una escuela; una escuela abierta, no sólo a diferentes sexos, sino también a diferentes clases y a diferentes credos; en ella ingresaron católicos, judíos e «hijos de avanzadas familias librepensadoras». «Era

38. Para mayor información sobre el señor Leigh Smith, ver *The Life of Emily Davies*, de Barbara Stephen. Barbara Leigh Smith se convirtió, luego, en Madame Bodichon.

una escuela sumamente insólita», una escuela de extraños. Pero Barbara no intentó solamente esto con las trescientas libras anuales. Una cosa llevó a otra. Con su ayuda, una amiga fundó, en régimen cooperativo, una escuela vespertina para señoras, «a fin de dibujar modelos desnudos». En 1858 sólo había una clase de natural, en todo Londres, en la que se admitieran señoras. Se dirigió una petición a la Real Academia; y sus escuelas quedaron abiertas, aun cuando, como suele ocurrir, en muy corta medida, a las mujeres en 1861.[39] A continuación,

39. La insuficiencia de esta apertura queda de manifiesto en el siguiente relato de las circunstancias en que las mujeres estudiaban en las Escuelas de la Real Academia, alrededor de 1900. «Es difícil comprender por qué razón a las mujeres jamás se les quiere dar las mismas ventajas de que gozan los hombres. En las escuelas de la R. A., las mujeres teníamos que competir con los hombres para la consecución de los premios y medallas que se concedían todos los años, y sólo nos daban la mitad de las enseñanzas que a los hombres impartían, y menos de la mitad de sus oportunidades de estudio... En las escuelas de la R. A. no estaba permitido que posaran desnudos en las clases de mujeres... Los estudiantes masculinos no sólo pintaban modelos desnudos, hombres y mujeres, sino que les daban una clase vespertina, en la que podían efectuar estudios de figura, bajo la dirección de un miembro de la R. A.» A las estudiantes, esto les parecía «muy injusto, realmente»; la señorita Collyer tuvo la valentía, gozando además de la posición social precisa, de abordar, primeramente, al señor Frank Dicksee, quien arguyó que, como sea que las muchachas se casan, el dinero empleado en su educación es dinero gastado en vano. Luego, abordó a Lord Leighton; y, por fin, se levantó la controvertida prohibición y se autorizó el modelo desnudo . «Pero nunca conseguimos las ventajas de la clase vespertina...» En consecuencia, las estudiantes se unieron y arrendaron el estudio de un fotógrafo, en Baker Street. «Nosotras, las de la comisión, tuvimos que reunir el dinero suficiente y ello redujo nuestras comidas a régimen de hambre.» (*Life of an Artist*, de Margaret Collyer, pp. 79-81, 82.) En la Escuela de Arte de Nottingham imperaba la misma norma, en el siglo XX. «A las mujeres no se les permitía dibujar modelos desnudos. Los hombres trabajaban con modelos vivos, en tanto que yo tenía que ir

Barbara abordó la cuestión de las leyes referentes a las mujeres; por fin, en 1871, la mujer casada pudo ser propietaria de sus bienes; y para terminar, Barbara ayudó a la señorita Davies a fundar Girton. Cuando pensamos en lo que un solo padre inmune a la fijación infantil pudo conseguir, por el medio de asignar trescientas libras anuales a una hija, no debemos sorprendernos de que la mayoría de los padres se negaran firmemente a asignar a sus hijas más de cuarenta libras anuales con pensión completa.

Evidentemente, la fijación infantil en los padres era una potente fuerza, y una fuerza tanto más potente porque estaba oculta. Pero los padres se enfrentaron, a medida que se acercaba más y más el siglo XX, con otra fuerza que, a su vez, había adquirido tal potencia que es de esperar que los psicólogos encuentren un nombre con que distinguirla. Los viejos nombres, tal como hemos visto, son inútiles y falsos. Hemos tenido que destruir «feminismo». «Emancipación de la mujer» es una expresión igualmente carente de valor y corrupta. Decir

---

a la sala de Arte Antiguo... Incluso ahora conservo el odio hacia aquellas figuras de yeso. De ellas, ningún provecho saqué.» (*Oil Paint and Grease Paint*, de Dame Laura Knight, p. 47.) Pero la profesión artística no es la única que está abierta a las mujeres con tales limitaciones. La profesión de la medicina les está «abierta», pero «...casi todas las escuelas de medicina agregadas a los hospitales de Londres están cerradas a las mujeres, que tienen que estudiar, principalmente, en Londres, en la London School of Medicine» (*Memorandum on the Position of English Women in Relation to that of English Men*, de Philippa Strachey (1935), p. 26.) «Unas cuantas estudiantes de medicina de Cambridge se han agrupado para expresar sus quejas.» (*Evening News*, 25 de marzo de 1937.) En 1922, el Royal Veterinary College de Camden Town comenzó a admitir mujeres. «...Desde entonces, la profesión ha atraído a tantas mujeres que el número de estudiantes femeninas ha sido limitado a cincuenta.» (*Daily Telegraph*, 1 de octubre de 1937.)

que las hijas adoptaron con anticipación los principios del antifascismo es limitarnos a repetir las horrorosas frases hechas del presente momento. Llamarlas adalides de la libertad intelectual y de la cultura es enturbiar el aire con el polvo de las salas de conferencias y con la húmeda sordidez de las reuniones públicas. Además, ninguna de esas etiquetas y clasificaciones expresa las verdaderas emociones que provocaron la oposición de las hijas a la fijación infantil de los padres, debido a que, tal como la biografía demuestra, dicha fuerza de oposición se basaba en muy diferentes emociones, y muchas de ellas eran contradictorias. Había lágrimas, desde luego, lágrimas y lágrimas amargas; las lágrimas de aquellas cuyos deseos de aprender quedaban frustrados. Una hija quería aprender química; los libros que tenía en casa sólo le enseñaron alquimia. «Lloraba amargamente, por no poder aprender.» También había el deseo de un amor abierto y racional. Lágrimas otra vez, lágrimas de rabia. «Llorando se arrojó sobre la cama... Dijo: "Oh, Harry está en el tejado." Dije: "¿Quién es Harry? ¿En qué tejado? ¿Por qué?" Contestó: "No seas tonta, Harry ha tenido que irse."»[40] Pero también se daba el deseo de no amar, de llevar una existencia racional, sin amor. «Lo confieso humildemente... Nada sé del amor»,[41] escribió una de ellas. Extraña confesión si tenemos en cuenta que

40 y 41: *The Life of Mary Kingsley*, de Stephen Gwyn, pp. 18 y 26. En una carta, Mary Kingsley escribe: «Alguna que otra vez soy útil, pero esto es todo. Hace pocos meses, sin embargo, fui muy útil, visité a una amiga que me pidió subiera a su dormitorio para enseñarme un nuevo sombrero, lo cual me dejó pasmada, por cuanto sabía lo que esta amiga pensaba de mi gusto en esta materia.» El señor Gwyn dice: «La carta no termina el relato de esta aventura con un *fiancé* no autorizado, pero tengo la seguridad de que Mary Kingsley le ayudó a bajar del tejado y que esta experiencia la divirtió enormemente.»

la hace un ser perteneciente a la clase cuya única profesión durante largos siglos fue el matrimonio; pero significativa. Otras querían viajar, explorar África, excavar en Grecia y en Palestina. Algunas querían estudiar música, no para tocar al piano domésticas melodías, sino para componer óperas, sinfonías, cuartetos. Otras querían pintar, y no casitas cubiertas de hiedra, sino cuerpos desnudos. Todas querían. Pero, ¿es que hay una sola palabra que resuma la variedad de cosas que querían y que habían querido, consciente o subconscientemente, durante tanto tiempo? El lema de Josephine Butler –Justicia, Igualdad, Libertad– es hermoso, pero es sólo un lema, y en nuestro tiempo hay innumerables lemas, lemas de todos los colores, y hemos llegado a contemplar con suspicacia los lemas; matan y limitan. La vieja palabra «libertad» no nos sirve tampoco, debido a que no era libertad, en el sentido de permiso, lo que querían; al igual que Antígona, no querían quebrantar las leyes, sino hallar la ley.[42] Ignorando cual ignoramos los motivos y escasos de palabras, tendremos que reconocer que no hay una palabra que exprese la fuerza que en el siglo XIX se contrapuso a la fuerza de los padres. Lo único que podemos decir de esta fuerza, sin temor a errar, es que era una fuerza muy potente. Obligó

42. Según Antígona hay dos clases de ley, la escrita y la no escrita, y la Drummond sostiene que a veces es necesario quebrantar la ley escrita, a fin de mejorarla. Pero las muchas y variadas actividades de las hijas de los hombres con educación durante el siglo XIX no eran, simplemente, quebrantar leyes, ni siquiera estaban dirigidas a este fin. Contrariamente, se trataba de empeños de naturaleza experimental, a fin de descubrir cuáles eran las leyes no escritas; es decir, las leyes privadas que debieran regular ciertos instintos, pasiones y deseos mentales y físicos. Por lo general se reconoce que estas leyes existen y son observadas por las personas civilizadas, pero ahora comenzamos a estar de acuerdo en que no fueron dictadas por «Dios», a quien por lo general se le considera un concepto de origen patriarcal, solamente válido para ciertas razas, en ciertos tiempos y períodos; y tampoco lo fueron por la naturaleza, que, según se sabe actualmente, es de dictados muy variables y está en gran parte dominada; sino que estas leyes deben ser descubiertas de nuevo por las sucesivas generaciones, en gran medida mediante sus propios esfuerzos de razonamiento e imaginación. Sin embargo, como sea que, hasta cierto punto, el razonamiento y la imaginación son producto de nuestro cuerpo, y hay dos clases de cuerpos, el masculino y el femenino, y como sea que estos dos cuerpos han resultado, en el curso de los últimos años, ser fundamentalmente diferentes, es evidente que las leyes que perciben y respetan deben ser interpretadas de manera diferente. Así vemos que el profesor Julian Huxley dice: «...Desde el momento de la fertilización en adelante, el hombre y la mujer difieren en todas las células de su cuerpo, en cuanto respecta al número de cromosomas, esos cuerpos que, a pesar de ser poco conocidos, son los portadores de los factores hereditarios, los determinantes de nuestros caracteres y rasgos, cual ha demostrado la investigación de los últimos diez años.» En consecuencia, a pesar de que «la superestructura de la vida intelectual y práctica es potencialmente la misma en ambos sexos», y de que «el reciente informe de la Comisión de Diferenciación de los Planes de Estudios de Muchachos y Muchachas en Enseñanza Secundaria, de la Junta de Educación [Londres, 1923] ha dejado sentado que las diferencias intelectuales entre los sexos son mucho menores de lo que popularmente se cree» (*Essays in Popular Science*, de Julian Huxley, pp. 62-63), es evidente, en la actualidad, que los sexos son diferentes y que siempre lo serán. Si fuera posible que cada uno de los dos sexos supiera con certeza cuáles son las leyes de aplicación en su caso, y al mismo tiempo respetara las leyes aplicables al caso del otro sexo, y también que cada sexo participara en los resultados de este descubrimiento, cabría la posibilidad de que cada sexo se desarrollara plenamente y mejorara en cuanto a calidad, sin renunciar a sus específicas características. La vieja idea de que un sexo debe «dominar» al otro llegaría a ser anticuada, y al mismo tiempo tan odiosa que, si fuera necesario, a efectos prácticos, que un poder dominante decidiera ciertas materias, la repulsiva tarea de la coacción y del dominio sería relegada a una sociedad inferior y secreta, tal como las penas de azotes y la de muerte, actualmente, las ejecutan unos seres enmascarados, y en la más profunda oscuridad. Pero pensar en esto es precipitarnos.

a abrir las puertas de la casa privada. Abrió Bond Street y Piccadilly; abrió los campos de cricket y los campos de fútbol; eliminó volantes y corsés; y consiguió que la más antigua profesión del mundo (en este punto Whitaker no da cifras) dejara de ser provechosa. Para resumir, en cincuenta años esta fuerza fue causa de que la vida de Lady Lovelace y de Gertrude Bell fuera invivible y casi increíble. Los padres que habían triunfado sobre las más fuertes emociones de los hombres fuertes tuvieron que ceder.

Si este punto y aparte fuera el final de esta historia, si fuese el último portazo, podríamos dedicarnos inmediatamente a su carta, señor, y al formulario que nos ha pedido rellenásemos. Pero no ha sido el final. Ha sido el principio. En realidad, a pesar de que hemos utilizado el pasado, hasta el momento, pronto nos veremos obligados a utilizar el presente de indicativo. Los padres, en privado, cierto es, cedieron, pero los padres, en público, formando masa, unidos en sociedades, en profesiones, eran mucho más susceptibles a la fatal enfermedad que los padres en privado. La enfermedad tenía un motivo adquirido, se había vinculado con un derecho, con una concepción, que la hacía más virulenta todavía fuera de casa que dentro. El deseo de mantener esposa e hijos, ¿acaso no es el motivo más poderoso y más profundamente arraigado? Y así es por cuanto estaba relacionado con la mismísima virilidad, ya que el hombre incapaz de mantener a su familia fracasaba, según su propia concepción de la virilidad. ¿Y acaso esta concepción no estaba tan arraigda en él como la de la feminidad lo estaba en su hija? Eran estos motivos, estos derechos y concepciones los que ahora se atacaban. Pero protegerlos, y protegerlos de las mujeres, daba y da lugar, lo cual difícilmente puede ponerse en entredicho, a una emoción que quizás esté de-

bajo del nivel de lo consciente pero que es, ciertamente, de suma violencia. La fijación infantil, tan pronto se ataca el derecho del sacerdote a ejercer su profesión, suscita una emoción exacerbada y agravada a la que, científicamente, se le da el nombre de tabú sexual. Tomemos dos ejemplos, uno privado y el otro público. Un universitario titulado se ve obligado a «mostrar su repulsa a la admisión de mujeres en su universidad por el procedimiento de negarse a entrar en su bienamado colegio universitario o ciudad universitaria».[43] Un hospital se considera obligado a rechazar una oferta de provisión económica de una beca, debido a que ha sido efectuada por una mujer en beneficio de las mujeres.[44] ¿Podemos poner en duda que ambas decisiones están inspiradas por esta sensación de vergüenza que, como dice el profesor Grensted, «solamente puede ser considerada a la luz de un tabú sexual, no racional»? Pero, como sea que la emoción, en sí misma, había incrementado su potencia, llegó a ser necesario solicitar la ayuda de aliados más poderosos, a fin de excusarla y ocultarla. Se recurrió a la naturaleza; la naturaleza, se dijo, que no sólo es

43. De la nota necrológica, publicada en *The Times*, en ocasión de la muerte de H. W. Greene, miembro del Magdalen College, Oxford, familiarmente llamado «Grugger», el 6 de febrero de 1933.

44. «En 1747, las autoridades [del Middlesex Hospital] decidieron separar unas cuantas camas, para pacientes que estaban obligadas a guardar cama, prohibiendo que, en estos casos, actuara mujer alguna en concepto de comadrona. La exclusión de las mujeres se ha convertido en la actitud tradicional. En 1861, la señorita Garrett, posteriormente doctora Garrett Anderson, obtuvo permiso para asistir a clase... y se le permitió visitar los pabellones en compañía de los estudiantes internos, pero los estudiantes protestaron y las autoridades cedieron ante las protestas. La junta no aceptó la oferta de la señorita Garrett, en el sentido de patrocinar una beca para mujeres.» *The Times*, 17 de mayo de 1935.

omnisciente sino invariable, había hecho el cerebro de la mujer de una forma y un tamaño erróneos. Bertrand Russell escribe: «A cuantos quieran divertirse se les puede aconsejar que echen una ojeada a las tergiversaciones de eminentes frenólogos en sus intentos de demostrar que las medidas del cerebro de la mujer indican que son más imbéciles que los hombres.»[45] Parece que la ciencia no es asexuada; *la* ciencia es un hombre, es padre, y también está contaminada. La ciencia contaminada encuentra medidas a su conveniencia; el cerebro era tan pequeño que no merecía ser examinado. Muchos años de espera pasaron antes de que las sacrosantas puertas de las universidades y de los hospitales se pudieran abrir para dar entrada a los cerebros que los profesores dijeron que la naturaleza había creado de modo que eran incapaces de pasar un examen, a fin de que fueran examinados. Cuando, por fin, se dio el correspondiente permiso para abrir estas puertas a estos cerebros, los cerebros pasaron los exámenes. Una larga y horrenda lista de estos estériles –aunque necesarios– triunfos reposa, según cabe presumir, en los archivos universitarios y acosadas directoras todavía los consultan cuando quieren esgrimir pruebas de impecable mediocridad. De todas maneras, la naturaleza sigue en sus trece. El cerebro que podía aprobar exámenes no era un cerebro creador, no era el cerebro que puede asumir responsabilidades y ganar los sueldos más altos. Se trataba de un cerebro práctico, un cerebro de enaguas, un cerebro sólo capaz de trabajos rutinarios bajo el mando de un superior.

45. «El mundo moderno posee un gran acervo de conocimientos perfectamente demostrados... pero tan pronto surge una gran pasión y envuelve el juicio del experto, éste deja de ser digno de confianza, por mucha que sea su preparación científica.» (*The Scientific Outlook*, Bertrand Russell, p. 17.)

Y, como sea que las profesiones mantenían las puertas cerradas, era innegable que las hijas no habían regido imperios, mandado flotas, ni llevado ejércitos a la victoria; solamente unos cuantos libros triviales daban testimonio de su profesional capacidad, debido a que la literatura era la única profesión abierta a estos cerebros.[46] Y además, fuera lo que fuese lo que los cerebros en cuestión pudiesen hacer cuando las profesiones abriesen sus puertas, siempre quedaba el cuerpo. La naturaleza, en su infinita sabiduría, dijeron los sacerdotes, había establecido la ley inalterable según la cual el hombre es quien crea. El hombre goza; la mujer sólo soporta pasivamente. El dolor es más beneficioso que el placer para el cuerpo que lo soporta. Bertrand Russell escribe: «Las opiniones de los médicos, en materia de embarazos, partos y lactancias, estuvieron hasta hace relativamente poco impregnadas de sadismo. Por ejemplo, para convencerse de que la anestesia podía emplearse en los partos necesitaron más pruebas de las que exigían para convencerse de todo lo contrario.» De esta manera argumentaba la ciencia, y los profesores estaban plenamente acordes. Y cuando, por fin, las hijas preguntaron: ¿es que el cuerpo y la mente no reaccionan ante el adiestramiento? ¿Es que el conejo de bosque no es diferente del conejo doméstico? ¿Es que no tenemos el deber de cambiar esta inaltera-

46. Sin embargo, una mujer dedicada a batir marcas dio unas razones para dedicarse a tal actividad que merecen respeto. «También albergaba la creencia de que, de vez en cuando, las mujeres deben hacer lo que ya han hecho los hombres y, ocasionalmente, lo que los hombres no han hecho, con lo que afirmarán su naturaleza de personas y quizás estimularán a otras mujeres a conseguir una mayor independencia de pensamiento y de acción... Cuando una mujer fracasa, su fracaso ha de ser un reto para las otras mujeres.» (*The Last Flight*, de Amelia Earhart, pp. 21, 65.)

ble naturaleza, y es que no la alteramos? Una cerilla basta para luchar contra el hielo; la muerte ordenada por la naturaleza se aplaza. ¿E insisten todavía en que el huevo del desayuno es obra exclusiva del gallo? Sin yema, sin clara, ¿hasta qué punto, oh sacerdotes y profesores, sería fértil vuestro desayuno? Entonces, los sacerdotes y los profesores entonaron solemnemente al unísono: El parto en sí mismo, esa carga que no podéis negar, sólo a la mujer se ha impuesto. Las mujeres no lo podían negar, ni tampoco deseaban renunciar a ello. De todas maneras, después de consultar las estadísticas de los libros, declararon que el tiempo que la mujer emplea en traer un nuevo ser al mundo, teniendo en cuenta las modernas circunstancias –recordemos que nos hallamos en el siglo XX–, es una pequeña parte de su vida.[47] ¿Es que esta pequeña parte nos impidió trabajar en Whitehall, en los campos y en las fábricas, cuando nuestro país se hallaba amenazado? A lo cual los padres replican: La guerra ha terminado; ahora estamos en Inglaterra.

Y si ahora, señor, fijándonos en Inglaterra, esa Inglaterra en la que estamos, ponemos la radio y escuchamos el boletín de información diario, oiremos la contestación que los padres afectos de fijación infantil dan actualmente a estas preguntas. «El hogar es el sitio de la mujer... Que vuelva a su casa... El gobierno debiera dar trabajo a los hombres... El ministro de Trabajo debe protestar enérgicamente... Las mujeres no deben mandar a los hombres... Hay dos mundos, uno para las mujeres y otro para los hombres... Que las mujeres aprendan a guisar nuestras comidas... Las mujeres han fracasado... Han fracasado... Han fracasado...»

Incluso ahora, los rugidos de la fijación infantil arman, incluso aquí, tal clamor que apenas podemos oír nuestras propias voces; nos quitan las palabras de los labios; nos hacen decir lo que no hemos dicho. Al escuchar las voces tenemos la impresión de oír los gritos de un niño de cuna llorando en la noche, en la negra noche que ahora cubre Europa; y son lamentos sin idioma, solamente gritos, ay, ay, ay, ay... Pero no es un grito nuevo sino un grito muy viejo. Apaguemos la radio y escuchemos el pasado. Ahora estamos en Grecia, Cristo no ha nacido todavía, y tampoco San Pablo. Pero escuchemos:

«Aquel a quien la ciudad designe deberá ser obedecido, en las cosas pequeñas y en las grandes, en las justas y en las injustas... La desobediencia es el peor de los males... Debemos dar nuestro apoyo a la causa del orden, y en modo alguno tolerar que una mujer nos rebaje... Las mujeres deben ser mujeres y no andar sueltas. Criados, lleváoslas dentro.» Esta es la voz de Creonte, el dictador. A quien Antígona, que hubiera debido ser su hija, contesta: «No son tales las leyes establecidas entre los hombres por la justicia emanada de los dioses.» Pero Antígona carecía del apoyo del capital y de la fuerza. Y Creonte dice: «La llevaré donde la senda sea más solitaria, y la esconderé, viva, en una cueva en la roca.» Y no la encerró en Holloway o en un campo de concentración, sino en una tumba. Y Creonte, leemos, trajo la ruina a su propia casa y esparció sobre la tierra los cuerpos de los muertos. Nos parece, señor, al escuchar estas voces del pasado, que volvemos a contemplar la fotografía, la

47. «En realidad, este proceso [el parto] incapacita a la mujer, en casi todos los casos, durante una pequeña fracción de su vida, e incluso la mujer que tiene seis hijos sólo debe reservar a ello doce meses de toda su vida.» (*Careers and Openings for Women*, de Ray Strachey, pp. 47-48.) Sin embargo, en la actualidad la mujer está ocupada más tiempo en este menester. No sin audacia, se ha afirmado que estos trabajos no son exclusivamente maternales y que los dos cónyuges podrían repartírselos, en beneficio de ambos.

fotografía de los cadáveres y de las casas derruidas que el gobierno español nos manda casi todas las semanas. Parece que los hechos se repiten. Las imágenes y las voces de hoy son las mismas que las de hace dos mil años.

Esta es, pues, la conclusión a que nuestro estudio de la naturaleza del miedo nos ha llevado, del miedo que prohíbe la libertad en la casa privada. Este miedo, a pesar de ser pequeño, insignificante y privado, está relacionado con el otro miedo, con el miedo público, que no es pequeño ni insignificante, el miedo que le ha inducido a usted a pedirnos que le ayudemos a evitar la guerra. De lo contrario no estaríamos contemplando otra vez la fotografía que nos ha llevado a sentir las mismas emociones al principio de esta carta. Usted las llamaba «horror y repulsión»; nosotros las llamábamos horror y repulsión. Y así es por cuanto, a medida que esta carta ha avanzado, añadiendo hecho sobre hecho, otra imagen ha ocupado el primer término. Es la figura de un hombre; unos afirman, y otros niegan, que es el hombre en sí mismo,[48] la quinta esencia

48. La naturaleza de la virilidad y la de la feminidad son definidas a menudo por los dos dictadores, el alemán y el italiano. Los dos han insistido reiteradamente en que luchar es propio de la naturaleza del hombre e incluso es lo esencial en la virilidad. Por ejemplo, Hitler efectúa una distinción entre «una nación de pacifistas y una nación de hombres». Los dos han repetido que es propio de la naturaleza de la mujer curar las heridas del luchador. Sin embargo, existe un fuerte movimiento encaminado a emancipar al hombre de la vieja «ley natural y eterna» que afirma que el hombre es esencialmente un luchador; para ello bastará fijarse en el aumento del pacifismo entre el sexo masculino. Comparemos la manifestación de Lord Knebworth contenida en las palabras «si algún día se consiguiera la paz permanente y los ejércitos y las armas dejaran de existir, no habría cauce en el que verter las viriles cualidades que la lucha desarrolla» con la siguiente manifestación efectuada por otro hombre joven, perteneciente a la misma casta social, hace pocos meses: «...No es

de la virilidad, el tipo perfecto del que los otros son imperfectas reproducciones. Pero, ciertamente, es un hombre. Tiene ojos vidriados, sus ojos lanzan llamas. Su cuerpo, que se encuentra en postura forzada, está prietamente enfundado en un uniforme. Sobre el pecho de este uniforme van cosidas varias medallas y otros símolos místicos. Tiene la mano sobre una espada. En alemán y en italiano se le llama Führer y Duce; en nuestro idioma, Tirano y Dictador. Y a su espalda yacen las casas derruidas y los cadáveres de hombres, mujeres y niños. Pero no hemos puesto esta imagen ante su vista con el fin de provocar una vez más la estéril emoción del odio. Contrariamente, lo hemos hecho para provocar otras emociones, cual son las que la figura humana, incluso burdamente representada en una fotografía en colores, suscita en nosotros, que somos seres humanos. Sí, ya que insinúa una relación y, para nosotros, una relación importante. Insinúa que el mundo público y el mundo privado están inseparablemente relacionados, que las tiranías y las servidumbres de uno son las tiranías y las servidumbres del otro. Pero la figura humana,

verdad que todos los muchachos ansíen la guerra, en el fondo de su corazón. Ocurre que cierta gente nos enseña este sentimiento por el medio de darnos espadas y rifles, soldados y uniformes, con los que jugar.» (*Conquest of the Past*, del príncipe Hubertus Loewenstein, p. 15.) Es posible que los Estados fascistas, al obligar a la joven generación masculina a pensar en la necesidad de liberarse de la vieja concepción de virilidad, hagan, en beneficio del sexo masculino, lo que las guerras de Crimea y la europea hicieron en beneficio de sus hermanas. Sin embargo, el profesor Huxley nos advierte que «toda alteración considerable de la constitución hereditaria es cuestión de miles de años, no de décadas». Por otra parte, como la ciencia también nos asegura que nuestra permanencia en la tierra es «cuestión de millares de años, y no de décadas», bien vale la pena intentar ciertas alteraciones en la constitución hereditaria.

incluso en una fotografía, suscita otras emociones más complejas. Nos sugiere que no podemos disociarnos de esta figura, ya que nosotros somos esta figura. Nos sugiere que no somos espectadores pasivos condenados a obedecer sin resistencia, sino que, mediante nuestro pensamiento y nuestros actos, podemos cambiar esta figura. Un común interés nos une, estamos en un mismo mundo y en una misma vida. Es esencial que nos demos cuenta de esa unidad que los cadáveres y las casas derruidas demuestran. Y así es porque ésta será nuestra ruina si usted, en la inmensidad de sus abstracciones públicas, olvida la figura privada, o si nosotras, en la intensidad de nuestras emociones privadas, olvidamos el mundo público. Ambas casas quedarán derruidas, la pública y la privada, la material y la espiritual, por cuanto están inseparablemente relacionadas. Pero, teniendo ante nosotros su carta, hay razones de esperanza. Debido a que, al pedir nuestra ayuda, reconoce aquella relación; y, al leer sus palabras, recordamos otras relaciones mucho más profundas que los hechos superficiales. Incluso aquí, incluso ahora, su carta nos tienta a cerrar nuestros oídos a estos hechos menudos, a estos detalles triviales, para escuchar, no el ladrido de los cañones, no el rebuzno de los gramófonos, sino las voces de los poetas, contestándose las unas a las otras, convenciéndonos de la existencia de una unidad que borra todas las divisiones como si fueran sólo rayas de tiza; nos tienta a comentar con usted la capacidad del espíritu humano para rebasar fronteras y transformar lo múltiple en uno. Pero esto sería soñar, soñar el reiterado sueño que ha acosado a la mente humana desde el principio de los tiempos; el sueño de paz, el sueño de libertad. Pero, teniendo usted el sonido de los cañones en los oídos, no nos ha pedido que soñemos. No nos ha preguntado qué es la paz, nos ha preguntado cómo evitar la guerra. Dejemos que

sean los poetas quienes nos digan qué es el sueño, y fijemos de nuevo la vista en la fotografía: el hecho.

Sea cual fuere el veredicto que los otros dicten en lo tocante al hombre de uniforme –las opiniones difieren–, ahí está su carta demostrando que, para usted, la fotografía es la fotografía del mal. Y por mucho que contemplemos la fotografía desde distintos ángulos, nuestra conclusión coincide con la suya: es el mal. Los dos estamos dispuestos a hacer cuanto podamos para destruir el mal representado en esta fotografía, usted mediante sus métodos, nosotras con los nuestros. Y como sea que somos diferentes, nuestra ayuda ha de ser diferente. Hemos intentado expresar, no hace falta decir cuán imperfecta y superficialmente, cuál puede ser nuestra ayuda.[49] A resultas de ello, la contestación a su pre-

49. Sin embargo, Coleridge expresa las opiniones y finalidades de las extrañas con cierta precisión, en el siguiente párrafo: «El Hombre ha de ser *libre* ya que, de lo contrario, ¿por qué fue creado Espíritu de Razón y no Máquina de Instinto? El Hombre debe *obedecer*; de lo contrario, ¿por qué tiene conciencia? Las fuerzas que crean esa dificultad llevan en sí mismas la solución; por cuanto *su* servicio es la perfecta libertad. Y, cuando una ley o un sistema de leyes imponen cualquier otro servicio, menguan la nobleza de nuestra naturaleza, se alían con los animales en lucha con lo divino, matan en nosotros el gozoso instinto de hacer el bien y se enfrentan con la humanidad.

...En consecuencia, para que la sociedad esté bajo una *justa* constitución de gobierno, una constitución que imponga a los Seres Racionales una verdadera y moral obligación de obedecer, la constitución debe estar basada en unos principios tales que cada individuo siga su propia Razón, al obedecer las leyes de la constitución, y cumpla la voluntad del Estado, al seguir los dictados de su propia Razón. Así lo afirma expresamente Rousseau, quien plantea el problema de la perfecta constitución de gobierno mediante las siguientes palabras: *Trouver une forme d'Association – par laquelle chacun s'unisant a tous, n'obeisse pourtant qu'à lui même, et reste aussi libre qu'auparavant.* (Encontrar una forma de sociedad en cuyos méritos cada cual, al unirse a todos los demás, no obedecerá a nadie más que a sí

gunta ha de ser que la mejor manera en que podemos ayudarle a evitar la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, sino en hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos. La mejor manera en que podemos ayudarle a evitar la guerra no consiste en ingresar en su sociedad, sino en permanecer fuera de ella, aun cuando colaborando a sus fines. El fin es el mismo para los dos. Estriba en reafirmar: «Los derechos de todos –hombres y mujeres– al respeto, en sus personas, de los grandes principios de la Justicia, la Igualdad y la Libertad.» Huelgan más explicaciones, ya que tenemos plena seguridad de que da a estas palabras la misma interpretación que nosotras les damos. Y las excusas sobran, por cuanto confiamos en que sabrá usted excusar las deficiencias que previmos y que con tanto abundamiento se advierten en esta carta.

Volvamos ahora al formulario que nos ha enviado, con la petición de que lo rellenemos; por las razones que hemos dado, no lo firmaremos. Pero, a fin de demostrarle de la forma más tangible que quepa que nuestros fines son los mismos que los suyos, ahí va la guinea, donación libre, libremente

---

mismo, quedando tan libre como antes.) (*The Friend*, de S. T. Coleridge, Vol. I, pp. 333-335, edición de 1818.) A lo cual cabe añadir las siguientes palabras de Walt Whitman: «De Igualdad, cual si me dañara dar a los demás las mismas oportunidades y derechos que yo tengo, como si no fuera indispensable a mis derechos que los demás los tuvieran iguales.»

Y, por fin, vale la pena considerar las palabras de una novelista medio olvidada, George Sand: *«Toutes les existences sont solidaires les unes des autres, et tout être humain qui présenterait la sienne isolément, sans la rattacher à celle de ses semblades, n'offrirait qu'une énigme à débrouiller... Cette individualité n'a par elle seule ni signification ni importance aucune. Elle ne prend un sens quelconque qu'en devenant une parcelle de la vie générale, en se fondant avec l'individualité de chacun de mes semblabes, et c'est par là qu'elle devient de l'histoire.»* (*Histoire de ma vie*, de George Sand, pp. 240-241.)

otorgada, sin otras condiciones que las que usted quiera imponer. Es la tercera guinea entre tres guineas, pero observará que las tres guineas, pese a haber sido dadas a tres diferentes tesoreros honorarios, lo han sido en méritos de la misma causa, por cuanto se trata de causas idénticas e inseparables.

Y ahora, como sea que el tiempo le apremia, señor, permítame terminar. Tres veces pido disculpas a ustedes tres, en primer lugar por la longitud de la carta, en segundo lugar por la pequeñez de mi contribución y en tercer lugar por el hecho de escribir, pura y simplemente. Sin embargo, de esto último tiene usted la culpa, por cuanto esta carta jamás habría sido escrita si usted no hubiera pedido contestación a la suya.